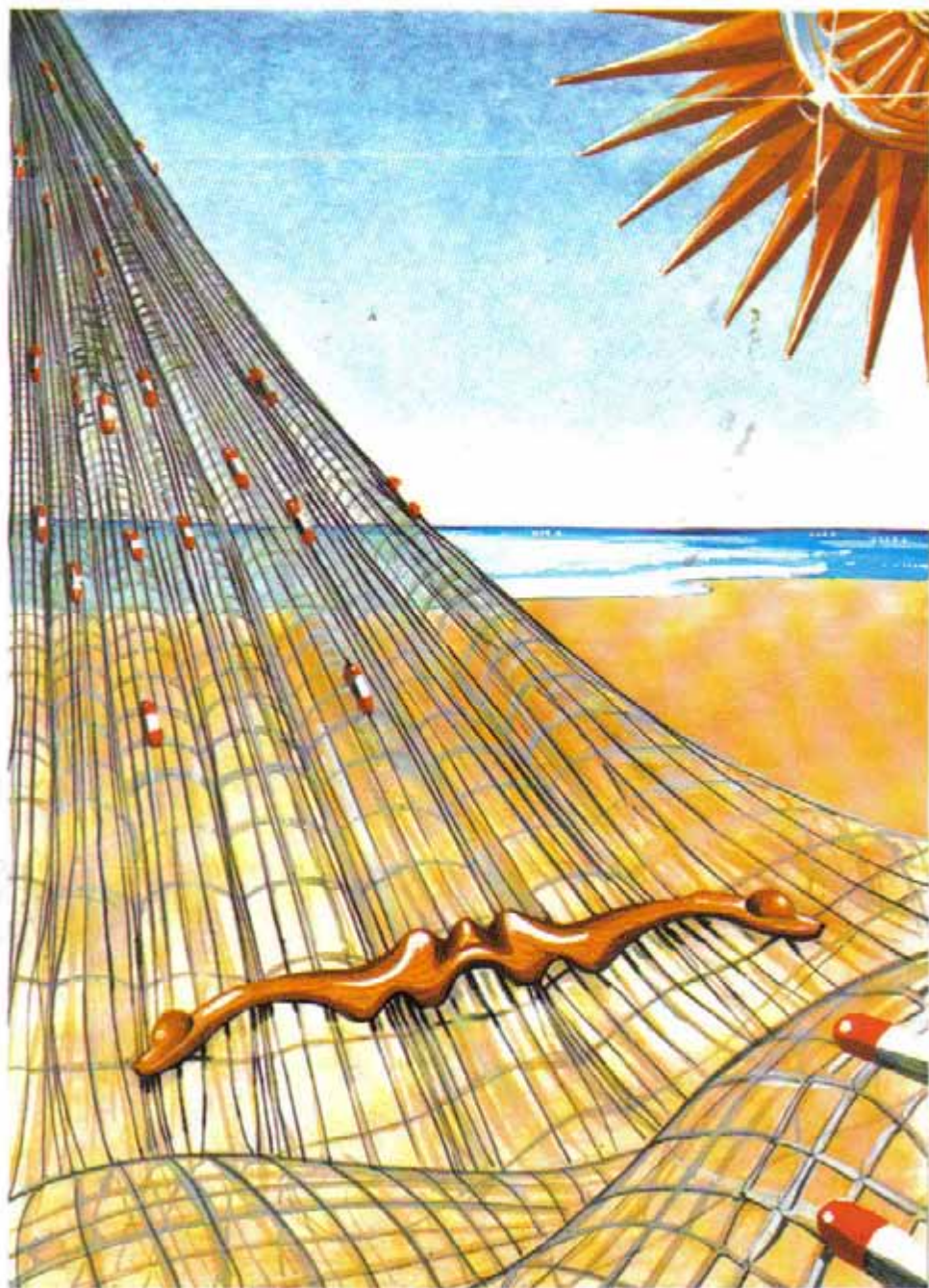


# HISTORIAS Y CUENTOS CAMPELINOS CHILENOS



FUNDACION DE COMUNICACIONES DEL AGRO  
DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA

---

Fundación de Comunicaciones del Agro  
Inscripción N° 90.146  
Julio 1994  
Esta edición se terminó de imprimir en  
FUCOA - Calle Santa Rosa N° 83 - D  
Fono 6339606  
Santiago de Chile, julio de 1994

---

Printed and Published by  
J. H. B. & Co. Ltd.  
10, Abchurch Lane, London, E.C. 4  
Printed in Great Britain

## OTRA VEZ, LES DECIMOS GRACIAS

*Por segundo año consecutivo, la Fundación de Comunicaciones del Agro del Ministerio de Agricultura, organizó el Concurso Nacional de Historias y Cuentos Campesinos.*

*En 1993, sólo teníamos el sueño de encontrar algún eco. Se hizo real, más allá de todas nuestras esperanzas: La cantidad y la calidad -creativa y humana- de las obras que, literalmente, inundaron nuestras oficinas, nos conmovieron y nos convencieron. Comprendimos que esa respuesta estaba motivada por una tremenda necesidad de expresión de los hombres y mujeres de nuestra tierra. Por eso, nos empeñamos en hacer de este concurso una tradición.*

*Quienes somos parte del Ministerio de Agricultura, sabemos que los trabajadores del campo tienen una riqueza y una potencialidad no siempre consideradas cabalmente.*

*Este concurso, es una pequeña ventana que se abre a un aspecto de las expresiones culturales campesinas.*

*Nuevamente hemos tenido una cosecha generosa. Este año 1994, aunque contamos con bases más estrictas que las que rigieron el primer concurso, nos llegaron más obras que el año pasado. Y, a pesar de la magnitud de sobres que diariamente nos traía el correo, otra vez los desplegamos todos y leímos su contenido: aprendimos, nos reímos, nos sobrecogimos, y se acentuó nuestro respeto por quienes tienen dentro de sí ese caudal que corre fundamentalmente en dos sentidos: la preservación de tradiciones culturales y la observación y narración de lo que hoy ocurre en el agro.*

*A los 420 escritores campesinos que enviaron sus obras desde todas las regiones del país, les agradecemos con humildad el valiosísimo regalo que nos hicieron.*

*Sus escritos -al igual que los que recibimos en 1993- están guardados en un Archivo de Historias y Cuentos Campesinos que hemos creado. Este año, nuevamente publicamos las obras ganadoras, junto a una pequeña muestra de la variedad que este Concurso ha permitido expresar.*

**EQUIPO**

**FUNDACION DE COMUNICACIONES DEL AGRO**

## FICHA TECNICA

### **JURADO:**

<i>Delia Domínguez</i>	<i>Escritora (Presidenta del Jurado)</i>
<i>Mario Barraza</i>	<i>Profesor Rural y Folclorista</i>
<i>Aldo González</i>	<i>Ganador del Primer Premio en el Concurso de Historias y Cuentos Campesinos, 1993</i>
<i>Elias González</i>	<i>Presidente de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Juveniles Rurales, CONOJUR</i>
<i>Paul Landon</i>	<i>Periodista, Magister en Desarrollo Rural</i>
<i>Francisco León</i>	<i>Presidente del Movimiento Unitario Campesino y Etnias de Chile, MUCECH</i>
<i>Roberto Parra</i>	<i>Escritor y Folclorista</i>

### **COORDINACION GENERAL:**

*María Eugenia Ilabaca*      *Productora FUCOA*

**PRODUCCION GENERAL:**      *Equipo FUCOA*





Segundo premio, **POR QUE LA LOICA TIENE EL PECHO COLORADO**, por Manuel Adolfo Báez Yáñez.

Tercer premio, **EL DELFIN Y LA SIRENITA** (cuento infantil) por Angela Catalán Cid.

En suma, cuentos redondos de forma y fondo, alineados en la esencia de la tradición campesina. Las Menciones de Honor y las Menciones Especiales asomaron de la obra gruesa con la misma señal de calidad con la que se distinguieron las composiciones ganadoras.

Cuenta final: la confirmación de una narrativa perfectamente definida de alma y cuerpo, producto del **saber por entendimiento**, que, con toda propiedad ocupa un lugar de real importancia dentro de las corrientes que hoy alimentan la escritura testimonial del país.

**DELIA DOMINGUEZ**  
**PRESIDENTA DEL JURADO**

# PRIMEROS PREMIOS

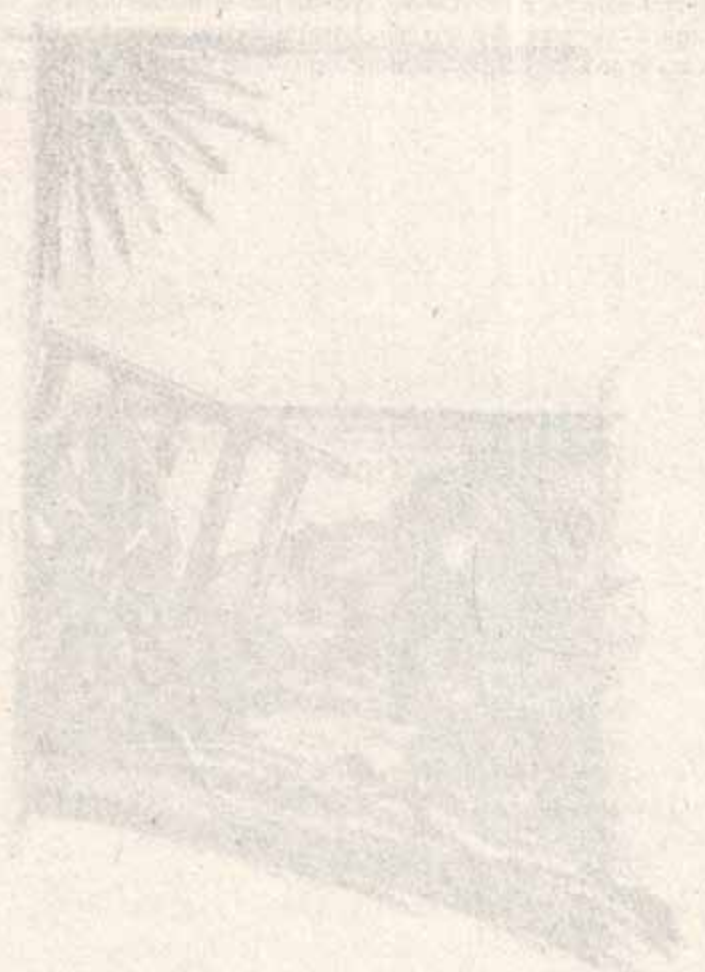


# THE BIRD'S EYE VIEW

THE BIRD'S EYE VIEW OF THE WORLD IS A VERY INTERESTING AND USEFUL ONE. IT GIVES US A COMPLETE AND ACCURATE PICTURE OF THE WHOLE WORLD AS IT IS.

IT IS A VIEW WHICH WE CAN ALL UNDERSTAND AND APPRECIATE. IT IS A VIEW WHICH WE CAN ALL USE TO OUR ADVANTAGE. IT IS A VIEW WHICH WE CAN ALL ENJOY.

IT IS A VIEW WHICH WE CAN ALL USE TO OUR ADVANTAGE. IT IS A VIEW WHICH WE CAN ALL ENJOY.



CELOSO RIO

Un grupo de pseudo andinistas nos concertamos para escalar la montaña más alta del lugar (2.000 metros sobre el nivel del mar), en cuya cúspide encuéntrase ubicada la gran laguna "EL CHIVO". Avidos de aventuras, deseábamos conocer y saber, de fuente fidedigna, algo de los misterios que dicha laguna encierra.

Bien apertrechados de vituallas y equipo necesario para una semana de estadía en la alta cordillera, partimos un día trece de enero. El desafío, para quienes jamás habíamos escalado una montaña, especialmente ésta, por lo escarpado del terreno, era algo que nos preocupaba. No habría tenido mérito alguno haber llegado a la cima de la montaña en auto, por un espléndido camino carretero. Acometimos la aventura con optimismo y fe en el éxito. Lo conseguimos, no sin antes haber experimentado algún accidente menor. Por ejemplo, a nuestro hombre guía, en un instante de descanso, a 1.000 metros de altura, al proceder a descargar su mochila se le suelta y rueda velozmente cerro abajo. Caso perdido.

Llegamos a la cima bastante agotados, muy entrada la noche. Levantamos nuestro campamento. Tempranamente estábamos en pie, disfrutando de la visión de un panorama maravilloso. Un grupo mediano de turistas iniciaba un tour por toda la periferia de la laguna; nos asociamos a ellos. El patriarca del lugar, un venerable anciano de luengas y blancas barbas, de 80 años de edad, con un físico privilegiado, nos sirvió de cicerone y nos relataba, con lujo de detalles, lo que él sabía sobre los misterios que envolvían a la inmensa laguna.

- Se cuenta -nos dijo- que un gigantesco CHIVO NEGRO, habitante solitario de la alta montaña, paraje inhóspito por naturaleza, acosado por la sed, recorría día y noche grandes extensiones en busca del vital elemento. Después de una agotadora prospección del terreno, su fino olfato detectó señales de humedad. La enorme sed que lo acuciaba lo impulsó a iniciar una excava-



ción que, de seguro, sería de largo aliento, sus fuertes pezuñas rasgaban la corteza por la sequedad. El esfuerzo se prolongaba por días, semanas y meses, sin embargo, instintivamente se daba cuenta de que no debía ceder. Cada vez con más bríos, el gigantesco animal proseguía su titánica labor de excavación, tanto en profundidad como en extensión. Una noche de plenilunio, excavando a gran profundidad, percibió una positiva señal de éxito, que le insufló una renovada dosis de optimismo y energías: súbitamente, brotó un gran chorro de agua y lodo que sepultó al animal sin que éste lograra reaccionar para ponerse a salvo. Envuelto en ese barroso sudario, quedó sepultado el "gran arquitecto".

Hacemos un alto. A la sombra de añosos robles nos servimos una breve pero reconfortante colación. Nuestro bondadoso y gentil cicerone nos acota:

- Lo que les he relatado es lo que ha tenido mayor divulgación en lo referente a la génesis de esta laguna, por ello se le bautizó como "LAGUNA EL CHIVO".

Continuamos nuestro agradable paseo. Apenas hemos recorrido casi un tercio de la circunferencia del lago, nos solazamos observando el majestuoso vuelo de las águilas. A poca distancia nuestra, vemos como una de estas hermosas aves de rapiña se lanza en picada, con las alas semi plegadas, a una velocidad que nos imaginamos se estrellaría contra el suelo, pero..., ¡oooh...! ¡Qué fantástico! Apenas roza el suelo la vemos elevarse raudamente, llevando aprisionado en sus fuertes garras (porque esas no son uñas) un conejo.

- Estas escenas se repiten a cada instante- nos acota nuestro anciano y amable guía, añadiendo- Este lugar se constituyó en un centro turístico cuyo principal atractivo, para quienes buscan paz espiritual y, por ende, reposición de energías físicas, es la pesca y la caza. Corroborando lo que les explico, lean aquel letrero que tenemos allá enfrente.

Leímos: "CENTRO TURISTICO - LAGUNA EL CHIVO - 2.000 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR - SE PROHIBE LA PESCA CON EXPLOSIVOS". Seguimos avanzando, con los oídos muy aguzados para que no se nos escape ningún detalle de lo que nos relata nuestro amable guía, el que continúa:

- La leyenda en que se sustenta el misterio, uno de los tantos que encierra la laguna, se refiere a un hecho realmente inverosímil y, durante las décadas que estoy a cargo de este Parque, recorriéndolo tanto de día como de noche, nunca he visto ni oído lo que ese pasaje de la leyenda comenta: Se dice que en noches de luna llena, justo a las cero horas, instante preciso en que el gran CHIVO NEGRO, "arquitecto" de esta Cicolópea obra, pierde la vida sumergido en el lodo, desde la profundidad de la laguna se elevan potentes y lastimeros balidos de tan alto volumen que resuenan como trueno en todo el ámbito. Al cesar los quejumbrosos balidos, la laguna entera se estremece; el agua se enturbia y agita. Sorpresivamente, desde el fondo, envuelto en una gran tromba de agua y lodo, emerge el espectro desafiante del CHIVO NEGRO. Nada hasta la ribera. Alborozado, y a gran velocidad, recorre todo el contorno de la laguna. La onomatopeya de su potente pisada hiende el espacio y se pierde entre esporádicas ráfagas de viento. Al término del recorrido del espectro del CHIVO, la laguna deja de lado su aparente agresividad y se prepara a recibir en su regazo a su "creador", mientras, en lo alto del firmamento, el enorme requesón que configura la luna, observa, por entre vellones de blancas nubes, como el fantasmagórico espectáculo llega a su fin, congratulándose de ser ella la que, en cada noche de su máximo esplendor, provoca este misterioso fenómeno.

Hecemos un nuevo alto. Nos impresiona observar esa inmensa masa de agua aposentada a tanta altura; lo que más nos sorprende es cómo el nivel del agua marca, sempiternamente, la misma cota, sin alteración alguna, sabedores que minuto a minuto la laguna descarga millones de metros cúbicos para alimentar al río. Nuestra inquietud la traspasamos a nuestro buen guía, quien se limitó a contestarnos muy afablemente:

- ¡Sólo Dios lo sabe señores..!

Las cristalinas aguas se ven, además, adornadas por bandadas de aves acuáticas. Visualizamos, a corta distancia, un grupo de aves zancudas, sobresaliendo de entre éstas la fina y garbosa estampa de una gran cantidad de flamencos. Más allá, una vasta "alfombra" sobre la superficie constituida por nenúfares y otro sinnúmero de plantas acuáticas. Por sobre nuestras cabezas vemos pasar una bandada de cisnes de cuello negro que bajan a la laguna a corta distancia nuestra; al parecer no temen a la presencia del hombre.

Después de disfrutar de todas esas maravillas que nos regala la naturaleza y, también, de un reconfortante refrigerio, continuamos nuestro tour de force.

El fiel y atento guía nos advierte:

- Estamos próximos al nacimiento del río. Es el caso que no se tiene informe cierto de este "unigénito" nacido del matrimonio CHIVO NEGRO - LAGUNA. Cuéntase que, en el momento propicio, la laguna se estremece violentamente, evacuando por uno de sus costados, un gran torrente de agua, lodo y piedras, torrente que baja vertiginosa y desordenadamente con un estruendo ensordecedor, arrasando con todo cuanto encuentra a su paso en su loca carrera de descenso. La enorme "cascada", que serpenteando la montaña, fue abriendo cauce, rompe el profundo silencio de las quebradas, y se estira alegremente en la planicie, a semejanza de un enorme reptil a merced del sol. En principio se creyó que este gigantesco "tentáculo" de la Laguna sería un simple aborto de la naturaleza, pero, con el devenir de los días se transformó en un caudaloso río que llevó alegría y progreso a una gran cantidad de agricultores que vieron la posibilidad cierta de revertir el destino de sus tierras. Fue, para ellos, como la iteración del divino acontecimiento Bíblico: "Maná caído del Cielo" pero, señores, no quiero apartarme del tema que de seguro les preocupa. A continuación de los rápidos, el río se proyecta mansamente hacia su destino: servir de afluente al gran río "Matacabros". A todo lo largo del río se fueron formando pequeños trazos de playa que servían de recreación a quienes, en los meses de estío, huían de la canícula. Una de estas mini-playas quedó encerrada entre los límites de un fundo adquirido por un caballero casado en segundas nupcias, con una hija de dieciocho años, de su anterior matrimonio. Esta doncella de excepcional belleza gustaba de la natación; pero, no en albercas sino en aguas corrientes. Apenas su padre tomó posesión del predio, efectuó una visita al "mini-balneario" formado a expensas del río. Llegó al lugar, observó detenida y minuciosamente todos los vericuetos en busca de posibles atalayas. Cerciorada de que el lugar ofrecía garantía y seguridad, procedió a aligerarse de ropas. Caminando con cadencia se enfrentó al río, observándolo a todo lo largo y ancho, le agradaba estar en contacto directo con la naturaleza. El río se sintió íntimamente tocado; como por arte de magia entibió sus aguas que se tornaron más transparentes. Un suave oleaje invadió intermitentemente la "playa", mojando los pies de la encantadora visitante, ella, instintivamente, captó el sorpresivo viraje que dio el río al notar su presencia. Se dio cuenta que se encontraba frente a un río caprichoso, con vida y sen-

timientos destacables. No estaba equivocada, el río se enamoró de ella. En su afán de ofrecer a su enamorada el mejor ambiente posible, en un lapso insignificante de tiempo creó un maravilloso oasis acuático; trastocó la vertiginosa corriente en un gran remanso. Extasiada, la muchacha observaba desde la ribera el inverosímil fenómeno; comprendió que se trataba de un obsequio que le ofrendaba su ocasional e inigualable enamorado. A guisa de agradecimiento ella se desviste y se lanza a las cristalinas y tibias aguas confiadamente. Nunca antes había disfrutado de algo tan maravilloso. El río, complacido, sólo anota a su haber la alegría de recibir en su acuoso regazo a tan encantadora beldad. Esa tierna y romántica escena se repetía a diario. Entre río y dama había nacido un sorprendente romance...

Nuestro gentil y bondadoso guía nos hace una señal, lía un cigarrillo, y nos dice:

- Por favor, señores, pongan oído. Ese ronco murmullo que brota desde el fondo de la laguna es anuncio inequívoco de lluvia, sólo chubascos pasajeros. En este tiempo tales fenómenos climáticos se suceden a menudo. ¡Observen...! La dirección del viento cambia. Vamos. Busquemos refugio allí en la guarida del Puma. Es una amplia cueva horadada en una enorme roca. Está abandonada, los Pumas fueron ahuyentados y no merodean por el lugar...

Nunca habíamos tenido una experiencia tan singular. Entramos a la gran cueva, aún perduraba en ella el olor característico de la fiera. Se nubla. El viento arrecia. Un relámpago; a continuación el trueno. La lluvia no se hizo esperar. Una fuerte granizada oscureció totalmente los ámbitos de la montaña. Todo pasó rápido. Aún era temprano. Preparamos el retorno al campamento. Nos picaba la curiosidad por conocer el final del relato de nuestro guía, por lo tanto, le pedimos que continuara con él...

- Como les explicaba, el encuentro de esta desigual pareja se sucedía a diario. Una tarde, la hermosa joven llegó acompañada de su novio; a medio vestir, jugueteaban plácidamente en la suave arena, al darse cuenta el enamorado río sufrió un fuerte ataque de CELOS, previendo que ellos disfrutarían de sus cálidas aguas revertió por completo la fisonomía del remanso, el agua se tornó turbia y extremadamente helada, así, cuando los jóvenes se propusieron darse un excelente baño quedaron atónitos ante el brusco cambio experimentado. Frustrados sus deseos, cavilando respecto al misterioso fenómeno, se retiraron del lugar sin mayores comentarios; pero... con una tremenda "espina" metida en sus mentes. La ausencia de la joven por varios días provocó en el río una furia indescriptible, aumentó tan peligrosamente su caudal que, con extrema violencia, salió de madre e inundó sembrados y viñedos ribereños. Tres días de inmisericorde destrucción. Aplacada la furia, retorna a la normalidad. En su fuero interno el CELOSO RIO, diabólicamente, preparaba su desquite. Una asoleada tarde, la hermosa joven vuelve al río, éste, fingiendo una aparente calma, presenta a su "coqueta amada" la misma faz del remanso que ella conocía. Entre paréntesis: se cuenta que entre estas "diabluras" andaba nada menos que EL CHIVO NEGRO; que en más de una ocasión habían percibido su presencia a lo largo del río. El hecho es que la dama se desnuda, como era su costumbre, se zambulle en las cristalinas y recalentadas aguas, totalmente inocente de lo que el río tramaba contra la "infidelidad" de su enamorada. Ella, semisumergida, nada con gracia, sorpresivamente una fuerza irresistible la inmoviliza y la sumerge hasta el fondo, en donde una tromba de lodo la sepulta por la eternidad. Desaparece el remanso, el CELOSO RIO retoma su primitivo estado. La desaparición de la bella joven moviliza a todos los servicios y sectores, coadyuvando infructuosamente en la búsqueda del cuerpo de la infortunada...

*Un determinante grupo de narradores, conocedores de esta leyenda, agregan al episodio que, en los meses de estío, a eso de la hora del Angelus, se ve, en el sector del otrora remanso, sumergida en las claras aguas del río, nadar alegremente a una hermosa "sirena", cuidándose el CELOSO RIO, de impulsarla hacia la superficie...*

*Gratificamos generosamente a nuestro gran amigo y cicerone. Nos despedimos de él prometiéndole que algún día volveríamos. Al día siguiente emprendimos el retorno hacia nuestros hogares, trayendo con nosotros, como rico aporte a nuestro curriculum vitae, una experiencia realmente inolvidable.*

**JOSE G. RAMOS ALBORNOZ, 79 AÑOS  
AGRICULTOR  
MARCHIGUE, VI REGION**



## SEGUNDO PREMIO

### "POR QUE LA LOICA TIENE EL PECHO COLORADO"

**A** comienzos de septiembre, hace muchos pero muchos años atrás, en un rincón de Santiago, hacia la cordillera, todos los animales eran amigos, tanto el león con la oveja como el zorro con los conejos...

Fue así como sucedió que un día se formó una gran fiesta, cerca de un riachuelo, para que los del agua salieran a compartir.

Eran como las cuatro de la tarde y el León dijo al Tiuque, al Charcán y al Tucuquere:

- Ustedes serán los que formen y preparen todo.

En eso bajó Dios, diciendo:

- Yo doy permiso para que todos, exceptuando alguno, vengan a la fiesta, será algo bueno para compartir.

Dios no dijo quien era el animal excluido y nadie le preguntó.

Al rato, el bosque entero estaba adornado muy lindo, con copihues y con hojas de totora, todo se daba para bien.

Comenzaron a llegar los invitados, de a dos, en carruajes tirados por hermosos animalitos que eran venados y ciervos: llegó el León con la Leona, el Toro y la Vaca, el Burro y la Burra.

Todos los otros que podían llegar volando, se paraban en grandes pinos, y comenzó la fiesta.

El Gallo era el invitado de honor, por lo que a él se le allegaron catorce gallinas. Tenía una corona que le habían regalado en otro baile.

Comenzaron a bailar.

El Zorzal y el Jilguero trinaban hermosas cuécas.

El Loro era el encargado de vigilar las carretas y sus venados.

Comenzaron también a llegar los carros con el trago y la comida, todo se daba para bien.

La Culebra bailaba con el Sapo, la Rana con un Conejo, los pájaros todos eran amigos, el Aguila con el Quelitehue, el Zorro con la Liebre y



así, como a las dos de la mañana, comenzaron las adivinanzas.

Alguien lanzó ésta:

- De la cordillera vengo, montado en un gran caballo, con mi carita redonda y mi colita de rayo.

Todos se pusieron a pensar hasta que alguien dijo:

- Es el agua.

- No era el agua- contestó el adivinador.

Otro dijo:

- Los cerros.

Pero tampoco eran los cerros.

Alguien, que estaba detrás de una mesa de colihue, propuso:

- ¿Por qué no paga con un trago al seco el que no adivine?

- Bueno- dijeron todos -buena idea.

- Yo ya sé lo que es- dijo la Turca.

- ¿Qué es? - le preguntaron.

- Todas las nubes- les contestó la Turca.

- No son las nubes- aclaró el adivinador, y la Turca se tuvo que tomar el trago al seco.

De repente dice el Guairao -es el sol- y adivinó.

Entonces el Peuco habló:

- Yo quiero decir una.

- Dila no más- le contestaron y el Peuco comenzó:

- Una vieja larga y gruesa, que da flor en la cabeza.

Otra vez se quedaron mirando.

El Picaflor fue el primero en decir:

- Yo sé.

- Dilo- desafió alguien.

- Es el eucaliptus- aventuró el Picaflor.

- No es el eucaliptus- dijo el Peuco y el Picaflor se sirvió al seco.

La Tagua dijo:

- Yo no vuelo mucho, pero eso es el canelo.

También se tuvo que servir al seco.

- Eso sí que yo sé lo que es- dijo el Gorrión -esa es la palma- y era la mata de palma.

En eso estaban cuando alguien empezó a brindar:

- Brindo porque sé brindar y porque sé brindar yo. Primero brindo por la Dama Juana y por las piernas de la señora del Jilguero.

Alguien respondió:

- Cuando me ponga a brindar, brindo porque comienzo, ahora no molestis a nadie, yo brindo por tu señora.

Esto sacó aplausos y risas y más que nada burlas. En eso llegó el Pato, el cual se metió al agua del río y se puso a nadar. Todos siguieron bailando, la fiesta ardía de lo buena que estaba.

De pronto entró uno que no había sido invitado, por su mala fama de aniñado. Ese era el Chucho que llegó buscando el odio inmediatamente. Venía con un sombrero al ojo, unos zapatos de cuero negro, un poncho de castilla, un cinturón con un puñal con mango de piedras preciosas y la infaltable guitarra con clavijero de plata.

Cuando el Chucho llegó, todos se quedaron callados y se miraban unos a otros. En eso dijo:

- Traje mi guitarra para alegrar la fiesta, ¿oh no?

Todos contestaron:

- Sí, claro.

- Sírvese un trago, dijo alguien que estaba cerca.

- ¡Que toque algo!- dijo otro, y comenzó a sonar su guitarra. Tocaba bien el Chucho y trataba de lo lindo.

La Golondrina se enamoró de él y le habló:

- Dígame un verso bueno.

El la miró y dijo:

- Golondrina si me quisieras, yo sería hasta tu esclavo, te serviría un asado, sólo porque soy cantor, te llevaría a mi nidito de amor, eso si tú lo quisieras.

La Golondrina se llenó de amor: total, su marido estaba durmiendo la cura a la orilla del fuego. Todos comenzaron a decir que el Chucho se había enamorado de la Golondrina, pero no era así eso. El Chucho miró la hora en su reloj de cadena que andaba trayendo en el pantalón, como esperando a alguien.

Todo esto acontecía cuando llegó un carruaje que era algo especial. De ahí bajo una doncella que encandilaba los ojos, tomada del brazo de su marido que no cabía de gozo.

Salieron a saludarla el Gorrión, el Zorzal y todos.

El Chucho, muy caballeroso, también la saludó.

Pasaron a la mesa y siguió la fiesta.

Luego apareció otro invitado, que también venía de lejos, ese era el Flaco Garza, que era su apodo.

Cuando ya estuvieron todos, o casi todos, apareció un grupo donde estaban el Piuchen, el Pájaro Niño, la Lechuza, el Chochón, el Jote y el Peuquén. Todos estos no habían sido invitados, pero, como eran conocidos, los dejaron pasar sin autorización de Dios. Ahí el Chucho sacó fuerzas para comenzar a buscar el odio.

Primero se tomó un trago de otra mesa, pero nadie le dio importancia, luego sacó a bailar a la Tenca, la cual aceptó de inmediato, hasta tarareaba las cuecas... y el tiempo seguía pasando y seguía pasando.

Serían como las tres de la mañana cuando al Gallo se le ocurrió cantar también, sin siquiera tocar la guitarra.

El Piuchen con la Lechuza bailaban.

El Jote, que venía con mucha hambre, se dedicaba a comer todo lo que quedaba en los platos. Parecía que disfrutaba comiendo todos los restos que los demás dejaban al Perro.

Por otro lado, el Gato ya estaba satisfecho, él no comía mucho, así es que estaba tranquilo en una silla, viendo como los demás bailaban.

El Chucho, luego de que la Loica Macho saliera al baño, se le dejó caer a la Loica Hembra y se puso a hablarle de amor. La Loica se hizo la que no entendía, hasta que le dijo el Chucho:

- Loiquita, mi amor, hiciera todo lo que tu quisieras, pero regálame tu corazón.

La Loica no le hizo caso y éste siguió:

- Ya pues mi cielo, ya pues mi amor, dígame algo, ¿qué no ve que estamos los dos solos?, nada más pídamelo lo que quiera y se lo concedo.

- ¿Lo que yo quiera?- preguntó la Loica.

- Sí- respondió el Chucho.

- Quiero que vaya a buscar esa banca y se siente al otro lado. Fue el Chucho bien rápido, sacó la banca y la puso al otro lado: él que se va a sentar y se le va el cuerpo para el lado y se cae. Fue el hazmereir de todos. Esto le causó tanta rabia que, en cuanto estuvo de pie, fue para el lado de la Loica y le dijo:

- No es bueno que te burles.

A todo esto, el Chucho había caído cerca del fuego y tenía las plumas de las alas con tizne, la Loica se dio cuenta y le dijo: - Tu cara está sucia.

El se la limpió con las plumas con tizne, fue más para la risa esto.

El Piuchen que estaba mirando, dijo al Chucho:

- Tu cara quedó bien tiznada, pareces tonto, ja, ja, ja- y rio él y todos.

El chucho fue derecho donde la Loica y dijo esto:

- Lo pagarás caro.

La Golondrina no dejaba de reír... ahí fue cuando el Chucho sacó su puñal y se lo clavó en el pecho a la Loica. Todos quedaron helados, nadie supo qué hacer, todos miraban solamente como se desangraba su cuerpo.

Esto era a las cuatro de la mañana, en tiempo de primavera.

El Loica Macho entró corriendo a la fiesta, se sacó su chaquetón y envolvió a la Loica Hembra, luego se sacó su chaleco y le puso un parche en el pecho.

El Gallo empezó a cantar y ahí bajó Dios y dijo:

- El causante de esto recibirá su castigo, como todo el que haya estado en esto, yo quiero una explicación, una sola palabra dirán todos y van de inmediato a hacer sus nidos como se les ocurra.

Aunque nadie había hecho nunca un nido, todos los que estaban con menos trago, empezaron.

El Zorzal estaba sobrio y comenzó a hacerlo con barro.

También el Tordo.

La Diuca lo llenó de plumas, al igual que el Chincol.

La Tenca lo hizo bien grande.

El Charcán lo adornó con hartas espinas.

*La Canastera se fue a un quisco y lo hizo como de setenta centímetros, con puras espinas del mismo arbusto y espino.*

*El Mirlo se le quiso pasar de listo a Dios y puso los huevos en otro nido.*

*El Tiuque juntó hartos palos y los colocó donde primero pilló.*

*Las Gallinas pusieron su nido en el suelo.*

*La Golondrina en una esquina que daba la ramada.*

*La Tórtola, que era la más apenada, junto con las Cuculies que no dejaban de llorar, cogió unos palos y los dejó en un gancho, estos eran muy pocos.*

*Cuando estuvieron todos listos, Dios los llamó.*

*La Gallina ciega dejó los huevos en el suelo.*

*Los Conejos lo hicieron en una cueva, con harto pelo.*

*La Liebre no alcanzó, andaba corriendo y tuvo a sus hijos en una pisada de caballo que encontró.*

*En cuanto los llamó, Dios dijo a la Loica que no moriría, que su herida sería curada:*

*- Ella, como muchos de ustedes, ha sido feliz esta noche. Por lo tanto ella no morirá, pero su pecho se pintará de rojo de ahora en adelante como señal de que en este mes comenzará la primavera. No harán más fiestas, pero la llegada de septiembre les anunciará que todos crearán un nido. Claro que todos dirán una palabra en memoria de esta fiesta. Tú Tórtola, siempre tu canto será de llanto al igual que las Cuculies; tú en cambio, Diuca, como estabas pidiendo plata para seguir la fiesta, siempre dirás diez chauchas y un cien; tú Chincol, como eres el más chico y estás acusado sólo de entrar a buscar a tu tío Agustín y te habían puesto los grilletes en las patas, siempre andarás a saltos y llamarás diciendo: ¿Han visto a mi tío Agustín?; la Tenca, como estaba tañendo las cuecas cuando sucedió esto, seguirá y dirá tacata, tacata, tacata, tira tira, corrión corrión; tú Paloma, siempre dirás acurrúcate aquí, dos veces; tú Tordo, por haber jurado en falso diciendo juraré, juraré, te vas a quedar; tú Gallo, que fuiste la atracción de la fiesta creyéndote un rey, vas a ser el rey, esa corona que tienes puesta en la cabeza estará siempre contigo. (El Gallo se la quiso sacar pero se le había vuelto de carne). Dios le agregó: siempre tendrás esa capa de varios colores, (la capa se le había vuelto plumas) y Dios siguió diciendo: tú Pichén, como te gustaba halagarle, siempre dirás todas las tardes viva el Rey, viva el Rey. Ya me tengo que ir, me esperan en el cielo. Chao, chao... y se alejó en una nube.*

*Desde ese día la Loica tiene el pecho colorado.*

**MANUEL ADOLFO BAEZ YAÑEZ, 29 AÑOS  
PEQUEÑO AGRICULTOR  
LO BARNECHEA, REGION METROPOLITANA**

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

FOR REGIONAL REGIONAL METROPOLITAN  
STATISTICAL BUREAU  
STATISTICAL BUREAU

## EL DELFIN Y LA SIRENITA

- ¡Qué hermosa es la vida! Voy a darme un lindo paseo, pero ¿qué pasa? no veo a mis amigos, sólo a sus padres que van y vienen del trabajo. ¿Dónde se habrán metido? Pero ahí viene la sirenita... qué hermosa va con esas ropas ¿irá a alguna fiesta?... ¿Adónde vas sirenita?

- Hola hermano delfín, ¿no sabes que ya terminó el verano? Voy a la escuela. Y tú ¿qué haces, quieres venir conmigo?

- Sí sirenita, voy a pedir permiso a mi mamá porque a ella no le gusta que salga sin permiso.

- Vamos a tu casa hermano delfín.

- Mira sirenita, ahí va mi mamá, parece que va de compras... ¡Mamá, mamá! ven un momento, necesito permiso para ir a la escuela con mi amiga sirenita.

- ¡Qué bueno, sirenita!, así mi hijo aprenderá a leer para que más tarde sepa lo que pasa a su alrededor, ya que yo ni su padre sabemos nada de la vida.

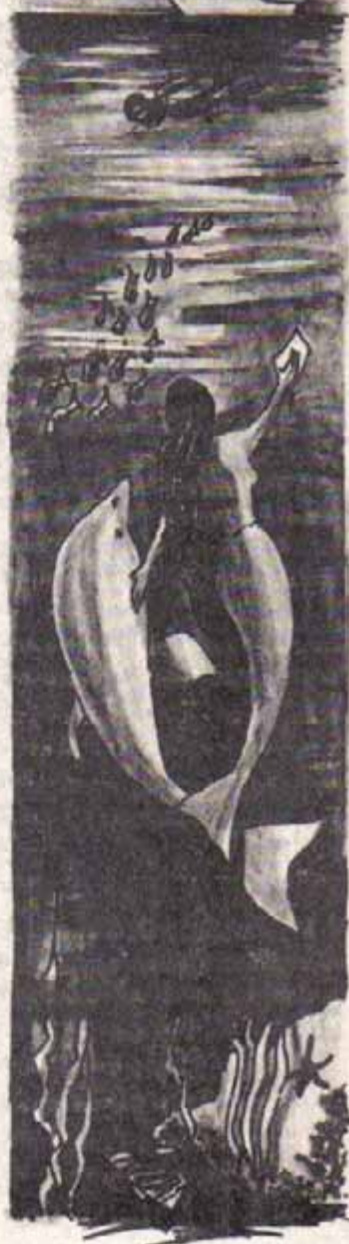
Ya estando en la escuela, la maestra felicitó a la sirenita por preocuparse de que los demás asistan a la escuela y luego dijo:

- La clase de hoy será de Ciencias Naturales, vamos a estudiar el medio ambiente. Ustedes saben que tenemos el oxígeno contaminado, por eso cada día se mueren seres inocentes que son nuestros hermanos. En la tierra hay hombres que tiran basura y eso hace que el oxígeno esté envenenado, estamos teniendo un grave problema.

La maestra citó a reunión a los padres y apoderados. Todos estaban de acuerdo con mandar una carta al hermano hombre para no tener que llegar a solucionar las cosas con violencia, como pensaban algunos animales.

Cuando escuchó esto último, el hermano delfín se puso a llorar desconsolado porque él era muy amigo del hombre y lo quería mucho.

- ¿Por qué lloras delfín?



- Maestra, lloro por mi amigo. Yo quiero llevar esa carta, no quiero que lo maten y la llevaré con mi amiga sirenita.

- Muy bien, muy bien, (dijo la maestra), estamos todos de acuerdo en que nuestro hermano delfin lo defienda, ya que él es amigo del hombre y que busque la paz para todos, así evitamos guerras.

Así se dispuso, y, muy contentos, el delfin y la hermosa sirenita se tomaron de la mano y se pusieron a cantar.

"Qué contentos, qué felices vamos  
porque juntos buscaremos la paz,  
defenderemos a nuestros hermanos.

Donde quiera que se encuentre  
con fe la encontraremos."

- Vamos hermano delfin, tomados de la mano. Vamos a buscar la paz.

Al otro día ya se encontraban listos para llevar la carta, pero el hermano delfin tenía una duda.

- Sirenita, antes que nada voy a preguntarte una palabra que tú dijiste, que a mí me dejó en duda, ¿qué significa la palabra fe?, me da un poco de vergüenza preguntarte, pero me gustaría mucho saber lo que significa.

- Hermano delfin, no te avergüences de preguntar lo que tú no sabes, que yo con gusto te voy a contestar tu pregunta: fe significa una seguridad dentro del corazón, si tú crees en Dios, creador de todo lo que nos rodea, sentirás que con esa fe hasta las montañas se mueven. Hermano delfin, ojalá mi respuesta te deje satisfecho.

- Gracias sirenita. Me gusta mucho tu desenvoltura, ya que todo lo sabes.

- Vamos hermano delfin, tenemos una misión muy importante y debemos cumplirla. La maestra ya tendrá lista la carta que llevaremos al amigo hombre y tenemos que buscar la paz lo más pronto que podamos. Iremos a todas partes, a todos los rincones, aunque sea desde el fin del mundo, tenemos que traer la paz a nuestros mares.

- Sirenita ¿y si le pedimos ayuda a ese Señor que se llama Dios?

- Hermano delfin, ese Señor Dios va donde nosotros vamos. Con la ayuda de él nos irá muy bien y hará todo para que la carta llegue al amigo hombre. Otra vez te pido que tengas mucha fe. Iremos en busca de la carta y ojalá encontremos a tu amigo pronto. Amigo delfin, tú te encargarás de entregar esa carta con mucho cuidado, porque creo que dentro de ella está la paz que tanto buscamos.

Después de saludar a la maestra, ella les entregó la carta.

- Aquí la tienen, yo como maestra de esta escuela y pobladora, les pido que la cuiden mucho, no se les vaya a extraviar. Vayan con Dios, que todo saldrá bien y cuidense mucho, miren para todos lados, ya que hay muchos peligros y no se entreguen, ya saben que tienen una hermosa misión que cumplir.

Y con un abrazo se despidieron.

- ¡Adiós sirenita, adiós hermano delfin!

- ¡Adiós maestra, hasta pronto, ya nos veremos!

Entonces emprendieron el viaje.

- Hermosa sirenita, me doy cuenta de que la maestra también nombra a ese Señor Dios, ahora creo que es lo más importante que tenemos, todos creen en El y desde hoy mismo yo también estoy creyendo.

- ¡Oh! hermano delfín, me alegro de que tú también creas en El. Ahora, si no te importa, vámonos, y asegura bien esa carta, no la vayes a perder.

- No te preocupes hermosa sirenita, que esta carta llegará muy bien a su destino.

- Mira hermano delfín, ten mucho cuidado que ahí aparece el hermano pulpo, parece que está un poco enojado. Le hablaremos para saludarlo... ¿Cómo estás hermano pulpo?, te noto un poco raro.

- Hola sirenita, ¿cómo estás hermano delfín? Me siento un poco molesto con el hombre, miren: tenía esto enredado en mis brazos, no podía moverme para ningún lado y en este instante acabo de desenredarme, pero, cuéntenme: ¿hacia dónde van tan apurados?

- Tenemos una misión muy importante que cumplir, le llevamos una carta al amigo hombre que nos urge entregar lo más rápido que podamos.

- Hermosa sirenita ¿podría leer yo esa carta y poner unas líneas más en mi nombre?

- Hermano pulpo, lo siento mucho, ¿pero tú no sabes que no se pueden abrir las cartas que no te pertenecen? Vamos hermano delfín, estamos demorando mucho y nuestro tiempo es oro, adiós hermano pulpo, disculpa lo que te dije.

- Adiós, no se preocupen, mientras más vive uno aprende más, ahora que estoy viejo sé que no se pueden abrir las cartas con otros nombres.

- Hermano delfín, ¿te diste cuenta que el hermano pulpo se molestó mucho porque no pudo leer la carta?

A esas alturas ya estaban agotados de viajar.

- Sirenita ¿se notará si descansamos aquí en estos corales y echamos un sueñito?, estoy agotado, hemos viajado mucho sin descanso.

- Bueno hermano delfín, yo también estoy cansada, pero será un ratito nada más. Te vuelvo a encargar la carta, mira que el hermano pulpo no quedó nada de contento.

- No te preocupes hermosa sirenita, la tengo bien guardada, pero, para mayor seguridad la pondré bajo mi cabecita, descansa tranquila.

Durmieron mucho rato, hasta que la sirenita despertó asustada.

- ¡Hermano delfín, hermano delfín!, despierta, parece que dormimos mucho.

- Oh sirenita, me duele mucho mi cabecita, parece que me dieron un mazazo, ¡oh! y la carta no está donde la dejé.

- Hermano delfín, tendremos que buscarla, iremos para ese lado, ahí está el hermano calamar, le preguntaremos si ha visto nuestra carta. Hola hermano calamar, ¿te molestarás si te pregunto si has visto una carta que se nos ha perdido?

- Lo siento hermosa sirenita pero yo no he visto eso que tú llamas carta, jamás en mi vida la he oído nombrar.

- No te preocupes hermano calamar, iremos a otro lado y seguiremos preguntando. Adiós hermano calamar.

- Adiós hermosa sirenita.

- ¡Oh hermano delfín!, no se me había ocurrido buscar al hermano pulpo, creo que él nos arrebató la carta...Pero si ahí está el hermano sol de mar, le preguntaremos. Hola hermano sol de mar, queremos saber si tú has visto alguna carta que se nos extravió.

- Sí, hermosa sirenita, hace unos segundos vi al hermano pulpo que iba muy contento, algo se estaba tramando.

- Qué alegría hermano sol de mar, esa carta es muy valiosa. Hasta pronto hermano sol, buscaremos al hermano pulpo.

- Hasta pronto hermosa sirenita, adiós hermano delfín.

- Seguiremos hermano delfín hasta encontrar al hermano pulpo.

- Mira hermosa sirenita, ahí está la hermana jaiva mora, le preguntaremos si sabe algo. ¿Cómo estás hermana jaiva?, ¿has visto al hermano pulpo que nos arrebató una carta muy importante?

- ¿Cómo estás hermano delfín?, acaba de pasar por aquí, en estos momentos debe estar en su casa.

- Adiós hermana jaiva y muchas gracias.

- Hasta pronto y cuidense, miren que el hermano pulpo anda de muy mal genio.

- No te preocupes hermana jaiva mora, tendremos cuidado, gracias por tus consejos.

Un poco agotados, llegaron a casa del hermano pulpo.

- Hermano delfín, ahí está el hermano pulpo, muy sentado tratando de abrir la carta.

- Hermosa sirenita, yo me muero por saber qué dice la carta, si ustedes saben el contenido, explíquennelo por favor.

- Hermano pulpo, la carta va dirigida al amigo hombre para pedirle que por favor no bote cosas sucias en nuestras aguas, para que no sigan muriendo seres inocentes, queremos la paz.

- Discúlpenme, se los pido llorando, ¡qué tonto fui en no creer en ustedes!, pero yo tenía mucha curiosidad por saberlo todo.

- No te preocupes hermano pulpo, te perdonamos porque no alcanzaste a abrirla, y no sigas llorando, hasta pronto hermano pulpo.

- Hasta pronto hermosa sirenita, me da mucha vergüenza por haber robado una carta tan importante. Discúlpame hermano delfín y por favor no le cuentes a mis hermanos mi mal comportamiento.

- Adiós hermano pulpo y confía en mí que nada contaré.

- Hermano delfín, ahora me siento contenta por tener la carta en nuestras manos. Y ahora, a buscar al amigo hombre, cueste lo que cueste y sin descanso.

- Bien hermosa sirenita, haré todo lo que tú digas pero me siento un poco agotado.

- Hermano delfín, no puedes agotarte justo ahora que falta tan poco, iremos a la casa del hermano loco y tal vez encontraremos al amigo hombre, y tú aprovechas de entregar esta carta.

- Mira hermosa sirenita, ahí está mi amigo el hombre, está sumergido con esa cosa de goma que se pone. Espérame, voy a acercarme a su lado para saludarlo. Hola

amigo hombre, si no me entiendes sube a flote para que conversemos algo muy interesante.

- ¿Cómo estás amigo delfín? ¿qué te trae a mi lado? Veo que te has puesto muy serio.

- Sí, amigo hombre, aquí traigo una carta que te la mandaron todos mis hermanos para que te la entregara.

- Dame esa carta amigo delfín, veamos que dice:

"Querido amigo hombre: Te escribimos esta humilde carta y queremos contar con tu ayuda lo más pronto posible. Lo que más nos urge es que no queremos más desperdicios, queremos que los dueños de fábricas no nos contaminen más el oxígeno de nuestras aguas. No queremos más muertes inocentes, no queremos que terminen con nuestros hermanos locos. Y no queremos más bombas porque de repente pasarán un terrible susto en la tierra y todo por culpa del hombre. ¿No se les ha ocurrido que con las bombas crecen las partículas y pueden aparecer unos horribles monstruos? Por todo eso, nosotros les pedimos que nos ayuden a purificar nuestras aguas y lo que pedimos al amigo hombre es la paz para todos nuestros hermanos, ya que todos somos hijos de un mismo Dios. Nos despedimos cariñosamente todos los hermanos que habitamos el mar."

Después de leer la carta y ver que traía todas las firmas de los animales marinos, el hombre les dijo:

- Es una hermosa carta hermano delfín, la voy a llevar donde mis hermanos mayores para que todos juntos analicemos este grave problema, yo creo que pronto les mandaré la respuesta. Adiós hermano delfín.

- Hasta pronto amigo hombre.

Luego de despedirse los dos amigos, el hermano delfín le comenta a su compañera.

- ¿Sabes hermosa sirenita? a mi amigo hombre le gustó mucho la carta, la encontró muy linda y muy interesante.

La sirenita quedó muy contenta.

- Ahora sí que me siento feliz, hemos cumplido nuestra misión hermano delfín, démonos un gran abrazo y sigamos buscando, que todavía nos falta lo más importante, encontrar la paz.

Y los dos juntos se abrazaron muy contentos, porque el hombre les prometió que muy pronto tendrían noticias buenas.

ANGELA CATALAN CID, 39 AÑOS  
DUEÑA DE CASA  
VEGA DE PUPUYA, COMUNA DE NAVIDAD, VI REGION

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or title.

Second paragraph of faint, illegible text.

Third paragraph of faint, illegible text.

Fourth paragraph of faint, illegible text.

Fifth paragraph of faint, illegible text.

Sixth paragraph of faint, illegible text.

Seventh paragraph of faint, illegible text.

Eighth paragraph of faint, illegible text.

Ninth paragraph of faint, illegible text.

# MENCIONES HONROSAS





## EL BURRO Y EL CHANCHO

Una fría mañana de invierno en la zona de Chanco, bajaba del monte un leñador acompañado de un burro. El leñador tenía por nombre Martín, pero los del pueblo le llamaban "Sansón", no por lo fortachón y grueso sino porque era pequeño y delgado, de semblante pálido y buen corazón.

Cada vez que pasaba el leñador con su burro, cargado de leña, frente a la casa de don José, quien tenía un chancho, el chancho le gritaba al burro:

- Amigo burro, ¡ven!, conversemos, tengo comida fresca y sabrosa; mi dueño me da agua limpia y cristalina. ¡Ven! ¡Te invito!

Frente a estas invitaciones, el burro respondía:

- Mejor mil palos que tus regalos- y seguía caminando.

Pasó el tiempo y, otra mañana fría y lluviosa, bajó "Sansón" con su burro cargado de leña. Pasaron frente a la casa de don José y el chancho, sacando la trompa por la cerca, decía al burro:

- Mira burro, estoy bajo techo, no me mojo y tengo comida de sobra. ¡Ven conmigo a conversar! Tengo cosas muy ricas; ¡ven, ven, ven!

Pero el burro le respondió:

- Mejor mil palos que tus regalos.

Una mañana de verano, muy calurosa, bajaba del monte don Martín con su burro cargado de leña. Al pasar por la casa de don José, el chancho, con sólo la cabeza fuera del charco de barro, le decía al burro:

- ¡Ven, ven! Mira, yo estoy en el barrito descansando, sin ningún calor, y tú sudas de pies a cabeza; más encima, vas cargado de leña. Burro, ¡ven conmigo!. Nos acostaremos y descansaremos sin preocupación.

El burro respondió:

- Mejor mil palos que tus regalos.

El chancho se quedó pensando: "¡miren el burro! no quiere pasarlo bien descansando, y yo sin ninguna preocupación de levantarme al otro día y tener el problema de buscar mi alimento, ni tampoco de caminar un kilómetro para beber agua fresca y limpia."

Pasó el tiempo y cada tres semanas bajaba el burro con su dueño. El chancho, cada vez, le ofrecía de todo lo que pudiese tentarlo.

Un día venía bajando "Sansón" y encontró en la puerta de la casa a don José, quien le dijo:

- Le quiero avisar que mi hija mayor se casará en tres semanas, justo cuando usted vuelva a bajar con leña para las calderas de la barraca.

Don Martín estrechó su mano, diciendo:

- Aquí estaré.

- ¡Tendremos de asado un hermoso chancho a las brasas!- exclamó don José.

Don Martín se despidió pues debía ir a entregar la leña.

El burro, al haber escuchado la conversación pensó: "pobre amigo chancho, cree que lo tienen con todos los cariños que desearía un animal que le entregase su dueño,

*pero lo que no sabe es que lo tratan así porque lo van a matar para el casamiento de la hija mayor de su dueño."*

*Pasó el tiempo, el burro, preocupado, pastaba cerca del campamento, mientras don Martín, afanado, recolectaba leña, pues al otro día debían de bajar al pueblo.*

*Cuando al otro día bajaba de la montaña don Martín, con su burro cargado de leña, y pasó frente a la casa de don Juan, cuatro personas ataban al chanco para sacrificarlo. El chanco, desesperado, le gritaba:*

*- ¡Amigo, ayúdame!*

*Entonces el burro le contestó:*

*- ¿Ves lo que te decía?: "mejor mil palos que tus regalos". A tí te van a matar y yo igual permaneceré vivo, cansado y libre para servirle a mi dueño, ¿no ves que "todo lo fácil cuesta caro"?*

*Y siguió por el camino, reflexionando y compadeciendo a su pobre amigo.*

**LUIS MANUEL VICENCIO SEPULVEDA, 17 AÑOS**  
**ESTUDIANTE**  
**LICEO IER, YERBAS BUENAS, SEXTA REGION**

## SENTIMIENTOS IGNORADOS

**C**omo todos los días, despertaba muy temprano para recibir al sol. Hacía muchos años que gozaba de aquellas caricias tibias, esperándolas impaciente para repartirlas a sus hijos.

La madre estaba un tanto vieja, ya eran muchos los amaneceres que habían pasado por su vida.

El sol, unas veces generoso y otras veces esquivo, se acostumbró a regalarle su calor, convirtiéndose en su compañero de cada día.

La madre, era una parra vigorosa y bella: Doña Parra, de esas que existen en el valle grande de Aconcagua.

Ella había parido muchos hijos a lo largo de su vida y, resignada, los vio alejarse, maduros y hermosos.

Era época de lana y, tijerones en mano, le eliminaron a diestra y siniestra aquellos sarmientos que eran tan suyos. Debía olvidar el dolor que le causó ver tirados en el suelo los trozos lignificados conteniendo la vida, porque las yemas fértiles ya protegían entre sus brácteas, como una madre embarazada, a ese pequeño ser que un día sería racimo.

No obstante, Doña Parra, ya no sentía pena, porque, además de experiencia, tenía inteligencia.

Había visto abandonadas a algunas de sus semejantes en un parronal cercano, éstas no habían sido podadas y el espectáculo era deplorable. Se veían tan feas, llenas de ramas largas, hojas amontonadas y esos pobrecitos racimos se habían quedado tan débiles y pequeños. En cambio, ella estaba radiante y despejada, luciendo con orgullo a sus hijos fuertes, grandes y vigorosos. Entonces comprendió que valían la pena el sacrificio y el dolor de ser mutilada cada año. Hasta entonces, Doña Parra no sabía si el ser humano era su amigo o su enemigo, su cuidador o destructor, y fue Dios, el Señor de la naturaleza perfecta, el que le dijo que se entregara confiada a las manos del hombre campesino, cuya misión era ayudarla para que fuera madre de hijos sanos y bellos, que serían causa de mutua alegría.

Doña Parra, se quedó muy feliz al comprender que Dios le había destinado un hermoso deber, el de entregarlo todo, el de ser madre. Ahora, allí estaba ella, viendo crecer y desarrollarse a sus hijos, siempre alerta para avisarles cuando venían los hombres con trajes de plástico amarillo, a lavarles la cara con algún líquido fuerte o sin olor, que nunca supo para qué servía, pero suponía que para algo bueno. Entonces, venía su amigo el sol, que extendía su cálido manto y los secaba uno a uno, con la dedicación de un padre.

Doña Parra sabía más o menos lo que ocurriría, ya que cada año era lo mismo. Sin embargo, los cambios siempre la sorprendían y le costaba reponerse de ellos; fue así que se vio enfrentada nuevamente al dolor, al ver a sus hijos, los racimos, esparcidos en el suelo, sin vida. Esta vez, habían sido las mujeres, las que hurguetearon con sus tijeras raleadoras, las que desbrotaron, deshojaron y botaron a sus racimitos. Mientras esto sucedía, ella cerró sus ojos, en una nueva entrega de amor, y esperó paciente. Sólo cuando ya no sintió sus voces, ni sus risas estridentes, ni sus radios por-

tátiles, comprendió que se habían marchado y entonces, abrió tímidamente sus cansado ojos y vio con tristeza que algunos ya no eran parte de ella. No obstante, lo sabía de antemano y, con el corazón fuerte y palabras sinceras, había hablado previamente con todos sus hijos, advirtiéndoles lo que pasaría algún día, dejándoles en claro que no todos continuarían a su lado. Les explicó que el sacrificio de algunos, daría mejor calidad y mayores expectativas a los restantes. Ese debía ser el consuelo para todos, ya que morir por una noble causa es más gratificante que vivir causando daño. Además, los destinados al sacrificio, sólo pasaban a otra etapa, ya que no morirían realmente y se incorporarían a la tierra, al perfecto mundo de la micro vida. Con estas enseñanzas, los racimitos en formación, y toda el área verde de Doña Parra, no tuvieron miedo cuando sintieron a las mujeres, sino que al contrario, los racimos y brotes débiles y mellizos, seguros candidatos, comenzaron a despedirse de los demás muy alegremente.

Más, Doña Parra, miraba pasmada como se derrochaba su energía y le costaba aceptarlo. Nuevamente fue Dios quien la animó y la instó a seguir adelante.

El hombre, su cuidador, creyó que tan sólo con agua se le pasaría la pena. Dios le dijo que su sangre nutritiva debía correr en función de los hijos que quedaban, para disponerlos a un gran viaje.

Entonces, Doña Parra, sacudiéndose su tristeza, dedicadamente, cuidó a sus hijos día a día, espantando burritos, chanchitos y conchuelas y aliándose al sol, para evitar los hongos y pudriciones.

Y así, transcurrieron las semanas y los racimos se llenaron de color, vigor y dulzor, llegando el día en que tuvieron que despedirse para siempre de su madre. El ambiente así lo indicaba, ahí estaban los rostros ya conocidos de los hombres, sus tijeras, sus cajones, tractores y ramplas, haciendo tanto ruido.

Un aire suave se acopló a la despedida, haciendo mover las hojas, como pañuelos agitados en un adiós y los hombres cosechaban con rapidez y seguridad.

Esta vez Doña Parra estaba feliz y satisfecha. Había cumplido su misión, entregando hermosos racimos, eso era su felicidad y su objetivo, producir en abundancia y calidad. Sin duda lo había logrado, gracias a Dios y a esos hombres y mujeres de esfuerzo, que trabajan en los campos chilenos y que hacen posible que todo el mundo pueda disfrutar de un exquisito racimo de uvas.

Mientras Doña Parra se disponía a disfrutar de un merecido descanso, sus hijos viajaban felices y expectantes en rampla, dentro de un cajón, rumbo al packing.

Al llegar allí, se encontraron dentro de una gran cámara de madera, desde donde emanó un gas tan irrespirable, que los pobres racimos empezaron a toser, estornudar y lagrimear, algunos hasta se desmayaron. Al cabo de un rato, se abrieron las puertas y, de a poco, todo volvió a la normalidad. No sabían lo que había pasado, pero, como decía su madre, debía ser algo inventado por los hombres para su bien.

Y allí estaban, todos confundidos y apilados en bandejas, junto a otros racimos. Sospechando que se separarían, comenzaron a despedirse, bromcando sobre el destino de cada uno: los más grandes se imaginaban en Japón; los medianos, en U.S.A.; los más dorados, en Arabia; los más pequeños, aunque de bayas grandes, creían que no viajarían y que se quedarían para regocijo de los chilenos.

Sin darse cuenta, llegaron a manos de las mujeres, ¡ay, sí! las mismas mujeres del campo, con sus voces y sus risas y lo que era peor, ¡sus tijeras!. Lo que ellos no sa-

bían, era que las mujeres, eran su pasaporte de salida y que ellas definían su destino, al clasificarlos de acuerdo a sus características, después de eliminarles o corregirles sus defectos con las tijeras.

Los racimos estaban muy confundidos y nerviosos al ser tan detenidamente observados por varias personas. Se sorprendieron aún más, cuando los fueron envolviendo uno a uno en papeles muy suaves y los depositaron en cajas acolchonadas de madera. Observaron que otros racimos eran colocados en cajas de cartón, dentro de sobres de papel y otros de plástico, y pensaron que tal vez ellos irían para diferentes partes, por eso todos no iban vestidos igual, ya que algunos llevaban hasta corbatas.

Los racimos creían que ya estaba todo listo para el viaje y ya se rumoreaba entre ellos que se irían en un gran barco, esperando expectantes, cualquier movimiento.

Entonces, se aproximó una grúa horquilla y transportó el pallets donde se encontraba la mayoría de los hijos de Doña Parra. Ahí creyeron que el momento había llegado por fin, sin embargo, nunca se dieron cuenta de ello, porque comenzaron a sentir un frío terrible, jamás imaginado e imposible de soportar, la luz que lograban ver a través de las rendijas de las cajas se fue apagando, y todas sus células se fueron durmiendo y el tiempo se detuvo indefinidamente para ellos.

Su belleza y excelente presentación los hizo merecedores de un viaje en primera clase hacia el Lejano Oriente y Estados Unidos. En el packing, no hubo nada que hacerles, sólo embalarlos y aún se comenta que fueron los mejores racimos de la temporada. Ellos no lo supieron, pero su madre sí. Dios se lo había dicho.

**MERCEDES GEMA PIMENTEL BAHAMONDES, 29 AÑOS  
TECNICO AGRICOLA  
SAN FELIPE, QUINTA REGION**



## LA TRIBU ATORMENTADA

**S**ucedieron estos hechos hace ya mucho tiempo, cuando nuestros antepasados disponían de toda la tierra y se alimentaban de los frutos que les brindaba la naturaleza.

Conocían ellos cada rincón de los montes, quebradas y fangos. Ño Renaico era el jefe de la tribu, que estaba compuesta por muchos indios, los que todavía hablaban el Mapuduwgün.

En uno de los fangos había un verdadero criadero de culebras, más largas y gruesas que las conocidas. Cipriano, que se percató de ello, dio aviso al jefe.

- Ño Renaico, hay muchas, largas y gruesas, puede ser un peligro para los niños-dijo esto en su idioma.

El jefe, que era el más anciano de la tribu, el que tenía más experiencia de la vida, dijo, con toda calma y serenidad:

- Hijo, todos somos creaturas del que está en el cielo, si El dio vida a esos animalitos, que vivan, nosotros no podemos quitársela. El nos puso en esta tierra y a otros seres también, y ¿quién sabe si a lo mejor nosotros merecemos vivir menos que ellos?

Cipriano comprendió al instante y lo hizo saber a los demás en la tribu.

Pasaban los días y todos hacían sus trabajos en gran armonía. Las mujeres lavaban, cocinaban y arreglaban sus rucas.

Los hombres salían a explorar sus bosques, a pescar y cazar lo necesario para el día. Ellos cazaban de vez en cuando y sólo el animal que estuviera en abundancia, porque su jefe siempre decía:

- Hijos, cazar es quitar la vida a un hermano animal, por eso no cacen todos los días, y busquen lo que está en abundancia, lo que escasea déjenlo que se multiplique.

Los niños salían a divertirse a los montes, jugaban a trepar árboles, probaban así sus habilidades. Pero, en el grupo había uno que era el mejor, él era Curri, el nieto de Ño Renaico, el jefe.

Era muy hábil, trepaba los árboles en muy poco tiempo y siempre enseñaba a los demás a hacerlo.

Curri tenía un gran amigo llamado Cofalmo, los cuales se divertían mucho juntos. Cuando ya se cansaban de jugar, recogían leña para llevarle a sus mamás en las rucas. Siempre llevaban palos muertos, nunca tocaban un árbol con vida porque el jefe les decía que no hicieran daño.

Los días pasaban y la feliz familia de Curri se unía cada atardecer para dar gracias al que todo lo creó, por lo bonito del día y por las maravillas de la naturaleza.

- La mamá de Curri se llamaba Mahuida y era la princesa de la tribu, porque era la séptima hija del jefe, entre ellas no había nacido ningún hombre.

La princesa era casada con Cipriano al que le correspondía ser el jefe cuando fallara la salud de Ño Renaico.

La tribu estaba cercada por un gran río, ancho y profundo, que los hombres se atrevían a explorar sólo en canoas, pero nunca se atrevieron a cruzarlo y desembarcar al otro lado porque temían encontrarse con bestias feroces y, según sus creencias, esa tierra era santa y vivían en ella sólo las almas.

En el fango vecino las culebras crecían, engordaban y se multiplicaban rápidamente; durante todo ese tiempo los hombres habían podido comprobar que éstas eran altamente venenosas, pero en los meses de junio y julio ellas invernan. Se sumían en el barro del fango a unos veinte centímetros y quedaban como muertas, se les podía tocar con cuidado y no sentían.

Un día, los niños jugaban entusiasmadamente a la chueca cerca del fango. Curri y Cofalmo eran compañeros de equipo y eran los mejores. Con gran alegría saltaban y gritaban celebrando cada punto. Recibían abrazos de sus compañeros y más de algún "¡así se hace!" del equipo contrario, pues, a pesar de ser perdedores ellos consideraban que lo primordial era jugar y divertirse.

Llanca, un jugador del equipo contrario, dio un golpe brusco a la bola para anotar un punto. Curri la desvió y Cofalmo, velozmente, corrió tras ella que se dirigía al fango, pero, cuando la alcanzó, "perdió pie" y cayó en él sin poder afirmarse en algo. Fue descendiendo poco a poco. Sus compañeros llegaron al segundo. Curri cortó una vara de pitra y rápidamente se la presentó a Cofalmo, el que, sin dudar un instante, se aferró a ella.

Todos forzaron para tirarlo al exterior. Lograron sacar a la superficie gran parte de su cuerpo y vieron, en ese instante, que cientos de culebras, vorazmente, desprendían trozos de carne de las piernas de Cofalmo.

Volvieron a jalar y la vara se quebró, pero Curri, hábilmente, tomó la mano de su amigo y entre todos lograron sacarlo.

Al tiempo que su cuerpo subía, las culebras se desprendían.

Mientras Curri y otro niño limpiaban las heridas de Cofalmo, otros dos buscaban yague, el que fregaban entre sus manos, dejando caer el jugo en las heridas para refrescarlas.

Mientras tanto, los demás compañeros hacían una especie de camilla con ramas de los bosques, y con hojas suaves la cubrieron en forma de colchón. Así trasladaron a Cofalmo a la ruca donde estaba su mamá, Curén, que, al momento, preparó emplastos de hojas para curar las piernas de Cofalmo, el que entre ayes! de dolor lo permitía.

Al anochecer todos fueron a su casa, la tribu completa se había enterado; fue entonces cuando Curri dijo a Mahuida la princesa:

- Mamá, yo soy el culpable de que Cofalmo esté sufriendo. Me duele el corazón al pensar en el dolor que debe sentir. ¿Quién se iba a imaginar que las culebras eran carnívoras?

La princesa dijo:

- Curri, hijo, no te culpes y no temas nada, porque ya fui a casa de Curén y di a ella el secreto contra el veneno de esas culebras. A tu amigo no le pasará nada.

Curri soltó el llanto y reiteró:

- Yo tengo la culpa. Si yo hubiera permitido que Llanca marcara ese punto todos estaríamos todavía felices.

Los días pasaron y Cofalmo estaba mejor, con excelente ánimo mientras sus amigos lo llevaban al bosque, pues no podía caminar porque sus piernas estaban muertas por el daño de las carnívoras.

Curri, a pesar de andar a veces con el ánimo decaído, se mostraba siempre alegre cuando hacía compañía a Cofalmo, pues todavía se consideraba culpable, hasta que un día Cofalmo le dijo:

- Oye Curri, yo se que tú te consideras culpable, pero no lo eres. Aquí la culpa la tuve yo, pues no debí seguir la bola hacia el fango. Pero lo hice por mostrar mi habilidad para correr.

Curri alegó que él era el culpable y se armó una discusión entre ellos, hasta que por fin Cofalmo le dijo a Curri:

- Está bien, está bien amiguito, los dos tuvimos culpa.

Y se abrazaron entre risas que brotaban de sus labios al mismo tiempo.

Todo había vuelto a la normalidad, la felicidad inundaba de nuevo la tribu y el jefe había querido hacer un rito para pedir al Rey del mundo por la salud de Cofalmo. Esa noche, hombres y mujeres danzaban en torno a una fogata, mientras los dos felices amiguitos sonreían abrazados junto al jefe, Ño Renaico.

Ño Renaico mandó a llamar a Cipriano para decirle que su salud estaba algo mal y que, como él debería asumir de jefe, después le contaría un sueño que había tenido una de esas noches.

- Hijo, escucha atentamente y analízalo, yo ya no soy capaz:

Yo me encontraba sentado en una nube, de pronto vi muchas bestias feroces, leones y tigres, todos juntos y rugían enfurecidos y se dirigían a la tribu. Yo gritaba a todos, pero nadie escuchaba. De pronto, un gorrión posado en un árbol, que se percató de lo que sucedía, intentó volar, pero tenía un ala quebrada y no avanzaba mucho, pero alcanzó a avisar a todas las aves del bosque, las que, llevando a sus hijos y sus nidos, volaron hasta perderse en la inmensidad. Sólo uno que se enfrentó a las fieras pronto voló y se posó a mi lado.

Cipriano se fue pensativo; mientras, Ño Renaico siguió conversando con su hija Mahuida, y mandó a llamar a las otras seis. Cuando se reunió toda la familia dio su bendición, se despidió de cada uno, se tendió en su cama, se acomodó, los miró con paciencia y dijo a Curri, "adiós gorrión..." y expiró.

Toda la tribu se vistió de luto, le dieron la sepultura merecida a su jefe con un gran ritual y dieron el cargo a Cipriano.

Pasaban los días y Cipriano, tratando de analizar el sueño, ni siquiera comía.

Un día, en hora de almuerzo, Mahuida dijo:

- Cipriano, no te pongas así, mi padre estará feliz.

En ese instante, Curri interrumpió diciendo:

- Mi abuelito me dijo ¡adiós gorrión!

Todo siguió su curso. Cipriano ya había olvidado el sueño, Curri alegraba cada día a su amigo Cofalmo, Mahuida había hecho amistad con Curén y la felicidad de los niños era igual, aunque ya no se acercaban al fango.

Un día, a mediados de junio, Llanca y Curri llevaron a Cofalmo al monte más alto porque Cofalmo quería volver a ver los paisajes de los que desde hacía tiempo estaba privado.

Llanca tuvo que regresar enseguida, porque se preparaban para jugar a la chueca, pero se volvió con el compromiso de ir a buscarlos cuando el sol comenzara a esconderse.

Curri y Cofalmo se divirtieron mucho hasta que Curri dijo:

- ¿Te acuerdas cuando trepábamos a los árboles los dos?

- Claro que sí- dijo Cofalmo con cierta pena y, espontáneamente, agregó, -pero sube, quiero verte, sube, ¿qué esperas?

Y Curri, en un par de segundos estuvo arriba y dijo:

- ¿Qué tal lo hago ami...?- y no terminó la palabra, de pronto quedó estático.

- ¿Qué pasa Curri?-, interfirió Cofalmo, pero éste lo hizo callar. Observó y luego bajó de prisa y dijo en voz baja:

- No quiero que te asustes, pero he visto a muchos hombres, no son iguales a nosotros, son de otro color y andan arriba de unos animales feos y feroces.

Al instante, Curri se acomodó a su amigo en las espaldas y descendió. Le costó mucho llegar, pues Cofalmo era de su porte y pesaba más o menos igual.

Al llegar avisó a su padre. Cipriano, como en sueños, dijo:

- ...Adiós... ¡Tú eras el gorrión Curri!

Este interrumpió y dijo:

- Padre, estaban armando rucas, pero no iguales a las nuestras, parece que van a vivir ahí.

- Hijo, tu abuelo me lo dijo; pronto llegarán los huincas y hay que prepararse.

Al toque de una trutruca toda la tribu estuvo alerta, los hombres más valientes fueron enviados a desembarcar al otro lado del río, en la tierra santa. Allí descubrieron que era un lugar mejor que donde ellos vivían y que no existían tales fieras ni almas. En canoas se trasladaron niños, mujeres y todas sus cosas, dejando las rucas vacías. Los hombres, por orden de Cipriano, acordaron darles un uso a las culebras.

- Los huincas atacarán al amanecer, con el secreto de Mahuida lograremos quitarles el veneno por un rato.

- Tomarán las culebras con cuidado y las llevarán al río, haremos con ellas un puente.

Así lo hicieron, pocas culebras sintieron y mordieron pero sin ningún efecto.

Al amanecer tenían su labor concluida y Cipriano mandó a todos sus hombres a sus nuevos hogares, él aguardó a al otro lado. De pronto se oyó ruido y las rucas arrieron.

Eran los huincas, con rifle en mano, montados a caballo.

Cipriano recordó:

- ... Y uno se enfrentó a las fieras y luego se posó a mi lado. Brotaron de sus ojos un par de lágrimas y suspiró:

- ... Adiós mi Princesa, adiós mi gorrión- y al ver acercarse a los huincas gritó:

- ¡Acá huincas, síganme!

Y corrió desesperadamente sobre el puente, pero un soldado disparó a sus espaldas y Cipriano, mal herido, siguió corriendo. Todos los soldados a un tiempo entraron al puente y de pronto... ¡Qué sorpresa!, el puente cayó y todos, con caballo incluido, se vieron en las aguas del río. Las culebras comenzaron a despertar y a desenredarse y sólo se oyeron los gritos de los huincas.

"...Sólo uno que se enfrentó, voló y se posó a mi lado..."

Los soldados que lograron huir mal heridos se fueron caminando, pero sus huesos fueron hallados al tiempo después.

*En la tribu, que ya se había dado cuenta de la pérdida de su jefe, se hizo un ritual y se entregó el cargo a Curri, que ya estaba convertido en un jovencito muy capaz.*

**HILDA XIMENA ANCATRIPAL PEREZ  
TECNICO AGRICOLA  
RAHUE BAJO, OSORNO, DECIMA REGION**

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is too light to transcribe accurately.

## LA MUERTE DE RUBEN VIAL

**B**ajo el cielo gris de la estrecha habitación, abandonado, como en un sueño nebuloso, se hallaba el ataúd.

La luz amarillenta que daban los restos de velas parecía, en su ya agónica titilación, lloverlo aún con mayor tristeza aquella lluviosa mañana de agosto.

El denso aroma de flores flotaba en confusos ritmos, despertando en la atmósfera una indescriptible soledad; todo en su derredor era oscuro y añejo; fotografías descoloridas, colgadas sobre los muros desnudos, hacían el último intento de revivir aquel patético lugar.

Una tristeza inmensa inundaba el pobre cuarto y sólo el zumbido de mosquitos y el murmullo de rezos inconclusos, deambulaban perdidos en ese asfixiante silencio sepulcral.

Rostros indiferentes y cansados, emergían inertes de en medio de los caprichosos destellos de luz que se colaban por entre todas las rendijas; era un haz pálido de día adormecido, que traía consigo los ecos crecientes de la muerte y los esparcía cual dagas luminosas de esperanza y resurrección.

El frío estertor de la muerte anunciada, sacudía con violencia mi espíritu aterido; ¡todo era sobrecogedor y ruinoso!, qué triste era aquella mañana y qué triste me resultó su muerte.

Ausentes quedaron los caminos, ausentes de sus pasos y, para toda la eternidad, ausentes de su voz.

Sellada estaba su boca y ajenos sus gestos y, ahora que la muerte lo dejaba desnudo ante todo, podía sentir que la dulzura de su pobre abandono entibiaba lentamente mi oprimido corazón hasta aquietarlo por completo.

Sé que la muerte todo lo diluye con sus invisibles girones de olvido, todo lo somete a su oscuro nicho, todo lo abraza en su fría mortaja de sueños mal paridos, hasta que el mundo termina por olvidarnos; pero, aquel singular personaje, hombre de silencios infinitos, no fue hecho para el olvido ni para la muerte; al menos en este relato y en mi corazón no será sepultado, ni tampoco olvidado.

Rubén Vial, llegaste al tiempo de iniciar la cosecha del año anterior. En el trabajo era mi segundo año, para ti, sólo era uno más.

De ti me recuerdo más o menos así:

Rubén Vial, hombre de ojos tristes; jornalero de tiempo en tiempo, hecho a mañas y quehaceres sin destino, rústico hasta en los más mínimos trazos.

Rubén Vial, hombre de trabajos sin miramientos; con la echona envainada al cinto, se diría que sin ella era como si alguno de sus miembros le hubiese faltado; ladino, por sangre y por destino, siempre que podía, avispado, oteaba al capataz del turno para darse un relajo y, de vez en cuando, si era menester, también poder pegarse una reponedora siestecita bajo los robustos y olorosos manzanos.

Para el raleo era único y esperado; Rubén Vial, yo siempre te consideré de una gran sabiduría campesina.

Rubén Vial, cabeza gacha, sudorosa la espalda; con la pala en el surco, sembrando vida, cosechando el dolor y la tierra, que bien lo amaba, paría generosa para él; por

*cada llaga un fruto, por cada injusticia más fecunda se volvía; trabajo y más trabajo, de sol a sol, la eterna rutina del peón.*

*Algunos por ahí, decían que venía del sur; más bien del norte, afirmaban otros; pero, para mí, él venía de todas partes y a todos lados llegaba; por lomajes y serranías abruptas, dominando a veces horizontes abiertos sobre valles brumosos, llegando a los caseríos de puertas cerradas y ojos inquisidores; donde se oyen personas que hacen sus vidas cotidianas, llanto de niños y canto de gallos que anuncian el paso del tiempo; por caminos llenos de barro, entre mamparos ruinosos e interminables carreteras desoladas; sendas campesinas, con álamos tronchos y tristes; por caminos de zarzales que lo perfuman todo; por anchos cauces profundos y estériles, de ríos muertos, cuencas vaciadas de vida y en dónde solo hiede la muerte; atravesando torrentes impetuosos y turbios que pulen piedras, o cristalinos esteros que se deslizan silenciosos por blandos lechos de arena, entre árboles inquietos y sombríos; por todas partes, durante toda su vida anduvo Rubén Vial.*

*Era listo y altanero; orgulloso buscador de vida, heroico en su mensaje antiguo, sin estirpe, sin edad; hablaba en ocasiones de un abuelo que no era su abuelo y que ya estaba muerto; escapó de todas las escuelas y de todos los asilos; Rubén Vial era libre, libre por necesidad, libre por costumbre.*

*De la tierra emergía su propia sangre; de cada senda, de cada atajo, de la lluvia y el negruzco polvo se forjaron sus manos; caminante incansable, hacedor de caminos, Rubén Vial, sabía de cada recodo, de cada bache y sendero contradictorio; él era como del paisaje, todo lo verde, todo lo vivo; verde de sueños y alentador de esperanzas.*

*Parecía, en su dialecto arcano y confuso, trabajoso por torpeza y, a pesar de que con tanta furia lo apesaba la ignorancia, ¡siempre!, siempre, tuve la certeza de que ese gañán de aspecto agrio y mal agestado, había sido creado por la misma mano; ¡oh!, Rubén Vial, tan simple y humano, venido también de las manos de Dios.*

*Por sus ojos oscuros, nació temprano el surco y la poda; un saludo tímido, acompañado siempre de un gesto de reverencia que se alargaba hasta su sombrero de ala cortita; él traía más temprano que el sol, la tibieza al campo y, de tanto verlo, terminó por resultarme muy familiar; no fue esfuerzo apreciarlo y aunque a veces el cansancio caía desconsolador sobre los hombros y el inclemente sol amargaba el genio, Rubén Vial, siempre dispuesto, acercó sus sonrisas mansas y generosas hasta mí.*

*Era grato ese rito de aire campesino y cara sin pretensión, era, ante mi burguesa y ridícula realidad, más querido y respetado, aún más que cualquier personaje distinguido y de relevancia pública, porque Rubén Vial estaba forjado a fragua recia y mitos heroicos; moldeado de arcilla morena y polvo de estrellas lejanas.*

*De casi veinticinco años, con el pellejo acostumbrado al rigor de madrugadas miserables, se diría que casi bordeaba los cuarenta, ¡sabe Dios!, si tantas eran sus tristezas que traía ceñidos en su cuerpo los oscuros parajes y en sus pupilas ese vago mirar del polvo sideroso.*

*Y murió, como todo aquello que se ve pequeño, en silencio, siempre en silencio.*

*Se entregó una de esas coronas de caridad, de esas que sólo se ven en los pomposos funerales, se diría que con ese gesto podrían calmarse los ánimos que generó ese triste desenlace y ahogar así, en las gargantas de muchos trabajadores, los deseos de justicia, pero todo quedó olvidado y vencido por el miedo y la ignorancia. Sólo parecía en mí arder la rabia y el dolor, sin embargo, como todos los demás, acallé en silencio*

*mis deseos de justicia, lo demás que venía era trabajo de la vida y de la muerte. Para Rubén Vial, llegaba la hora de la muerte, sin importar nada más.*

*El sueldo que se le adeudaba, por llamarlo de alguna forma, alcanzó para unas cuantas velas y la compra de un feo ataúd negro de latas enclenques y, junto con la costosa caridad de los patronos, por cierto extranjeros, de esos que no entienden al campesino, ni menos sus dolores, pagaron discretamente un nicho en alquiler, para celebrar el responso, pero, apagados los rezos, ya frío el muerto, se trasladó al difunto al patio común, al último destino de los que viven y mueren sin nombre y sin casta.*

*Y fue enterrado, así como se entierra algo sin valor, sin llanto, sin cortejo y sin deudos; tal vez, en algún recodo de algún camino, lo aguardará ese abuelo que no era su abuelo, para marchar juntos por los eternos caminos de Dios.*

*Qué triste era aquella mañana de agosto y qué ingratos me parecieron todos los caminos, ¡todo!, todo se deslizó entre las sombras de la noche y yo, que desde lejos lo lloraba, desde lejos le dije adiós.*

*Rubén Vial, desconocido para todos, viajero errante; de todo un poco hiciste en la vida: para vivir, trabajaste; para morir también te costó sudores; pero los hombres como tú mueren de súbito, cargando por largos años sus dolores en silencio, soportando con valor la agonía de la carne, sin medicinas, ni brebajes de viejas meicas, sabiendo siempre la muerte al acecho.*

*Rubén Vial, ahora te has dormido en el alma de los campos y en el trigal maduro se han quedado tus sueños; en las uvas a punto de estallar, tu sed llamará a otros sedientos; en pomares henchidos de frutos sabrosos se quedaron tus manos, campos que no olvidan al hombre que, extasiado, las recibió a graneles; para no morir preñados, los árboles aguardarán que sean tus manos las que los hagan parir y marcharán contigo al mundo de lo intangible, a perfumar los campos de todos aquellos que ya se marcharon. Rubén Vial, ahora sólo te abraza el silencio de la tierra agradecida, abre su llaga morena, la tierra dolorosa y, en su tibieza crepuscular, te recibe como la mejor de sus semillas.*

*Rubén Vial, te has quedado dormido en el sueño de lo eterno, aferrado a tu mortaja de luz; ahora eres viajero de caminos nuevos, temporero de tiempo completo y en tus quehaceres, divinizado.*

*Rubén Vial fue borrado de la nómina de trabajadores; de su muerte pocos recuerdan y hablan.*

*Allá, en el horizonte, en dónde se diluye agónico el sol de agosto, irá el crepúsculo a buscar su recuerdo.*

*La vida continúa sin él; las mismas rutinas y el mismo aire campesino; el lugar de Rubén, otro lo ocupó; otro desconocido, otro hombre de trabajo, otro caminante de la vida, otro, tal vez, que, inevitablemente, me lo recuerde.*

ELIZABETH LABRA SPRÖHNLE, 31 AÑOS  
TEMPORERA  
SAN FERNANDO, VI REGION

Faint, illegible text covering the majority of the page, appearing to be bleed-through from the reverse side.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

540 EAST 57TH STREET

## MI AMIGO "PILLIN"

**D**espués de muchos años de recorrer azules lejanías, llegué a veranear a San Francisco de Mostazal, con el mal de los que han bebido a grandes sorbos la vida. Con el espíritu cansado, quería buscar la tranquilidad en el campo. Hacerme agricultor.

El pequeño pueblo está enclavado en medio de sembrados de trigo, maíz, papas y tabaco. Duerme su siesta eterna a orillas de la línea férrea que lleva y trae los trenes del sur de Chile.

Cerca de la casa de una familia amiga, donde me hospedé, vivía un campesinito de once años, que tenía toda la gracia y vivacidad criolla. Calzaba ojotas y llevaba pantalón arremangado a media pierna. Había sido promovido a quinto año de preparatoria. Nos hicimos amigos y comenzamos a salir juntos a las excursiones diarias que yo realizaba para conocer bien el terreno donde pensaba convertirme en tranquilo agricultor.

"Pillín" era un gran conversador, conocía todos los caminos y cerros de San Francisco de Mostazal. A veces hacía de leñador. Se reunía con otros muchachos y, a las cinco de la mañana, se iban a los cerros a buscar leña. En la tarde bajaban con sus respectivas "cargas" y las vendían "según el porte".

Su nombre era Pedro, pero la hermanita pequeña, en su media lengua, le decía, "Pillín". Y así lo llamaba todo el mundo. En mis primeras excursiones, yo me había confeccionado un bastón que me servía para espantar a los perros. A "Pillín" le dije muy seriamente:

- Este es mi bastón de mando, de "Mariscal". Cuando salgamos de excursión, tú serás mi guía y soldado.

"Pillín", sonriendo socarronamente, como buen campesino, se cuadró militarmente y me dijo:

- ¡A sus órdenes, mi "Mariscal"!

Desde que comenzamos a salir, "Pillín" me esperaba a la salida de la casa, cómicamente cuadrado, y me hacía entrega del "bastón de mando"; él iba "armado" con su clásica honda. Cada excursión con mi amiguito "Pillín" era una verdadera fiesta para mi espíritu. Me conversaba con su sabroso lenguaje campesino y me enseñaba muchas cosas del campo.

- Cortar leña con el hacha no es naíta de fácil, hay que saber manejar la herramienta, y eso se comienza ende chiquito -me decía, "Pillín"-.

- ¿Tú sabes manejar bien el hacha?

- Güeno, hay que distinguir el hacha grande y el hacha chica. La grande que usan mis mayores, yo todavía no soy capá de usarla, es muy pesá, pero pa'la chica soy "peine" -me explicaba "Pillín", con orgullo-.

- "Pillín, ¿cómo se llama ese arbusto?

- Ese se llama "Trébol del Monte". Este otro es boldo, tiene fruto y se come.

- ¿Sabes el nombre de todos los pajaritos?

- Claro pues, mi "Mariscal". Mire, esos son zorzales, esos otros son gorriones, el que está ahí es tordo. Esas que van pasando son codornices.

- Oye, "Pillín" ¿y esas huellas de qué son?

- ¡Ah! pa' las güellas hay que ser muy entendío. Estas güellas son de zorro, pero hay que saberlas distinguir de las güellas de conejos, de culebras y de las "liguanas".

- ¿Cómo son las "liguanas"?

- Las "liguanas" son como lagartos. ¡Harto feas las condená!

En una ocasión, me hablaba del "triuque"; yo no podía entender de qué pájaro se trataba, hasta que por fin me dijo:

- Es el triuque, pues. Es que nosotros aquí en el campo le decimos "triuque", como a la tenca le decimos "trenca" y a la iguana le decimos "liguana". ¿Cachó ahora cómo es la cosa mi "Mariscal"?

Un día, ante un inmenso y hermoso sembrado, que estaba un poco distante de nosotros, le pregunté de qué era. Mi pequeño amigo dudó, se puso la mano en el mentón, y concentró su vista en el sembrado; se movía de un lado para otro y lo observaba desde distintos ángulos. Por último, muy doctoral me dijo:

- Si no son papas, son "sandiayas".

Me reí como hacía tiempo no lo había hecho. Hasta ahora, me acuerdo lo de las papas o "sandiayas". Mi amigo "Pillín" para todo tenía una respuesta, jamás se quedaba sin responder, era cuestión de amor propio. El sabía de todo lo que preguntaran concerniente al campo. En otra ocasión me mostraba unas plantaciones de tabaco; muy seriamente le pregunté:

- "Pillín", ¿dónde se siembran las cachimbas para fumar? El simpático mocoso, se desconcertó, pero reaccionó rápidamente y, con sonrisa socarrona, me dijo:

- Las cachimbas no se siembran aparte, mi "Mariscal", salen en la raíz de las matas de tabaco...

A todo el mundo conté la genial salida de "Pillín". ¡Cómo me hacía reír! El traía a mi corazón una alegría fresca y sana. En una de nuestras excursiones me contaba:

- Cuando me boto a leñadero, me voy a los cerros con otros chiquillos, apenas está aclarando el alba. Por el camino comimos frutos del monte. Pa'l almuerzo, mata-mos pajaritos con la honda, los desplumamos y con el filo del hacha les cortamos la cabeza, les abrimos el vientre y les sacamos las tripitas...

- ¿No te da pena hacer todo eso con los pajaritos?

- ¿Por qué pues, mi "Mariscal"? Tata Dios los puso en el mundo pa' que sirvan de comía.

- ¿Así lo crees tú?

- Güeno, no es que yo lo crea, la cosa es así.

- Bien. Sígueme contando, ¿y qué hacen después?

- Después hacemos fueguito cerca de un arroyo o vertiente...cada uno con su tarrito saca agua, y ponimos los pajaritos a cocer.

- ¿Le agregan algo?

- Le echamos sal y cebolla picá que traímo.

- ¿Y qué tal queda el caldo?

- Re' sabroso pues, mi "Mariscal".

- ¿Qué pajaritos prefieren ustedes para comer?

- La codorní, el zorzal, las tórtolas y la perdí, son los mejores. ¡Son más sabrosos!

- Mi papá me lo cuenta a mí; a mi papá se lo contó el abuelo; y al abuelo, se lo contó el abuelo de él.

- ¡Ah yal, ¿y...?

- Después, cuando triunfaron los chilenos en la Batalla de Chacabuco, derrotando a los "maturrangos", este godó ricacho que le cuento, una noche sacó de la hacienda en mulas, unos cajones llenos de oro, y los fue a enterrar a unos cerros de "La Angustura".

Mostrándome muy interesado le pedí:

- Bien, "Pillín", sigue tu relato. ¿Se sabe en cuál cerro enterró el oro?

- Espérese pues mi "Mariscal". No apure el ganado flaco -y "Pillín, siguió muy serio su narración: -El abuelo de mi abuelo, que dicen que nunca fue "quedao en las huinchas", ni tenía la calabaza pasmá, estaba "cateando" al godó cuando salió con las mulas cargá de oro pa' "La Angustura", y lo fue siguiendo de "atrasito".

- ¿No tenía miedo, el abuelo de tu abuelo?

- ¡Qué iba a tener miedo! Si hasta peleó junto a don Bernardo O'Higgins, y estuvo en el sitio de Rancagua.

- ¿Estuvo en el sitio de Rancagua?- Pregunté admirado.

- Claro pues mi "Mariscal". Pero eso se lo cuento otro día. Ahora volvamos a cuando el abuelo de mi abuelo, va detrasito de las mulas cargá de oro, camino a "La Angustura". El godó llegó a "La Angustura" con las mulas...

- Perdón, "Pillín", ¿el godó iba solo con las mulas?

- Solo pues. ¿No ve que como rico y miserable, tenía que ser desconfiado? El godó no tenía confianza ni en la mamita.

Miraba con admiración a "Pillín", al escuchar su modo de conversar, como si fuera un adulto; y, manteniendo mi interés, le dije:

- ¿Así que el godó ese, era un gran tacaño?

- Un amarrete de primera y desconfiado como él solo. No llevaba acompañante, pa' que nadie supiera donde iba a esconder el tesoro.

- Y cuando llegó a "La Angustura", ¿que hizo?

- Ahí se internó pa' los cerros y, al llegar a una quebrá, se detuvo con las mulas; echó mano al chuzo y a una pala que llevaba, y, en cuatro sitios distintos, enterró los cajones llenos de oro.

- A todo esto, el abuelo de tu abuelo ¿estaba oculto mirando?

- Ahí estaba él pues, "cateando la laucha", el muy ladino.

- Y el godó ¿qué hizo después?

Satisfecho y seguro que su tesoro estaba oculto, y que los patriotas ya no podían quitarle su fortuna, se volvió a su hacienda.

- ¿Y el abuelito?

- Naita e leso él, con unas piedras re grandes, dejó unas marcas disimulá, y volvió a su rancho como si na' hubiera pasao. Al otro día... ¿A qué no adivina lo que pasó?

- El abuelo de tu abuelo fue a desenterrar el tesoro -le contesté muy ufano-

- No pues, mi "Mariscal", ¡cómo se le ocurre que iba a desenterrar los cajones con oro durante el día!... Si no era tonto.

- ¿Y qué pasó entonces? -le pregunté un poco amostazado-

- ¡Usted no tiene ni idea de lo que pasó!

- Bueno, pues hombre, ¿pero qué fue lo que pasó?

- Echele cabeza, pues.

- Me doy por vencido. Sigue contando.

- Lo que pasó, pues mi "Mariscal", ¡usted ni lo sueña! No se moleste, mi "Mariscal", es que a mí me gusta hacer estas "Nuebitas". Lo que pasó... ya se lo dije, usted no tiene ni idea...

- Bueno, al fin, ¿qué es lo que pasó?

- Lo que pasó... es que al otro día el godo amaneció tieso, tiesecito en su cama. En la noche estiró la patita y se fue pa'l otro mundo, sin llevarse ni un cobre.

- Entonces el abuelo ¿qué hizo?

El muy pícaro hizo una sociedad con un amigo, muy amigo, que tenía mulas; y un día, a eso de la media noche, cuando las brujas andan por el cielo, montó en escoba, se fueron pa' "La Angustura" a desenterrar el tesoro.

- ¡Qué emocionante!

- Se internaron por los cerros de "La Angustura", y llegaron a la quebrá donde el godo había enterrado el tesoro.

- Y el abuelo de tu abuelo había dejado unas piedras grandes...

- Justito, mi "Mariscal". Me gusta que recuerde las cosas que le cuento. Entonces, se pusieron a palear y palear tierra y, cuando una de las palas pegó en un cajón del tesoro, se sintió una "tostaera" de balas, como en un combate. El abuelo y su amigo, corrieron a esconderse en unos árboles.

- ¿Los habían venido siguiendo y cuando ya iban a sacar el cajón con oro les comenzaron a disparar?

- No, na' de eso mi "Mariscal".

- ¿Entonces?

- ¡No había nadie, ni un alma!

- ¡Qué extraño!

- Después de un rato, y viendo que no aparecía nadie, salieron con un poco de miedo. Siguieron cavando, pero con la oreja alerta. Sacaban y sacaban tierra y, cuando nuevamente volvieron a pegarle al cajón, sintieron que venía una caballería al galope, a "mata caballo" ... igualito que cuando mi general don Bernardo O'Higgins, sable en mano, salió de Rancagua por entre los "maturrangos". Otra vez arrancaron a esconderse.

- ¡Qué raro, una caballería corriendo al galope en la noche!

- Eso fue lo que ellos creyeron. Pero no era na' así. No venía nadie.

- ¿Y el ruido tan grande que sintieron?

- ¡Misterio, mi "Mariscal", misterio!

El camino desde San Francisco de Mostazal a "La Angustura" es bastante largo y "Pillín", que era un conversador incansable y a quien le gustaba el interés con que lo escuchaba, seguía entusiasmado con su historia.

- Pasaban los segundos, y hasta los minutos, y no aparecía ninguna caballería. Ni siquiera alguien montado en burro... Volvieron a salir del escondite, pero ahora

medio "picaos", dispuestos a no hacer caso a ninguna cosa más y sacar de una vez por todas los cajones con el oro. Y siguieron sacando paladas y paladas de tierra, sudaban la "gota gorda", pero el interés de encontrar el oro del godó los hacía manejar la pala que daba gusto. De pronto, el abuelo de mi abuelo, sintió que nuevamente le pegaba a algo que era como un cajón y dio un grito de alegría.

- ¡Ya llegamos al tesoro, mi amigo! Mi pala tocó uno de los cajones.

- ¡Bendito sea Dios! ¡Somos ricos!

- Más que ricachones, pues amigo.

En ese instante de maravilla, para el abuelo de mi abuelo y su amigo, ¡adivine lo que pasó, mi "Mariscal"!

- ¿Qué pasó "Pillín"?

- Adivine pues mi "Mariscal". La cuestión es darle color a la cosa. Le voy a dar una pista. Cuando vieron lo que vieron, el amigo se hizo "pipí".

- ¿Y el abuelo de tu abuelo también?

- El no, era más valiente. ¿No ve que había peleado en Rancagua, al lado de mi general O'Higgins?

- Déjate de bromas y di qué fue lo que pasó.

- Pa'no dejarlo empachado, se lo voy a decir. Apareció un perro negro, negro, no un quiltro, sino un perrazo, echando fuego por los ojos y se les fue encima. Pa' que le digo, apretaron a correr más ligero que cuando eran "guainas". Ni supieron de las palas. Al día siguiente, fueron donde la comadre del abuelo de mi abuelo, ña Eduviges, que, por viejita que era, sabía mucho sobre los entierros de plata y oro. Le llevaron unos regalos y, entre mate y mate, le contaron del entierro de las cargas de oro que había hecho el godó, y que ellos, "callado el loro", habían ido a sacar. Le contaron que cuando tocaron con la pala una de las cargas de oro, se produjo una tremenda "balacera" y ellos se fueron a esconder. Después de un buen rato, sin que apareciera nadie, volvieron al hoyo y éste estaba tapado y, como siguieron cavando, vino lo de "la caballería" y después lo del perro negro con fuego en los ojos.

Ña Eduviges muy seria, dijo:

- No pues, así no se sacan los entierros. Hay que tener "poderes".

- "Poderes" ¿Qué clase de poderes? -pregunté a "Pillín".

- "Poderes mágicos" mi "Mariscal", que los consiguen los brujos con el "malulo". Pero, al entrar en negocios con el diablo, se pierde el alma. Así es que la sociedad que se había formado, acordó no buscar más el tesoro del godó.

Yo había tomado tan en serio la historia de "Pillín" que no podía convencerme cómo el abuelo de su abuelo y el amigo habían dejado perder el tesoro. ¡Realmente me sentía molesto!

¡Cuando llegamos a "La Angustura", estuve tentado de proponerle a mi pequeño amigo que nosotros buscáramos el tesoro!...

Gratos y tonificantes fueron los días pasados en San Francisco de Mostazal. En las mañanas, caminata de tres o cuatro horas con mi amigo "Pillín". En las tardes, descanso en el bosque de eucaliptus de la quinta "El Refugio", pensando en la hermosa hacienda que me habían ofrecido en venta.

Llegó el día que debía partir. "Pillín", montaba guardia en la puerta de calle. Cuando nos encontramos me recibió con su carita triste. Mientras arreglaba las ma-

letas, mi amigo se sentó en una banquita, teniendo en sus manos el bastón de "Mariscal".

Al terminar de hacer mi equipaje, toqué su cabecita de cabellos negrísimos y le dije:

- Bien, "Pillín", por última vez, hágame entrega del bastón de mando.

- A sus órdenes, mi "Mariscal" -me dijo, cuadrándose, y haciendo entrega del bastón.

- Soldado y guía, "Pillín" -le dije- por los servicios prestados, por su disciplina e inteligencia, me es grato obsequiarle, como un recuerdo, mi bastón de "Mariscal".

- Gracias, señor. -Dos perlitas brotaron de sus ojos, haciendo equilibrio para no resbalar por las mejillas-. Con su permiso -me dijo- y se fue corriendo.

Al acercarse la hora en que pasaba el ferrocarril, me despedí de los dueños de casa, que, durante esos días, me habían acogido cariñosamente. Algunos miembros de la familia me fueron a dejar a la estación. "Pillín" había desaparecido.

Estación de San Francisco de Mostazal. A un lado, la cordillera de la costa. Al otro, la cordillera gigante, imponente y majestuosa, que se levanta altiva, como un centinela de la Patria. Y, cruzando la estación, las culebras de acero, por donde se deslizan los trenes.

Gente de todas las clases sociales, se encontraba en la estación. Allí, un ramillete de preciosas flores; eran algunas de las candidatas a reina de los bomberos, quienes realizaban grandes fiestas para comprar un nuevo carro bomba porque el que tenían era del siglo pasado... y cuando corría dos cuabras, hervía como cafetera...

Había muchachas bulliciosas y alegres que regresaban a Santiago, estaban acompañadas de huasos jóvenes, bien vestidos.

¡Quizás cuántas ilusiones dejaron prendidas en San Francisco!

Con la mirada, buscaba a "Pillín" en la estación. De pronto, lo vi aparecer por la esquina del restaurant "Santiago". No sé por qué, me emocionaban sus ojitos y su pantalón arremangado. Venía con el bastón de "Mariscal" y también traía un paquete. Me lo entregó y me dijo con voz temblorosa:

- Es una gallinita, la cocinó mi mamá, perdone...

Apareció el tren, con su máquina a vapor, resoplando como un monstruo enloquecido. Agitación de la gente, abrazos, adioses, lágrimas. ¡La emoción de todas las despedidas!

El gesto de "Pillín" me humedeció los ojos. Lo abracé con ternura. Me despedí de mis amigos y subí al tren. Resopló la máquina y se puso en movimiento. Se alzaron manos en son de despedida, pañuelos al viento. Aún veo a "Pillín", agitando su bastón de "Mariscal". Yo, moviendo mi mano, le decía mentalmente:

¡Hasta pronto, "Pillín", hasta pronto!

Volveré, dejé vista una hermosa hacienda, donde puedo pasar mis últimos años como tranquilo agricultor.

¡Hasta pronto "Pillín", hasta pronto!

HERMOGENES MENDEZ IBARRA  
JUBILADO  
SANTIAGO, REGION METROPOLITANA

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is mirrored and difficult to decipher.

REMARKS: [Illegible text]  
[Illegible text]

## LA ESPUELA GÜACHA

**V**aquero, era el nombre del hombre encargado de cuidar al ganado bovino en las antiguas haciendas. Eran hombres rústicos, analfabetos y sufridos, capaces de dar la vida por sus patrones. Eran una especie de mártires, no pedían nada, recibían lo que se les daba, ellos se las arreglaban de cualquier forma antes de recibir el "Reto" de sus patrones o dioses terrenales para ellos, la lealtad era lo primero, la llevaban en los huesos.

Era el caso del vaquero Pedro Opazo, de la hacienda Casas Blancas, quien llevaba trabajando una vida entera para su patrón que, además, era dueño de cordillera en el lado argentino.

Pedro llevaba y cuidaba el ganado, en verano en la cordillera y en invierno en la costa. Sólo unos meses el ganado permanecía en la hacienda, a la salida de la cordillera, para aprovechar las talas de los potreros después de cosechar el trigo. Era una vida errante la de Opazo. Todo lo llevaba en el lomo de un macho plomo, cedido de por vida por su patrón. La bestia era su amigo.

Hombre cuarentón, delgado, de mediana estatura, de piernas largas y arqueadas que, al andar, lo hacían dar trancos como de buitre. En su cara morena y quemada por la intemperie, jamás cruzó un gesto de alegría o de pesar, siempre serio. Parco en palabras, siempre escuchaba, nunca opinaba.

Sus pertenencias las llevaba prendidas a su montura de bastos, chilposa, con coronas de cueros de oveja que servían de cama; alforjas blancas hechas de sacos harineros, un poncho chinchillo de tupido tejido y, siempre colgando de los corriones, un tarro duraznero con aro de alambre torcido que hacía de tacho y jarro a la vez. Al otro lado, un lazo de cuero trenzado ojalado a un pegual enchapado en plata.

Su vestimenta no era de la mejor, pantalones rayados encallapados en las piernas y con remiendos de sacos de harina en las asentaderas; polainas de suela café cubrían sus canillas; zapatos calamorros de cuero vuelto y, en el pie derecho, una espuela güacha que nunca se sacaba. Su chaqueta de huaso, ploma, sin ningún adorno, en contraste al negro sombrero de paño, con una ancha cinta roja a su alrededor y a la caída. Una camisa a cuadros de franela completaba su vestimenta.

Su techo era el amplio cielo, donde lo pillara la noche, cualquier pirca o cualquier árbol eran su casa. Para él lo importante eran los animales. Arreaba lento, no utilizaba perros.

Era un pastor de vacas, no un vaquero, cosa que le gustaba muchísimo al patrón que lo compensaba con las llaves de la bodega, desde donde Pedro sacaba lo justo y necesario para su humilde dieta: higos secos, charqui, harina tostada o algún puñado de yerba mate que remojaba como té. Todo lo ponía dentro de la alforja blanca.

A Pedro no se le daban instrucciones, sabía todo lo que debía hacer y cuándo hacerlo. Más bien su patrón dependía de Opazo para hacer un buen negocio con el ganado: él le indicaba qué animales vender, cuáles dejar para amansar para las yuntas de la hacienda, o cuáles dejar para la reproducción.

Las habilidades de Pedro Opazo eran el orgullo de su patrón y la envidia de los otros hacendados, pero no la de otros vaqueros, que lo conocían en terreno propio. Para ellos era un hombre sin amigos, no prestaba ni recibía ayuda en el camino, siempre

solo. Si le tocaba alojar junto a otro arreo, él hacía la cama lejos, no compartía el fuego, no era amigo ni de los chascarrros ni de las mentiras de los arreadores, menos de las "quedá en el camino" cuando llegaban a los poblados. El seguía con su ganado, arreando sin apuro.

La cordillera de su patrón la conocía Pedro mejor que su propio dueño, cada estero, cada rincón. Conocedor de las cuevas, de las pasadas en los ríos, hasta podía olfatear la cercanía de los temporales, era un cordillerano neto.

En esta cordillera, en tiempos coloniales, tenían el escondite un bandido famoso y su banda de cuatrerros asaltantes: se trataba de Donoso, lo cual dio nombre a esta cordillera. Esta banda operaba tanto en el lado argentino como en el chileno y, el producto de sus fechorías, lo escondían en una cueva de un cerro a la que nadie podía acercarse.

Cuenta la leyenda que Donoso y su banda tenían tanta riqueza acumulada, que al no ser repartida, hizo entrar la codicia entre ellos. Donoso, que era el jefe y hombre audaz, se dio cuenta de lo que estaba pasando entre los de su banda y, como hombre sin Dios y sin ley, uno a uno a sus hombres los fue matando, hasta quedarse solo con el botín acumulado. Escondió todo en otra cueva a la que sólo él sabía llegar.

Este bandido, antes de morir bajo las balas de la policía, llevó, a un ahijado que tenía en el lado chileno, a la cueva de su tesoro para hacerle un regalo. Pero, para que el muchacho no se diera cuenta del lugar, lo llevó con los ojos vendados, sacándole la venda cuando estaban dentro de la cueva.

Ahí, le dijo: "elige lo que tú quieras", mostrándole los montones de monturas y aperos que orillaban el interior de la cueva, que, en el centro, tenía cueros de vaca tendidos, sobre los cuales había montones de joyas, monedas de oro y de plata y muchas cosas valiosas.

El muchacho eligió una linda montura, un par de riendas con rendero y pasadores de plata y un puñado de monedas, las que puso en sus bolsillos. El bandido, al ver lo que había elegido su ahijado, quiso agregar un par de espuelas: buscó entre los montones, encontrando una "cogote de gallo" enchapada en plata, siguió buscando la compañera. Al ver esto, el muchacho le dijo: - Padrinito, no busque más... yo tengo espuelas.

El bandido, al escuchar esto, tiró la espuela que tenía en la mano sobre un montón de monedas.

Antes de salir de la cueva, nuevamente al muchacho le fueron vendados los ojos, montaron a caballo y se alejaron del lugar. Después de un largo cabalgar, Donoso le quitó las vendas a su ahijado: ya el muchacho no se pudo ubicar de dónde venían ni para dónde iban.

Así se cuenta la leyenda del bandido Donoso entre los cordilleranos. Algunos dicen haber buscado mucho su tesoro, sin encontrarlo, otros dicen que lo habrían encontrado.

Vinieron muchos años malos a la región. La sequía y las pestes que atacaron el ganado, empobrecieron las haciendas y a los campesinos.

En la hacienda donde trabajaba Pedro, el ganado no escapó de la pisiota, el grano, o la mancha. Hasta su macho plomo había muerto, muy pocos animales se habían salvado.

Al patrón le estaba yendo muy mal en su hacienda, sin cosechas y sin animales, las deudas lo agobiaban, no podía pagar, y Pedro temía que lo despidieran de su pega de vaquero, veía que ya no necesitaban sus servicios.

Un día, a fines de invierno, cayó sólo nieve en las cordilleras. La esperanza de lluvia se había perdido entre los habitantes. Opazo se presentó ante el patrón, a solicitarle un mular para ensillar.

- ¿Te vas a ir Pedro?, le preguntó el patrón.

- Sí señor, respondió sin mirarlo.

- ¿Y a dónde te vas a ir en este año malo, hombre?

- A buscar plata pa' usted..., contestó Pedro cabizbajo.

- Bueno, si es así, pilla cualquier animal, le dijo en tono de broma el patrón, que pensaba: "¿estará volviéndose loco?", viéndolo alejarse como rengueando con su espuela güacha de claro tintinear. Luego sonrió, pensando. "En realidad, camina como buitre..." y siguió en sus quehaceres, olvidándose del asunto.

Pedro desapareció de la hacienda por varios días, nadie supo dónde se había ido, no tenía parientes ni familiares que preguntaran por él.

La cocinera de la hacienda lo vio entrar a la bodega a llenar sus alforjas con provisiones, otros lo habían visto ensillar una mula vieja. También aseguraban que se había ido para la cordillera, pero nadie creía esto, porque había bastante nieve y a nadie se le ocurriría ir con un tiempo así.

Pasaron ocho o diez días tal vez, cuando apareció el perdido, entrando por el callejón de Casas Blancas en busca del patrón. No lo encontró en la hacienda, le dijeron que había ido a Combarbalá a arreglar el asunto del embargo de sus bienes.

Pedro no comprendía eso del embargo, sólo quería ver al patrón, así es que se dirigió a buscarlo. Lo encontró a la salida del pueblo, acompañado de otros futres que montaban caballos de la hacienda. El patrón, al ver a Opazo venir, se adelantó del grupo al trote de su caballo.

- ¡Opazo, volviste hombre! exclamó preocupado.

- Sí patrón, aquí tiene... dijo, alargándole el brazo con las pesadas alforjas blancas.

El patrón quedó paralizado al ver el contenido de ambos lados de la alforja, repletos de monedas de oro, de plata y joyas. Opazo, sin esperar respuesta del patrón, regresó rápido a la hacienda. En ese instante ya los futres llegaban.

- ¿Qué pasa?, preguntaron preocupados.

- Nada... era un peón- les contestó el patrón, invitándolos a devolverse a Combarbalá a arreglar el asunto del embargo...

Con el tiempo, la hacienda estuvo de nuevo en apogeo. Pero el vaquero Pedro Opazo ya viejo, enfermó de tuberculosis y, postrado en cama en la pequeña pieza de la hacienda, esperaba resignado la muerte. El patrón le dio toda la atención necesaria, pero fue tarde, según dijo el doctor que le hizo traer.

Agonizaba una noche Pedro, a su lado estaba su patrón y, antes de morir, Opazo sacó de debajo de las tapas una espuela, la que usaba en el pie derecho, se la pasó a su patrón y, con voz débil, al expirar le dijo:

-Pa' usted...

*El patrón cerró sus ojos y ordenó su velatorio y sepultura. En su oficina observó con atención la gastada espuela, era una "cogote de gallo" enchapada en plata, gastada ya su rodaja...*

**JUAN I. EGAÑA PIZARRO, 53 AÑOS**  
**AGRICULTOR**  
**COMBARBALA, IV REGION**

## UNA HISTORIA DIFERENTE

**E**l cansancio me atrapaba cada vez más pronto a medida que los años avanzaban y mi espalda se quebraba aún más, hasta el punto que, por momentos, parecían derrotarme.

Con un saco henchido de melones, regresé a mi casa a medio día, esperando el alegre reencuentro con mis queridos nietos, que, con sus delicadas sonrisas me inyectaban más fuerza, juventud y alegría para seguir en el largo camino que debe recorrer el campesino.

Después de almorzar, nos sentamos bajo el gran peral que, con sus pequeñas hojas, nos alejaba del infernal calor de verano; y era en aquel lugar donde empezaba la gran aventura de contar una historia.

Entre gritos y peleas de niños, parecía imposible contar una historia. Sin embargo, de un momento a otro se tranquilizaron y todos querían lo mismo:

- ¡Un cuento Tatita!, me decían con gran alboroto.

Mientras los niños querían una historia de terror, las niñas preferían una historia de amor; pero les contaría una historia diferente, una historia real.

Sin decir silencio, los niños se aventuraron a él, para escuchar una gran historia que quedaría en sus mentes y en el aire de aquel día, tal vez, para siempre.

Así comencé:

Era el año 1934, tiempos patronales, donde los campesinos valían menos que los animales, tratados igual o peor que estos últimos; eran hombres esclavos de los mismos hombres, donde debían permitir los abusos tan sólo por el alimento y por la tierra donde vivían y, además, por una miserable paga. Todos se habituaron a vivir una vida de humillaciones, abusos y maltratos. Sin embargo, había un espíritu libre que no soportaba ver a la gente que le daba vida a esa tierra, ser esclava de otros hombres que ni siquiera habían allí nacido, que ni siquiera habían sudado ni derramado lágrimas, ser dueños y señores de aquel inmenso campo, tan sólo por el dinero y el apellido que llevaban.

El dueño de aquel espíritu libre era un joven campesino que conocía esa tierra desde siempre, y desde siempre había trabajado la tierra donde vivían, que para ellos era todo, a lágrima y a sudor junto a su Madre, su Padre y a sus seis hermanos.

Muchas veces habló con su Padre sobre rebelarse contra su patrón, pero su Padre, viejo y atemorizado, lo miraba con tristeza y se iba a dormir sin pronunciar palabra alguna. Jacinto quedaba solo en aquella casa de paja y barro, pensando la forma de convencer a los demás campesinos para que se unieran, no a él, sino a su idea de expulsar a su patrón y hacer que aquella tierra fuera de quien de verdad era, de los campesinos.

Un día de ardiente sol, cuando la sombra ni siquiera regalaba un poco de brisa, enviaron a Jacinto a trabajar la sal.

Sus delicados pies de joven, sangraban por la acción que producía en ellos la sal. Era la primera vez que lo enviaban a cuajar la sal en los cuarteles. En un momento de descanso, dijo Jacinto a sus compañeros:

- Yo tengo una idea metida en la cabeza, y sé que les gustará.

- ¿Cuál es tu idea?, preguntaron sus compañeros.

- La tierra donde vivimos, donde nos sacamos la mugre trabajando, esa tierra debe ser de nosotros.

- ¿Qué querís decir con eso?, le preguntó Cachifle.

Jacinto se paró y tirando lejos la pala con la que cargaba la sal, dijo irónico:

- ¿Que querís decir?, eres tonto o te hacís, me refiero a la tierra donde vivimos. Nos tratan como a chanchos; cuando las mujeres les van a regalar gallinas a todos esos ricachones, les firan del segundo piso de la casona unas galletas, todas duras, como si fuesen perros a los que se les tira un pedazo de pan duro, ¿querís que tus hijos o tus nietos sean tratados como perros también? Esa tierra es de nosotros, no de esos malditos ricachones.

- Pero ¿qué estás diciendo?- dijo el "boca de gato", con su rostro lleno de asombro y un poco enojado, mientras el más viejo de los cargadores de sal seguía comiendo sus calientes porotos con riendas en silencio, con la cabeza inclinada hacia la arena, escuchándolo todo.

- Estoy diciendo lo que ustedes no quieren escuchar-, dijo Jacinto, con sus ojos brillantes y enfurecidos.

- Yo no te ayudaré en nada-, dijo el "boca de gato"-, no quiero que el patrón me eche de acá, ¿qué haría en otro lugar?, prefiero soportar los maltratos del patrón antes que irme-, decía esto, mientras tomaba su pala dirigiéndose a los carretones saleros.

- Pero esta es nuestra tierra, ¿por qué soportar a ese maldito ricachón?, él nos explota para hacerse más rico, mientras nosotros nos sacamos la mierda trabajando para darle al viejo lo que nosotros nunca tendremos y que por derecho nos corresponde-, dijo Jacinto, con la voz casi quebrada y triste, tratando de que sus lágrimas no cayeran en la ardiente arena para no mostrarse débil ante sus amigos.

- Yo tampoco te ayudaré- dijo Cachifle, tomando su pala y siguiendo al Boca de Gato, mientras Jacinto los miraba, con ironía, marchar hacia los carretones saleros. Entonces, su cuerpo dio un grito y, mirando al mar en silencio, las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos, mojando sus pies heridos por la sal.

- Eres un muchacho tonto- dijo el viejo campesino súbitamente. Los patrones son los dueños de todo lo que se encuentra en Pullally, tierra, árboles, laguna, iglesia, todo es de ellos, incluso, nosotros mismos. No sé quién te metió esa idea en la cabeza, pero anda sacándotela porque nadie te ayudará, nadie lo hará.

Jacinto continuaba mirando el mar sin decir palabra alguna, mientras sus puños se apretaban con furia y fuerza.

El resto del día permaneció callado, por momentos parecía no respirar, ni siquiera una mirada a sus compañeros, era como si su alma no estuviera en su cuerpo, como si anduviera buscando la tan soñada respuesta a la libertad de su pueblo campesino, Pullally.

Los días transcurrieron igual que siempre y Jacinto hablaba sólo cuando era necesario. Durante meses, trabajó y trabajó fuertemente, tratando de que aquella idea que le rondaba en su mente se perdiera en el cansancio de cada día. Su cuerpo se volvió un delgado hilo de desesperación y rencor, pero aquella idea de independización y libertad seguía dentro, muy dentro de él.

La desesperación de Jacinto lo llevó al límite de todo razonamiento, hasta hacerlo explotar de rabia y rencor.

La mañana estaba fría, pero el sol anunciaba su aparición con fuerza y calor; los pájaros cantaban y las vacas mugían al son de su cantar, en tanto un gato caía súbitamente sobre la cama de Jacinto, despertándolo. Tomó al gato y lo lanzó contra la pared, se tomó la cabeza y comenzó a gritar:

- ¡Ricachones malditos, ricachones malditos!, gritaba con histeria, rompiendo cosas contra la pared de barro de su casa. Su Madre despertó, y, asustada, intentó calmarlo, pero fue inútil. Sus hermanos y su Padre intentaron detenerlo para que las demás personas no escucharan sus insultos hacia el patrón, pero la furia le proporcionó tal fuerza que ninguno pudo convencerlo.

Jacinto se puso la ropa con rapidez y, saliendo de su casa, se encaminó a la gran casona patronal sin que nadie pudiera frenarlo.

Al llegar a la casona, cogió unas piedras y las lanzó a los cristales de los grandes ventanales, gritando insultos a su patrón. Al instante salió éste, furioso, ante las atentas miradas de los curiosos y sorprendidos campesinos que, en silencio, escuchaban las enojadas palabras del tan temido patrón, ante las cuales, Jacinto no dejaba de contestar con un insulto peor.

- Fuera de mi presencia, huaso roto, antes que te saque con los perros-, le gritó el patrón.

- Eres un ladrón desgraciado que nos has robado todo lo que hemos cosechado, incluso nos has quitado nuestras propias vidas, perro miserable-, le contestó Jacinto, con furia.

Los insultos seguían, cada vez con más fuerza, mientras Jacinto cogía piedras para lanzarlas a su patrón. En el instante en que Jacinto se disponía a tirarlas, llegó su familia y lo detuvieron llevándose a su casa. Al atardecer, el patrón envió a cinco campesinos de su confianza, a correr a Jacinto de Pullally. Jacinto salió con las manos vacías, tan solo con los gritos y el llanto de su Madre en medio del corazón, pero, ni esos dolorosos gritos harían cambiar la decisión del patrón.

Jacinto comenzó a avanzar por el camino que conducía a las afueras de Pullally, con una sonrisa en sus labios que parecía de satisfacción, su cabeza se elevaba hasta el cielo.

Al llegar al final del camino, se volvió hacia donde estaba su patrón y todos los campesinos, gritando con gran fuerza, dijo:

- ¡Malditos ricachones!, desde hoy sus días están contados.

Jacinto continuó su camino. Su silueta se perdió en medio del polvo que abunda en el campo y jamás se volvió a saber de él.

Fueron muchos años después, que los campesinos, con la ayuda de la CORA, expulsaron la vida patronal de Pullally, y así hicieron realidad un sueño que lo tenían escondido dentro de sus corazones y que al fin, en el año 1969 se hizo realidad.

Al término de la historia, un enorme silencio se apoderó de los nietos, que, con sus infantiles rostros, parecían haber quedado sorprendidos por la historia. De pronto, con voz suave, comenzaron a preguntar por Jacinto: yo les dije que nunca regresó, aunque la verdad es que regresó muchos años después, pero ya no era el mismo. Su rostro se había marchitado por el pasar de los años, su cuerpo estaba cansado por todo lo que había caminado y, lo peor de todo, es que su espíritu de libertad se había extra-

*viado en algún lugar de los tantos por los que había pasado. Hoy, sólo se dedicaba a contarles historias a sus nietos, debajo de un gran y viejo peral, en el mismo lugar desde donde un día había salido, buscando la libertad de su pueblo.*

**PEDRO HUMBERTO TAPIA PIZARRO, 44 AÑOS  
AGRICULTOR  
LA LIGUA PULLALLY, V REGION**

## CARLULLA, MISTERIOSO NIÑO ANDINO

**Y**o conocí a Carlulla, aquel niño de quien aún se habla tanto en la región cordillerana de Arica, porque viví allí, en un pequeño pueblito llamado Ticnamar. Aún era muy joven y este niño tendría entonces unos tres o cuatro años apenas.

Cuentan los pobladores que un día una pastora lo encontró, muy bien protegido del frío, llorando, al pie del acantilado más helado de una quebradilla, al otro lado del río.

Era una guagua que lloraba con un llanto suave y musical, como si entonara una melodiosa canción. Era morenito, feíto, pero irradiaba tanta simpatía que prácticamente ésta se vaciaba desde sus brillantes y expresivos ojitos. Su llanto en ningún caso molestaba, muy por lo contrario, era un llamado a sentirse feliz a quien lo escuchara.

Los habitantes no tuvieron más remedio que adoptarlo, a pesar de ser todos muy pobres, característica de todos esos pueblos aymaras, pero lo hicieron por herencia atávica, ya que todos los seres humanos llevan en su interior la bondad, que está mayormente en aquellos que más necesitan.

Y fue así como este niño, al que desde el principio llamaron Carlulla, tuvo treinta hogares en vez de uno, porque eran treinta las familias de Ticnamar.

Me imagino que le pusieron Carlulla, en recuerdo y homenaje al primer blanco que se asentó en la zona, un chileno del centro del país que se instaló con un pequeño negocio de abarrotes, explotó algunos predios que nunca habían sido trabajados y hasta emprendió la explotación de algunas minas que dieron trabajo y un mejor bienestar a esos pobres seres. El "chileno", que así lo llamaban, tenía por nombre Carlos y estuvo en la región por más de cincuenta años, hasta su muerte, dejando allí sus huesos para siempre, así como un buen recuerdo entre los ticnameños y otros pueblitos cercanos.

Para el día de San Juan, patrono del pueblo, durante la única visita que hacía en el año, el cura encargado de cuidar las almas de esas gentes, bautizó a este niño como Carlos, lo que en realidad no tuvo ninguna importancia porque los ticnameños siguieron llamándolo Carlulla, que, entiendo, es un diminutivo cariñoso para todo ser que se haga querer de ellos.

Yo tengo una teoría respecto al "ulla". Aparte de ser una demostración de cariño, inconscientemente es una manera de defender su medio ambiente, ya que suaviza el voceo del cerro cuando se llama a alguien, no violentando así la paz y bienestar del ambiente armónico, del suave rumor del río, del silencio eterno de los cerros.

Por eso, Ticnamar y todos los caseríos precordilleranos constituyen refugios de verdadera paz, que hace prolongar la vida de estas gentes de espíritus tranquilos.

Los pobladores no supieron nunca, ni les interesaba saberlo, si Carlulla era un niño abandonado por sus padres, si llegó desde las estrellas o había sido engendrado por la potencia del viento y las nubes en lo alto de las montañas de eternos hielos.

Su permanente sonrisa trajo al pueblo esperanza y alegría. Y la verdad es que desde que llegó todo, absolutamente todo, giró alrededor de él. Por ejemplo, contaban una y otra vez la gracia que hizo al entrar al potrero donde su dueño tenía aislado, y muy amarrado, al toro más bravo de la región, al que se acercó y acarició sin que éste

nada hiciera para dañarlo; también decían que había tomado una brasa ardiente en sus manos y no había llorado ni demostrado dolor.

Desde que comenzó a hablar, a todos llenó de asombro que su lenguaje aymará fuera más suave y musical que el gutural hablado en toda la zona.

El pueblo entero quedó muy sorprendido e impresionado cuando lo vieron un día en abierta y alegre charla con la Cuyaca, una india primitiva y andrajosa que jamás hablaba con nadie, al punto que todos creían que era muda, por lo que le daban por señas las instrucciones para los trabajos que le encomendaban. Y lo que a todos asombró fue escucharle un armonioso y musical lenguaje aymará, casi idéntico al que hablaba nuestro Carlulla.

Pero esta Cuyaca ¿quién era?, todo lo que recuerdan algunos pobladores es que llegó años atrás desde los cerros con un crío a la espalda en una "lijllia" de colores desleídos u opacados por la mugre y simplemente se quedó en el pueblo en donde desde entonces prestaba servicios a la comunidad pastora.

Para las fiestas era la que mascaba el maíz, con el que preparaban la chicha que se consume en grandes cantidades durante las fiestas religiosas que en verdad son muchas durante el año.

Debo aclarar que descubrí que las tantas festividades con que celebran a los Santos y a las Vírgenes católicas, eran un disfraz para celebrar -engañando así a los curas y a los extraños- a sus propios dioses ancestrales y entre ellos, especialmente a la "Pacha Mama", diosa de la tierra y a otros muchos dioses, como al dios de la lluvia.

La Cuyaca era infaltable en los velorios y funerales, contratada, según la costumbre, como "llorona". Estas eran mujeres que debían llorar, sin parar un instante, en forma de canturreo monótono en el que contaban toda la vida del finado: sus aventuras, sus viajes, peleas y amores.

A estas lloronas se les pagaba muy bien, dándoles buena comida y licor, ambos en abundancia. Y era así que durante todos los días que duraba la ceremonia, nunca dejaba de oírse a estas verdaderas profesionales del dolor.

Todo esto correspondía a la tradición en que los deudos demostraban el gran dolor que los embargaba por la muerte aunque, en verdad, no derramaban una sola lágrima.

Habían transcurrido ya cerca de ocho años y muchos de los acontecimientos que habían pasado inadvertidos empezaron a sembrar rumores.

Se decía que los enfermos sanaban inexplicablemente cuando Carlulla se acercaba a ellos y los acariciaba, especialmente en la parte afectada o dolorida; que el ganado pacía mejor y engordaba visiblemente cuando acompañaba a los pastorcitos, otros niños como él o a mujeres que pasaban todo el día y, a veces varios, en cerros lejanos en donde había un buen pasto.

Llegó a ser habitual escuchar que lo habían visto en amable coloquio con llamas, alpacas y ovejas y que estos animales le contestaban con gemidos guturales, que él, al parecer, entendía perfectamente.

Todo esto salió de Ticnamar y se desparramó por los pueblos vecinos, y por otros más lejanos, incluso de Bolivia, desde donde empezaron a llegar los visitantes para el día de San Juan, a los que había que proporcionar comida y alojamiento.

La mayoría venía ahora a conocer a este niño prodigioso, del que ya contaban tantas historias, reales algunas o imaginariamente aumentadas, y, como era lógico

suponer, el rumor llegó a la Tenencia de Putre. Entonces, el teniente hizo coincidir la ronda de ese mes con la fiesta, y acompañó a la pareja de carabineros que la hacía regularmente, ya más que intrigado al oír tantas historias sobre Carlulla.

El teniente quedó maravillado al conocer al pequeño niño.

Especialmente cuando lo vio en amable charla con las flores y se dio cuenta de que éstas correspondían a sus acariciantes palabras, sonriéndole a su manera, intensificando sus colores y aromatizando mucho más que cuando no eran acariciadas por el niño.

Llegó a decirse que hasta el puma, que antes regularmente llegaba al pueblo y mataba algún animal para saciar su hambre, dejó de constituir peligro desde que lo vieron en amable charla con Carlulla, quien lo acariciaba sin ningún temor.

Durante la fiesta todo fue normal, hasta el momento de la "cacharpalla" o despedida del patrono y su fiesta, cuando correspondía que chaltaran la tierra, lo que también hizo Carlulla, vaciando un poco de licor de su jarro a la tierra con la consabida frase de "Enhorabuena", pidiendo a la Patcha Mama que diera buena cosecha y protegiera a su gente.

Entonces fue cuando el teniente dijo friamente que se llevaría con ellos a Carlulla a Putre, desde donde lo trasladaría a Arica para terminar su crianza y darle educación, para que así no se perdiera este niño que llegaría a ser un hombre valiosísimo no sólo para la comunidad, sino para todo el país.

Y se lo llevaron.

Ya en Arica, no fue posible designarle un hogar del personal pues todos lo reclamaban para el suyo, a fin de que fuera compañero de sus propios hijos. Visto que no fue posible ponerse de acuerdo, la jefatura ordenó que el niño se mantuviera en el cuartel y así todo el personal llegó a disfrutar de la presencia de tan extraño como sabio niño.

Los oficiales quedaron abismados cuando Carlulla les explicó que el Inca no hablaba aymará, sino quechua; que Diosito, como él llamaba al Todopoderoso, era uno solo y multifacético para todos los pueblos del mundo; que la guerra era solamente una enfermedad que el hombre podía erradicar y curar con el solo hecho de meditar diariamente unos pocos minutos.

Carlulla salía a conocerlo todo. Lo primero que visitó fue la playa La Lisera para conocer el mar, del cual tantas cosas lindas y feas había oído. No se asombró en absoluto, todo lo contrario, asombró a sus amigos los carabineros al mostrarles otra faceta de esa inmensa mole líquida que es el mar. Les habló de pueblos submarinos, de animales preciosos que la gente llamaba erradamente monstruos, como delfines, ballenas, tiburones, pulpos y las mil variedades de peces que, decía él, vivían mejor organizados que los hombres que pomposamente se autodenominaban los únicos seres inteligentes del orbe.

Muchas veces lo encontraron sus amigos uniformados, en el Parque Centenario, charlando con árboles, flores, insectos y hasta con seres humanos desposeídos de bienes materiales pero que, como él, hablaban a las flores y a todo ser viviente. Entonces, asomaba a sus ojos -reflejos del alma- una felicidad incomparable para los que no conciben la felicidad obtenida con las cosas simples.

*Pero Carlulla, al poco tiempo ya no era feliz. Añoraba la fortaleza del viento, la paz de los días y las noches serranas. No podía entender la felicidad sin la presencia de alguna llamita o alpaquita a quienes hablar y acariciar.*

*Se dio cuenta que no podía seguir así y simplemente un día partió a pie recorriendo los 120 kilómetros que había desde el puerto hasta su felicidad.*

*No me atrevo ni a pensar en lo que debe haber sufrido por cansancio, hambre, sed y frío, pero me fortalece saber que logró al fin llegar a su tierra amada a vivir con ese pueblo ancestral que era el suyo.*

*Después de mucho tiempo de haber perdido mi propia felicidad, ya que, por razones poderosas hube de trasladarme definitivamente a Arica, recién ayer supe, por ese buen y gran hombre que fue Angel Yucra, que Carlulla desapareció del pueblo luego de las fiestas y la cacharpalla de San Juan, en la que chaltó por última vez, pidiendo a la Patcha Mama que no abandone nunca a tan apacible y buena gente como son los lugareños.*

*¿Dónde estarás ahora Carlulla?*

*¿Estarás con tu verdadera gente en algún pueblo aymará?*

*¿Estarás acaso en el espacio?*

*Yo creo que está ahora en su propio cielo.*

**OCIEL INFANTE MARTINEZ, 74 AÑOS  
PRACTICO AGRICOLA JUBILADO  
ARICA, I REGION**

## EL HOMBRE DE LA NIEBLA

Con el paso del tiempo, revisando algunos recuerdos de mi infancia, ya lejos de mi pueblo, recuerdo como si fuera hoy, cuando apareció por el lugar Nicanor. Claro que el nombre era lo de menos, porque en el pueblo era más conocido por Niebla. Quizás el apodo resulte un poco extraño, pero ocurre que nuestro pueblo, por su ubicación entre cerros, a veces, o mejor dicho muchas veces, amanecía con una niebla tan densa que se podía tomar con las manos. Fue en uno de esos días que Nicanor emergió de ella, es por eso que se le puso el apodo de Niebla.

Tuve muchos encuentros con Niebla. Uno de los que más me impresionó fue que, cierto día, jugando en la Quebrada del Minero, Jorgito, uno de nuestros amigos, se desbarrancó, rompiéndose el cuello, lo que causó su muerte. Todos nosotros sufrimos mucho, sólo atinábamos a mirar a Jorgito en el suelo y nadie reaccionaba para ir en busca de ayuda, uno de los muchachos fue a avisar. Niebla fue el primero en llegar a la quebrada; cuando tomó el cuerpo del muchacho en sus brazos, nos pareció ver algo muy cercano a Dios: el sol le pegaba en la espalda, sólo veíamos su silueta con el cuerpo inmóvil de nuestro amigo, su imagen nos pareció algo divino; desde ese momento Niebla fue algo especial para nosotros.

El día del velorio, la preocupación de Niebla nos causó una gran impresión. Estuvo todo el tiempo al lado de la urna de Jorgito, acompañando a la madre del niño, dándole consuelo, ya que ésta no contaba con la compañía de su esposo, que había fallecido unos dos años antes en la mina de la quebrada. Niebla la consolaba y decía:

- Mira mujer, nuestro padre hoy se ha llevado a tu hijo, antes a tu esposo, pero no debes llorarlos porque si tú los quisiste, más los quiso Dios.

Esas palabras, y la forma en que las decía, nos hicieron acercarnos más a él y respetarlo.

Mientras tanto, Niebla seguía hablándole a la mujer:

- Además, debes pensar que tienes dos hijos por quienes velar, recuerda que son pequeños y te necesitan, además, supongo que no querrás que ellos te vean llorar, porque sufrirán mucho al ver tu pena.

A veces nos extrañaba mucho que una persona llegada de la nada, en busca de trabajo a un pueblo tan pobre como el nuestro, sólo pidiera como salario un alojamiento donde dormir y las correspondientes comidas diarias. A causa de su humildad y su forma de ser, al poco tiempo con nosotros, se podía decir que todos sentíamos por él una gran admiración y él respondía ayudando al que lo necesitase.

Cierto día que volvía del colegio con mis amigos, vimos que Niebla caminaba delante de nosotros. Todos al mismo tiempo corrimos para ponernos al lado de él, como yo vivía más distante, llegó el momento en que nos quedamos solos y comencé a preguntar.

- Niebla ¿de dónde vienes?

- De la niebla, por eso me pusieron así. ¡No, eso es una broma! vengo de otro pueblo como éste, queda muy lejos de aquí.

- ¿Te molesta que te digan Niebla o prefieres que te llamen por tu nombre verdadero?

- No te preocupes Pepe, respondió él-. Luego me dijo:

- No importa como te llamen, el nombre es lo de menos, porque lo que realmente importa es el respeto con que lo hacen, y ¿sabes algo?, me gusta más el apodo que mi nombre, porque el apodo me da un lugar de origen, la Niebla, en cambio Nicanor no te dice nada.

- Entonces, te puedo seguir llamando de la misma forma.

- Está bien Pepe.

Después seguimos conversando, de fútbol, del colegio y de otras cosas.

- Bueno Niebla, nos vemos después, mi madre me espera en casa-, y así me alejé de mi amigo, porque eso era, mi gran amigo.

Pero, había algunas personas que dudaban de su forma de ser, uno de ellos era mi padre. Ese día, a la hora de almuerzo, él me preguntó:

- Hijo ¿por qué te demoraste tanto en llegar a almorzar?, parece que te dejaron castigado.

- No papá, tú sabes que soy uno de los mejores alumnos, me atrasé porque estuve conversando con Niebla. ¿Sabes papá que Niebla vivía en un pueblo muy parecido a éste?, por eso creo que se encariñó con todos nosotros.

- Mira Pepe, tú sabes que no me gusta que converses mucho con ese señor, recuerda que nadie sabe nada de él.

- Pero papá ¿por qué?, él es bueno. No necesito saber nada de lo que era antes, lo que sí te puedo decir es que siempre está diciéndonos que respetemos a todos y en especial a nuestros padres, ¿tú crees que una persona que hable así pueda ser mala?

- No digo que necesariamente pueda ser malo, pero ¿qué puede hacer aquí?, si aquí no hay nada que pueda conseguir, sólo esconderse de algo o de alguien.

- ¿Y por qué no conversas con él?, vas a ver que tengo razón, él es bueno, estoy seguro, no puede ser malo.

- Está bien hijo, yo sólo quiero que nada te suceda.

Así concluyó la conversación con mi padre. Una vez que terminamos de almorzar, ayudé a mi madre a levantar la mesa, como tenía por costumbre, para luego proceder con mis obligaciones escolares. Después de las tareas, había que hacer los pequeños trabajos que mi padre me encomendaba; en seguida, tipo 7 de la tarde, nos reuníamos a jugar fútbol.

Después de los partidos, muchas veces traté de estar a solas con Niebla, quería conversar con él, saber más sobre su familia, sus amigos, su pueblo, para demostrarle a mi padre que estaba equivocado con respecto a él, pero me era muy difícil encontrarlo a solas, porque, como todos los niños estimábamos a Niebla, siempre estaba rodeado de varios, por lo cual me era muy difícil hablar con él.

Pero, cierto día, cuando mi padre me encomendó un trabajo, que consistía en cortar un pequeño árbol, cuyas ramas, al pasar el tiempo, crecerían mucho y pondrían en peligro nuestro hogar por los fuertes vientos que en invierno suelen correr. Por eso, mi padre había decidido que lo cortara.

Esa sería mi tarea para el sábado, ya que ese día no había clases, pero, de todas maneras, decidí dejarlo para después de almorzar. Ya había iniciado el trabajo, cuando me llegó ayuda, era Niebla.

- ¿Qué tal Pepe?, parece que la leña que vas a conseguir de ese árbol va a echar mucho humo en la cocina.

- No, Niebla, si no es para la cocina, y le expliqué todo lo que me había dicho mi padre.

- Si Pepe, entiendo, si lo que dije fue sólo una broma, pero basta de palabras pomposas y más trabajo cotidiano, como decía don Guillermo.

- ¿Quién era don Guillermo?, ¿tu padre?

- No Pepe, don Guillermo era un vecino de mi pueblo que siempre que había un trabajo por hacer, decía que si uno conversaba mucho, éste no se terminaba.

Ya había conseguido por lo menos que hablara de alguien. Cortar la parte de arriba del árbol no dio mucho trabajo. En lo que comenzamos a sudar fue en la parte de abajo del tronco y las raíces. Ya eran como las 5 de la tarde cuando apareció mi madre.

- Don Nicanor, Pepe, aquí les dejo este jarro de limonada.

- Gracias señora Rosa, -dijo Niebla-, no debió haberse molestado.

- Gracias mamá, se ve rica.

- No es molestia y gracias por ayudar a Pepe: y cuando terminen, pasen a tomar once.

- Entre amigos debemos ayudarnos; ¿cierto Pepe?

Así tenía la oportunidad que tanto había esperado para poder consultar a mi amigo cosas de él, porque quería saber todo. Una vez sentado, disfrutando la limonada, dije:

- Niebla, ¿te acuerdas del otro día cuando conversamos? no te pregunté por tu familia, ¿tienes hijos, esposa?

- Pepe, dejemos de conversar, acuérdate de lo que decía don Guillermo, sigamos con nuestro trabajo y de mi familia sólo te puedo decir que si la tuve, pero prefiero no hablar de ello, quizás algún día te cuente algo de mi vida, la cual no creo que tenga mucha importancia. Lo que sí importa es la vida de ustedes, que todos los niños vivan su infancia, que disfruten la vida, para que algún día sean hombres de bien.

A raíz de esas palabras, que me dijo con un poco de dolor, decidí no volver a preguntar nada, porque Niebla en su rostro demostraba una gran pena, seguramente al recordar a los suyos, a causa de mis impertinentes preguntas. Sólo atiné a decir:

- Disculpa Niebla, veo que mis preguntas te afectaron, por favor perdona.

- No Pepe, no pidas perdón, sólo que me hiciste recordar a mi hijo, que actualmente tendría más o menos tu edad, pero te pido que mejor sigamos con el trabajo.

Cuando terminamos de cortar el árbol, mi madre salió a decirnos que pasáramos a tomar once, pero Niebla se disculpó porque, según él, tenía cosas que hacer y se marchó. Mientras tomaba la once, mi madre me notó un poquito pensativo y dijo:

- ¿Qué sucede hijo?, ¿qué paso con don Nicanor?, ¿se enojaron?

- No mamá, le dije, lo que sucede es que le pregunté a Niebla por su familia, me habló algo de su hijo, pero luego cambió el tema, en su rostro vi una huella de dolor, no quiso decir nada y me dio la impresión que quería terminar luego para irse. Por eso fue que no quiso pasar a tomar once.

- Pepe, te estas involucrando demasiado en la vida de don Nicanor, además que no es de muy buena educación preguntar tantas cosas íntimas, debes tomar la amistad como te la dan solamente.

Estábamos conversando, cuando llego papá y como sabíamos que a él no le agradaba mucho el tema, al entrar al comedor nos quedamos callados.

- ¿Qué pasa?, -dijo- así que están con secretos conmigo.

- No, viejo, lo que pasa es que hablábamos de don Nicanor con Pepe, y como a ti no te agrada mucho, por eso callamos.

- Ah, era eso.

Yo, con tal de poner bien a Niebla con mi padre, le conté lo que habíamos hecho, que me había ayudado a cortar el árbol, fue entonces cuando me molesté un poco con mi padre por lo que dijo.

- ¿A ver, cómo es eso que ese señor te ayudó a cortar el árbol? bueno, mañana, si lo veo, le pagaré por el trabajo.

- Pero papá, si él no te va a cobrar.

- Lo único que sé es que hizo un trabajo, y por eso voy a tener que pagarle.

A mi padre, cuando se le ponía algo en la cabeza, era muy difícil hacerle cambiar de forma de pensar. El era de la idea que todo trabajo debía ser remunerado, aunque él muchas veces trabajó para sus amigos sin cobrar, incluso, cuando le ofrecían pago por dicho servicio, se sentía ofendido, entonces, ¿por qué quería ofender a mi amigo?

El día domingo, como siempre, acudíamos en familia a la Iglesia. En la misa divisé a Niebla y éste se acercó, se sentó detrás de nosotros, cuando el Padre dijo: dénse la mano en señal de paz, yo, después de dar la mano y un beso a mis padres, me di vuelta y saludé a Niebla con ambas manos en señal de paz.

Una vez que hubo terminado la misa, Niebla salió de la Iglesia detrás de nosotros, así es que caminamos juntos ya que alojaba cerca de nuestra casa. Fue entonces que comenzó el diálogo entre mi padre y Niebla.

- ¿Cómo está el trabajo don José?- a lo que mi padre contestó:

- Muy bien don Nicanor. Pero, a propósito de trabajo, tenemos que hablar por la cuenta de un trabajito que nos hizo ayer.

Al escuchar lo que mi padre dijo, miré el rostro de Niebla un poquito contrariado.

- Pero don José, ¿de qué cuenta por un trabajito me habla?

- Supe que ayer ayudó a mi hijo con el asunto del árbol.

- Supo bien señor, -dijo Niebla-, ayudé a su hijo, pero fue sólo eso, una ayuda y por eso no quiero pago, y, discúlpeme que diga esto, ¿pero usted no ha prestado nunca una ayuda desinteresada a un amigo?, porque su hijo para mí es un gran amigo.

- Oiga, por favor, no lo tome a mal, pienso que esta pregunta debía hacerla; si usted hizo lo que hizo por la amistad que siente por mi hijo, le estoy inmensamente agradecido y por favor no hablemos más del asunto, quiero, además, si es posible, que también me considere su amigo, y esta amistad que estamos iniciando la sellaremos con un buen almuerzo, así es que queda usted invitado.

- Muchas gracias por sus palabras y cuente conmigo como su amigo y de la casa.

Al escuchar esto, me dio una enorme alegría, porque mi padre y Niebla eran amigos. Niebla pasó toda la tarde con nosotros, claro que no pude conversar con él, pero de todas maneras me sentía feliz y si mi padre lo consideraba su amigo era muy buena señal, porque, entre muchas cosas, en lo que se refiere a la amistad, mi padre era dueño de una rectitud a toda prueba.

Después de ese domingo, Niebla no apareció mucho, varias veces lo vimos en la Quebrada del Minero, sentado, muy pensativo, él no miraba y no hacía nada para que nos acercáramos, nosotros entendíamos que seguramente deseaba estar solo y partíamos a jugar a otro lado para dejarlo tranquilo. Yo me sentía un poquito culpable de su estado anímico, por todas las preguntas que días atrás le había hecho, pero ¿por qué escogía la quebrada donde había muerto Jorgito para pensar en su familia, o en su pasado? A lo mejor, algún día él nos contaría de su dolor.

Cierta día que mi padre fue a la peluquería, se encontró con otra de las personas a las que no les agradaba Niebla. Esta persona hizo un comentario que a papá no le gusto nada.

- Oye José, sigues recibiendo mendigos en tu casa.

- ¿A quién te refieres de mendigo?, si al único que he recibido en casa ha sido a Niebla, y si lo dices por él estás muy equivocado, porque cada pedazo de pan que se lleva a la boca, es pan ganado con el sudor de su frente, y muchas veces ha hecho trabajos sin cobrar un peso, sólo por amistad, algo de lo que tú no sabes ni el significado y si por eso tú lo llamas mendigo, por ayudar al que lo necesite, ojalá más mendigos como él hubiera en el mundo, y ¿sabes una cosa?, me da lástima tu forma de ser, espero que por el bien de los que te rodean, cambies de forma de pensar- y dando media vuelta salió del local.

Cuando volvió a casa, mi padre contó todo lo sucedido a mi madre, cuando ésta bromeó porque venía con el pelo igual de largo.

Yo me sentía orgulloso de mi padre y hasta la fecha, en que ya soy un adulto, definiendo de la misma manera en que él me enseñó, ese sentimiento que se llama amistad.

Volviendo a Niebla, seguía sin verlo mucho, menos hablar con él, a pesar de que el protagonista de muchas cosas que sucedían en el pueblo era Niebla. Para mí, esas eran historias, algo que yo sabía pero de lo que no era participante.

Un día domingo en que estábamos en misa con mi familia, el cura dijo:

- Queridos hermanos, el hermano Nicanor me ha pedido permiso para dirigirse a ustedes, Nicanor, o debo decir hermano Niebla, tiene la palabra:

- Gracias Padre-, y, diciendo esto, tomó lugar en el púlpito, y comenzó a hablar.

- Hoy he sentido necesidad de sincerarme con ustedes, como muchos han querido saber algo de mí y mi familia, les voy a contar que vengo de un pueblo que se encuentra muy distante de aquí. Yo, en ese lugar tenía un ranchito y en él vivíamos mi señora, su padre y yo, mi esposa tenía ocho meses de embarazo; todo marchaba bien, pero un día, poco antes de la fecha del nacimiento, por esas cosas del destino, mi mujer hizo una fuerza mal hecha y tuvo síntomas de pérdida, recurrimos al médico para que la viera. A pesar que era una noche calmada, con una luna que iluminaba todo, yo permanecía en la más completa oscuridad por la incertidumbre del nacimiento de mi hijo, lo recuerdo muy bien, aunque de esto han transcurrido 12 años; en el parto perdió la vida mi esposa, por causa de unas complicaciones. El médico me dijo que

lamentablemente ella había fallecido, pero que había logrado salvar la vida de un hermoso varoncito. ¡Qué pérdida Dios mío! y yo, con un hijo de horas de nacido, que lloraba por ese pecho que le daría la vida, pero cuya savia había perecido con el resto del cuerpo. A pesar de haber perdido a mi esposa, sentía felicidad por la herencia que esta hermosa mujer, mi compañera, me había dejado; pero, a la semana, víctima de una bronconeumonía, esta pequeña criatura al igual que su madre, por mandato de Dios, partió a su lado; yo me preguntaba, ¿mi Dios, qué es lo que he hecho para merecer este dolor en mi corazón? No recibí respuesta, después del funeral, cuando estaba solo con mi suegro en la casa, le comenté: no tengo nada, lo he perdido todo. Mi suegro me dijo: "Nicanor, el dolor que tú sientes es tan grande como el mío, pero tienes tu propiedad puedes trabajarla". Yo le dije, si es por tierra, en el mundo hay mucha y no necesito ser dueño de ella para pisarla o trabajarla; luego fui a mi cuarto, arreglé una maleta con ropa, e hice dos ramos de flores; pasé al cementerio, las deposité en las tumbas de mi esposa y mi hijo, e inicié la marcha. Hace doce años que ando de pueblo en pueblo, pero ha llegado la hora de volver, porque esas dos tumbas esperan de mí, que les lleve un ramito de flores; esa es mi verdad, aunque estoy lejos de mi hogar, siempre estarán conmigo mi mujer y mi hijo, no sé qué día partiré, pero, desde ya me despido y me voy muy agradecido de todos ustedes, en particular agradezco a los niños lo que me han brindado.

Después de dar las gracias, salió de la Iglesia. No esperó el final de la misa porque vi en sus ojos ese brillo que anuncia la llegada de las lágrimas cuando quieren brotar, en este caso, por el recuerdo de su amada esposa y su querido hijo.

Ese día domingo se le vio juntando flores. Una vez que hubo reunido un ramo grande fue al cementerio a despedirse de Jorgito. Al fin comprendimos por qué siempre que se le veía apenado partía a ver la tumba de nuestro amigo, seguramente ir a ver a Jorgito era como visitar la tumba de su hijo.

No lo volví a ver, pero me dejó una nota de despedida, parece que Niebla esperaba partir como había llegado.

El día miércoles, amaneció una niebla tan densa como la de esa vez cuando apareció Nicanor. Después que partió, nunca supimos nada de él, pero la nota que me dejó, permanece en un cuadro y cualquiera que la vea me preguntará y yo, como muchas veces lo hice, volveré a contar la historia del hombre de la niebla, esa nota es mi orgullo y dice así:

Para Pepe:

De su amigo Niebla.

Hasta pronto amigo, me despido de ti y me voy feliz de haberte conocido, porque en ti encontré al hijo que perdí hace doce años atrás; cuando te veía, pensaba cómo me habría gustado que hubiese sido como tú.

Gracias por tu amistad y por el cariño que me brindaste.

Sinceramente, te quiere tu amigo,

Nicanor (Niebla).

*Niebla, si algún día lees este cuento, piensa en mí como en tu hijo, que tú para mí fuiste como un segundo padre, y, por intermedio de la presente, quiero decirte que todos te queríamos mucho.*

*Adiós Amigo.*

**PEDRO ANDRES DE LA FUENTE SANTELICES, 40 AÑOS  
TEMPORERO  
LA SERENA, IV REGION**



## NGELAY KAWELLU KA NGELAY CHILLA

**F**ey meu piam Lefian amurkeafulu waria meu, welu nielay kawellu ka chilla rume nielay, fey meu amurkey kiñe karukatu wenüy meu, fey meu aretumey kawellu, fey arelengerkey, welu nielay chilla.

Fey meu Lefian duamturkey ñi futa malle Lingkoñan aretuafilu chilla, fey meu peurkefi ñi ruka meu. Fey entuduampurkey ñi aretupen chilla tañi wariatuam. Fey meu llellipudungurkey ñi futa malle. "Füreneaeen, arelaen chilla anay malle, amuafulu waria meu iñche", pirkey.

Fey meu nga Lingkoñan feypirkey ñi lloudungun. ¿Wel? ¿Chumngelu am ta ki-sutu küpa wedalkawimi ta tüfey malle? Feychi antü ñamümrumelmi, fey chumafuy-mi, ka nielaymi chumngechi mi kulliam rume, fey doyeluwaymi. Iñche ka niewetula-yafun chilla, iñey afetuafuiñ, pirkey Lingkoñan, illkun dungurkey.

Ka kiñe dungu malle pirkey, tüfa arelkaeliyu rakiduamlayafuy mi tami ngilla-yael chilla, re aretun meu müten wariatuafuyi. Kom fey meu arel-layaeyu malle, pingerkey Lefian.

Fe mey Lefian rakiduamürkey wüla tañi faypingen meu, welu illkurkelay rume. Fey tüfa eda faypilaeneu tañi futa malle, küme ngülam elueneu, pirkey. Fey meu Lefian nierkey kiñe pichi mansun, fey welukafi tañi ngillayam chilla, elungerkey pura mari pesu. Fey ka antü meu müten amurkey waria meu, fey ngillamerkey chilla, welu nielay kawellu.

Fey deu wiñomelu waria meu, ngillamerkey chilla rume ayüwi piam Lefian. Ka antü meu müten amurkey tañi futa malle meu. Fey puulu chalipuy ni malle. Ka pü-riim feypifi tañi wiñomen waria meu ka ñi ngillamen chilla. Fey meu Lingkoñan feypirkey ñi malle. "Fey malle, fey, kümey tami ngillan chilla, kümey, kümey, feula-llechi malle", pingerkey ñi sakingen Lefian.

Fey meu ka feypirkey Lingkoñan, malle, feula petu nielaymi kawellu, wellu tami futa chau nga kününiey kiñe futa fara mamüll, fey meu plüramnieaymi tami chilla, fey fillantü kawellutuleaymi malle, pingerkey Lefian. Fey meu Lefian feypirkey, elme weda futa wentru, fey rume petu ayetueneu, feyngellelu ñi ünfiueteu, welu ka ngilla-yan kawellu, pirkey Lefian.

Fentepun tüfachi epue.

Tüfachi epue chaftulafilu kangelu epue.

MAPUCHE EPU - NGELAY NGENPIN  
WIRINTUKUY - SEGUNDO LLAMIN CANULAF  
CHILLKATUFE MAPUDUNGUN MEU

## NO HAY CABALLO NI MONTURA

Cuento mapuche de autor desconocido  
(Traducción)

**S**e dice que Lefian tenía que viajar al pueblo, pero no tenía caballo ni montura, por eso fue a ver a uno de sus vecinos para conseguirse el caballo. El vecino le prestó con mucho gusto, pero tampoco tenía montura.

No habiendo otra alternativa, Lefian se acordó de su viejo tío Lingkoñan, para conseguirse la montura. Encontrándolo en su casa, en seguida le dijo en qué andaba: es para conseguir la montura para viajar al pueblo.

Entonces, con mucha humildad, le rogaba a su viejo tío, diciéndole: "Tío, hágame el favor de prestarme su montura, porque tengo que ir al pueblo."

Entonces Lingkoñan dijo, respondiéndole a su sobrino: "¡Ah! ¿Por qué te intentas a ti mismo de hacerte el mal, sobrino? Supongamos que ese día te vaya mal y llegues a perder la montura, ¿qué harías tú y, además, si no tienes como pagarla, sería peor para ti. Yo, por otra parte, quedaría sin montura, ¿quién me prestaría a mí?", dice Lingkoñan, hablando seriamente.

"Una palabra más sobrino", dice. "Ahora, si tuviera que prestarte, es evidente que no te preocuparías de comprarte una montura y además te acostumbrarías a vivir con cosas prestadas. Todo por eso me niego a hacerte el favor", le dijo a Lefian.

Entonces Lefian trató de meditar en buena forma y se reaccionó por la palabra de su tío, sin sentirse ofendido.

"El consejo de mi tío no es malo", dijo. "En realidad es bueno y correcto", dijo.

Bueno, se dice que Lefian tenía un novillo, y que éste lo vendió para comprarse una montura, por el novillo le dieron ochenta pesos. Así es que al otro día no más partió al pueblo y se compró una montura, pero no tenía caballo.

Después que hizo el viaje al pueblo, cuando se compró una montura, quedó muy contento.

Al otro día partió donde el tío a contarle, cuando llegó allá, saludó al tío, en seguida le contó por la compra que hizo. Entonces Lingkoñan al oír esto, felicita a su sobrino, diciéndole:

"Bien, sobrino, bien, muy bueno es que se ha comprado una montura, bien, bien, ahora ha hecho lo mejor", le dijo a su sobrino Lefian.

Lingkoñan agrega una palabra más para su sobrino y dice:

"Sobrino, en este momento no tiene caballo, pero su viejo padre tiene un palo largo de barón, pone tu montura encima y monta todos los días como a caballo", le dice a su sobrino Lefian. Pero a Lefian no le gustó nada por lo que le dice su tío.

*"Este viejo malvado, todavía se está burlando de mí, ya que se negó a prestarme su montura, pero también compraré un caballo", dice Lefian con buen ánimo.*

*Aquí termina este cuento.*

*Al concurso de cuentos mapuches.*

**RECOPIADOR: SEGUNDO LLAMIN CANULAF, 67 AÑOS  
AGRICULTOR. TRADUCTOR AUTORIZADO EN MAPUDUNGUN  
COMUNA DE GALVARINO, TEMUCO, IX REGION**



## MENCIONES ESPECIALES





## LA CHABELA

**S**obre el camino gris y polvoriento que partía en dos la inmensa viña, la vi alejarse en la rampla repleta de fragantes melones amarillos; su vestido jugaba con los carnosos frutos y sus manos trataban de arreglar el cabello azabache, enmarañado por el viento y el polvo. Nubes veloces se escurrian, saltando desde las ruedas del vehículo hasta su cara, formando, en torno a su boca, extrañas aureolas negras y grisáceas. Antes de que el tractor se perdiera, tragado por las parras y racimos, traté de mirarla a los ojos, pero sólo imaginé su sonrisa: clara, blanca y delicada. No pude cazar sus ojos.

Me habría gustado correr, arrojar mi pala, empujar al Chano y al Alamiro hacia el carro para que me ayudaran a detenerlo... pero la comedia continuaba y yo no podía decirle que se escapara. Nadie dudaba de la pretensión de don Gustavo. Todos sabían que no llevaba a la Chabela a trabajar como ella creía. Recordé la cara del patrón cuando pasó muy serio junto a nosotros, con los labios apretados, su cigarro importado y sus ojos protegidos por el barniz de sombra que le cubría medio óvalo, gracias a su sombrero texano. Sus manos, de venas transparentes y piel seca, controlaban el volante con más violencia que otras veces. Luego, nos tragamos el polvo que dejó el tractor y, entre nebulosas, se fue perdiendo la media silueta patronal y su carga de fruta fresca; los melones y la Chabela.

- ¡Vamos pues!- escuché a mis espaldas la voz como silbido de pato del Chano, invitándonos a trabajar.

- ¡Chí, te creí el jutre!- añadió Alamiro. Una pesada mueca se dibujó en los labios de todos y, en silencioso desfile de ojotas, nos alejamos de las casas de la hacienda hasta toparnos con un grupo que iba a cortar pasto.

- ¿Vieron al patroncito?- expresó uno de ellos, terminando la pregunta con una maliciosa sonrisa.

- Se jue a comer el postre- agregó, arqueando sus blancas cejas de erizo.

- ¡Cállate jetón, podría ser tu hija!- respondió el Chano, con las manos crispadas y una mirada penetrante que brotó de entre los profundos surcos de sus pómulos morenos.

- ¡Con m'hija no te metai, gill!

- Ya, ya, córtenla!- dije, apelando inconscientemente al respeto y cariño de que gozaba en el grupo. Cada uno tomó su herramienta y nos pusimos a trabajar. Maldije al sol muchas veces, mientras el barro nos llegaba a las rodillas y la pala se pegaba en esa mezcla gelatinosa color café. A ratos, una oleada de aire fresco nos hacía sentir el límite de nuestros cuerpos y traía el olor de la tierra húmeda.

No podía apartar de mi mente la escena de la Chabela y los melones; la historia del patroncito que no dejaba escapar ninguna joven la sabíamos todos. Siempre era lo mismo: cuantas veces quería, contrataba a una mujer, de preferencia adolescente, y le daba trabajo durante algunos meses hasta que se aburría con ella. Los antecedentes los conocíamos todos, nosotros los peones, el juez Romero, el alcalde del pueblo, el dueño del almacén, el director de la escuela y "los pacos sobrados", como decía Alamiro.

No sabía por qué me preocupaba... -¿qué podía hacer yo?, ¿decirle que no trabaje?, la muchacha necesita el dinero para llevárselo a la vieja- pensé.

- ¡On Panchito, a usted le toca prender el juego pá la chocal- fue el grito que energizó todos los alambres de la viña y se perdió en el lento vaivén de las hojas, chocando contra los racimos. Era la hora del té y del descanso.

- ¡Chano, guárdame mi vara!- gritó alguien. Muchos tenían escondidos sus palos en el melonar, frente a las casonas; otros no se hacían problema y siempre improvisaban cualquier varilla para sujetar sus choqueros; algunos, más exigentes, tenían delgados báculos paseados de fondo en fondo y no aceptaban otro que no fuera el estrictamente personal.

Alamiro detectaba con la velocidad del rayo la dirección del viento y, por lo tanto, era el primero en protegerse del humo. Me gustaba su compañía a la hora del té porque me ofrecía tomates con sus manos sucias y me palmoteaba en la espalda como si fuera su hermano menor. De las caras de los peones, sentados en círculo, se desprendían sonrisas que daban vueltas y vueltas, revisando nuestro uniforme de pantalones parchados y de ojotas en hilera. El ritual incluía, sin saberlo nadie, una fusión emotiva y una catarsis colectiva pues, al beber la infusión de hojas y al morder la marraqueta, desaparecían toda la violencia de nuestra sociedad, la ignorancia masificada, la miseria, el sudor, el hambre, la cesantía y la prostitución. Era el círculo de la humildad. Era también una forma de olvidar al patrón revolcándose con la Chabela entre las malezas, de olvidar al alcalde corrupto y a los pacos coimeros.

- ¿Qué te pasa Juanucho?... tení cara'e preocupao.-

- ¡Ná, don Pedro!...- Luego añadí, disminuyendo el tono de voz... pensaba en la Chabela...- y alcancé a observar de reojo a mi derecha, una leve sonrisa de Alamiro.

- ¿Te gustó la cabra, eh?- acotó.

- Gueno Juanucho, vos no pol hacer ná, naiden pue' hacer ná- concluyó el anciano Pedro, golpeando su tarro que en otro tiempo pudo haber sido de salmón o durazno, sobre una caja reseca por el sol en la que aún se leía con dificultad: CHI. E EXPORTOR... FRUITS, en un cabezal. No contesté, mis ojos, como los de los demás, estaban clavados en el universo plumizo de la ceniza, observando una fina estela de humo que subía al cielo por entre los choqueros en reposo.

El sol entraba tras los cerros violeta, cuando ofrecí mi turno en la llave a Isabel:

- ¡Lávese usted primero!-

- Gracias- Respondió, y me quedé mirándola mientras se agachaba para lavar su cara. Escudriñé su rostro hasta encontrar el verdor de sus ojos; inspeccioné entre su vestido y el abismo de sus senos color canela y me detuve un momento en sus largas piernas barnizadas de moreno; cristales de agua multicolor se deslizaron hasta su tobillo para ser absorbidos por un surco que se iba ennegreciendo en el patio seco. -El mister elige bien a sus muñecas- pensé, y la cara del patrón brotó como relámpago mordiendo esa rodilla que la Chabela mostraba. A lo lejos, en la parcela vecina, el ruido de una sierra taladora de árboles cerraba la jornada de la tarde.

- ¿La llevo en bicicleta?- me escuché a mí mismo como a un extraño. Don Panchito, Alamiro, don Pedro y los otros habían partido. Al cruzar el portón que daba a la calle, sentí el aroma típico de los "Kent" del señor Krainner e imaginé su sonrisa burlesca; un frío me recorrió la columna vertebral y la taquicardia se apoderó de mí por unos segundos, me puse rojo -no voy a mirarlo- me dije, endureciendo todos mis

músculos. El saco harinero se desprendió del manubrio haciendo sonar el choquero en el pavimento. Paré. Ella lo recogió. Yo me quedé tieso, con un pie pegado al suelo y el otro en el pedal. Isabel se subió de nuevo al larguero y sentí su cuerpo tibio. Su calor se hacía más agradable a medida que oscurecía. Al pie del cerro, cuando el foco alumbraba sólo piedras, mis labios se pegaron suavemente a su cuello y dejé de pedalear al cruzar dos álamos que parecían morder la luna. Al borde del sendero, bajo las negras perspectivas de ordenadas matas de tuna, semejantes a una marcha de señoras gordas dirigiéndose cerro abajo, intenté acariciarla.

- Ya, déjate Juanucho que me están esperando...

Las gallinas y los pavos empezaban a picotear gusanos invisibles, girando por los alrededores de las casas, bajo un sol que tiraba perezosos rayos amarillos a los techos, poniendo viseras doradas a las tejas y diminutos puntos de colores en el rocío del pasto, cuando los jornaleros llegamos con nuestro saco al hombro. Algunos, con trotecito corto y seguidos de un perro somnoliento; otros, pegados al fierro plastificado de sus bicicletas; muchos, fumando "Monarch", y Alamiro, mascando una hoja de maicillo.

- Juan, tú te vas a amarrar las parras del corte central- dijo el administrador, quien ya estaba en el umbral de la puerta dando las tareas del día.

- Don Panchito y el Chano se van a estirar los alambres de la orilla del melonar- continuó.

- Alamiro, riega las parras del corte de las sultaninas con don Matías- dijo, buscándose los fósforos en su campera desteñida.

- El Diablo, don Hilario y don Pedro, a regar los calameños- continuó, ahora encendiendo su primer cigarro de la mañana. Yo estaba atento a...

- ¡La Chabela se queda aquí!... dice don Gustavo que tiene que arreglar cajas en la bodega... Se hizo un silencio pesado cuando nos fuimos en busca de las herramientas. Mientras recibía un alicate, alcancé a escuchar desde el centro del grupo: -Le gusta variá la cosa al patrón-. Después, otra vez ese silencio espeso. La muchacha se quedó allí, sola, en el centro del patio, frente a la bodega, con las manos tomadas a la altura de la pelvis, parada como una estatua. Todavía la veo achicarse por entre mis rodillas que cuelgan de las barandas de la rampla, "La Burra", como llamaba Alamiro a este carro. Isabel quedó atrás, diminuta y envuelta en la estela achocolatada de la rampla, haciéndome recordar antiguas fotos de mis abuelos.

- ¡Putá Juanucho qu'estai callao! exclamó uno de mis compañeros cuando el sol estaba en el cenit.

- ¿Y qué querís que te diga jetón?

- ¡Chí... esto está gueno!... ¿qué cresta te pasa que t'enojai conmigo?- replicó Alamiro.

- Echame una perdonáita, estoy cansado- dije.

- No es ná eso lo que tenis- contestó mi amigo y los otros lo miraron con ojos brillantes.

- ¡Sí, no es ná eso!- añadí rudamente apretando mis labios y sin fijarme en nadie, para cortar el intento de comunicación. Por un momento el mundo se redujo a una doble corrida de postes convergentes en el horizonte diáfano; a mi lado los rostros tostados de mis acompañantes, serios como edecanes de la miseria, se ennegrecieron bajo la sombra de una vid. La introversión se apodera con facilidad de nuestros espíritus para no hablar ante la adversidad o ante las limitaciones que los circundan; el silen-

cio es un mecanismo de defensa y va siempre con los campesinos maduros. Yo había ido al Liceo, podía hablar sobre algún tema mejor que los otros, pero también me incorporaba al mutismo porque reconocía en esta forma de vida rural, una sabiduría muy grande de la vida y de profundo amor por la naturaleza. Temía traicionar en algo la amistad colectiva y no deseaba que identificaran mis palabras con el lenguaje del patrón. Para hablar entre nosotros, existía el idioma de las palas, del arado, del cansancio de todos. A manera de símbolos discursivos estaban los monoslabos, la simplicidad de los gestos, la tolerancia y la espuma de la cerveza en día sábado. La Chabela hablaba poco, le bastaba con que pasara pronto el día, que ojalá el señor Krainner hiciera muchos viajes a Santiago, y recibir cuanto antes el "suple" o el sobre de fin de mes y poder entregar los pesos a su vieja.

- Don Gustao sae muy bien lo que hace- dijo, bajo el sauce, el Mañungo, después de llamarme a un rincón del melonar. Sus ojos negros eran puntos acusadores entre el verdor suave de las plantas cucurbitáceas de tallos rastreros.

- Ayer a la tardecita, vino el practicante y le puso argo a la Chabela... me lo contó Oña Maiga- agregó. -Dijo que le había peño agua cocía pa'lavar la jeringa- continuó.

- Te creo- contesté, mirando su boca abierta y las enormes caries negras dibujadas entre sus ralos dientes amarillos.

- ¿Seguro que la cocinera no te mintió?- pregunté.

- No Juanucho, te lo juro por la santa- contestó con seriedad-. Caminamos para incorporarnos a la recolección de frutos; mi informante se alejó hacia occidente, yo hacia las hileras del oriente.

- ¿Hasta dónde resistirá Isabel?- me preguntaba, transportando mi saco con melones en dirección a la rampla. -¿Será una pu...?

- ¡Eh, Juanucho, no pisé las guías...!- gritó Alamiro, al fijarse que me había salido del camino. Luego, cuando estaba más cerca de mí, agregó: -¿quieris que te corten de la pega?-. No contesté. La tarde estuvo muy sofocante porque, además del sol que caía a plomo, un calor interno me acompañó en cada viaje de descarga de los frutos; sentí una extraña picazón que atribuí a una alergia ocasionada por el contacto con las flores de los calameños, por lo menos eso le dije al Mañungo cuando me preguntó.

El sol estaba acomodándose un día más, rosado entre los cerros, cuando la ví. Me había quedado rezagado y ahora debía cruzar a pie todo el parronal. El corazón me dio un vuelco cuando fui distinguiendo entre las hojas y racimos su vestido floreado, su pañuelo verde atado al pelo y sus zapatos plomizos de polvo.

- ¿A qué venis?

- Me dijieron que estabai aquí- replicó.

La miré a los ojos, ese verdor con fondo blanco y forma de almendras me hizo olvidar el aire tibio del verano. Estábamos en el centro del camino, pisando las huellas frescas dejadas por el tractor.

- Sentémonos ahí- dijo, señalando el sauce donde el viejo Pancho escondía su bolsa con tortillas de rescoldo y su vara para el choquero. Frente a nosotros, un zorzal picoteaba un gigantesco racimo de uva rosada, saltando a ratos por entre los alambres. A nuestras espaldas, gruesos muros de tierra guardaban en sus grietas y rendijas los secretos de lagartos y arácnidos...

El silencio apareció entre nosotros... Recordé a don Rosendo aplastando tierra con un enorme pisón, hace unos años, cuando levantó esta tapia; me asombraba su si-

lenció... hablaba tan poco que cuando quería solicitar algo a su hijo, flaco como su padre, le silbaba en diferentes tonos y el chico corría ora con el chuzo, ora con un tarro, luego con la plomada y así sucesivamente. Isabel se dedicó a repasar con sus dedos los límites de las flores de su vestido.

- ¿Estuviste en la bodega?- pregunté, pero me habría gustado más añadir: -¿te acuestas con el patrón?- No lo hice, porque sabía que eso era verdadero desde el primer día que el fumador de Kent la contrató. Pero tenía la esperanza ridícula de que todos se hubieran equivocado y que yo mismo no hubiera visto ese sombrero texano moviéndose rítmicamente entre el maicillo.

- ¿Querís melón?- ofrecí, cortando trozos de la pulpa rosada con el cortaplumas automático que me había encargado Alamiro cuando fui a la ciudad, y que aún no le entregaba.

- Don Gustavo se va a Santiago- dije, cortando en minúsculos pedazos la cáscara del calameño.

- Creo que no vuelve hasta el otro mes- continué.

- Yo también me quiero ir p'allá.

- ¿Te lleva él?- pregunté con inusitada rapidez, girando bruscamente hasta que mi nariz rozó la suya.

- ¡No!... ayer vino mi prima Carmen de Santiago, me preguntó en qué trabajaba, yo le dije que aquí en la viña de Don Gustavo...; me prometió llevarme p'allá, dijo que se ganaba más, y como traía muchos embelecados, la mamá le dio el favor.

Desde que comenzó a hablar, no la escuchaba con atención, mis sentidos estaban saboreando el calor de su cuerpo desde mi hombro derecho hasta mi rodilla; ahí se perdía el contacto físico. Tomé con suavidad su mano, hizo algo así como una sonrisa nerviosa pero no la apartó...; vi volar un par de chincoles cuando la besé.

- No- dijo despacio-, pero se quedó quieta entre mis brazos, relajada como velero que se desliza hacia donde lo lleva el viento. Mi mano en su cuello se llenó de finas hebras azabaches al soltarle el pañuelo; desabotoné su vestido y el tiempo se desgajó en caricias eternas. Con mis besos se escuchó también el silbido de los primeros grillos. Penetrarla fue como hacer entrar la pala fuerte en la tierra húmeda; los cerros estaban azul oscuros cuando Isabel gemía entre mis brazos. La apreté y besé con la misma fuerza con que cargaba los sacos y con la energía continua con que estiraba los alambres.

Una somnolencia placentera nos invadió y me quedé tendido un rato más, imaginando miles de hormigas que subían desde mis pies a mis sienes, con microscópicos flequillos en sus diminutas extremidades. Recostado aún en el suelo, vi unos enormes muslos de porcelana negra y unos senos de ébano brillante. Era la Chabela que, a contraluz de las primeras estrellas, se abrochaba el vestido.

- ¡Ayúdame a buscar mis zapatos Juanucho!

- ¡Tengo uno!- grité mirando entre las malezas.

- ¡Aquí está el otro!- exclamé, después de saltar hasta una piedra, aferrando el zapatón. Los grillos ya silbaban en coro cuando, abrazados, atravesamos el melonar. Yo meditaba en la suavidad de su piel canela y ella jugaba con mis dedos.

- ¡No te preocupi...!, te casai con la Chabela y te vai de aquí pa'que no te jodan los del pueblo y se la quitai al jutre; pero tení que ser bien hombre y hacerlo altiro,- dijo Alamiro días después, mientras clavábamos cajas en la bodega. Miré hacia afue-

ra. Estaban cargando "La Burra" con cajas vacías para cortar uva de exportación, el administrador conversaba con don Panchito, el Chano subía al tractor y encendía el motor.

- Alamiro, no me puedo casar ahora, no sé si la quiero... no sé... ¿además, dónde vamos a vivir?- contesté en tono airado, mirando las columnas de cajas ordenadas en la bodega. En el fondo de la habitación divisé una parva de paja cubierta con unos sacos vacíos. Imaginé a Isabel y al señor Krainner desnudos en lo alto y me dieron ganas de vomitar.

- ¡Váyanse onde la vieja!- continuó mi amigo.

- ¡No quiero!..., Alamiro esto no es amor, es pura pasión...

- Si no la querí, entonces no te hagai problema- replicó.

- ¡Pero es que no puedo quedarme tranquilo Alamiro!..., entiéndelo... por las noches tengo pesadillas y durante el día los celos me comen vivo. Ayer, por ejemplo, soñé que Don Gustavo me perseguía a caballo con unos perros de caza y yo saltaba el canal con cuerpo de zorro..., tengo miedo, Alamiro -dije, exhalando un suspiro.

- ¡Putá que soi cobarde!- concluyó mi confidente. Quise preguntarle en dónde estaba la cobardía, pero me quedé mirando como mascaba su hoja de maicillo y como clavaba con fuerza los listones.

Durante el resto del verano no supe si yo era el ladrón de la presa del patrón, o él era un intruso con poder entre Isabel y yo. Nunca toqué el tema con ella, sólo por no escuchar de esos labios carnosos que yo conocía muy bien, la cuestión con el gringo. - ¡Maldita sea!... tampoco soy capaz de conversarlo con él- reflexioné. No me atrevía a hablarle de la prostitución semi-legal en que tenía a esa joven, ni menos informarle de nuestra pasión clandestina por las tardes. Hacía dos semanas que no veía al administrador con el patrón, ahora estaban ahí, conversando sobre los melones que se embarcarían al día siguiente desde Valparaíso con destino a los Estados Unidos.

No siempre los negocios le resultaban a la perfección al dueño; recuerdo aquel año en que lo vimos acabado, completamente abatido y sin su sonrisa burlesca: fue cuando le decomisaron más de cien mil cajas de uvas. Según unos, iba mucha fruta mal seleccionada y algunos granos picados, según otros, fue una maniobra de ciertos exportadores rivales que deseaban desprestigiarlo para apoderarse de ese poder comprador.

- ¡Apúrate Juanucho!- gritó el Diablo, arrugando sus dos protuberancias en la frente y esperando el fruto unos cinco metros más allá. Tiré con fuerza el melón y mi compañero lo aprehendió rauda; a su vez, con más fuerza que yo, lo arrojó cortando el cielo, hasta que quedó en las manos callosas y arrugadas de don Pancho, dentro de la rampla. El viejo estaba en cuclillas, apilando la carga y separando los "calameños" de los "españoles" y de los "tunas".

- ¿Era mala la Chabela...?; anoche no fui a cosechar el deseo- pensé. -¿Y si nos fuéramos a trabajar a otra parte?... pero no, no resultaría, don Gustavo tiene tal poder en la región, que es capaz de decirle a todo el mundo que no nos den trabajo y nos dejen morir de hambre... y le obedecerían- meditaba agachado, dando palmadas a los frutos ovalados para determinar su madurez.

- Es mejor que corte este asunto y me olvide para siempre de la joven- me dije, observando como Alamiro, con dos tajos perfectos, sacó la sin pepa, usando el cortaplumas de colores chillones que me había encargado. -Pero es tan agradable ese éxta-

sis cuando estoy entre sus muslos bronceados- pensé, evocando nuestro rincón en el sauce. Me gustaba estar con ella entre las vides o bajo el saucedal; lugar de descanso y breves diálogos al mediodía, centro pasional para cosechar las frutas maduras del verano y del deseo, al obscurecer.

La Chabela se veía más tierna que otras veces, ayer, en la bicicleta; iba bien aferrada al manubrio y hablaba despacio, como una gata tanteando maullidos que lleven al amo a tomar la decisión de una caricia. Creí entender el rol protector de Carmen en el inminente viaje de Isabel a la capital.

- ¿Me vas a escribir?- preguntó, después de explicarme que su prima vendría a buscarla el fin de semana. La madre estaba de acuerdo con la partida porque creía que significaba un mayor ingreso familiar y la posibilidad de un mejor nivel de vida para su hija... -¿Sabía la anciana el asunto con el gringo?- me pregunté. Ya no me preocupaba de evitar las piedras del sendero ni escudriñaba vigilante las luces y sombras móviles del camino; tampoco me preocupé de ubicar las matas de tuna que indicaban siempre la proximidad del rancho; sólo pensaba en el inesperado viaje..., algo tenía que no me gustaba.

- Bueno, es mejor así- me dije.

- ¡Juanucho, córrete del humo!- exclamó don Pancho, intentando arrastrar la caja que me servía de asiento.

- Gracias- contesté, mirando fijamente una enorme piedra bajo el más añoso de los sauces. Alamiro me dijo que estaba muy "volao" porque no quise compartir el chocoso con tomates que me había ofrecido minutos antes... Era extraño, supuestamente debía alegrarme por el término abrupto del compromiso obligado de la Chabela con el señor Krainner, sin embargo, la alegría no arribaba ni desaparecía la angustia...

- El próximo año el jutre va a exportar l'ua a Uropa- expresó el Chano con su silbido gangoso, mientras dibujaba en el suelo la silueta de una mujer desnuda. Sentí el cuerpo tibio de Isabel a la deriva entre mis brazos y, en el horizonte verde, vi sus ojos bañados con el brillo del deseo. Nadie dudaba ese día, entre los que trabajaban conmigo, que mi modorra tenía el nombre y el olor fresco de la joven que se había marchado. Sin embargo, un profundo respeto silencioso y un cuidado extremo de no tocar el tema, fue la tónica de mis amigos durante toda la jornada.

Era sábado cuando Alamiro me buscó desesperadamente en el boliche cervecero del pueblo; a ratos veía las patas sucias de las mesas y un pie de mi amigo, ora el mechón sobre su frente, luego un trozo de su camisa blanca entre las espaldas de los parroquianos. Mañungo le hizo una seña, alzando una mano con la botella.

- Tengo un recaó pa'tí- dijo Alamiro, poniendo sus manos morenas sobre las sillas manchadas de grasa. Sabía de antemano el contenido de ese mensaje. Mañungo lo había anticipado con la primera cerveza: Isabel estaba con la vieja y deseaba que fuera a verla y a conocer el niño.

- ¡Tiene como do' año!- gritó Mañungo.

- E igualito a tí- añadió Alamiro sentándose con nosotros. Mientras bebíamos, sentí que la habitación se impregnaba de ese olor a calameño recién cortado y la imagen del sauce, protegiendo nuestra clandestina intimidad con la Chabela, lo inundó todo; el rectángulo de la viña se proyectó, atravesando el salón de racimos y alambres imaginarios.

Hacia dos años aproximadamente que la joven se había ido a la capital y no había querido saber nada de ella. Ante cualquier alusión pretextaba falta de tiempo por mi nuevo trabajo como planillero en la hacienda "San Nicolás".

- ¿Será mío... o será de don Gustavo?- pensaba, evocando las uvas maduras y el vaivén del maicillo en el fondo de la viña. Alamiro y Mañungo pidieron otra corrida de cerveza. Al alzar los vasos, la imagen de la Chabela se agitó como velero sin timón en la transparencia del líquido amarillo... -¿será mío?...

- No iré a verlos, pero les enviaré dinero mensualmente- concluí ante mis amigos, que en ese momento encendían con sus manos cuarteadas los cigarrillos que les ofrecía. -¿Para qué?- reflexioné internamente. Ya había aceptado hacía mucho tiempo la condición de cobarde, vaticinada por Alamiro esa vez en la bodega; el machismo había sido muy fuerte, el sentimiento se había gastado y la cobardía no se parchaba con nostalgias improvisadas. La cosecha había terminado.

**ZENOBIO SALDIVIA MALDONADO, 44 AÑOS  
PROFESOR UNIVERSITARIO  
VALPARAISO, V REGION**

## SUPERVIVENCIA

**H**ace muchos años, en un lugar del bosque, los pajaritos sufrían persecuciones y no podían vivir tranquilos. Los cazadores, zorros, güiñas y todos los depredadores los hacían presas suyas, y destruían los nidos que construían con tanto sacrificio para depositar sus huevitos, criar a sus hijitos y, así, protegerlos de las fuertes lluvias y el frío reinante en invierno.

Un día, el zorzal Víctor dijo:

- ¡Basta de humillaciones! debemos organizarnos para terminar con estos atropellos, formaremos un Gobierno que nos proteja.

- Sí, sí, sí-, contestaron las multitudes de pajaritos, es una muy buena idea, así lo haremos y sobreviviremos.

El colibrí Juanito, dijo:

- Tenemos que elegir un Alcalde: el zorzal sería bueno porque es el más inteligente, tiene muy buenas ideas y será un buen jefe.

El zorzal se sintió muy halagado por su designación y prometió que los defendería de todo animal o persona que quisiera hacerles daño.

Luego, a lo lejos, gritó la tenca:

- Tenemos que elegir un centinela, para que nos avise cuando venga un depredador o cazador.

El chincol Ricardo ocupó el puesto, por ser el más ágil para esconderse y avisar a tiempo. Como es muy astuto, dijo que era mejor formar un ejército donde hubiera muchos pájaros, jóvenes voluntarios, que estuvieran dispuestos a servir a los ciudadanos del bosque.

De esta forma, vivieron organizados muchos años, con diferentes adelantos que ellos mismos hicieron y sorprendían a los enemigos que no podían acercarse para cazarlos, éstos ignoraban como se protegían a sí mismos.

Los depredadores también se reunieron y acordaron lanzarse sobre ellos en forma masiva para lograr su objetivo, de esta forma los pajaritos no podrían defenderse de tantos enemigos.

Lo que no sabían estos malos, era que el chincol Ricardo estaba escuchando detrás de una ramita aquel terrible plan. Después, corrió muy asustado, donde Víctor el Alcalde, a contárselo; el Alcalde reunió a todos los ciudadanos, para emboscar a los enemigos y así desbaratarlos.

Esa noche no durmieron nada, trabajaron duramente haciendo diferentes trampas. Al amanecer ya estaban listos, esperando para atacar. Cuando se presentaron los animales enemigos, los pajaritos se alzaron en vuelo con las redes y se las lanzaron encima; unos caían en hoyos, otros quedaban suspendidos en el aire al pisar trampas y así, estando todos capturados, no les quedó otra cosa que rendirse y prometer que no volverían a molestarlos a cambio de su tan preciada libertad.

Los pajaritos, que sabían lo que era vivir en cautiverio y perseguidos, aceptaron liberarlos, después de lo cual, los depredadores se fueron corriendo despavoridos en todas las direcciones y contaron a los demás animales que esos pajaritos eran muy peligrosos estando en grupo.

Los pajaritos, contentos de haber ganado la batalla, se reunieron a festejar con un banquete y, usando sus propios vocabularios, se expresaban así:

El chincol Ricardo, acomodándose su visera, decía:

- "Pide, pide, yo pagaré."

La diuca buscaba a su tío y preguntaba:

- "¿Han visto a mi tío Agustín?"

... Una tenca, posada en la copa de un árbol, gritaba:

- "Cotrotón, cotrotón, no más fue."

Una rara, mirando una chacra de porotos, decía:

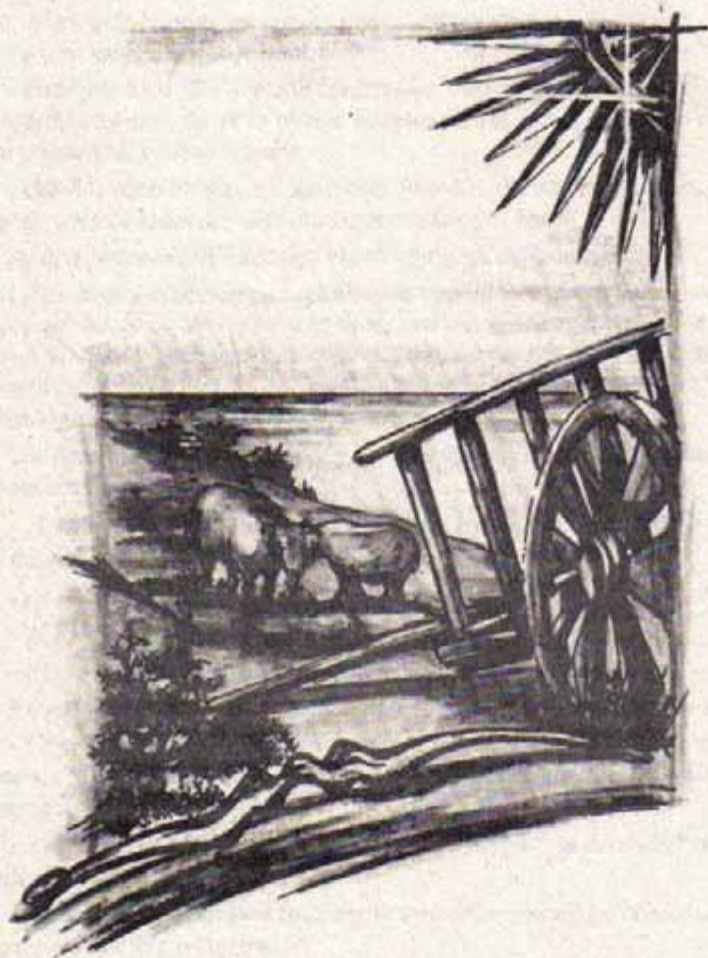
- "¿Porotitos me sembraron a mí?"

Y, moviendo la cabeza, otra diuca decía:

- "Ciertito que hay Dios", y hasta el día de hoy conservan estas frases ¡Viva la naturaleza!

**EMILIO ESTEBAN HERMOSILLA MANCILLA, 13 AÑOS**  
**ESTUDIANTE**  
**VILLA ALEGRE, VII REGION**

# OTROS CUENTOS





## "PACHECO"

**L**a lluvia ya duraba una semana, era una lluvia gruesa y tupida, parecía que llovía de "abajo p'arriba". Los trabajadores del fundo La Rinconada, se presentaban todos los días en el galpón de las herramientas, pero era imposible salir a trabajar, se quedaban formando grupos a lo largo del corredor y los únicos temas de conversación eran la lluvia y el retraso en las labores agrícolas que ocasionaba ese diluvio.

Se sintió un chapaleo en el barro y una figura humana surgió de la cortina de agua. El mojado hombre no era del fundo, los trabajadores lo invitaron a pasar al reparo, y uno más amistoso le dijo:

- Pase por aquí ñor p'a que caliente los huesos- y, retirando del fuego un jarro lleno de humeante café, se lo ofreció al desconocido. Este, se sacó su deformada chupalla y saludó al grupo diciendo:

- Güenos días amigos, mi apellido es Pacheco, p'a servir a uste'es, ando en busca e' tra'ajo y hacía como dos días que no le ponía ná al buche.

Al decir esto, empezó a sorber el café con gran entusiasmo.

En verdad, Pacheco era su nombre, su apellido y todo su patrimonio, el resto había ido quedando en diferentes y lejanos caminos. De estatura mediana, pero maceteado, sus parchados pantalones de color indefinido, los mantenía arremangados a mitad de pierna y daba la idea de que estaba listo para ir a regar la chacra. Su rostro, marcado por el pelo negro y crespo, tenía un simpático aire juvenil.

Un poco más tarde, llegó al lugar el patrón del fundo. Dio los buenos días a los trabajadores y preguntó:

- ¿Llegó por aquí un muchacho que busca trabajo? En la portería me lo dijeron.

Pacheco se acercó y, chupalla en mano, contestó:

-Yo soy el que busca trabajo, patrón.

- ¿Cómo te llamas o cómo te dicen?-, preguntó el futre.

- Mi apellido es Pacheco y le hago a to'itas las labores del campo.

En ese momento se escucharon muchos aplausos y expresiones de alegría.

- Oiga patrón-, interrumpió uno de los trabajadores. -Pa'mí que este amigo no se llama na' Pacheco, yo creo que se llama San Isidro Labra'or, por que él que llega y empieza a salir el sol.

La risa fue general y, en ese ambiente de alegría, la actividad se inició rápidamente.

El patrón, con su humor totalmente mejorado, mandó a Pacheco donde el mayordomo, para que lo contratara.

Así llegó Pacheco al fundo La Rinconada y demostró ser buen trabajador y muy solidario con sus compañeros. Se arranchó donde la abuela Peta y, desde entonces, la veterana pudo tomarse algunos descansos, ya que nunca le faltaban la leña ni el agua. Todas las madrugadas, antes de irse al trabajo, Pacheco le dejaba el horno "caldeado", listo para cocer el pan amasado.

En el fundo lo apodaban "El llave inglesa", ya que le hacía a todo y no había maquinaria o herramienta que no pudiera reparar. El día domingo iba a la cancha de

fútbol y era todo un espectáculo verlo correr detrás de la pelota. Con la chupalla en la mano, corría y corría, hasta que lograba pegarle un "puntete", con el dedo grande de sus pies desnudos.

Cuando el crudo invierno obligaba a los "liones" hambrientos a bajar al plan y se comían alguna oveja del fundo, Pacheco, armado con un viejo fusil Mauser y acompañado con algunos quiltros, rastreaaba al felino cebado y generalmente regresaba con el cuero del dañino animal.

- Cuando vaigan a pillar "liones" - decía -maten al puro que está cebao, no los maten por puro gusto, porque los vamo a ir terminando a to'os.

Se acercaba el 18 de septiembre y, en La Rinconada, las Fiestas Patrias se celebraban en grande. El patrón se "rajaba" con una vaquillona, una pipa de chicha y todo lo necesario para hacer un buen asado al palo. Ese año quisieron hacer las fiestas más entretenidas y se pusieron de acuerdo para desafiar a correr a la chilena a la "guasería" del fundo vecino. Entre los dos fundos siempre hubo grandes rivalidades, ya fuera por el equipo de fútbol, por los caballos corraleros, por las niñas más bonitas, es decir, disculpas no faltaban y, más de una vez, estas discusiones fueron arregladas a chicotazos por el "lomo".

Los vecinos aceptaron el desafío y, en ambos fundos, empezaron los preparativos. La cancha de carreras, de 200 metros de largo, se trazó en un hermoso lugar ubicado entre dos corridas de álamos.

El 18 de septiembre amaneció hermoso y primaveral, tempranito empezó a llegar la gente al lugar de las carreras. Los huasos con sus mejores pilchas, montando bellos caballos, hacían tintinear las grandes rodajas de sus espuelas, igual que campanitas de plata; las mantas multicolores y los finos sombreros, eran lucidos con orgullo por sus dueños. Las niñas, hermosas como flores, atraían los piropos de la concurrencia masculina.

Se dio inicio a la fiesta campesina, los desafíos surgían de lado y lado. El día fue pasando, y los triunfos estaban empatados para ambos fundos. La última carrera de la tarde decidiría al campeón. Por el fundo vecino mandaron a la cancha a un "mancarrón" alazán, con facha de mal genio. Su jinete era un "gallo" pequeño y flacuchento, pero tenía una "pinta" que daba "julepe". Un sobresalto sacudió a la gente de La Rinconada, ese cara de mono era un jinete profesional, seguramente lleno de mañas.

El caballo que representaba al fundo, era de mediana alzada, de pelaje negro y brillante, parecía rápido, pero era muy flaco de patas. Inmediatamente, el público empezó a decir:

- Este "patas de hilo" no le gana ni a una tortuga coja.

Para terminar de embarrarla, el jinete era un jovencito con cara de "guagua", se decía de él que era valiente y encarador, por lo menos había una esperanza.

Las apuestas se pararon ahí mismo y los del otro fundo tapaban a tallas y garabatos a los preocupados "rinconainos". Los caballos fueron al punto de partida, el desafío se había cruzado en una distancia de 100 metros y los primeros 50, se corrían separados por un "toril", que era una barrera divisoria formada con lazos amarrados uno al otro. Las dos primeras intentonas fueron nulas, pero a la tercera los caballos vinieron parejos y el juez dio el grito. Los jinetes arrancaron "guasqueando" y animando a sus pingos. El griterío fue inmenso, ya que el "patas de hilo" sacó un metro

de ventaja, pero, a la salida del "toril", sucedió algo increíble: el "mancarrón" recuperó terreno y, estirando el cogote, mordió en el trasero al pobre "cara de guagua". Este pegó un tremendo grito de dolor y perdió la línea de carrera, sus rivales pasaron "soplados" y ganaron la carrera.

La pelotera que se armó iba derecho a convertirse en una descomunal riña, pero, la intervención de gente de respeto calmó un poco los ánimos y se llegó al acuerdo de correr una revancha al día siguiente.

Al otro día, el panorama no era de lo mejor, patrón e inquilinos tenían la moral por los suelos. Pacheco era el único que estaba tranquilo y animoso. A la hora de la carrera, los alrededores de la cancha estaban repletos de público, pero ninguno daba una chaucha por el "patas de hilo". El "cara de guagua", a pesar del dolor y del miedo, insistió en ser el jinete nuevamente. Montó a caballo como pudo y se alejó un poco de la cancha para tratar de tranquilizarse. Por allá se arrimó Pacheco y, con voz suave y amistosa, empezó a darle ánimo al asustado muchacho. Por último, sacó de su bolsillo una cajita y le dijo:

- Esta pomaíta tiene un poder mágico, y el que la use no pu'e perder, pa' que te ayue, vai a untártela onde mesmo te mordió el animal. ¿o'yiste tontorrón?

- Sí, Pachequito, pero no me retes, que ya me orino de puro susto.

- Tranquilo niño, tú vai a ganar dijo Pacheco.

- Está bien, ya entendí, ahora volvamos a la cancha, que están llamando.

Pacheco se dedicó a recorrer los grupos de campesinos y corrió la voz de apostar con "bolsa". Todos le hicieron caso y apostaron hasta los "calcetines".

En el cabezal de la pista, los caballos estaban listos. El jinete del "mancarrón", entre garabato y garabato, asustaba a su rival y le decía que ahora su caballo le iba a morder "otra cosita". A la primera avenida, el juez pegó el grito y nuevamente el "patas de hilo" sacó ventaja, pero esta vez su jinete iba sentado en un amuleto.

A la salida del "toril", el "mancarrón" quiso repetir la gracia del día anterior, pero olió algo tan horrible en los fundillos del "cara de guagua", que se retacó de un viaje y sacó volando a su jinete.

El "cara de guagua" se dio tiempo hasta para mirar hacia atrás y, con la fusta en alto, cruzó la meta victorioso.

La alegría de los ganadores fue doble, ganaron harto dinero con las apuestas, pero lo mejor era la derrota humillante que pudieron dar a sus rivales de siempre.

La pista se inundó de gente que saltaba y gritaba, incluso algunos, más graciosos, aprovecharon de dar algunas "pataditas" en las costillas al jinete perdedor que todavía estaba en el suelo.

El "cara de guagua" le contaba a todo el mundo el milagro de la "pomadita mágica", mientras que Pacheco contaba sus ganancias y sonreía misteriosamente.

Un veterano, de esos ladinos, que ven "debajo del agua", al escuchar lo del "milagro", dijo:

- ¡Putas con el Pacheco, pa' vivaracho! ¡Le untó sebo e' "lión" en el trasero al car'e guagua y el "mancarrón" se llegó a re'miar de puro susto!

Pacheco fue el héroe de las fiestas de ese año, pero él ni siquiera mencionaba el asunto.

*Esta broma todavía se cuenta en las fogatas, cuando se juntan a desgranar maíz.  
El tiempo ha ido pasando y las historias de Pacheco no se olvidan.*

**JOSE RAUL NARANJO MENESES, 63 AÑOS  
PEQUEÑO SILVICULTOR Y CERAMISTA  
ARICA, I REGION**

## LA NOVIA DE AZAPA

**U**na fría madrugada, como son las de climas desérticos, en los primeros días de octubre, hace muchos años atrás, avanzaba por el camino de tierra en el Valle de Azapa, un viejo camioncito que llevaba de pasajera a la feliz Martina. Su cara, morena por el sol, brillaba de alegría. Iba a casarse, como ella quería, a la capillita de la Virgen de las Peñas que en esos días estaba de fiesta en su Santuario, al interior de la quebrada de Azapa en Livilcar, lugar de difícil acceso, donde los peregrinos deben caminar largas horas por escarpadas y peligrosas sendas, para venerar a la milagrosa Virgen esculpida en la ladera de un rocoso cerro.

Ese año, Martina y Domingo, su novio, habían decidido unir sus vidas ya que se querían desde que eran unos niños, y al fin lograron reunir el dinero necesario. La "raima" había sido buena, ya que los olivos ese año fueron generosos, dando abundantes frutos, y como él era de los buenos, no tardó en ir acumulando muchas bandejas de aceitunas diariamente, hasta que terminó la cosecha en la Hacienda, siendo el que más ganó por su habilidad y velocidad en la cuadrilla. Como ella era rápida escogedora, sus manos expertas habían ido separando las aceitunas extras, las de primera, las sevillanas, etc. Con esfuerzo y tesón pudieron juntar sus buenos pesitos para concretar su sueño.

Su familia se había adelantado para ultimar los preparativos, acarreado en vehículo desde Arica al paradero y de allí, a lomo de mula, hasta Livilcar, todo lo necesario para preparar una abundante y sabrosa "guatía". Los sacos de tiernos choclos de Lluta, los de papas de Socoroma, los corderos en pie y las vasijas con el grueso, dulce y asoleado "Pintatani" del Valle de Copca, para agasajar a los invitados. Todo hacía pensar que la fiesta del matrimonio sería larga y no faltaría nada de lo acostumbrado para una ceremonia en estas nortinas tierras.

A esa hora, Martina, que no había dormido nada, con el bamboleo del camión sintió que la vencía el sueño, cerró los ojos y se durmió. Se veía vestida con su sencillo pero impecable traje, blanco como su pureza, y en la cabeza, de negro y brillante cabello, su hermoso velo de tul con la coronita de pequeñas flores de azahar, hechas de seda por las manos de su madrina Gregoria.

Así iban avanzando por el camino de tierra cuando, llegando a la subida de Matazorros, lugar donde había mucha calamina, Hilario, el chofer, aceleró, perdiendo el control del antiguo vehículo y se estrelló con otro que venía subiendo, dándose varias vueltas. La carga salió disparada y, de la frágil cabina abollada por los tumbos, saltó lejos la caja en la cual Martina llevaba su atuendo tan preciado y ella, casi sin darse cuenta, pasó al sueño eterno. Su alma se fue elevando hacia el cielo, pues siempre fue una buena muchacha. Miraba hacia abajo el camioncito destrozado y su vestido, desmadejado en la tierra, al igual que su cuerpo. El viento hacía volar como una "cuculí" herida su velo de novia; quiso detenerlo, pero ella ya era un espíritu.

Pasó el tiempo y empezaron las apariciones a los azapeños, lo que dio lugar a las historias. Decían que en las noches oscuras en Alto Ramírez, Pago de Gómez, Las Maitas, y, en el lecho seco del río San José, se aparecía Martina con su vestido de novia, rodeada de luz, sembrando el miedo en los lugareños y entre los trasnochadores que salían de la Quinta de Recreo después de conversar unas abundantes cervezas y saborear los sabrosos patos asados que preparaba la hija del dueño, especialidad del

lugar. Al encontrarse con ella, corrían despavoridos hacia el Retén que allí existía, contando con palabras entrecortadas, lo sucedido, al cabo de guardia, lo cual se sumaba a lo narrado por el chofer de la única micro que hacía su recorrido por el Valle. En esos años era muy lento y no faltaba que se hacía de noche y lo pillaba la oscuridad en el camino. En una de esas, vio a una pálida mujer, vestida de blanco, que lo hizo parar, pidiendo que la llevara al kilómetro 13. Al llegar a su destino y cobrarle el pasaje, según la distancia recorrida, como era la costumbre, la mujer con voz trémula le dijo: "A la vuelta le pago", bajándose rápidamente y desvaneciéndose en dirección al cementerio de San Miguel.

Estos cuentos pronto llegaron a los oídos del triste Domingo; el pobre envejeció saliendo en las oscuras noches a esos caminos, subiéndose a la micro con la esperanza de volver a encontrarse con su amada Martina, lo cual nunca ocurrió...

**CECILIA IRENE KOCH GUIRAO, 43 AÑOS**  
**AGRICULTORA**  
**SAN MIGUEL DE AZAPA, I REGION**

## SOMBRERITO

**N**o se sabía cómo se llamaba, todo el mundo lo conocía por Sombrerito no más, porque usaba un sombrero de paja chico, y por eso le pondrían así.

La chaya, la poruña, barreta, barretilla, el combo, todo lo hacía un atado y lo amarraba a su caballo, y se lo terciaba a la espalda. El caballo ya sabía que tenía que llevarlo, encogía las patas y se lo llevaba. Claro, hasta adonde vivía él; y si el caballo se cansaba, le decía:

- "¿Va cansado, ñor?" - y lo dejaba un rato.

Y esa vez, cuando fue p'allá p'a la quebrada del oro, que se llama por allá p'al Mollar, a reconocer quebradas él, pos, p'allá iba el caballo y ya eran campos secos cuando llegó al potrero del fundo del Mollar.

Llegó él, agarró su caballo, lo echó, lo pasó por el alambrado para que comiera pastos verdes su caballo. Y lo pillan, lo ve el administrador y le cuenta al patrón y se vino a matabalho el patrón, para sacar al caballo a Soto p'a llevárselo para acorralarlo. Y llega muy enojado y levanta la huasca y le dice a Sombrerito:

- "¿Quién te dio permiso p'a alimentar al caballo aquí?"

- "Que tenía hambre el caballo, pues señor! Lo dejo un ratito y de ahí lo voy a sacar".

- "¿Y por dónde entraste el caballo?"

- "Yo lo pase, ahí. ¡Lo pasé yo!"

- "Ya te vai...!" -Le plantó unos azotes por encima del alambrado y le azotó el caballo a él. Este le dijo:

- "No me azote más el caballo" - y agarró un poste no más, le pegó un tirón y dejó el tendal de alambre. Y entonces el futre dijo:

- "No, hombre!..." - claro. Y le dijo:

- "No, no se bote conmigo a niño que yo lo saco con caballo y todo. Así y todo lo saco para acá y lo castigo" - porque era así como hablaba él.

- "¡A mí qué vienes a...!" - y se le vino el futre, po. A echarle el caballo encima y a plantarle los azotes. Llegó y le pescó de las dos manos el caballo no más.

- "Está malo y está malo el caballo!" - y le plantó el tablazo.

- "¡Ah el diablo, el diablo", dijo y monta a caballo y arranca el hacendado, y el administrador detrás. Y el hombre se acercó, tomó su caballo y echó sus cosas arriba y se fue a capiár otra vez p'a las quebradas, poh, a trabajar.

Sí, es esa vez que venía de Los Azules el hombre, y estaban haciendo un pique ahí en Los Corrales. Ahí había como nueve hombres sacando, adonde estaba ya comenzando el pique, una piedra grande que había. Lo vieron los mineros a él y:

- "¡Mira, Sombrerito, Sombrerito, miércale! Llamémoslo para que nos venga a ayudar!"

Y lo llamaron, poh. Y lo saludaron;

- "¿Y qué están haciendo? Mire estas hormiguitas, hombre, tanta hormiga para esta miguita de pan".

- "No, pus hombre, no podemos sacar esta piedra. Echenós una ayudita!".

- "A ver", les dijo, "hagan una tacita aquí donde poner los pies". Le hicieron una tacita para poner los pies. Llegó no más y dijo:

- "¡Háganse un lado, hombres!" y le puso las dos manos por debajo a la piedra y a la rastra la llevó, como quien lleva una piedra chica.

- "¿Y adónde la quieren poner?"

- "Aquí la queremos poner!".

- "Ahí la tienen".

Y Sombrerito se fue de jefe a California, a cargo de la batuta con los enganches. Y en el barco venía un negro, de esos americanos, muy fortacho, y ya tenían datos que Sombrerito también era fortacho. Y entonces, entre todos formaron un grupo ellos, y una apuesta, puh!: hicieron una apuesta a ver quién levantaba el ancla. El ancla pesaría unas 3 ó 4 toneladas en esos tiempos, poh. ¿No ve que eran largas de la vara, no más? Y entonces, en un descuido en la hora del almuerzo; porque al chileno, como ha sido tan mañoso, esos adonde los llevan, van aparte, poh!, dijeron.

- "Yastá: ¡Sombrerito! ¡Echale una cartaboniada al ancla, poh! ¡p'a apostar!"

Y se fue Sombrerito, se abrió un poquito de piernas no más, y la agarró y le hizo la levantada; la bajó y dijo:

- "No es tanto lo que pesa".

Y después dijo:

- "Apuesten no más, apuesten no más, ¡qué tanto barullo!"

Y ya, no sé en qué parte ya se formó la apuesta.

- "Y cómo", -dijo él-, "no pues, tiene que ser él primero, el dueño de casa, son del buque y nosotros venimos como de visita no más".

Y se puso el negro; negro de barulo, levantó un poco el ancha, y la devolvió, porque eran tres levantadas. Y la levantó otra vez, un poquito no más, y la volvió a levantar otra vez.

- "Ahhh", la tañadera de manos, "aaahhh", los chilenos se tiraron a apostar, pues. ¡Claro, la plata valía, y el oro también! ¡Había onzas, pues!

Y entonces le tocó a él. Se abrió un poquitito no más y la levantó casi hasta el pecho. Y la agarró y le dijo ahí:

- "Esta es la última!" La varó y la cimbró p'arriba. Cae el ancla, y -"aaayyy, vas a desarmar el barco, hombre! ¡Ya, ya, ya! No necesitamos ninguna cosa para saber quién ganó! Qué hombre más fortacho, ¿no?"

Si, pues, ¡¡¡hay que saber la forma que tenía!!!

Tenía dos costillas por lado, hombre de cuatro costillas! ¡Sip! Y era bajito, chiquito y cuadradito.

¡Cuentan, pues. Cuentan!

Chiquito, cuadradito.

ESCRITO POR:

HANS W. BERGHOLZ W.

EN NOMBRE DE PABLO DEL CARMEN CASTILLO PINTO, 91 AÑOS

AGRICULTOR Y MAESTRO PESCADOR

PLAYA CALETA OBISPITO, III REGION

## EL "CHURRITO" DE CHAÑAR BLANCO

- ¡A caso te has puesto agnóstico?

- No, padre. Ni siquiera conozco esa palabra. La causa es otra.

- Encuentro que has cambiado mucho. Ahora eres un descreído.

Desde hace bastante tiempo no te veo en la misa de los domingos. Ni siquiera has dado una vueltecita por el mes de María.

- Oiga, on Ildefonso, lo que ocurre es que los años enseñan mucho. Uno ve tantas cosas que lo obligan a ponerse desconfiado y descreído...

Ildefonso Luna, cura español, de estatura mediana, anchas espaldas, ojos como un ratón de campo, nariz semiaguileña y calvicie prematura, le clavó la vista con todos los ingredientes de una estocada, y gruñó:

- A ver, a ver, ¿cómo es eso?

- Muy sencillo, pos, on Ildefonso. Pienso que los curitas deberían casarse. La carne es muy tirana. Nadie escapa de las tentaciones del sexo. Por eso, en toas partes, el rumor y el pelambrijo hacen de las suyas. Por allí hey escuchao, sin querer, que el hijo' e oña Emeteria es hijo suyo...

- ¡Bárbaro, no digas herejías!

Al cura se le quisieron erizar los pocos cabellos que le quedaban. Un abejorro, que entró por la ventana, se posó en su descolorida y mugrosa sotana. El fraile, como es de suponer, era canchero. Esbozó una forzada sonrisa y, diplomáticamente, agregó:

- Cipriano, te has puesto insoportable...

La campana de la escuela sonó, indicando la entrada a clases. Esto vino en ayuda del sacerdote, pues fingió tener un compromiso que cumplir en ese establecimiento educacional. Masculló algunas excusas, no muy claras, y se dirigió a la puerta de salida. No pudo ocultar cierto rubor y exclamó:

- ¡Hasta luego, viborita!

- Hasta luego, on Ildefonso. No se enoje conmigo. Entre amigos se pueden conversar cosas muy íntimas...

El cura montó en su caballo, un rocín viejo y maltratado. Picó espuelas y, en lugar de dirigirse a la escuela, enfiló hacia la cercana capilla. El pícaro agricultor, sacudido por la risa, se acercó a la ventana y se puso a contemplar los parronales. Estos, lujuriosos, se encaramaban en los faldeos de los cerros pardos, tostados por el sol implacable. Alineados, en perfecta formación militar, dejaban que el viento les pasara la mano tibia por la rizada cabellera. Ondulantes, llenos de vitalidad y exuberancia, semejaban una marejada verde en permanente vaivén. Entre ellos, la poesía -montada en un carrusel de villanos- repartía un aguinaldo de fragancia campestre. Respiró fuerte. Se sintió orgulloso y optimista. "Este año va a ser muy bueno" -musitó. Mentalmente, sacó algunas cuentas. Después, dijo para sí:

- ¡Estos israelitas son muy inteligentes! ¡A ellos se deben estos progresos del riego por goteo! ¡Le achuntaron medio a medio! ¡Por otra parte, el clima nortino se presta pa' que las viñas prosperen! ¡La uva chilena se impone en to'os los mercados del mundo!

Se acercó, enseguida, al escritorio. Cogió un legajo de papeles y gritó:

- ¡Rocio!

Desde el fondo de la casa patronal, una voz cantarina exclamó:

- ¡Ya voy, papacito lindo! ¡Estoy sacudiéndome el polvo del vestido!

A los pocos segundos, la muchacha estuvo frente a su padre.

- ¡Quiero que vayas a Vallenar a cancelar algunas cuentas en la Municipalidad!  
¡Hace rato te llamé! ¿Dónde estabas?

- Fui a hacer un recorrido por los parronales. Usted sabe que esta revisión es indispensable. Arreglé varios goteros que no estaban funcionando.

- ¡Parte inmediatamente! Por favor, no te demores. A tí te gusta mucho andar en pololeos. ¡Eres un "churrito" muy apetitoso pa' los "gavilanes"...

La muchacha sonrió con picardía; cogió las facturas y el dinero y salió apresuradamente. Montó en su yegua "La Tordilla" y cruzó la calle principal. Chañar Blanco es un hermoso poblado, muy pintoresco, que se encuentra en el interior del Valle del Huasco, cerca de Vallenar. Ya iba a tomar el camino carretero -el cual bordea el río- cuando se encontró con el celador Armando Armijo, un robusto mocetón, alto, de atrayentes facciones. El galán, al verla, no desperdició la oportunidad y descargó toda su artillería de avezado seductor:

- ¡Hola, la Reina del Valle, la mujer más linda de esta tierra! ¡Frente a tanta belleza me siento encandilado!

- ¡Hola don Armando! No sea zalamero -contestó ella, algo confundida a la vez que obligó a "La Tordilla" a acelerar el trote.

Antes de la media hora, Rocio estuvo en Vallenar. Ató la yegua a un árbol de la Plaza O'Higgins y se instaló en el banco de Lucindo para que el simpático curquito le lustrara el calzado. Apenas éste le indicó que la tarea estaba cumplida, ella se levantó la falda, desdobló la liga que le sujetaba la media y sacó de allí un arrugado billete. Quedó a la vista una tentadora cinta nacarada que hizo que el hombrecillo abriera, desmesuradamente, los ojos y soltara una frase cargada de gracejo:

- Señorita, ¿por qué no me hace Administrador de la Caja de Ahorros?

La muchacha sonrió complacida. Luego, se despidió y, casi corriendo, entró al edificio municipal. Allí fue atendida con prontitud. Su presencia produjo expectación entre los varones allí reunidos. En realidad, las curvas y el rostro de la adolescente se salían del marco de lo común. Su belleza abría las compuertas de la ilusión. Era un destello ambulante que desparramaba primavera.

De regreso, al llegar a la quebrada El Jilguero, nuevamente se encontró con el celador Armijo. Este montaba un airoso caballo blanco. Estimulado por algunos vasos de pajarete, que había bebido en casa de un amigo, dio rienda suelta a sus escaramuzas galantes:

- ¿La acompaño, mi encanto? ¿Por qué no se detiene un momentito? Me encanta conversar con lolitas como usted.

- Voy muy apurada, don Armando. Mi papá me recomendó que no demorara.

El hombre insistió en sus galanterías. Presuntuoso, acercó su cabalgadura a la de la muchacha. Rocio, turbada y temerosa, hizo galopar a La Tordilla. El animal -siempre obediente- partió como una exhalación. Armijo hizo lo mismo y la carrera no se detuvo hasta que enfrentaron el desvío que conduce a Chañar Blanco. Desde ese

punto, el celador se dirigió hacia La Verbena, lugar de su residencia. Chasqueado, exteriorizó su mal humor. Acto seguido, murmuró, intoxicado de prepotencia y jactancia:

- ¡Es inútil, vas a tener que ser mía!

Rocío no alcanzó a escuchar estas palabras. Cruzó el puente peatonal -el cual recién acababa de inaugurarse- y rumbó hacia su casa. En la puerta, la estaba esperando doña Rosalinda, su madre. Como la muchacha acusaba un remarcado nerviosismo y La Tordilla estaba cubierta de transpiración, la anciana, con esa sabiduría inata de las madres, descubrió que algo insólito había ocurrido. Por eso, le preguntó:

- ¿Te pasó algo en el viaje? Te noto muy extraña.

-Sí, mamacita; pasé un mal rato. En el camino de ida y en el de regreso me encontré con don Armando Armijo, quien comenzó a hacerme galanterías. Esto lo hace muy a menudo. Incluso me ha hecho proposiciones que yo considero deshonestas...

- ¡Ese hombre posee fama de sinvergüenza!. Es casado y tiene varios hijos. Se cree el irresistible en asuntos amorosos. Posee mala reputación. Debes evitar encontrarte con él.

- Es lo que hago, mamacita, pero aparece de repente. Yo no sé de dónde sale a mi encuentro. Es como una pesadilla. Por favor, mamá, no le cuente esto a mi papá. Puede ocurrir una desgracia. Usted conoce el genio que se gasta mi taita.

- Eso haré, hija; pero busca la manera de evitar encontrarte con don Armando. Yo también temo que pueda ocurrir un enfrentamiento. Cipriano anda siempre armado. No abandona nunca el revólver.

Pasaron varios días, con su empalagosa isocronía y la habitual tranquilidad poblana. El incidente de la muchacha quedó olvidado. Llegó la época de la vendimia y un gran contingente de obreros temporeros se estableció en Chañar Blanco. El fundo de don Cipriano Godoy se llenó de visitas y los dueños de casa tuvieron que multiplicar sus actividades para atenderlos en debida forma. Una tarde, después del ángelus, doña Rosalinda, muy alarmada, gritó:

- Rocío, mi Rociito, nos hemos quedado sin pan. Tienes que partir inmediatamente hacia la panadería. En caso de que no encuentres pan especial, trae algunas teleras. Hay que ganar tiempo. Por suerte, La Tordilla está ensillada. Parte, hija, antes de que se ponga más oscuro.

La muchacha, ágil, excelente jinete, hizo galopar a la yegua y, en pocos instantes, estuvo en la panadería. En el negocio tuvo una pequeña demora, porque se encontró con algunas amigas. De regreso, al internarse por un bosquecillo, sintió el eco de los cascos de un caballo que se acercaba velozmente. Temerosa, sacó del bolsillo de su falda un cortaplumas grande, regalo que le había hecho su padre para su cumpleaños. Pensó usarlo como un arma. Abrió la hoja, lo cogió por la empuñadura y se dispuso a defenderse en caso de peligro. En la primera curva, una sombra se atravesó en la huella. Aunque la obscuridad lo impedía, pudo distinguir al jinete. Era Armijo. El atacante, envalentonado, cogió las riendas de La Tordilla y la obligó a detenerse. Luego, dio un grito muy distorsionado por la borrachera:

- ¡Ahora serás mía! ¡No puedes escaparte!

Rocío no titubeó y, con violencia, clavó la acerada hoja en el antebrazo del atacante. Armijo, al sentirse herido, soltó las riendas de La Tordilla. Al mismo tiempo, su caballo levantó las patas delanteras y estuvo a punto de lanzarlo al suelo. Este mo-

mento fue muy bien aprovechado por Rocío, quien hizo galopar a su yegua con rumbo a la casa patronal. Ya la noche se insinuaba empavesando el cielo con las primeras estrellas. Pálida, temblorosa, casi sin aliento, cayó en brazos de su madre y musitó:

- Mamacita, parece que lo dejé muy mal herido...

- ¿De qué me hablas, hija? -dijo la anciana, confundida y sobresaltada por lo que había oído.

- Mamacita, otra vez me encontré con don Armando y, como esta vez trató de sacarme de la cabalgadura, lo herí con mi cortaplumas. Parece que el tajo es profundo. No pude evitarlo, mamacita. Don Armando, estimulado por el alcohol, estaba como enloquecido y pretendió realizar en mí sus oscuros propósitos.

Una semana después, Armijo, en cumplimiento de sus actividades profesionales, visitó la casa de don Cipriano. Llevaba el brazo vendado y en cabestrillo. Doña Rosalinda, al verlo, exclamó:

- ¡Hola, señor Armijo! ¿Qué le pasó en el brazo?

- Me herí al efectuar una siega de malezas en uno de mis potreros.

En ese instante sonó un disparo; luego, otro y otro. Tales detonaciones continuaron sin interrupción.

- ¿Qué es eso? -preguntó Armijo, algo alarmado.

- Es Cipriano que está haciendo junto al estanque su práctica de tiro al blanco. Todos los días realiza estos ejercicios. El dice que "donde pone el ojo pone la bala".

- Yo no sabía que don Cipriano fuera aficionado a este deporte.

- Ejercita este hobby desde muy joven. Ha ganado algunas medallas en torneos regionales. Oiga, don Armando, ¿quiere que le dé un consejo?

- Con mucho gusto, doña Rosalinda.

- Tenga cuidado. No se sobrepase en sus actividades de seductor de doncellas -dijo la mujer en un tono recargado de ironía-. Esta vez usted sufrió un accidente. Se hirió el brazo en un trabajo campestre, como acaba de contarme. Pero, en otra oportunidad, podría recibir un balazo. A Cipriano, mi marido, no le tiembla el pulso...

**ERASMO BERNALES GAETE, 80 AÑOS**  
**AGRICULTOR**  
**VALLENAR, III REGION**

## DON AMBROSIO

**E**l abuelo Ambrosio fue una persona muy aventurera; vivía en el campo, era criancero y minero. Tenía más de 600 cabras y una mina de oro que él mismo descubrió, la cual nombró "La Lechuza"; también tenía una tropa de burros para trasladar el material desde el Talhuen a Punitaqui.

Le gustaba buscar entierros. Un día se juntó con dos amigos y los convidó a sacar un tesoro a la Quebrada Colorada.

Al abuelo le habían enseñado unos rezos para sacar entierros. Llevaron una vela y se pusieron de acuerdo en que, vieran lo que vieran, no debían gritar, porque, al estar sacando un tesoro, se veían muchas alucinaciones y si gritaban, el tesoro se corría y era más difícil encontrarlo.

Cuando tenían cavado el hoyo, don Renato vio que venía un gran bulto negro, que parecía un toro. No le hizo caso, tratando de aguantarse el susto. El otro amigo vio muchas arañas. Siguieron cavando, hasta que la vela empezó a correr y se paró justo donde estaba el tesoro. Entonces, don Renato vio una tremenda serpiente que se le acercaba. Apartándose, dio un gran grito, temblaba de miedo. Por eso se les corrió el tesoro.

Al otro día, don Renato, por ignorancia, le contó a un amigo lo que habían ido a hacer; éste, con mucha envidia, preguntó:

- ¿Dónde está el tesoro?- don Renato no le quiso decir.

Cuando -a la noche siguiente- estaban los tres de nuevo tratando de sacar el tesoro, la luz de la vela se puso roja.

- ¡Peligro! exclamó don Ambrosio, nos están vigilando y esperando que saquemos el tesoro para matarnos y robarnos, debemos dejar esto por un tiempo.

El que los estaba espionando y les había seguido armado, era el ambicioso amigo de don Renato.

Todos se fueron y, don Ambrosio, a quien le quedaba más lejos su casa, montó en su burrito, agarrando el trote. Cuando iba por el llano, se le apareció una cabra con tres cabritos, y él dijo:

- ¿Qué hace esta cabra aquí? ¡seguro que se le quedó a los niños!

Cuando él fue acercándose, el burro no quiso caminar; bufaba y retrocedía y no quería avanzar por nada del mundo, entonces don Ambrosio pensó que el burro estaba espantado, lo dejó atado a un espino y se acercó a la cabra. Esta se adelantó a los críos y le quedó mirando fijamente.

- ¡Bah! -dijo don Ambrosio- hartó chora la cabra y no se parece a las mías.

Entonces le dio un poco de miedo, la miró y se dio cuenta que a la cabra le crecían los ojos y se le ponían como fuego, mientras el burro tiraba y tiraba hasta casi botar el espino. Don Ambrosio trató de sacar el revólver y se dio cuenta que no lo tenía, lo había dejado en la casa, porque para sacar tesoro, no hay que llevar armas.

Retrocedió como pudo y desató al burro, apenas alcanzó a montar, cuando el animal tomó una loca carrera; es algo maligno, dijo don Ambrosio, mañana voy a venir con el revólver y la escopeta.

Tremenda sorpresa se llevó al llegar a los pimientos, al ver un bulto blanco delante de él, ante el cual el burro no quería pasar.

- Esta debe ser la mujer que se les sube a los camiones que vienen al huano- dijo don Ambrosio.

La mujer pasó en sentido contrario, sin que se le pudiera ver el rostro. Viendo la pasada libre, el burro arrancó. Cuando don Ambrorio se dio cuenta de que la mujer venía a las ancas del burro, quedó totalmente helado; apenas podía darse cuenta que el burro corría desenfrenado, tratando de botarlo a él y a la mujer. Al dar la vuelta de la quebrada, la mujer desapareció. El burro no paró hasta llegar a la casa, donde todos los animales aullaban.

Don Ambrosio contó lo que le había pasado, entonces su esposa le dijo:

- Eso te pasa por reírte de los caballeros que te contaban lo que les pasaba cuando venían a comprar.

- No importa -dijo el abuelo Ambrosio- mañana voy a ir a la misma hora y voy a llevar el revólver y la escopeta.

A la misma hora pasaba don Ambrosio por los pimientos y no le salió la mujer de blanco, pero, al llegar al lugar donde estaba la cabra, se dio cuenta que el burro se le trancaba y no quería caminar. Lo ató bien atado al espino, y se acercó a la cabra. Cuando ella lo empezó a mirar y a crecerle los ojos, le apuntó con el revólver, no logrando disparar: se le adormeció el cuerpo y no pudo apretar el gatillo.

Se dio la vuelta y echó a correr. En el camino pensó:

- Debe ser otro tesoro que está en poder del diablo que se aparece así.

Cambió de camino don Ambrosio, cuando tuvo que llevar la tropa de burros con el mineral, a los Mantos de Punitaqui; allí vendió el metal y volvió a la ciudad de Ovalle para comprar cosas a la pasada. Cuando se le hizo de noche, viniendo muy tranquilo, de pronto, en el bosque de la Chimba, sintió llorar a una guagua. Se bajó del burro, corrió hacia el bosque, y, encontrando a la guagua, exclamó:

- ¡Quién habrá sido la madre desnaturalizada que dejó tan linda guagua botada por aquí!

Cuando terminaba de decir estas palabras, se dio cuenta que la guagua lo miraba y que, al sonreír, le brillaban los dientes de oro. La soltó de puro susto, y corrió hacia los burros, montó y se dirigió a la ciudad, compró sus cosas y se largó al Talhuen donde él vivía.

Por el nuevo camino iba pensando, cuando escuchó a una chunchona que se reía y se le abalanceaba casi botándole el gorro.

- ¡Ah bruja! -exclamó don Ambrosio, y, sacando la escopeta, le puso un cartucho, que él siempre andaba trayendo cargado con sal, y le dio un balazo. Dio en el blanco y sintió un gran golpe cerca de allí, fue a buscar al pájaro y no encontró nada. Al otro día pasó por allí y encontró una tucucura muerta.

Fue a visitar a su amante y, cuando llegó, la encontró llorando.

- ¿Por qué lloras? -le dijo.

Ella contestó:

- Es que mi mamá está muy mal.

- ¿Qué le pasó?

Ella contestó:

- Anoche se quemó con la tetera.

Entonces él pensó:

- ¡Esa fue la que me salió anoche! ¡vieja bruja!

Cuando llegó a la casa de su esposa, se encontró con la visita de don Renato, que venía a pasar la noche de San Juan con él. Más tarde, conversando y tomando, Ambrosio le contaba a Renato que a las doce de la noche se podía aprender a tocar guitarra debajo de la higuera.

- Ya yo voy a ir -dijo Renato, medio ebrio.

- Ya -dijo don Ambrosio- yo te empresto la guitarra. A las doce de la noche tienes que desnudarte debajo de la higuera. A esa hora la higuera florece, cuando florezca, tú llamas al diablo y él viene.

- ¡Ya! dijo don Renato.

Se puso debajo de la higuera, que, con un ruido de hojas, empezó a florecer. Entonces llamó al diablo ¡que venga! a enseñarle a tocar la guitarra; en eso sintió que sonaban los cerros y la higuera comenzó a arder. Don Renato, muy asustado, empezó a retroceder y de repente apareció el diablo.

- ¿Para qué me llamas buen hombre?

Gritó don Renato y salió corriendo sin ponerse la ropa, más, sin saber ni de guitarra. Llegó casi muerto de susto a la casa, donde don Ambrosio, muerto de la risa, lo calmó contándole que a él ya le había pasado.

El abuelo Ambrosio pasó por estas cosas y muchas más y, con el tiempo, ha tenido una respuesta: la guagua de la Chimba era un tesoro y cementerio indio; la mujer de blanco y la cabra eran tesoros que cuidaba algún ser maligno, y, que con el tiempo, otras personas sacarán.

**EDUARDO ANTONIO CONTRERAS CONTRERAS, 27 AÑOS  
TRABAJADOR AGRICOLA  
OVALLE, IV REGION**



## LA PIEDRA AZUL

**C**aía la noche en la majada de Lindor Flores, los animales ya encerrados; rumiaban las cabras en el corral y, entre estornudos, un mular masticaba los granos de cebada.

Mientras, en la casa de piedra y barro, la luz de una vela se colaba por entre las tablas de la puerta entreabierta que permitía ver la figura de una mujer delgada, ya entrada en años, que soplabla el fuego de una hornilla de barro colmada de ollas y tachos negros.

- ¡Lindo!.. por ahí van güasos pa'rriba... -exclamó la mujer sin dejar de soplar- ¡Como laira tanto ese perro!

Lindo, que así lo llamaba su mujer, levantó la cabeza para escuchar mejor el tropel en el camino que bordeaba el cerco de la majada. Se paró desganado, para asomarse a la puerta.

- Son gente que va a las piedras -contestó en voz baja, volviendo a la silla de totora- ¿No veís que es tiempo, y la mina quedó sola antes que entrara el invierno?

Estiró el brazo para recibir el mate caliente que su mujer a esa hora le cebaba. Ella, la "Gume" como él la llamaba, trajinaba de un lado para otro, ya soplando el fuego, ya cebando el mate o revolviendo las ollas. Con una sonrisita burlona, la mujer acotó:

- Oye Lindo, ¿por qué la gente de la inverná va casi toita a las piedras?, parece que les va harto bien.. porque por ahí por el Durazno se ven unas cuantas casas enzingás. Y los güasos son harto voltarios cuando toman... si hasta a los niños se les ve la plata... y nosotros con estas cuatro cabras a medio pastar, -terminó la "Gume", como en un rezongo.

Lindor, entre chupadas de mate, escuchaba sin atención. Ya sabía lo que pensaba la Gume cada vez que se oían pasar tropas por el camino.

- Si vos soy el único que no hay ido pa'alla'rriba.. hum.. teniendo animales, -rezongaba la mujer, mientras vaciaba la olla con la comida de los perros a un porongo de madera- ...eres un flojo, un malote pa'l frío, un dejado.

Muchas palabras de reproche surcaron el aire como el humo que flotaba en la habitación de la modesta vivienda.

Esa noche, las palabras de la Gume quedaron resonando en los oídos de Lindor, lo de las casas enzingás... de los güasos voltarios... y a él que le gustaría derrochar un poco y aparentar como lo hacían otros, pero ¿de dónde?, si el único derroche que había hecho en su vida era haber comprado la montura corralera y los aperos de huaso. También un poncho de castilla, lucido en tan pocas ocasiones.

- A lo mejor tiene razón la Gume -pensó- mañana mismo voy donde Baldomero, ese roto gallo me ha invitado muchas veces, y él sabe de esas cosas.

La noche fue distinta para Lindor, había decidido algo importante para él, que le hizo volar su fantasía de hombre pobre, se sintió joven a los cincuenta y tantos años que él decía tener. Ganar un dinero fácil en pocas días, tal vez con un poco de sufrimiento, total él tenía como hacerlo, una yegua sillera, una mula carguera y un burro

para la "chana". Incluso, pensó, si estaba buena la cosa, traería dos cargas de piedras, pondría la "chana" a la yegua y él se vendría a pie. Total, era cabrero acostumbrado a subir cerros y andar días enteros.

La mañana siguiente, su buen ánimo le hizo levantarse más temprano; soltó las cabras para el cerro, dio forraje a sus animales grandes y, tatareando una canción, tomó el camino que va río abajo, en busca de Baldomero. Cruzó el pequeño puente de cimbra que da a la hijuela de los Villalobos, donde Baldomero estaba dando una "gallá" por esos días. Lo encontró en el potrero, poniéndole agua al alfalfado.

- ¡Hola on'Lindo! -lo saludó desde lejos-, ¿qué anda haciendo por estos lados tan temprano?, no me vaya a decir que oña'Gume está enferma.

- ¡No, Baltita!, la Gume se va a morir de vieja y no de enferma -contestó Lindor, riendo y mostrando su dentadura escasa en su cara morena, surcada por arrugas que se veían profundas a la luz del sol que ya salía en los altos cerros del Durazno de Cogóf.

Los hombres conversaron largo el asunto, todo en voz baja. Convinieron que saldrían esa misma noche, porque Baldomero sabía que un comprador de Santiago estaba en Combarbalá y pagaba buen precio por el kilo de lapislázuli -pislázu para unos, la pilastra o nueces para otros-.

Baldomero conseguiría un animal carguero con su compadre Gualita, compañero de muchas penumbras y dichas de los pidreros. La salida tendría que ser de noche para evitar sospechas y llegar a la mina antes que el sol ablandara mucho la nieve. Tendrían que llevar forraje para los animales, porque en esa época del año la nieve cubre los pastizales cordilleranos.

El día fue largo para Lindor, a pesar que tuvo que remendar aparejos, herrar los animales y poner herramientas y víveres en los costales de cuero. La Gume le preparó un pollo cocido para el camino y algunos embelecocos que él siempre acostumbraba llevar en sus alforjas; hasta una botella de agua ardiente casera asomaba su cuello en la repleta alforja de Lindor, junto a un montón de frazadas nuevas y al poncho de castilla.

Al anochecer llegó Baldomero, con un mular al pegual con las tapas sobre el aparejo cubierta con una pequeña lona, montando su caballo zaino con un poncho de lana sobre las ancas del animal. Desmontó y amarró su peara a la quinchita del corral. Sin pronunciar palabras, entró por la pequeña puerta como si fuera su casa, seña de la verdadera amistad con los Flores. Lo esperaban ansiosos; ella cocinaba algo especial para esa ocasión, él, un poco nervioso como primerizo, hablaba poco.

- ¿Cómo está la cosa on'Lindo? -rompió Baldomero el silencio con voz fuerte, que hizo saltar al gato que dormía sobre las cenizas del brasero.

- ¡Estamos listos compañerito! -contestó Lindor- sólo falta que la Gume me eche el catre a los costales.

- ¿Por qué no la echa a ella? -replicó Baldomero, soltando una carcajada.

- ¡Y por qué no! -rió la Gume- ¿y cómo a la Sonia de ño'Camilo, él la llevó a las piedras vestida de hombre y nadie se dio cuenta y pucha que acarriaron... según dice la gente? -agregó la mujer, haciendo reír a los dos hombres.

La comida de doña Gumercinda estuvo buena y muy llenadora, como dijo Baldomero al levantarse de la mesa para ir a preparar los animales.

Mientras, Lindor, con las botas corraleras puestas, abrochaba la talonera de sus espuelas grandes, las únicas que tenía.

- ¡Tenis que cuidar tus cosas Lindo! -arremetía la Gume, acarreado cosas para afuera- es casi todo nuevo lo que te puse.. la olla, el jarro, el tacho de aluminio...

- ¡Buena, bueno, ya sé! -contestaba Lindor.

Todo estuvo listo para partir esa media noche. Los hombres, como sombras, montaron silenciosos sus cabalgaduras. Sólo la voz de doña Gume sonó en el aire:

- ¡Lindo, hijo mío, que te vaya bien!..

- Ya.. ya.. -contestó Lindor- y amarra los perros pa' que no me sigan...

Fue lo último que se escuchó en esa despedida.

Tomaron el camino río arriba, casi al trote para alejarse rápido. Baldomero tiraba del cabresto al macho negro y Lindor arreaba atrás, haciendo sonar su rebenque nuevo. Pronto dejaron lejos las últimas casas, sólo el ronco bramido del río acallaba el tropel de las bestias herradas. Baldomero soltó al mular y esperó a Lindor para cabalgar a su lado y así conversar para espantar el sueño que ya sentían sus ojos.

- Baltita, usted que es ducho en estos trotes, ¿cree que nos irá bien? -preguntó Lindor en voz alta para ser escuchado.

- ¡No se aflija ñor! la cosa está buena, ayer dicen que pasaron pa'bajo los del Altar. "El Cacerola" y "El Diente e'Lata", llevaban como cinco mulas cargadas. Si esos ñatos fueron es porque hay algo que traer.

- ¿Y la nieve en la cuesta, estará gruesa? -insistió Lindor.

- Gruesa está... pero el Tito Flaco llevó una tropilla de yeguas pa'romper nieve y le puso los perros... dicen que hay un callejón muy re' alto -contestó Baltita.

Cuando las primeras luces del amanecer llenaban de arabescos negros y blancos los pardos cerros del cajón del Maitén, bajo un cielo pálido de estrellas, los dos hombres, ya cansados, decidieron hacer un alto para desayunar y dar un respiro a sus pearas; ya estaban cerca de la cuesta.

Subieron la cuesta de Las Arenas por el callejón de nieve cortada por las patas de las bestias, no tuvieron problemas mayores durante el trayecto a la mina, salvo algunos resbalones en la nieve escarchada del estero que baja de la mina. A eso de media tarde, divisaron el ruco minero, sumergido en la blanca corteza helada de la frontera, y, más allá, las oscuras manchas de los desmontes. El ánimo se les alegró mucho más al llegar, porque sólo había dos hombres haciendo carga en los desmontes y así tendrían el pequeño ruco de piedra y madera a su entera disposición para guardar sus aperos y dormir bajo un techo abrigado.

Descargar y acomodar sus animales fue lo primero que hicieron, luego prepararon almuerzo. Ya repuestos, y con el estómago satisfecho, partieron rumbo a los desmontes, distantes a unos cientos de metros del ruco. Ahí encontraron a los dos hombres que ya cargaban sus mulas, no era gente conocida para Baldomero. Caminar sobre la nieve ya reblandecida y la altura de la cordillera, aceleraron la respiración y el corazón de Lindor, y lo hicieron pensar en sus cincuenta y tantos que tenía; a Baldomero, siendo mucho más joven, no lo afectaban. Un saludo y unas pocas palabras fue todo lo que intercambiaron esos hombres.

- Están buenas las "catas", compañerito -afirmó uno, montando en una mula ploma.

- Ya nos vamos -agregó el otro y con una sonrisa burlona, agregó- mañana es San Lorenzo y los mineros no trabajamos ese día porque trae desgracia...

Después montó en su cabalgadura y, de un silbido, puso en marcha la mulas cargadas.

Baltita y on'Lindo quedaron solos en la mina, todo era blanco. Las "catas" eran bocas negras en la falda de los desmontes, que se mantenían abiertas gracias al hielo que cementaba las piedras sueltas. De ellas tendrían que escoger y partir las mejores, separando las más azules. Era un trabajo lento y difícil a causa del frío que hace doler las manos. Baldomero, que era el entendido, mostraba a Lindor cómo hacerlo.

Esa tarde les cundió poco, sólo un costal llenaron, el frío los hizo regresar temprano al ruco, total tendrían todo el otro día para juntar.

La primera noche en la mina para Lindor fue larga, ya que los ronquidos de Baldomero y el ruido de las patas de los animales escarbando el suelo escarchado por el frío de afuera, no lo dejaron dormir bien. Madrugó para poner el tacho al fuego; leña había bastante, la dejada por los mineros que trabajan la mina sólo los meses de verano. Cuando Baldomero abrió los ojos, ya el tacho hervía y Lindor ya tenía comiendo a los animales amarrados a la pirca del ruco.

Desayunaron tranquilos y comieron bien esa mañana del 10 de agosto; antes de irse a juntar más piedras, dejaron puesta la olla con el almuerzo, para así ganar tiempo. Pusieron bastante leña al viejo brasero para que mantuviera temperado el interior del ruco.

Ya en los desmontes, ocupados en su labor de juntar piedras, los dos hombres no levantaban cabeza, sólo Lindor, de vez en cuando, se paraba a observar el paisaje maravilloso de las alturas. Las catas realmente estaban buenas, lo que los mantenía entusiasmados y ya Lindor pensaba llevar dos cargas para él.

Fue a eso de las once de la mañana cuando Lindor levantó la cabeza para mirar a su alrededor; no creyó lo que sus ojos veían: allá abajo, en el ruco, se había desatado la tragedia.

- ¡Baltita, el ruco, el ruco se quemal!

Dando un grito desesperado, echó a correr cuesta abajo, por entre montículos de nieve dura que lo hacían rodar como un trineo humano.

Baldomero, que estaba medio cuerpo metido en una cata, demoró unos segundos en darse cuenta de lo que sucedía, y también echó a correr detrás de Lindor.

Pasaron unos minutos antes de que los dos hombres pudieran llegar al ruco. Lindor trató de entrar para salvar sus preciadas cosas que estaban en el interior, pero se lo impidió el burro que estaba amarrado más cerca de la entrada, porque el fuego ya le tenía chamuscado el pelaje y, con la desesperación, la pobre bestia arremetió contra su dueño a mordiscos y a patadas. Lindor esquivaba las arremetidas del burro cuando llegó Baldomero, quien, cortaplumas en mano cortó la soga de los animales restantes que también eran alcanzados por el fuego y el calor que los hacía rebuznar y lanzar patadas al aire y a todas partes. Estaban tan furiosos que, al verse libres, arrancaron estero abajo sin dejarse alcanzar. Detrás partió el burro que fue el más dañado luego de ser liberado por Lindor.

Ahí quedaron los dos hombres paralizados, sin decir palabras por largo rato. Se había perdido todo, los aperos, los víveres. Lo que es más, no podrían llevarse las preciadas piedras azules.

- ¡Malditos brujos! -rompió Baldomero indignado- ¡Qué San Lorenzo! esos eran brujos ño'Lindo, tienen que ser de Salamanca, de allá vienen esos desgraciados...

- Pero Baltita, si fue el brasero que dejamos con fuego dentro de la pieza... calma compañero -consolaba Lindor.

Después de maldecir a medio mundo, Baldomero se sentó sobre una piedra a calmarse. Lindor trataba de escarbar entre las brasas en que quedó convertida la madera del ruco, por si veía alguna pertenencia suya pero, el calor de las piedras de la pirca que hacía de base al ruco, le impedía acercarse.

Después de la tragedia, ya calmados, decidieron regresar a casa antes de que se hiciera más tarde. Para colmo, ese día nadie llegó a buscar piedras para que los pudiera auxiliar en esas soledades. Andar a pie el camino de regreso no era problema para esos hombres de campo, temían llegar derrotados a sus hogares y, lo que es más, Lindor ya tenía una culpable de la desgracia: la Gume, su mujer, a quien había hecho caso.

En el camino conversaron poco, caminaban embebedos en pensamientos de reproche, buscando la causa de su desgracia, y así el camino se hizo más corto. Llegaron a la casa de Lindor como a las tres de la madrugada, a pie y sin animales.

Doña Gume sintió trajín de pasos afuera, animó a los perros pero no ladraron, por lo que se levantó y, con la vieja linterna, alumbró hacia afuera por la ventana. Ahí venían los dos hombres silenciosos, ella los reconoció al instante; abriendo la puerta, salió al encuentro gritando:

- ¡Lindo, hijo mío, qué pasó!

- ¡Yo no soy hijo tuyo vieja e'mier.....

El aleteo y canto del gallo sobre el espino que hacía de gallinero en la majada de los Flores, les anunciaba un nuevo día.

**JUAN I. EGAÑA PIZARRO, 53 AÑOS**  
**AGRICULTOR**  
**COMBARBALA, IV REGION**

Faint, illegible text covering most of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

100

COMMERCIAL TRADING  
AGENCY

Que hay guasos vulgares y groseros en la zona central del país, nadie lo niega. Los hay en el norte chico; también en el sur de nuestra larga faja territorial; precisamente de esta lluviosa zona, es el presente relato de uno de estos ejemplares de corte tan peculiar que existen en el agro y en la ciudad. Del caso que va enseguida, hubo un mundo de exclamaciones, cuál más típica, cuál más folclórica. Así, por ejemplo, Florindo Floridor, el mismo que tiene un boliche en el barrio de la pólvora, bramó con iras:

- A ese baboso hay que castrarlo.

El huaso Domingo Domínguez, que se las traía, al vender vino de tapada en su chinchel de Puchacay, dijo con contenida rabia:

- Es un rajáo, hay que cortarle lo más sucio que tiene. Un peñascazo en el hocico no es suficiente.

- ¿Y si sí, lo ló.. acusamo al.. al.. F.B.I.?- añadió tatarita, el chichero lotino don Hipólito Hipolindo.

- Mejor es denunciarlo a los carabineros -dijo una dama cocinera.

Tal era el calibre de los condenantes juicios para el felón, convertido ahora en verborrea forzosa por la altiva "orden" de la caña y el potrillo.

Todo comenzó al calor de un conversado pipeño al estilo penquista, en la Mancha del Tiuque, vinería clandestina de propiedad de Aristóteles Verdejo; reunión de guasos con plata, obtenida por el expendio ilegal de caldos sureños sin filtrar, eras pues, de la amplia familia empresaria de las muchas picadas de Talcahuano y San Vicente, convertidas en parroquias huachacas por los curdas y porteños, que, de por vida, han sido y serán, devocionarios de Baco y obsecuentes pisatalones de bacanales dionisíacas.

La esposa de Aristóteles (que nada tenía de aristotélico, aunque sí mucho de Verdejo), la inapreciable señora Luzmila Nanculeo, atendía con cariño "chorero" a los siguientes prósperos de la pítima zona: Al guaso Lucidoro Achábal, del bodegón "La mancha de los huevos", en donde se bebía la rica "chicha crúa" en cachos de medio litro. Al barrigudo Dulcicino Guisado, de "La mancha del pescador", aquí el pipeño se bebía en mate, empinándolo "hasta los alamos". Al guaso Uldarico Calamocha, de "La mancha del chupo" donde el chacolí se extraía de una cuarterola por medio de una manguera, vendiéndolo por chupadas "sin respiro". A Hipólito Hipolindo, de la chichería "La mancha del sapo", un huaso un poco tartamudo, pero, para vender vino en tarro duraznero no necesitaba elocuencia; que se declaraba "Rey de la chupilca" para hacer la mañana. Y al graciosísimo gallego, muy querido por las amistades de la zona, el achiguado Frigeiro Chapella.

Todos, capos del bien pasar criollista (con apariencia de humanos), después de varias charladas botellas, habían llegado a la salomónica conclusión de que el mejor lugar para continuar la conferencia de ese sábado glorioso era la desembocadura del encantador Bio-Bío; irían, llevando un cordero vivo, la fuente con papas cocidas, tortillas, pebre del cuchareado y unas damajuanitas del pipeño sin "bautizo", para beberlo en ponchera rosada, tal como se estila en "casa de Irene". Para qué decir del chivato que se armó, todos aceptaron exaltados, llevarían a sus mujeres, ¡por supuesto!

decisión que no tomaban por liberales ni amantes maridos, sino más bien, porque las señoras tendrían a su cargo la preparación del oloroso "chilensis barbicué", en palabras choreras, asado de cordero. Cómo se puede notar, hay guasos rústicos, pero no quedados.

Al día siguiente -domingo de estirar las piernas- cuando las diucas repiqueteaban en los matorrales, a la ribera del río penquista, llegaban entusiastas paseantes con ánimo y disposición para disfrutar del sol costeño y la brisa de la travesía; camionetas con barandas de colores traían a bordo a los venturosos de las Manchas (nombre con que se designa a los tugurios que menudean trago), con sus complacientes "medias naranjas", bien predisuestas a obsequiar a los tragatodo de sus consortes, con un asado en su punto.

El sitio fue ideal, buena sombra y amplio mesón para degollar al cordero. La razón de llevar vivo al animal la constituía el aprovechar la sangre en un gustoso ñachi; la asadura y la cabeza para el día siguiente, la primera, para una chanfaina de rechupete, la segunda, para un caldo picante, arreglador de cuerpo. Todo calculado a la "puntada"; costillares y perniles de inmediato al asador, sin aliños ni sal, sólo rocíados con agua y ramitas de perejil. El "pipe" ¡ah! eso es otra cosa: a beberlo de llegada y sin asco "para que no críe mañas", a más, sacarlo de la ponchera con una de las doce copas con arete, simulando ser "caballeros finos" al levante del meñique ¡si señor! Las mujeres a descuerar y despostar; una a las ensaladas, otra a atizar el carbón, aquélla ordenando la mesa y picando ají, tomate y cilantro. Fabuloso equipo. Chirigotas, chascarrillos y cuentejos, corrían a cargo del genial gallego que era todo un actor para hacer reír con el hablar tan suyo, en chistes castizamente eróticos; todo un plato este afable ibero.

El guaso Uldarico, (verdadero héroe de esta epopeya), auténtico chapucero, de toscas facciones talladas a cortes de hacha por inexperto hachero, nariz encorvada como el pico de un peuco; las más de las veces salía con actitudes fuera de tiesto, creyendo que eso era lo que hacía reír. Nadie entendía cómo había juntado dinero, pues, en su ignorantismo, era un mirador en menos, desdeñando abiertamente a la masa consumidora de su boliche. Actuaba, prácticamente, como un carancho.

A las dos de la tarde, la carne tostada estaba en su punto, expidiendo una estela tan fragante, que llegaba hasta el mismo arenal de las jai villas. La mesa, tentadora y oferente, con aceitosas ensaladas, platos con patatas (así las llamaba el coño), preparadas con el amoroso encanto de las mujeres "del sure". Guasos y gallego, más borrachos que una tagua, se habían servido dos poncheras al hilo. El versado y culto Aristóteles Verdejo, quiso recitar un brindis por la imperecedera amistad de las Manchas, cual aedo con cítara, pidió alzar las copas para mandar una cuarteta repentista que preparó toda la noche:

- ¡AMIGOS!..

Justo ahí, en ¡amigos! fue cuando ocurrió. Todos quedaron de una pieza. Las damas cocineras, con floreados delantales -cual impías diosas de cubi- y cara de espanto, exclamaron un agudo ¡JESUS!

- Don Calamocha ¿qué hace?.. Don Uldarico ¡por favor!

Los traficantes de pipeño, con los ojos a medio entrever, las copas inclinadas, derramando, el vino, la tarasca abierta y mirando como necios, lanzaban al unísono un ronco gruñido:

- ¡Chii! a este... piip... ¿qué le pasó?

- ¡¡Yo lo mato!! -agregó uno- eructando como cerdo.

- "Sanjuanido! -dijo el otro, escupiendo por el costado- ¿qué te creí que estay en tu cuchitril... piip..?

- Guaso re-tu-te-tu-ta-ta -remarcó un cuarto, pero, en expresión tal, que hizo palidecer al Bio-Bío. (El respeto a los lectores me impone suprimir la diatriba que siguió a la frase manifestada por Dulcineo. El piip sabiamente usado en te-ve, no es suficiente).

Unos cabros palomillas, de esos que siempre están a la expectativa de lo irregular, gozaban como chinos, y más de alguno aplaudió al histrión del momento:

- Qué genial el caballero, cuán filosófica su forma de apreciar la vida... ¡ANTORCHA! ¡ANTORCHA!..

Ruidosamente se mofaban los desacreditantes.

¿QUE HABIA HECHO EL INMORAL?

Casi nada. Simplemente se había bajado los pantalones, comenzando a orinarse en el humeante asado de cordero. No contento con tal patanería, mojó la mesa con comidas, pasando por la rutilante ponchera de cristal, para terminar meando la carne fresca y el apetitoso pebre cuchareado. Como no conocía la vergüenza, qué la iba a sentir.

Insultos de grueso calibre -de esos que con soltura manejan en los estadios las tristemente célebres "garras"- adornaron artísticamente el paisaje de la histórica desembocadura. Con qué furia y violencia se contemplaba al repugnante puerco, que reía como zoquete, por el chiste realizado al dejar el "barbicuí" con exótico perfume.

El gallego Frigeiro Chapella, que había permanecido mudo, exclamó con incontentida tirria, mostrando una "coitela" bien filosa:

- ¡¡CAN PORRE, NO MAS!!

¿No ven? Si no se sabe quienes son los guasos más bestias del país ¡Serán!

---

## GLOSARIO

Cariño Chorero: Cariño de Talcahuano

Achiguado : Bajito, chaparrito

Carancho : Ave de rapiña

Coitela : Cuchilla

Can porre : Perro podrido

Guaso : Hombre burdo

---

RUBEN SAEZ DURAN, 60 AÑOS  
AGRICULTOR  
LIMACHE, V REGION



**L**liu-Lliu, allí había nacido ella; aún sentía el olor a avellanas tostadas de la Estación de Traiguén donde, tres años atrás, había tomado el tren para Santiago, aferrada a su maleta de mimbre, huyendo de las maldiciones de su padre quien nunca la perdonó.

- ¡Diablo... Diablo..!

Las mismas palabras le gritó desde el fondo de la quebrada cuando ella volvió al verano siguiente, sin trenzas, enrulada con permanente, labios colorados con Pamela Grant y cargada de regalos que incluían hasta un personal estéreo a pilas para él. Ahora, había regresado con don Eduardo, su patrón de Santiago quien trabajaba en Forestal los Pinares, y estaba sentada en el borde de la ventana de la cocina, observando el lago, mientras analizaba concienzudamente las uñas crecidas y pintadas de rojo furioso. Repasaba las imperfecciones producidas por los menesteres domésticos, con el pincel de la botella de barniz importado, arriscando la nariz por el penetrante olor del quitaesmalte. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de un jeep verde, con un conejo pintado en la puerta junto a las palabras Policía Forestal, del cual descendió un hombre rubio (gringuito, lo calificó de inmediato) quien dirigió sus bototos hacia la puerta principal. Ella escuchó el saludo de bienvenida de su patrón y los pasos se encaminaron al living y allí se establecieron.

María Inés Quipallán había crecido habituada a investigar silenciosamente los pequeños signos del entorno: el crujido seco de una ramilla al quebrarse era para ella la clave para encontrar el nido de la gallina que ocultaba los huevos...; la dirección hacia la cual volaban las hojas del otoño, presagiaba el tiempo por venir; el zumbido del mediodía entre el follaje, delataba el colmenar con su alma de miel. Fiel a sus costumbres, se acercó con felina suavidad a la puerta, agazapándose junto al hilo de sol que penetraba por el borde de la cerradura, iluminando la danza eterna de las partículas de polvo..., los bototos caminaron hacia la ventana, el silbido del aire, al escapar desde el mullido interior del cojín de cuero, dejó al gringuito sentado en el sillón. Los otros pasos, acercándose al comedor se detuvieron junto al ruido metálico de una llave, buscando a tientas la intimidad de la cerradura... El chirrido de las bisagras delató el éxito, y, las botellas encerradas en la licorera, cuchichearon su cristalina alegría de ser liberadas por la luz.

- ¡María Inés, trae hielo!

Se levantó con presteza y apareció con el balde.

- ¿Cuántos te pongo, don Eduardo?, ¿y a ti caballero?

Después asumió con especial dedicación la tarea de encender el fuego de la chimenea y, desde su labor, registró los detalles de la charla. Hablaban de un negocio, de algo de unas platas que le habían ofrecido al gringuito por unas quemazones de bosques..., este último parecía enojado.

- Así es Eduardo, yo no me presto para estas situaciones.

- No te preocupes, debe ser un mal entendido, Forestal los Pinares es una empresa seria, de lo contrario yo no estaría trabajando allí.

- Espero que tengas razón. Sin embargo no deja de ser extraño lo que me ha ocurrido y el alarmante número de incendios forestales en fundos de la empresa.

La mujer, arrodillada junto al hogar, recordó su asombro al encontrar casi todos los montes cercanos sin sus árboles, con pinos recién plantados y otros simplemente quemados.

Marcelino Quipallán se bamboleaba al ritmo del tranco de su yegua baya, oculto por la manta de lana parda que lo cubría desde el cuello hasta las pantorrillas, incluyendo los canastos que pendían a cada lado de la montura. Un reguero de pequeñas esferas anaranjadas de húmedo aroma, caían desde los pliegues del poncho y se mezclaban con el perfume de las hojas de peumo, marcando su trayecto. Venía contento, había cruzado la panamericana, remontándose hasta las lomas de los hualles, encontrándolos cargados de dihueñes, los que ahora rebalsaban sus cestas; se disponía a venderlos durante la mañana. Ralearon los árboles y, al final de un claro, él pudo ver las primeras casas..., ya los perros ladraban anunciando el arribo del jinete. Tomó por la calle principal y, atando su cabalgadura al primer tilo de la hilera que llegaba hasta la plaza, se subió los bordes de la manta hasta los hombros y levantó los canastos mientras palmoteaba las ancas de la yegua. Comenzó a caminar, de pronto, regresó para sacar de entre los aperos un par de cachos con los que media su mercancía y retomó la marcha. Entró a la primera casa, dos perros ladraban furiosos tratando de morderle los talones y él los espantaba -¡Chus, chus...!- y tiró del cordel. Al ruido de la campana salió una mujer gruesa, de blanco delantal y trenzas rubias atadas a la nuca.

- Te cambio pan por dihueñes... o por plata sí no- el hombre levantó la manta exponiendo su mercancía.

- ¿A ver?, ¿cuánto?

- Dos cachos de vaca por un pan..., si no, por cien pesos.

- Ya vengo -la mujer giró sobre sus talones y, reflejándose en el encerado reluciente de las tablas, avanzó por el corredor, regresando con una fuente de greda en las manos.

- Te doy cien por tres cachos.

El hombre miró el suelo y frunció el ceño, no le gustaban estos huincas, siempre con rebajas, además él no sabía contar, así es que se guiaba por el color de las monedas y por encima de todo, si decía cien era cien.

- Son dos por cien si quieres, si no, no te vendo.

La mujer lo miró a los ojos y se encontró con dos carbones a punto de encender. No había más que hablar, con los mapuches era así, por lo que no demoró más el negocio, cerrando el trato a dos por cien.

Marcelino siguió de casa en casa, hasta llegar a la plaza, donde se instaló en un escaño, dejando los canastos en el suelo. Una nube de niñas de blanco salió tras la algarabía de sus gritos, esparciéndose por entre los prados, junto a muchachos de buzo marrón. Algunos vinieron a molestarlo:

- Indio cochino, indio cochino, vuélvete pa'tu pino...- le gritaban, escondidos entre los árboles. El, ni los miraba, la vista sobre el suelo. De pronto levantó la cara y, volviéndose hacia la derecha, observó a cuatro varones con sendas mochilas a la espalda, uno de los cuales lo enfocaba con una enorme cámara fotográfica..., le hizo morisquetas con la cara, el de la cámara no se movió, los demás rieron. La risa les duró hasta que el hombre se irguió y en tres zancadas estuvo plantado ante la cámara, anocheciendo bruscamente el mediodía del frustrado fotógrafo quien, apartando la vista del

lente, se encontró con la manta desplegada bajo los brazos en jarras de su enfurecido modelo.

- ¡¡Religión no permite foto!!, plata sí.

La mano imperiosamente extendida, no admitía réplica, así es que el muchacho hurgó rápidamente en sus bolsillos, recogiendo un puñado de monedas que colocó en la palma de mapuche. El las miró despectivamente, luego se las guardó y, sin decir nada, regresó a su asiento. Llegando el atardecer, tomó sus canastos y cruzó la calle para entrar a la tienda del turco a comprar azúcar en cubos, tabaco, fósforo y velas. Introdujo todo en su saco harinero y regresó por entre los tilos a buscar la yegua. Marcelino se quedaba poco en el pueblo, tan pronto concluía sus compras emprendía el regreso.

Arregló sus aperos y, antes de la puesta del sol, ya había llegado a los pastizales en torno al lago para seguir por los peumos relucientes de rocío; luego descendió, internándose por entre las quilas ornadas de copihues, hasta llegar a lo más recóndito, donde reinaban majestuosos los canelos. En la más impenetrable de todas las quebradas, donde sólo él sabía llegar, ahí tenía su ruco. El, viejo y mañoso, nunca pudo soportar que sus hijas lo abandonasen una a una luego de la muerte de su mujer, hasta que, cuando se fue María Inés, la menor, se quedó solo en su ruco. Solo, con sus recuerdos escarchados en invierno y asoleados en verano. La luna lo espiaba por entre las copas de los peumos, el viento de septiembre le calaba los huesos y la lluvia le mojaba hasta las penas cuando le daba por caer y caer entre mayo y agosto. El bosque era su vida; los enormes pehuenes, a los cuales trepaba con su lazo, le regalaban piñones; de los avellanos sacaba los frutos que vendía tostados en la estación del tren y los boldos secos aportaban la leña perfumada para sus fogatas. Llegando a su ruco, saludó a sus animales:

- Mai mai pudú..., ya, ya, perro bueno, cuidaste las cosas..., hola gallo, ¿cómo están tus mujeres?, vivo el ojo, al primer descuido parten con otro...- Acostumbraba a parlotear con todos, diríase que lo entendían.

Una mañana de alba, después de romper la escarcha del estero para lavarse y sacar agua para su tetera negra, que humeaba constantemente sobre las brasas, Marcelino comenzó a anudar "guachis" para cazar conejos. Cuando ya el agua del estero vagueaba por entre las piedras, una repentina inquietud de los pudúes domesticados atrajo su atención; el macho corría y saltaba por entre los helechos, olisqueando el aire, mientras la hembra empujaba con fuerza a su cría hacia el estero. El gallo dejó de hacerle la ronda a la gallina castellana para volar hasta las ramas del canelo, mientras las otras gallinas escarbaban el suelo, picoteando incesantemente sin recoger nada, ni hacer caso a los ladridos histéricos del perro que las miraba con el rabo entre las piernas. El cielo se nubló con la bandada de choroyes que pasó a toda velocidad allá arriba, escoltada por un helicóptero verde que le era familiar, pues aparecía cada vez que había incendio en la zona, para apagar el fuego con agua que sacaba del lago en una enorme olla colgando de unos cables. Sólo que el helicóptero verde que él conocía, tenía grabado un conejo y las palabras "Policía Forestal" en las puertas; este otro, en cambio, decía "Forestal Los Pinares" y estuvo sobrevolando el área por largo rato.

Los animales se mostraban cada vez más inquietos, por lo cual el hombre dejó su atado de guachis en el suelo y, llamando al perro, subió por el atajo que daba derecho a la cima del cerro desde donde se veían todo el lago y la cordillera con sus pehuenes al frente. El día estaba claro, ventoso como era normal al acercarse la primavera, y el

lago tenía su cabellera encrespada, tanto, que los patos parecían borrachos oscilando sobre las aguas. Los queltehués describían veloces círculos por el aire y daba la impresión que gritaban más fuerte que de costumbre, sin embargo no había nadie arando por allí como para justificar tanto alboroto; si hasta los bueyes y las vacas simulaban estar durmiendo esa mañana, pues no se les veía por ningún lado. Marcelino se arrebujó bien la manta, miró para todos lados y, finalmente, regresó con el perro que lo seguía muy nervioso. Cuando llegaron al ruco, tuvo que meter a los pudúes en un canasto y darles harto pasto para que se quedaran tranquilos, a pesar de lo cual no le pasó inadvertido el brillo de los enormes ojos del macho y el temblor de sus patas.

Marcelino se sentó a seguir arreglando los guachis, hacía bastante calor así es que, sacándose su manta, la tiró encima a las gallinas que lo tenían mareado con tanto cacareo. El calor aumentó rápidamente, cosa rara pues el sol venía recién sobre las montañas mañaneras y había viento..., un ruido como de mar furioso inquietó al hombre, al tiempo que se secaba las gotas de sudor que le corrían por la frente. Entonces vio pasar corriendo por el estero a dos güiñas y, muy bajo, entre las quilas, volaron cuatro codornices. Lo que realmente le sorprendió fue ver salir de entre las hojarascas a un ejército de tornasoladas madres de la culebra que avanzaban con paso lento y ceremonioso hacia el agua y, entonces, reparó en el calor que ya se hacía insupportable. Marcelino sabía que cuando los animales cortan para el bajo y siguen las aguas, es que hay fuego, así es que se apuró en pescar a las gallinas y meterlas en el canasto de los pudúes pero, cuando trató de levantarlos del suelo, se dio cuenta que apenas podía moverse..., el pecho le latía como si se le fuera a arrancar y le lloraban los ojos, apenas respiraba, tanto era el calor, ¡si hasta el agua del estero parecía estar caliente! Trató de buscar la yegua, pero los pies no le obedecieron y, cuando miró el cielo, vio una nube de fuego que saltaba por sobre la quebrada allá arriba, al tiempo que el humo lo ahogó y se desplomó sobre una roca del estero. Un hilo de sangre le manaba desde la cabeza y el perro, jalándolo desesperadamente de la manta, gemía, hasta que fue a dar, también exánime, de bruces sobre las piedras.

Arriba, en la seguridad de la casa patronal, María Inés había visto el gran incendio de cuyo calor se vio aliviada por la presencia constante del helicóptero de la Policía Forestal, el cual sobrevolaba la zona haciendo llover agua desde su barriga. Don Eduardo llegó apuradísimo a cambiarse ropa para ir luego con los del helicóptero, dejando en el apuro la radio encendida. Atenta, como de costumbre, la mujer escuchaba los diálogos del aire.

- ¡¡¡Sesenta hectáreas, qué brutalidad!!

- Por suerte que lo detuvo el lago y por el otro lado la parte que ya se había quemado...- La conversación, se perdía a ratos por el ruido del motor. Súbitamente se encendió la luz roja de la izquierda (decía: estación móvil tierra) y alguien desde otra parte comenzó a llamar.

- Habla el capataz, urgente. Faltan tres...- La mujer aguzó el oído, pero su ataque de chirridos y ruidos la hizo cubrirse las orejas y salir de allí. De regreso a la ventana, viendo amainar el fuego, la asaltó una terrible duda... ¡¡¡Marcelino!!! su padre... ¿qué sería de él? Bajaría a la quebrada en cuanto se enfriaran las quemazones.

Un rayo de sol le cosquilleaba sobre las cejas..., el perro le lamía la cara y el agua del estero pasaba insistentemente por sobre sus pies. Sin embargo, el cuerpo de Marcelino no se movía. Llevaba dos días allí y quién sabe cuántos más podrían ser; nadie se aventuraría por esos lados, más aún, ahora, después del terrible incendio. La que-

brada había quedado sin quemar porque un golpe de aire caliente había hecho saltar las llamas de un lado a otro, como un verdadero puente, dejando intacto todo el borde y el interior. El perro gimió, moviendo la cola cuando, después de una eternidad, el hombre murmuró algo y abrió los ojos para luego incorporarse despacio, incrédulo de hallarse vivo junto a su ruco y sus animales. Su cuerpo fuerte se reanimó pronto y, luego de beberse un tarro de té, tomó su cabalgadura y partió cerro arriba, adonde lo recibió un negro desierto que humeaba con miles de troncos implorantes, erguidos entre las cenizas, rindiendo tributo al fuego y la desolación. Se había levantado viento y el pulchén partía a contar la historia a tierras lejanas hasta llegar al mar. El mapuche se puso la mano sobre los ojos y recorrió hasta que se le perdió la vista..., se bajó del caballo y, sentándose en un cadáver de boldo, dejó que las lágrimas le corrieran por la cara ennegrecida. Lágrimas de hombre, lágrimas de vida que regaban la muerte..., y el hombre, cabizbajo, se estremecía en sus sollozos junto a la yegua que lo acariciaba con la frente, instintivamente solidaria de su pena. Habían quemado sus bosques poco a poco, él había huido toda su vida del fuego, hasta refugiarse en este borde del lago que parecía no pertenecer a nadie, pero, finalmente ahí estaba, fiel al destino, volando gris y amorfo por el aire. Lo que venía después él ya lo conocía. Labrarians la tierra y pronto los ejércitos de pinos, verdes y marciales, comenzarían su carrera por llegar a la luz, montando guardia en sus umbrosos cuarteles donde ni siquiera los choroyes se aventuraban.

El hombre se irguió y caminaba agobiado junto a la yegua cuando ésta, repentinamente, paró en seco relinchando; la tomó por la tusa, hablándole para que se calmara.

- Ya, ya... ándale que no son más que jotes, y se comen a los muertos. Tranquila, tranquila...

Entonces vio los tres cuerpos quemados entre los troncos. Marcelino se acercó, eran adolescentes, vestidos con pantalones azules y unas chaquetas con letras amarillas que él no sabía leer. Por eso no supo que decían Forestal Los Pinos; tampoco supo de la presencia cercana de los restos deformados de un delator envase de petróleo sobre el suelo -¿Qué podrían haber andado haciendo cuando los pilló el fuego, que no pudieron ni arrancar?-. No encontró explicación alguna, sin embargo, igual los enteró bien profundo y, encima, colocó un cerro de piedras que le demoró dos días acarrear; lo hizo para liberarse de los jotes que ya estaban describiendo círculos en el aire. Si no los encontraban los jotes, nadie los encontraría.

La María Inés bajó a la quebrada el mismo día en que volaban los jotes, Marcelino la vio desde lejos. Equilibrándose sobre sus tacos altos de color blanco, avanzaba entre matas; el blue jean azul desaparecía y reaparecía entre las curvas del sendero, ahora entre las quilas y más tarde bajo un canelo..., cuando se perdía, una tenue oscilación del follaje la delataba ante los ojos avizores del viejo. Ella caminaba despacio, deteniéndose de tanto en tanto, ora para arreglarse el talón del zapato que ya le había hecho brotar una ampolla en el pie, ora para quitarse los rizos empapados de sudor que le ocultaban la cara. -¡¡Uuuyy!!- el vuelo rasante de una perdiz la envió de golpe al suelo.

- ¡¡Ah, pájaro tonto!!!

Y se sobaba adolorida, mirándose las manos enterradas. Tardó unos minutos en arrancarse las espinas que se le habían clavado en las palmas. Ya faltaba poco, pues comenzaban a verdear los helechos entre sus otrora blancos zapatos. Marcelino

*esperó sentado, hasta que pudo verle la cara colorada en la que destacaba la boca, aún más colorada..., entonces se levantó para gritar.*

*- ¡¡¡Diablo...Diablo...!!! -agitando imperiosamente los brazos insultantes- ¡¡No quiero verte nunca, nunca!!*

*La mujer lo escuchó, lo miró y, luego de un par de minutos, giró y se devolvió para siempre con sus rizos y tacos altos. El se sentó de nuevo y estuvo allí, mirándose la punta de los pies que sobresalían de entre los bordes de la manta, hasta que salió la luna.*

*Marcelino y la María Inés nunca más se encontraron, nadie pudo dar con los muertos enterrados bajo las piedras y los copihues quemados junto al bosque ya no volvieron a florecer.*

**VERONICA POBLETE BAIGORRIA  
ASESORA DE PARCELEROS  
EL ROSARIO DE TUNQUEN, V REGION**

## LA BOMBA DE LA DISCORDIA

### (Cuento de fama)

**C**omo sucedió lo cuento, sin ponerle ni quitarle; aunque otros autores sostengan que para escribir y contar hay que saber exagerar:

Había amanecido en los dominios del Conde de Arangua. El sol, ágil y persistente, prometía una mañana de domingo (que, aún en esas lejanas tierras, antecede siempre al día lunes) de inusual calor. El Conde debía regar con el sudor de su frente y todo lo demás, los árboles, las plantas y la chacra, solo, ya que ningún aldeano quería trabajar a su servicio, porque el muy testarudo, además de exigente y desconfiado, no quería renovar su equipo de irrigación, perdiendo días, semanas y meses en su porfía. (Aquí debo mencionar que el Conde, era un notable anticuario, quizás para demostrar y demostrarse que lo antiguo era más resistente y mejor confeccionado que lo nuevo).

"Por algo será que todavía funciona", pensaba, refiriéndose a la bomba del agua. Pero ese día domingo, la vieja máquina pareció decir: "¡Hasta aquí no más llegamos!..." y no hubo caso. Los viejos fierros, desvencijados y cubiertos de herrumbre, parecieron echarse, como una porfiada yunta de motor y bomba, no obedeciendo a sus requerimientos. Entonces, el Conde, dueño y señor de las tierras bajas y altas de la Quebrada de los Escobares, tuvo una idea luminosa: entre sus amistades más proclives se contaba el Márquez de los Arrayanes, quien tenía una bomba que sí funcionaba y, ¿por qué no decirlo?, también le encontraba cara de güevón, la que le parecía más notoria aún tras haberse hecho poner algunos de los dientes llamados alcachoferos, por unos y chocleros, por otros, para hacer los debidos honores al banquete con que ese día se iba a celebrar el cambio de folio de su señora madre, la viuda del Márquez (cumplía ochenta años y un día) muy querida y respetada en todo el reino. Acontecimiento al cual él y sus pares habían sido debidamente invitados.

El Conde de Arangua, vivaracho que veía tras la viscosidad del petróleo, estaba convencido de que si usaba adecuadamente su artística dialéctica -don que le era reconocido en todo el reino por los mercaderes que le compraban o vendían objetos antiguos- el Márquez aceptaría el trueque de las bombas sin chistar, y, para asegurarse del éxito de su empresa, se puso de inmediato a desmontar el parapléjico artefacto (aunque el motor zumbaba, la bomba no chupaba) para contar a su favor con una situación de facto.

Llegando, pues, a la heredad del Márquez, llevando a lomo de sus dieciocho mulas -que sólo así podrían denominarse los temperamentales caballos de fuerza de ese carruaje de escleróticas tuberías- la arcaica bomba de agua, mandó a un lacayo a avisar su presencia. El Márquez lo saludó con tamaño bostezo, mirando, sin ver, la bomba que le mostraba el Conde, quien le dijo, urgiéndole:

- Vengo en proponeros un cambio que, sin duda, a vos debe beneficiaros más que a mí... -y continuó por ese derrotero verbal, resultándole todo tal cual lo había anticipado en su plan. El Márquez de los Arrayanes sólo atinó a pedirle que dejase instalada la reliquiosa bomba, apresurado en despedirse a fin de arreglar el cuerpo (precisamente con un arreglado) sumamente castigado por una vigilia de vino tinto y del otro, bebidos al abrigo de un pernil de chanco y algunas aceitunas, en lo que había sido una suerte de precalentamiento para el festín celebratorio. Así las cosas, el astuto

Conde, se dio maña para instalar la "joyita" y llevarse a cambio, y en descampado, la motobomba del Márquez, prometiéndole que no faltaría a la fiesta. Ya en sus tierras altas y bajas de la Quebrada, el Conde de Arangua comenzó a regar, olvidándose del mundo exterior. Regó y regó y aún sigue regando, mientras el Márquez padece de cretuda sequía... aquí cabe preguntarse:

- ¿Qué sucederá con las bombas de agua? ¿Logrará el Márquez de los Arrayanes recurrir con el agua (ya las gentes se apartan de su camino) y regar sus esparraqueras, limonares y el encino de la suerte? ¿Será, por analogía fonética, el término "bolígrafo" apropiado para la persona del Márquez?

En el Reino de la Discordia (antes: de Peñablanca) se formaron tres bandos cuyas disputas amenazaban convertir al norte del reino en una gran casa de esas... algunos estaban a favor del Márquez; otros, en contra del Conde-Nado (como comenzaban a llamarle) y, todos los demás, que ignoraban, odiosa y soberanamente, a ambos bandos.

Sabedores los Reyes del entuerto en cuestión, pues su hijo René participó de los tres días y dos noches que duró la celebración oficial y de los otros tantos que demoraron en reponerse de la descomunal resaca. El les narró todos los pormenores de lo allí acaecido sin omitir, incluso los ahogos, los desmayos y los padecimientos de las damas asistentes debido al inenarrable estado de los servicios higiénicos, cuyos hedores provocados por el atochamiento enorme de fecas y líquidos excrementarios que, fermentados por el calor se acumulaban, formando un putrefacto acopio, ya que la carencia del líquido elemento impedía que esas materias corrieran por los ductos, alcantarillas y esteros hasta su destino último, natural y ecológico: las playas de la Viña del Mar. La caótica situación, obligólas a seguir el ejemplo de los varones y efectuar el natural desahogo digestivo a campo traviesa; vergonzante circunstancia que refociló a los ebrios y fisgonos de siempre, amén de los insectos voladores que repartían sus preferencias -todo depende del ojo (facetado para el caso) con que se mire- entre esos manjares y los de las mesas. Y eso no había sido todo -les contaba- el Márquez y el caballero don Dos (antes que el primero se cambiase a "uno" de mayo, se llamaba don Segundo) Olguín, cruzaron apuestas en torno a la cuantía de las deposiciones de sus respectivas favoritas: la bella Isolina, áurea doncella y musa de los mejores poemas del Márquez y Glafira Díaz, la robusta cocinera, pródiga en favores para quien los requiriese. El Márquez, sostenía que las deposiciones de la bella Isolina debían ser como ella: menudas, leves y gráciles; en cambio, don Dos -ganadero, al fin al cabo- pensaba que doña Glafira Díaz era agradecida y que debía asimilar todo o casi todo lo que engullía... El propio René Reyes tuvo que reconfortar al Márquez ante la trastada de su musa, diciéndole, para su consuelo, que ello se debía al pujante vientre aeróbico de la bella Isolina. Lo peor fue que el caballero Dos, dos veces ebrio: tanto por el triunfo de la rozagante cocinera como por el generoso consumo que había hecho del otro, tuvo la peregrina idea de ir en procesión donde el cura para que bendijese las excretas de la bella Isolina, arguyendo que esos excrementos eran un canto a la vida por ser bronceados, uniformes y de exquisita consistencia, concluyendo que si había bendecido la entrada... En fin, un modesto perro mojonero, en un momento de descuido, puso rápido fin al terrenal debate. Aunque los bronceados de la bella y frágil Isolina dieron que hablar por mucho tiempo, la autora y sus amigos y familiares huyeron a perderse.

Los Reyes decidieron enviar a René, en su calidad de Oidor principal y al Amanuense oficial (modestamente) a desembrollar el embrollo. Decidido de antemano que

lo mejor era conversar con ambas partes por separado, fuimos primero donde el Márquez, quien nos dio su versión de los hechos -en este punto debo coincidir con el Oidor principal, que, pese a tener el Márquez la cabeza llena de epítetos contra el Conde, siempre guardó algún espacio recordatorio para la señora madre de su vecino; por su parte, el Conde, dijo que él sólo había pretendido hacer un trueque beneficioso para ambos y que el Márquez se había hecho de una gran antigüedad.

Durante varios días las proposiciones de solución iban y venían, pero sin lograr el ansiado acuerdo. La gran resolución surgió fortuitamente. René, cansado ya de tanto ir y venir, los mandó a bañarse. El Conde no tuvo problemas, pero sí el Márquez, que, no hallando donde hacerlo, fue al feudo del Conde para bañarse en su cristalino arroyo, pero, como su presencia trascendía, alertó al Conde que, consternado por la pureza de sus dilectos remansos, lo detuvo, ofreciéndole regresar la bomba para que lo hiciese en sus propias heredades.

*Doy fe que así lo hizo.*

**FABIO MARQUEZ JEGO**  
**AGRICULTOR**  
**VILLA ALEMANA, V REGION**



## CARMEN Y MANUEL, DOS CAMPESINOS QUE AMAN LA TIERRA

**T**enia la cara tersa como porcelana y facciones hermosas. Un llamativo pañuelo rojo ataba su enmarañada cabellera castaña que caía hasta los hombros. Sus grandes ojos pardos miraban con galantería. De su boca asomaba una blanca dentadura, junto a unos labios rojizos y ardientes. Usaba una hermosa falda floreada y una blusa ceñida al cuerpo, típica vestimenta campesina. Ambas hacían resaltar las formas contorneadas de la muchacha.

Se había escuchado decir que era vecina nuestra. Dueña de un corazón tierno y comprensivo con sus semejantes, se llamaba Carmen, pero todos, cariñosamente, le decían Carmelita.

Llegó en una carretela tirada por un caballo que era el orgullo de su dueña. Era una bestia fuerte y de muy buena montura, inteligente, inquieta y valiente. La carretela estaba montada sobre ruedas pequeñas y suaves. A cada paso del caballo parecía que las ruedas cantaban una hermosa serenata a la joven Carmelita. Le acompañaba siempre su hermano Fernando, único familiar que le quedaba.

Venía a verme para que le diera trabajo en la quinta, atraída por mi fama de buen patrón. Luego de pedir disculpas y saludar a todos los campesinos que estaban trabajando esa mañana, sonriéndome como avergonzada, me explicó su problema.

Al terminar el año había quedado sin faena después de trabajar en las cosechas de uvas. Ella me dijo:

- Como mis recursos dependían de mi trabajo, me dediqué a buscarlo junto a mi hermano, recorrimos todos los lugares cerca de esta quinta, ofreciéndonos como peones, pero en todas partes fuimos rechazados. Por fin alguien nos dio la noticia de que usted necesitaba gente para su predio.

Le contesté que, efectivamente, contrataba personas para que se quedaran en mi hacienda. Me sentía dudoso, en ese momento me pareció una muchacha delicada y de aspecto débil, lo que no era de mi agrado, más yo la miraba, perplejo por la belleza que ella poseía. En la entrevista le hice preguntas diversas para conocer sobre su experiencia en el trabajo de campo.

Ella me dijo:

- Soy campesina desde la cuna, el campo ha sido mi amigo desde siempre, existe una profunda compenetración entre él y yo, siento la tierra, la beso con la mirada y con los pies, cada sembradío me es familiar y constituye el alfabeto de mi devoción porque tengo cuidado maternal para esta tierra que amo tanto.

Su amor por la tierra, reflejado en cada una de sus palabras, me llevaron a aceptarla, junto con su hermano, para que trabajaran en mi predio.

Me miraba contenta, con los ojos ilusionados, temblando de ansias sus manos, cogió las herramientas de trabajo, me dio una y mil veces las gracias, volvió a decirme cómo su hermano Fernando tenía fe ciega en mi buen corazón y repitió nuevamente las veces que pidió trabajo sin ninguna esperanza.

Desde esa fresca mañana de campo, mañana de sol suave y de cielo azul, se quedaron a vivir en la quinta la niña Carmelita y Fernando.

Carmelita, cada día se empeñaba en la tarea encomendada, quería acreditarse conmigo, "hay que saber hacer las cosas ordenadamente", le decía a su hermano. Trabajaba calladita, amontonaba las malezas, al mediodía las llevaba a botar en una carretilla. Carmelita trabajaba mucho en el predio, el sudor caía por su frente y se humedecía todo su cuerpo. Siendo una verdadera campesina, se le veía sucia por el exceso de polvo que hay en los potreros, pero, a pesar de todo, sin perder su belleza innata ni la alegría de su plena juventud.

En el predio no faltaba el trabajo, Carmelita, Fernando y el resto de trabajadores nunca demuestran cansancio, porque son campesinos que aman esta tierra morena, abandonan sus casas al amanecer, con el toque del alba y se dirigen a mi predio a faenar la tierra hasta que cae el sol, desmalezando el pasto de las siembras que deben quedar limpias para que crezcan sanas y fuertes.

Cada día le tengo más cariño a estos campesinos y los admiro por ser buenos sembradores y porque aman la tierra. El surco constituye para ellos una caligrafía fácil porque, además de haberla aprendido, la conocen desde que abrieron los ojos, desde que fueron pequeños gérmenes en un seno materno y siguieron tras los bueyes dormilones y resignados bajo un ardiente sol.

Después de una trilla, que, por fin había terminado ese día en la tarde, mientras las primeras estrellas principiaban a brotar dulcemente del cielo sin nubes, yo estaba quietamente recostado en la enorme era de paja, cuando llegó el capataz Erasmo quién, de repente, me dijo:

- ¿Sabe señor?, nos ha llegado un peón nuevo.

Esto era buena noticia porque los trabajadores estaban escasos y las labores de la estación eran múltiples y variadas. -¿Cómo se llama ese peón?- le pregunté.

- Se llama Manuel Donoso -murmuró con cierto aire de picardía y agregó- viene de lejos, de la frontera, es joven y fuerte.

Pensé: "¡qué bueno! porque necesitamos gente joven" y respondí:

- Ocupalo entonces en arar las viñas, ponlo a abrir desagües y que arranque zarzamoras.

- Quiero decirle patrón que yo lo tengo alojado en mi casa, ahí está desde que llegó.

- ¿Entonces es solo?

- Solo Señor, sin nadie en este mundo.

Comprendí sin esfuerzo, al llegar a esta parte de nuestra conversación, que Erasmo lo había promovido con el único objeto de darme a conocer que él era también hombre caritativo, pomposo, persona, en fin, que se daba el lujo de tener alojados en su casa.

Al otro día fui a dar una vuelta por las viñas, y conocí al nuevo peón. Era, en realidad, un muchacho de unos 25 años de edad, de elevada estatura y vestía con cierto aire de campesino, un sombrero negro cubriale la cabeza para taparse del sol, manta multicolor, botas de alto tacón y pantalones de huaso. Rostro robustecido, cuerpo recio y con aspecto de buena salud.

Como decía Erasmo, el joven hombre tenía las fuerzas robustas y alborozadas, cogía con sus fuertes brazos el arado norteamericano y me parecía escuchar el crujido de la tierra cuando, con un mínimo de esfuerzo, lo levantaba para hundirlo en la tie-

rra reseca y dura. El robusto animal, que guiaba con riendas firmes, se adentraba entre las parras, labrando diez surcos en un rato.

Manolo fue otro campesino que se acostumbró en mi quinta. Yo estaba contento con el muchacho, quien realmente amaba la tierra; él también es como la sagrada tierra que da frutos, granos, tubérculos y semillas, sin preguntar jamás qué boca habrá de alimentar. Así es el destino de Manolo, hombre brotado de la tierra, semejante a una planta más.

Así pasaron los días en mi predio, todo marchaba como viento en popa con mis buenos trabajadores.

Manolo se fue enamorando de la niña Carmelita, que se mostraba con él turbada y ruborosa, en sus rápidas entrevistas. Un día que estaban juntos, Manolo le dijo:

- Mira Carmelita, estoy profundamente agradecido de mi patrón por todas las atenciones que ha tenido conmigo y siento gran vergüenza en no poder corresponder como es debido tantos servicios, mañana me iré de este predio.

La niña Carmelita lo miró a los ojos y le respondió.

- ¿Por qué no te quedas con nosotros para siempre?

Manolo guardó silencio largo rato. Estas palabras hicieron latir su corazón más rápidamente.

En la noche, tras un buen rato sin dormir, pensaba en esa niña tan hermosa y se decía:

- ¿Qué vale mi nombre sin compañía?, nada. Soy una sombra, me casaré con Carmelita si ella me acepta.

Al día siguiente, habló con Fernando, hermano de Carmelita, y pidió su mano. Fernando le dijo:

- Manolo, estas cosas hay que hablarlas primero en familia, vuelve mañana temprano.

Al otro día, esperaba Fernando, cuidadosamente vestido, en el pequeño comedor de su casa. Al ver entrar a Manolo, se levantó, lo felicitó y le dijo:

- Todo está hecho Manolo, pero qué de lágrimas y suspiros los de esta mujer.

Agregó con emoción:

- Es la hermana que más quiero y se me casa, pero tengo la inmensa felicidad de tener un gran cuñado.

Después hablaron tranquilamente y se fijó la fecha de la boda.

Dispuse que se efectuara un banquete a la chilena en vísperas de la boda, esto, como manifestación de cariño hacia los novios y a todos los campesinos que trabajaban en mi predio.

El día del banquete llegaron los invitados, personas sencillas, todos celebraron el arreglo del gran patio patronal y de las mesas llenas de flores y de exquisita comida. Los campesinos estaban felices, alegres y, con energía, bailaban con mucha picardía las danzas chilenas. La fiesta fue maravillosa e inolvidable.

Carmelita ya no trabaja el campo, se dedica a los quehaceres de casa y se entretiene escuchando el suave rumor de las aguas del estero. Mientras, Manolo trabaja sin descanso.

*La bendición más linda la he tenido ahora, Carmelita y Manolo me han ofrecido su primer hijo como ahijado, lo acepto con mucha alegría. Es el regalo que llenará mi vida solitaria, se los agradezco porque tendré la razón por la cual vivir.*

**ANGELA MERCEDES PINILLA PLAZA, 42 AÑOS  
TEMPORERA  
CATEMU, VREGION**

## ÑO ROSALES

**E**n el rectángulo formado por los ríos Pangal y Cachapoal, hasta su nacimiento en la frontera con la República Argentina, había una hacienda de treinta mil cuadradas, más o menos, que se llamaba "Manzanal", creo que lo que ahora queda, se llama "Sierra Nevada". Estoy hablando de hace 55 años atrás.

De Rancagua a Machali había un camino de tierra suelta, horrible, con una que otra casa a sus costados. Machali era un pequeño pueblito donde, lo que más me llamaba la atención, era que había gentes que vivían en hoyos hechos en el cerro, a orilla del camino, donde empezaba una cuesta infernal e interminable que conducía hasta Coya.

Entre Coya y Pangal, atravesando el río Pangal, estaba la entrada a "El Manzanal". Era un fundo ganadero, y a la vez productor de carbón de madera y leña, a pesar de que en ese tiempo no se notaba que la mano del hombre estuviera explotándolo (hoy día creo que es, según me han contado, un peladero, de donde la tremenda vegetación nativa que había, ha desaparecido).

Llegar a "El Manzanal" ya era una odisea, e, internarse fundo adentro era una aventura de mayores proporciones. La flora y fauna estaban intactas: había grandes peumos, quillayes, litres, boldos, manzanos silvestres, guindos silvestres, etc. y, entre los animales: choroyes, bandurrias, garzas, guanacos, conejos, liebres, cóndores y pumas, que, en el invierno, llegaban a pasearse por los corredores de las casas patronales. Las cascadas, que caían desde gran altura a las lagunas y a los riachuelos, con aguas cristalinas y heladas, hacían las delicias de la vista, del oído y del paladar del viajero sediento que osaba internarse por esos lugares. Había camino para vehículos hasta la casa patronal, de ahí hacia la alta cordillera, sólo senderos o huellas para animales.

El cencerro de la yegua "Madrina", se oía desde lejos y era el anuncio de que venía una tropa de mulas cargadas con carbón. Los hornos estaban en lugares estratégicos, pequeños terrenos planos pero protegidos, donde se podía construir una casita para el carbonero y, siempre, junto a un arroyuelo que no se secara en el verano.

En uno de estos hornos, vivía Juan de Dios Rosales, "Ño Rosales", como le conocían: hombre de unos 30 a 35 años, alto, musculoso, fachoso, parecía un atleta, de ojos claros y de largos bigotes arreglados con las puntas hacia arriba (como los solían usar nuestros abuelos).

A Rosales se le veía poco por abajo, en las casas. A lo más, una vez cada veinte días o un mes, cuando pasaba por sus menestras a la pulpería. No era hombre de muchas palabras, más bien había que sacárselas y de eso se encargaban las mujeres solteras, que esperaban con cierta ansiedad que Rosales bajara, pues todas sentían por él algo que no se atrevían a confesar, pero cercano al amor. Era un hombre solitario, sólo porque él así lo quería.

La patrona tenía dos empleadas que eran hermanas: la Meche -alta, flaca, de cara larga que, yo diría, estaba muy lejos de ser hermosa y ni siquiera atractiva- era la mayor, tendría quizás unos veinte años.

Pero la Trini -que era la menor, andaría por los 18 años- era alta, rosada, carita redonda, unos ojos grandes y expresivos, tenía el pelo largo, ondulado, siempre muy

bien peinado y se lo amarraba atrás, en la parte alta de la cabeza, con una cinta ancha de seda, muy bien planchada. Se podía haber dicho que era una belleza en "El Manzanal" o en cualquiera otra parte donde la hubieran parado. Tenía muchos admiradores, incluyendo a los patrones jóvenes, que le tenían hartas ganas. Cuando llegaban visitas, todas terminaban preguntando por ella.

Los hombres, por interés, y, las mujeres, por celos. No se piense que la Trini era casquivana o que se insinuaba de alguna manera, no, por el contrario, era seria, pero tenía un señorío especial y se imponía por presencia, no habría podido pasar en ninguna parte, sin ser notada.

Un buen día, nuestra heroína desapareció. Lo peor de todo es que se había llevado su ropa. El problema que se armó fue enorme, nadie sabía para dónde se había ido, ni la Meche, su hermana mayor, sabía nada. La patrona mandó un jinete a seguirla, por si se le hubiera ocurrido bajar a Rancagua, pero nada. Por las puertas, única salida del fundo, no había pasado, según la declaración de un inquilino que allí vivía. Se preguntó a todo ser viviente dentro del fundo, a la Trini parece que se la había tragado la tierra. Pasaron así varios días, sin que se supiera nada de ella.

- Patrona, ahí está ño Rosales, -le anunció la Meche- quiere hablar con usted.

- Hazlo pasar-, le contestó misiá Chepita.

Pasó Rosales a una galería muy soleada y llena de maceteros con flores, donde la patrona estaba tejiendo, sentada en un sofá; pero los pasos del hornero no tenían la firmeza de siempre, sino que eran más bien tímidos.

- Pase Rosales y siéntese.- Me dice la Meche que usted quiere hablar conmigo.

- Sí señora, pero no sé como empezar, yo se que la he hecho pasar muy malos ratos.

- ¿A mí Rosales? ¿Por qué? Cuente lo que tiene que decirme.

- Bueno señora, es que la Trini y yo estamos viviendo juntos.

A la señora Chepita, que era bastante pechoña, fue como si le hubieran dado un palo en la cabeza, se sintió mareada. Al fin dijo:

- Podían haber esperado a que llegaran los Padres Capuchinos, a las Misiones para que se hubieran casado.

- Sí señora, esa es otra de las cosas que me pidió la Trini que le dijera, apenas vengan los paires, ponimos todo en orden. Dijo también que la perdonara, pero que todo lo ha hecho por amor, yo la quiero a ella también, desde un principio, desde que llegó aquí a trabajar en las casas.

Con el cariño que le tenía la patrona y con cosas sobrantes de la casa patronal, pero buenas, se arregló el ranchito de la Trini. Puso cortinas en las ventanas, mantelitos en las mesas, hasta plantas y flores, en un pequeño jardín que rodeó con piedras puestas una al lado de la otra y que regaba con agua del estero, que ella acarreaba en un balde.

Fueron muchos meses en que la felicidad se notaba a simple vista. Si la Trini era bella, ahora lo estaba más; pero, en cierta oportunidad, pasaron varios días, muchos días, sin que se supiera de ella ni de Rosales. La señora Chepita mandó a un empleado que cabalgó dos horas, hasta llegar a los hornos, para preguntar por ellos. Desde lejos les gritó:

- ¡No Rosales, señora Trini!...

Fue grande la sorpresa, cuando Rosales contestó:

- ¡Aléjense carajos! ¡Estoy armado y voy a mandar al infierno al que quiera quitármela!

Se oyó el disparo y el silbido de dos balas de carabina que pasaron muy cerca del mensajero. Este, que no era lerdo, puso pies en polvorosa, mientras seguía escuchando más gritos e insultos a la grupa de su caballo, aunque cada vez venían más distantes.

Todo fue contado a misía Chepita, la que lo comunicó a su marido. Este decidió subir al día siguiente.

El patrón empezó a cabalgar temprano y no eran ni las diez cuando se acercó a los hornos. Buscó protección en unos riscos y llamó a Rosales, éste, igual que el día anterior, empezó a disparar y a gritar en los mismos términos que había contado el empleado. El patrón le hablaba calmado, dándose a conocer:

- ¡Soy yo, el patrón, vengo a ayudarte, por si tienes algún problema!

La respuesta era más balas e insultos. El hombre estaba loco, sin duda alguna, y la Trini, ¿qué habrá pasado con ella? ¿La habrá muerto? ¿Por qué dice que nadie se la quitará? La angustia era enorme, tan grande, que el patrón bajó a Coya en un Ford año 1930, a buscar una pareja de carabineros. En vista de lo relatado, viajó hasta el teniente del retén para interiorizarse de los hechos.

En las casas había caballos ensillados, esperándolos para subir a los hornos lo antes posible. En el camino se propuso un pequeño plan. Estaban seguros, por lo que dijo el patrón, de que Rosales no tenía muchas balas, serían máximo diez, de las cuales ya había disparado cinco, así es que, en el mejor de los casos, le quedaban otras cinco.

Llegaron al lugar, algunos se cubrieron tras los riscos y otros avanzaron por la parte de atrás de la casa, cubriéndose también por peñascos. Empezaron a hablarles desde varias partes a la vez. Salió Rosales disparando, pero, de repente no hubo más balas, se le habían terminado. Los insultos y amenazas sí que fueron más y de mayor calibre. Salió corriendo, buscando a alguien a quien agredir, pero el plan era acercarse cuando no tuviera balas, y rodearlo, para caerle encima todos al mismo tiempo. Así fue, por suerte. Le cayeron cinco: dos carabineros, el teniente, un mozo y el patrón, hasta que lograron, con gran trabajo, dominarlo y amarrarlo. Los carabineros se encargaron de él, mientras el patrón se dirigió a la casa para averiguar por la Trini. Lo vieron entrar y salir antes de cinco minutos:

- ¡Está viva!- gritó, -pero muy enferma, es necesario darle de comer, y traer un médico.

Esto último no era tan fácil, estaban en plena cordillera, sin medios de comunicación.

Bajó el mozo a todo caballo. Las instrucciones eran traer comida, ojalá una dieta de gallina, y buscar contacto con algún médico.

- Nosotros nos llevamos a éste- dijo el teniente -además lo encuentro muy parecido a un tal Díaz, que andamos buscando por matar a un gringo por allá cerca de Batuco, hace como tres años.

- Eso deben ser ideas suyas- contestó el patrón -este hombre es muy tranquilo y no molesta a nadie, es trabajador y honrado, sólo parece que se ha transformado.

Se lo llevaron, mientras el patrón se quedó calentando agua y cuidando a la enferma entre tanto venía ayuda, que llegó ya cuando oscurecía.

A la Trini la bajaron al día siguiente y, con los cuidados de los patrones y de la Meche, se mejoró lentamente. Contó que Rosales se había puesto raro, que hablaba solo, que no la dejaba ni salir de su pieza, que se había terminado la comida y sólo había tomado algo de agua con harina tostada cuando él salía, a ratos, pero que no comía hacía más de diez días.

Se comprobó que el apellido verdadero de Rosales era Díaz y que efectivamente había muerto a un gringo en una pelea; pero no fue juzgado, sino internado en un sanatorio de enfermos mentales. La Trini, por muchos años, tal vez hasta el momento en que el hombre murió, lo siguió visitando. Preparaba un canasto con huevos duros, queso, pan amasado, un pollo cocido o asado y partía a la ciudad a ver a su Rosales. A ella nunca se le conoció otro amor.

**IGNACIO MARTINEZ  
MEDIERO AGRICOLA  
LLOLLEO, V REGION**

## LA SEQUIA

**O**legario Martínez tuvo su propio Juicio Final en la Tierra. Llevaba cuatro días sentado en el fondo de su noria, con las manos enterradas entre las piedras, en busca de algún vestigio de humedad. Semejaba una momia ariqueña cubierta de polvo. Por su cuerpo merodeaban lagartijas y arañas saltarinas en busca de algún insecto desprevenido, de modo que, cuando decidió reincorporarse, parecía una semilla humana brotando desde la más desconcertante sequedad de la tierra. Lentamente, el viejo se incorporó hasta quedar en pie, alzó los brazos y se asió de la cuerda, entonces miró hacia arriba: el único círculo de cielo a la vista lo ocupaba el sol, verdugo inclemente, que lo había arrinconado hasta su estéril manantial.

Nada pudo hacer contra semejante contendor y, aunque su apostura y mirada denotaban desconcierto animico, su cerebro estaba monopolizado por un solo pensamiento: ¡beber!

Concentrando todas sus fuerzas en las piernas y manos, comenzó a trepar con la agilidad de un simio cansado. Luego de un esfuerzo sobrehumano, surgió a la superficie de la tierra y, como si todas las fuerzas le hubiesen abandonado, cayó, cuan largo era, a un costado del hoyo. Pero el espíritu de Olegario Martínez no estaba dispuesto a concederse ni un minuto más de espera; se levantó y, no sin dificultades, caminó hasta el frente de su casa, ahí se detuvo e hizo una corta pausa sólo para ordenar mejor sus ideas; sacudióse las ropas, se puso un sombrero de paja y, al fin, tomó los dos baldes de aluminio.

- ¡Maldita sea, y que se lo lleve el mismo diablo si se niega! -murmuró.

Apenas asomó en el patio, escuchó su propio nombre de unos campesinos y lugareños, que acudían, desde todos los rincones de Codao, en interminable éxodo, con toda laya de tiestos, a la única noria con agua de la zona.

- ¿No es on Olega? -se escuchó desde el bajo.

Olegario Martínez echó un vistazo al valle.

Era la canícula y el sol abrasaba. El valle de Codao, semejaba una sucursal del infierno -que Dios me perdone-. Una llama invisible doraba la tierra; las semillas, reventadas como curaguas, yacían dentro de las grietas y entre los terrones duros. El campo, sin ropaje, desvergonzado, se tornaba obscuro; mostraba sus entrañas en abierta disposición pornográfica: la tierra estaba caliente, pero ningún arado la podía penetrar. ¿Quién diría que aquel valle era el mismo que cobijaba, con su exuberante manto vegetal, en tiempos normales, un trozo del Edén?. ¿Dónde está el aroma de azahares, refrescando corazones propicios al amor? ¿Dónde está aquella seducción de los paltales, limoneros y naranjas en flor, que se refleja en la postrera estrofa del bello himno de Peumo cercano? ¿Dónde están aquellas frutas que, orgullosas, inscriben los nombres de Cachapoal y de Chile, alegrando sobremesas en lejanas y variadas latitudes? ¿Dónde están el néctar de la vid, el sabor de durazno y el pastel de los maizales? ¿Dónde está la marea rubia que dispone el pan sobre la mesa? En Fin. ¿Qué poeta del mismo diablo osaría elevar un canto lírico a este valle apuñalado por la sequía?

- ¡Sol degenerao! -masculló Olegario Martínez cuando vio en el gallinero, tras las mallas, dos polluelos muertos que eran alimento de las moscas; sin embargo, cua-

tro gallinas cluecas insistían en dar vida a pesar de los tuestos volteados del agua que no existía. Aquellos plumíferos, con sus picos abiertos y las tragaderas oscilantes, imprimieron al viejo solitario mayor impulso hacia el bajo.

- La necesiá tiene car'e hereje -pensó. Entonces, emprendió de lleno el descenso en dirección a la noria de su peor enemigo: don Jacinto Maldonado.

Olegario Martínez y Jacinto Maldonado eran archienemigos desde la juventud: una hermosa morena, coqueta, engañadora, antojadiza, seductora y caprichosa, les quitó el juicio a ambos y al mismo tiempo. Por culpa de sus cortas faldas, jeans y poleras ajustadas, las calles de Peumo, San Vicente, Pichidegua y Las Cabras, se convirtieron en cuadriláteros de box y la cárcel de Peumo en dormitorio. Si los carabineros sorprendían a uno cerca del otro, los detenían por sospechas, para prevenir escándalos y desorden público. Jacinto Maldonado nunca le perdonó a su rival el haber sembrado un vástago en aquella tierra cálida de minifaldas tan fértiles. Se odiaban sin medida ni disimulo, si éste sembraba maíz, el otro sembraba trigo; si uno defendía los colores de Concha y Toro el otro lo hacía por la Rosa.

Un día de feria, Olegario Martínez vendió toda su cosecha de zapallos de guarda a precio de oro; se acercó Jacinto Maldonado y le gritó en su misma cara:

- Brujo del mismísimo diaulo.

Se armó la de San Quintín, llegaron los carabineros y, como éstos, casualmente, tenían sus esposas ocupadas, se los llevaron a punta de cañón, haciéndoles cruzar Peumo entero manos arriba hasta la comisaría, tal era el odio que expresábanse los rivales. Fueron la vergüenza pública y el mundo entero les identificó, desde ese día, como a acérrimos enemigos. Se llegó a hablar de dos bandos en Codaó.

Jacinto Maldonado echó fuego por la boca cuando vio a Olegario Martínez en su nueva carreta con dos percheros belgas. Pero, por otro lado, Olegario Martínez se agarraba la cabeza a dos manos, echando mil y una maldiciones, cuando vio el nombre de Jacinto Maldonado en la guía telefónica junto a nombres de personalidades y de instituciones importantes.

Se maldecían mutuamente, cualquier triunfo de éste era una derrota para el otro. Jacinto Maldonado cercó todo el sitio, obligando así a su enemigo a dar un rodeo de más de un kilómetro cada vez que quisiera llegar a la carretera de Las Cabras, con la consiguiente risa de su verdugo. Olegario Martínez se reía a más no poder cuando supo que su rival estaba barrenando una noria cuatro veces más profunda que la de él. Y pasaron los años, las cabezas aclararon, se hicieron más juiciosos, optando por ignorarse mutuamente. Si el destino los juntaba, actuaban como dos imanes repelentes. Nunca se hablaron. En Codaó y sus alrededores, sus pependencias animaban las conversaciones de cocinas, entre mates confundidos con Pedro Urdemales, la llorona y el mismísimo diablo.

Jacinto Maldonado vio cuando Olegario Martínez burló las alambradas de su cerco. "Ahí viene ese diaulo" se dijo, mientras se disponía a vestir con el mejor traje de huaso comprado en Doñihue. Se vistió con parsimonia, sin perder de vista, en ningún momento, a su antiguo rival. Cuando lo vio caer de bruces en la maleza terminó de vestirse. "Ese poure diaulo va llegare por compasión e Dios".

- Mary, avisame cuando llegue- mandó a su criada.

Olegario Martínez bajaba hacia la noria sólo por inercia, su cabeza era un enjambre de luces y estrellas, mareos y deseos de caerse muerto, pero en paz. Rodó. Se in-

corporó, llenas sus ropas y cabellos de espigas de maleza y espinas secas. Entonces, levantó la mirada hacia el cerro del Santo y las Catorce Estaciones, el Cristo del Sagrado Corazón, siempre vigilante, recibió del sediento la señal de la cruz. Toda su humanidad temblaba cuando alcanzó el plano a sólo pocos pasos de la noria; tenía miedo, por eso su corazón se escuchaba en todas partes, cuando tomó lugar en la fila del solicitado pozo.

Olegario Martínez era dueño de una fortaleza inusitada y de un orgullo sin par; varias personas quisieron cederle el puesto de avanzada en la fila, pero él no hizo gesto alguno que demostrase desmerecimiento al saber que inspiraba sentimientos de caridad. Esperó su turno, con la mayor dignidad que pudiese poseer un despojo humano. Sus brazos temblaban, haciendo chocar sus baldes con los de otros vecinos. Si bien su aspecto no era el más feliz, a deducir por sus ropas empolvadas, llenas de pajas y espinas, sus ademanes eran dignos de respeto.

- On Jacinto, llegó on Olega -le informó la criada.

- Bien, anda, y ve que no toque el agua -mandó.

Cada vez que un solicitante llenaba sus tientos, se dirigía a descansar al alero de la sombra de una construcción frente al pozo, ahí esperaban.

Le llegó el turno a Olegario Martínez.

Se escuchó una voz potente.

- ¡Alto ahí! -retumbo la orden.

Olegario Martínez tragó barro de sus labios, hizo un gran esfuerzo por no evidenciar terror, pero no triunfó; sus brazos temblaban sin gobierno, sus manos se agarraron, los baldes cayeron al barrial circundante al pozo. No era capaz de mantenerse en pie, sintió que las pocas energías que le quedaban desfallecían. Sintió que se moría de sed. Por milagro de Dios sus ojos aún veían; su archienemigo avanzaba hacia él con paso seguro y ánimo desenvuelto, como sólo lo puede hacer un cristiano que no sabe de necesidades. Jacinto Maldonado se le antojaba burlesco, con aquella sonrisa de diablo en sus labios llenos de ironía.

- ¡Alto ahí! -Volvió a decir.

Olegario Martínez lo vio buscar algo de entre su traje de lujo, y nada más; un paño nebuloso colmó su vista, una espiral interminable dibujó su mente oscura, sus pies claudicaron, sus piernas también... Lo vieron caer de bruces sobre el muro de la noria y antes que alguien pudiese socorrerlo se lo tragó la tierra.

Segundos más tarde Olegario Martínez recuperó el conocimiento. Estaba en una sección privilegiada del paraíso, en torno a su cuerpo, la más pura y cristalina de las aguas; su cuerpo entero estaba pleno de energías vitalizadoras. Una corona de ángeles se asomaba por un círculo de cielo en lo alto; a cada instante se preocupaban de él: - "¿Está bien on Olega?. ¿Se siente bien on Olega?. ¿Está lastimado on Olega? ". Le decían. Entonces vio bajar, ayudado por una cuerda, a un robusto ángel vestido de huaso chileno y con la cara del mismísimo diablo. El ángel se soltó de la cuerda y cayó de lleno dentro del agua. Cuando el ángel sacó la cara desde el agua, Olegario Martínez reconoció a su eterno enemigo.

- ¿Estás bien hijo del mismísimo diablo? -Le preguntó el ángel.

- ¡Dios santo, si hasta en el paraíso tendré que aguantarte!

Dicen que la noria se reía como una hiena antes que regresaran nuevamente a la superficie, empapados hasta los tobillos.

*Nadie podía dar crédito a sus ojos, Olegario Martínez y Jacinto Maldonado se dieron un gran apretón de manos, de aquel apretón de manos chorreó mucha agua y leyendas.*

*- María, prepare el mate y traiga ropa seca para dos -mandó el dueño de casa.*

*El campo desnudo, desgredado, cruzado por el silencio y las sombras oblicuas y alargadas, esperaba su turno.*

**CLAUDIO EXEQUIEL PIÑA SILVA, 37 AÑOS  
TEMPORERO  
MELIPILLA, REGION METROPOLITANA**

## EL COIGUE

**C**álido, sorpresivo, y con increíble fuerza, bajó el puelche.

Entró bramando por el "Valle del Valiente", y todo el bosque se estremeció con la fuerza del impacto. Zarandeado, y crujiendo peligrosamente, opuso a la fuerza del viento sus cuarenta y cinco metros de alto y su inmenso ruedo, que le habían valido del hombre blanco, el mote de "Coloso del Bosque".

¡El hombre blanco!

Como quien siente próxima la muerte, le vino el recuerdo de mil cosas nimias y fútiles que ya le parecían para siempre olvidadas en la noche de los años.

Recordó el valle, como era quinientos años atrás, cuando no estaba solo, cuando todo no era más que una tupida maraña de quilantos y corales y, a su lado, crecían el roble, el raulí, la tepa y el laurel. Y, más allá del riacho de aguas cristalinas, casi a media falda de la montaña, sobre el barranco, se alzaban los cipreses, orgullosos del aroma de su resina.

Y recordó al puma, al venado, al zorro y a la liebre, retozando y jugando junto a sus raíces.

Y a los pájaros que anidaron en sus ramas.

Y cuando el pájaro carpintero golpeó y golpeó su tronco, incansablemente, hasta lograr hacer un hoyo, que, más tarde, con las aguas lluvias se convirtió en una pústula que le fue royendo las entrañas, hasta transformarse en una herida horrible que ahora lo mataba.

También recordó a Norfa, la indiecita, regalándole la virginidad a su adorado.

Y a los tres poderosos caciques, cuando, en solemne ceremonia en la Piedra de los Platos, bajo el follaje espeso de sus ramas, declararon la guerra al hombre blanco. Después, pasó mucho tiempo en que nada supo del hombre. No volvió a ver al indio, pero tampoco al mentado hombre blanco.

Hasta que una mañana de invierno sintió ruido de voces y vio a cuatro hombres avanzando trabajosamente por la nieve. El que iba delante era blanco y su cabello relumbraba al sol como el oro del estero. Pero los otros tres que le seguían, era poco lo que se diferenciaban del indio.

Cuando llegaron junto a su tronco, el hombre blanco exclamó admirado:

- ¡Qué coigüe colosal! ¡Un verdadero gigante de los bosques!

Pero los tres hombre que lo acompañaban no lo oían. Sólo tenían ojos para los humildes raulíes. Los miraban, los contaban, y murmuraban entre ellos:

- ¡Mira, Lorenzo! Ese da tres trezos..., y ese cuatro. Y mira ese otro..., da lo menos cinco.

Después se acercaron a ellos, calando sus cortezas. En seguida los golpeaban con el reverso de sus hachas y escuchaban.

- ¡Sanita la madera, patrón! -gritó uno de ellos.

- Esta bien -dijo el hombre rubio-. Entonces el lunes comienza el madereo, y entendámonos desde ahora: no quiero que se me diga, este árbol para mí, y éste para ti. Aquí, el que volteó, volteó.

*Dicho esto, se fueron.*

*Y volvieron, pero no cuatro, sino veintisiete. Fue horroroso. Desde antes que apareciera el sol tras los picachos de la sierra, veintisiete demonios desatados golpearon los raulíes, no con el reverso, sino con el filo de sus hachas, llenando el bosque con estremecedor concierto. Y, en la tarde, cuando dejaron de golpear las hachas, ya el bosque no era bosque, y se sentía solo, aislado, como desnudo.*

*Desde ese día, los madereros volvieron periódicamente. Desbrozando con sus hachas, destrozando con sus corvinas.*

*Pero desde hacía mucho, presentía un nuevo peligro. Todos los días, y de sol a sol, ascendían desde el fondo del valle el ruido incesante de picotas y palas y el recio estampido de la pólvora.*

*Durante meses los sintió acercarse, paulatinamente, hasta que un día surgieron a la vera del riacho. Eran cuarenta y ocho hombres rudos, que trabajaban afanosamente, rozando, cortando, terraplenando, hasta dejar tras ellos un camino limpio y firme de seis metros de ancho.*

*Cuando llegaron al pie de su tronco, se adelantó Primitivo, el grueso mayordomo, y, volviéndose a su gente, les dijo:*

*- Hemos terminado, mis hijos, lo demás lo hará el fuego.*

*Y, como para celebrar el término de la faena, encendieron fuego aquí y allá, entre risas y gritos. Primero no fueron sino pequeñas lenguas de fuego, pequeñas fogatas, pero luego, avivadas por el viento, tomaron cuerpo y avanzaron, retorciendo y consumiendo los quilantales. Lamieron los troncos de los árboles y ascendieron a sus ramas, y, cuando el sol se puso, una inmensa hoguera iluminaba intensamente el cielo.*

*Nunca olvidaría el espectáculo de desolación y muerte que alumbraó el alba.*

*Y, como buitres hambrientos, llegaron los hombres, con carros y cadenas, y cargaron los despojos. Después desaparecieron y sólo, muy de tarde en tarde, vislumbró sus siluetas.*

*Y llegó un nuevo invierno, y con él este viento.*

*Estremecido, gimiendo, revolviéndose, resistió dos días, y al tercero cayó un horrísono estruendo.*

*Luego llegó la zorra, y se refugió en la gran herida de su tronco, huyendo del agua y del viento...*

**SERGIO BALMACEDA W.**

**MADERERO**

**SANTIAGO, REGION METROPOLITANA**

## CUENTO BIOGRAFICO

Somos nueve hermanos, cuatro mujeres y cinco hombres, nacidos de la unión de mi madre (a la que quisimos con admiración, sobre todo los hijos hombres) con mi padre, el cual se dedicaba a las faenas del campo en esta Región del Libertador. Digo faenas del campo, porque Manuel Jesús, que era su nombre, no tan sólo se dedicaba a los cultivos tradicionales, como son las siembras de porotos, maíz, papas etc.: también tenía sus potreros con alfalfa o trébol; a estos pastos, en verano alcanzábamos a darles hasta tres cortes y nosotros los hermanos menores nos encargábamos de hacer toda la cosecha. Esto es la siega, que se efectuaba con una pequeña máquina tirada por caballos, luego venían todos los otros procesos, hasta terminar aprensándolo con una anticuada máquina llamada "prensa", la cual accionábamos con la ayuda del motor de un camión Ford del año 1929, al cual le conectábamos una correa a una rueda que dejábamos suspendida.

Aparte de estas tareas, nos preocupábamos de atender los animales de pequeñas crianzas que nunca faltaban en la casa. Después de estas pequeñas labores, mi madre nos tenía la ropa de colegio en orden para ir bien presentados a la escuelita N<sup>o</sup> 3 de Rancagua.

Los días de la niñez pasaron veloces y llegó la adolescencia. A nuestro padre, en vez de progresar con todo lo que había adquirido con la ayuda de mi madre, le entró una especie de ruina económica, y hubo que dejar todos sus terrenitos e ir a ocuparse a un fundo en las cercanías de la ciudad de Rengo.

En la casa y pequeña parcelita que teníamos con todos sus quehaceres -seguir criando y manteniendo a los chanchos, sacar leche, sembrar o dar los terrenitos en media- quedó un puntal al que nunca vi flaquear, esa fue mi madre, ella se ocupó de enseñarnos a nunca perder el tiempo en salones de billares o jugando a las cartas, que era muy común en el pequeño pueblito donde nos criamos; siempre nos daba ejemplos de ser sufridos y tenaces para soportar todos los problemas que se presentaban en una familia numerosa como la nuestra.

Yo, siendo uno de los hermanos menores, y acostumbrado a los trabajos agrícolas, decidí acompañar a mi padre en las labores del campo. Un día salí a salitrar un trigo que teníamos en media con un hacendado de los alrededores. Esta siembra se había efectuado en un potrero en el cual aún quedaban los restos de cañas de maravilla de la siembra anterior, las cuales pisaba a modo de pasatiempo, y así, poco a poco, se repartía el abono a ese triguito que salió un tanto amarillento. Los potreros de esa parcela se dividían unos de otros por unas cercas de piedra y barro, hechas, al parecer, en los años que había mucha mano de obra cesante.

Pero, esa tarde calurosa del verano que se aproximaba, al ir pisando estas cañas, y no ver dónde ponía exactamente el pie, pisé una enorme culebra que medía fácilmente unos dos metros de largo y su color y grosor se asemejaba a las cañas ya descritas. Este animal, al sentirse aprisionado por mi pie, un poco pesado por la carga del salitre, pegó un tremendo coletazo y, enroscándose en su cola a modo de un sólo pie, se paró a unos tres metros de donde yo estaba, sacando su lengua repetidas veces. Me miraba fijamente, como queriendo atacarme a mordiscos o azotarme con su tremenda cola con escamas. Así estuvimos algunos segundos mirándonos fijamente,

hasta que ella abandonó su posición y, dando un agudo silbido, se arrastró hacia las pircas de piedras.

Abandoné el trabajo que con tanto entusiasmo había empezado y, con el susto que pasé, anduve cabizbajo y triste hasta que llegó mi madre que nos visitaba a menudo. Después de contarle lo sucedido, ella me santiguó igual como lo hacen con los niños pequeñitos.

- Esto, haciéndolo con fe -me decía- uno vuelve a quedar normal.

En este villorrio, en que todo era calma y rutina, un día preparamos la Fiesta de la Primavera con algunos amigos y vecinos. El motivo; levantar una pequeña capilla religiosa, en los terrenos ya donados por algunos vecinos católicos. Encontramos la cooperación de todo el pueblo, muchos preguntaban ¿en qué puedo ayudar? Se formaron las comisiones que se harían cargo de las distintas candidaturas que eran de varias partes del pueblo. Las elecciones fueron muy peleadas, tanto es así que hubo que hacer una segunda vuelta, para que, felizmente, una niña sacara la mayoría de los votos y la coronáramos como "Reina de la Primavera 1950".

En esa fiesta de chayas, flores y serpentinatas, mi participación era la animación de los actos de presentaciones de las damas de honor y los pajes que las acompañaban. Terminé siendo el Rey Feo para acompañar a la Reina, que era una de las jovencitas más hermosas del lugar.

Y aparece el amor, pero ¿cómo no iba a llegar? si estábamos en la edad que no se tienen problemas de ninguna especie y todos eran proyectos e ilusiones para los días futuros. Mi escogida no fue la Reina de la Primavera, sino una de las damas de compañía: era una mujer de unos veinticinco años, que a mi parecer reunía muchas condiciones para ser la polola ideal. Profesora de la escuelita de la aldea, era muy querida por sus alumnas y apoderados. Bien modesta y muy buena lectora, un día llegó a mi casa con una novela debajo del brazo: Zurzulita, del escritor Mariano Latorre.

- Vengo -le dijo a mi padre- a pedirle a su hijo.

Por supuesto que era en forma de broma, pero desde ese día fue mi prometida oficial.

Nos enamoramos y, en los días de vacaciones, ella se olvidó de regresar a su casa en Puente Alto. Haciendo numerosas tareas agrícolas, pasamos juntos ese caluroso verano. El trigo ya maduro, nos esperaba para traerlo a la era y los porotos tórtolas, casi desgranándose. Había que ordeñar las vacas cada mañana y hacer los quesos por la tarde, pero también nos dábamos tiempo para salir a pasear a caballo por las suaves lomas de los cerros cercanos que aún conservaban sus flores blancas y aromáticas. Subimos por el Río Claro hasta dar con sus afluentes y darnos cuenta que el agua que regaba nuestras siembras era muy escasa, lo cual originaba las peleas de los agricultores quienes nombraban un juez de agua para racionar este vital elemento.

Los días pasaron veloces y parece que con la llegada del otoño, aparecieron también los primeros nubarrones. Fue Isnelia la que un día me trajo la noticia; había una lista pegada en la oficina de correos en la cual salía mi nombre completo, era el tiempo de presentarse al Servicio Militar Obligatorio. En el día señalado por esa lista nos presentamos unos mil quinientos jóvenes de todo el cantón de Caupolicán. Quedé llamado para integrar la dotación de reclutas a la semana siguiente. Isnelia se despidió de mí, diciéndome que a lo mejor no me vería ya más. Con mi partida se terminaron sus vacaciones en ese hermoso lugar, que era de ensueño para trabajar e ir proyectándose un gran futuro.

Otra vida empezaba y había que afrontarla. Una vez dentro del cuartel militar y con uniformes de trabajo, empezaron los cabos y sargentos a sacarnos rápidamente nuestras costumbres civiles para ir dando paso a la llamada disciplina militar.

El contingente era en un cuarenta por ciento de muchachos venidos del campo, aprendimos rápidamente a cuadrarnos, marchar al compás de la banda del Regimiento y también hacer tiburones y arrastrarnos con el fusil por delante, simulando que estábamos en una guerra a muerte.

Llevábamos unos dos meses de instrucción, cuando fui testigo de una tremenda tragedia ocurrida en nuestro turno de guardia de caballadas (ésta no solamente significaba cuidar los caballos, sino que trabajar toda la noche limpiando el guano de los corralones). Estábamos con el trabajo terminado y la claridad se acercaba con mucho frío esa mañana de mayo. Uno de mis compañeros se encontraba durmiendo, sentado en un palo que dividía un corral de otro, cuando, de repente, vi llegar, acercándose con mucho sigilo, a un guardia que traía un fusil Mauser en las manos. No le dimos importancia pues las rondas las hacían cada hora los conscriptos que estaban de guardia; algunos saludaban, otros pasaban sin decir palabra y regresaban a dar las novedades al cabo de guardia.

Este conscripto que llegó al grupo nuestro, era un simple recluta al que, en la guardia, le habían pasado una carabina con bala de guerra, capaz de alcanzar un blanco a unos trescientos metros de distancia. Nosotros sabíamos perfectamente que el arma que traía era el fusil Mauser que a cada uno le pasaban para las instrucciones diarias con carabina, pero con bala a fogueo, por lo que no había peligro y no hacía daño alguno. Yo y otro compañero conversábamos y estábamos atentos a algún acontecimiento o robo, que generalmente se producían a esa hora. La claridad era absoluta, además que varias ampollitas colgaban de las vigas o cerchas del galpón. Al vernos, el recluta hizo un gesto de que guardáramos silencio, luego, en forma repentina, levantó el arma a la altura del hombro derecho. Pensé que quería hacernos pasar un susto ya que él estaba a pocos metros de distancia. De repente suena el disparo y vimos con horror que nuestro camarada de esa noche de caballadas, caía muerto en forma instantánea. La bala a fogueo de ese amanecer trágico había sido cambiada por bala de guerra, la cual atravesó la garganta de mi humilde compañero de Coltauco, perforando los pizarreños en un inmenso boquerón. La sangre brotaba a borbotones por la parte de salida del proyectil. En un segundo de tiempo había llegado la muerte a visitarnos.

Corrieron todos al sitio del suceso, no tardó en llegar toda la plana mayor del Regimiento, había que hacer un sumario para investigar los hechos. Encargado el teniente Poulsen, fuimos citados como testigos; al empezar diciendo la verdad de lo ocurrido, se me hizo callar en forma prepotente por el Oficial a cargo del sumario. La jefatura del regimiento al que pertenecía, con tanto honor, ya había hecho declaraciones al diario "El Rancagüino", diciendo que la muerte del conscripto Luis Octavio, se había producido por un atascamiento de su carabina, al pasar un cierre de alambres de púas.

Me permitieron ir a sus funerales que fueron muy ceremoniosos: su caballo de adiestramiento detrás de la carroza, la banda tocaba "Yo tenía un camarada"; como último homenaje, coloqué su gorro de campaña encima del ataúd. Mucho recogimiento, pero yo, en mi silencio, sabía que se había faltado a la verdad en la investigación exacta de su muerte.

*Volviendo a la vida civil, hubo que buscar trabajo lo antes posible. Salimos con uno de mis hermanos a la Laguna del Maule. Allí nos ocupó la Corporación de Fomento en uno de sus embalses, para la instalación de plantas eléctricas; en invierno terminaban las faenas porque la nieve y el viento no dejaban avanzar las obras de la construcción, una vez terminado el trabajo, de nuevo a buscar el sustento a otros parajes de nuestro Chile. Mientras recorría las sequedades del Norte supimos, por las noticias, que en el Sur de Chile el mar había subido alrededor de cinco metros de su nivel. Por haberme empleado en una firma de construcciones de emergencia, de inmediato nos trasladamos a las Regiones de la Araucanía y Valdivia, en la Bahía de Queule pueblecito o caserío que está en el límite de estas dos regiones se comentaba que el mar se lo había llevado. Nos embarcamos por un estero o parte de río hacia esa localidad, y, efectivamente, la noche de subida de la marejada, el mar, en una ola gigante, había arrasado con todas las pertenencias de unas cien familias que vivían alrededor de este estero que desembocaba al mar.*

*Ahí estuve con un pescador descendiente de alemán. Me contaba que la mayoría se había salvado gracias a que el maremoto produjo un gran ruido, despertando a todos los habitantes; luego de arrancar a los cerros vecinos, pedían a Dios que salvara sus vidas. Sus enseres, animales, carretelas, lanchas, pescadores, todo se lo había tragado el mar, el pánico no los abandonaba pues se creía que el mar volvería a levantarse para, esta vez, hundir para siempre sus pedazos de tierra.*

*Al trasladarnos poco después a la ciudad de Valdivia, sus autoridades colocaron letreros en los que se leía: "Hasta aquí llegaron las aguas" y marcaban cinco metros de altura.*

*Y así, en uno que otro quehacer, transcurrió la vida, pasaron cuatro décadas de tiempo, en el cual había fundado una familia, que no fue numerosa, pero ya llegaron los de una tercera generación.*

*¿Y qué fue de Isnelia? Un día me contrataron para llevar a una congregación religiosa de paseo a la cordillera. Era el mismo lugar que, en nuestra juventud, recorríamos con la maestra de escuela. Llegamos muy temprano a Rinconada, todo seguía igual. El agua cristalina bajaba por el Río Claro, cantando a través de las piedras, las flores silvestres nos daban su suave aroma, el trigo ya estaba maduro y pareciera que se esperaba la Fiesta de la Primavera. Mirando al muchachito que había llegado a ofrecernos caballos en arriendo para dar un paseo, se me ocurrió que me facilitara el mejor de todos. Escogí uno color tordillo, con una montura inglesa reluciente, lo quería para tirar pinta, acordándome de Isnelia. Mi deseo era ir a verla, ya que había averiguado la dirección donde vivía.*

*Volví a galopar de nuevo las suaves lomas de nuestros tiempos idos, pero ahora llevaba una pequeña angustia en el corazón, pareciera adivinar una sorpresa. Llegué a una casa de campo, con corredor y jardín a la calle, no se divisaba ni un alma, golpeé una pequeña puerta de reja, no saltó nadie a asomarse. Después divisé una campanita que se toca a modo de timbre, y he aquí que aparece una viejecita de vestidos largos, como los de una manda, pelo canoso y afirmándose en un bastón:*

*- ¿Qué quiere? -me preguntó.*

*Me quedé observándola un rato, sí, efectivamente, era ella, aquella muchachita de dientes de perlas, y pecho de paloma, que irradiaba y contagiaba su alegría de vivir; ahora, como en un gran telón de fondo, parecieron los años transcurrir en un segun-*

do de tiempo, convirtiendo a mi Isnelia en una ancianita. - ¿Vivirá aquí la señorita Isnelia? -contrapregunté.

(Dije señorita, por lo de profesora, pues sabía de sobra que se había casado y, al igual que yo, también había formado una familia).

"Sí", la oí decir muy bajito, no me conoció en absoluto, menos se dio cuenta que le llevaba un ramo de flores blancas. Medio tartamudeando le dije que le traía los saludos de una amiga de la ciudad de Rancagua. Se oyó una voz varonil y ella se perdió en los interiores del corredor.

Al regresar a mi casa, busqué un espejo grande para mirarme. Los años no habían pasado en vano, pero ¿por qué ella había envejecido tan rápidamente? Habían pasado cuarenta y tres años que no la veía.

El Olivar, a 27 de marzo de 1994.

MIGUEL A. PEÑA SEPULVEDA  
OLIVAR, VI REGION

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE  
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE  
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE  
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE  
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE  
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE  
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE  
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE  
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE  
THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS  
AND ARCHITECTURE

## LA RATONERA

**P**aisaje del río, puente negro de madera. ¡Por el paso!, ¡por el vado! Entrando por esta ribera, unos pasos más allá, está la Ratonera.

En mi infancia fue un edén, con sus viñas y nogales, sus duraznos, higueras y damascos, y su tierra como de acero molido, que todos los inviernos, con la subida del río, aumentaba, arrasándolo todo y dejando unos colchones de arena donde, de un día para otro, brotaban grupos inmensos de azucenas rosadas y tiernas como cuellos de flamencos.

Todos los veranos corriamos por el campo, que ahí es especial, con grandes sauces y pajonales, lagunas y pozas, lleno de vegetación. Carrizos, totoras y prados de pasto fino, alternados con pedregales hermosos. Y al fondo, el río, acurrucado al cerro, como frazada de vicuña con motitas de boldo. Volaban en el ocaso bandadas de lilecos negros que graznan como el chillido de un zorro y que a los niños pequeños les da miedo.

Bandurrias, taguas y gansos blancos, extendían sus alas sobre la gran cinta de plata que semejaba el río a la hora del crepúsculo. Y el antiguo puente de madera negra, con sus dos torres, parecía el esqueleto de algún animal antediluviano, con su gran cola, que llegaba al potrero del "canelo" y las dos corcovas al barranco del Mal Paso.

Empezando la noche, todo era quietud, los pasos y caminos estilo indio, escaleras para pasar cercas y, cuándo no, por la horcaja de un sauce, donde a veces a algunos se aparecía la animita de algún ser que tuvo la mala suerte que un "amigo" le robara la vida. Las brujas vivían en ranchitos de carrizos; ahí siempre tenían un perro pelado y un arbolito raquítico, patios llenos de gallinas, más un naranjo de frutos jugosos. Las señoras brujas, eran gordas y patagónicas, de ojos saltones, labios gruesos, muy morenas y, en su corazón, ¡mucho poesía!. Porque se requiere ser artista para poder inventar tanto remedio a tanta fantasía y destruir tanto mal y tanta picardía.

¡Una niña bonita, pero perversa! que a un joven ¡volvió perro!

Una mujer infame, que, a su mejor amiga, en vez de guagua, le transformó el embarazo en "agua".

Y un hombre muy cuerdo y avisado, al que después de un tiempo ¡le dio por dormir parado!

Como remedio, ponga usted una gallina negra que tenga los ojos rosados, que no haya sido pisada por gallo alguno, en una olla de tres patas, en noche de luna llena, con dos cogollos de "cachandagua"; una porción de uña de la gran bestia, tres hojas de yerba de la plata, y una pizca de imán, alimentado durante un año con plata.

La gallina, degollada con un cuchillo nuevo, hecho un día de Viernes Santo, con un gancho de nogal, cortado un día de Pascua, no más alto de dos metros del suelo. El fuego tiene que ser encendido con sauce seco, espino verde y cera de velas usadas en el velatorio de un angelito; hacer hervir esto durante una noche, rezando esta oración antigua, de antes que se pusiera de moda quemar a las brujas:

Por los rastros en la sangre  
que Jesucristo derrama  
camina la virgen pura  
con San Juan que la acompaña

¿Quién me ha visto por aquí  
el hijo de mis entrañas?

¡Pu' aquí pasó señora  
antes que el gallo cantara!  
lleva una cruz al hombro,  
un maero muy pesao.

¡Ayúame aquí Simón!

¡Si, te ayuaré Señor!

¡Cinco puñalás llevo!

¡pase una! ¡pasen dos!

¡Pase la Maire de Dios!

¡Jesucristo vela en su puerta  
con su capilla incubierta!

¡Llamad niños al perdón!  
que te iga la oración.

¡La oración del peregrino!

Cuando Jesucristo vino,  
puso pies en el altar,  
por los pies vierte sangre..  
y por los brazos.. de trotar..

llega la Maidalena con el paño de cendal.

¡Quítate de aquí Maidalena!

No me procures limpiar.

Que éstas son las cinco llagas,

que las tengo que pasar,  
por los chicos y por los grandes  
y toita la cristiandad. Amén.

Al hervirlo durante toda la noche en la olla, queda el brebaje "milagroso".

¡Dárselo al enfermo alirito!

A ver si va a seguir durmiendo parado el gallito, que si no lo hace acostado, por lo menos pasará en cucullas durante mucho tiempo.

Y así y todo, andando, la bruja va vidas salvando. A un "huaima" que, dentro de la cabeza, de un tiempo a esta parte, siente que un pájaro carpintero le pega picotazos en el seso, lo tiene que mejorar o aprovechar por lo menos, y lograr que el pajarraco a este joven le despierte el juicio, que a la fecha, hace tiempo lo tiene "pasmado".

"Pasma" es una enfermedad muy generalizada, y que a los brujos da mucho trabajo, porque uno se enferma de esto, al lavarse los pies y los dientes al mismo tiempo, o la cabeza y la barriga. Si se lava la cara con el cuerpo caliente, se "pasma".

En suma, la bruja trabaja todo el día. También en la noche tiene que ir a reunión con otras brujas más poderosas, para lo cual tiene que dejar su cuerpo a buen recaudo. Porque ella sólo vuela con su cabeza y un cuerpo de pájaro, algo así como el alma de los antiguos egipcios.

El volar también tiene sus bemoles, porque ellas tienen que pedir paso a los humanos dueños del terreno que van cruzando, para sortear la maraña de rayos y ondas que los hombres tienen sin saberlo, con el universo, de donde son dirigidos y guiados como un péndulo entre el bien y el mal.

Por eso es muy importante contestar su saludo de "tue-tue", diciendo:

- ¡Siga por buen camino amigo!

El peligro más grande que corren es que un "chusco" las haga caer, tirando sal al fuego con ají de cacho'e caura y haciendo la cruz de Salomón con un puñal del huaso "Raimundo".

La bruja cae al suelo, invisible para la gente corriente, sufre y salta todo el día, hasta que a la noche siguiente pasa una legión de "chonchones" a buscarla y, en el sitio en que estaba, sólo queda un montón de pelos, porque, en este trance, ella lo pierde todo y queda "pelada". Actualmente las reuniones se hacen en una cantera vieja, frente a la toma de agua, en lo alto de una cuesta. En las noches tibias y nubladas se llena la falda del cerro, el camino y parte del río, con chonchones parados como lechuzas grises, como de niebla o difusos, y sin ruido, pero los humanos, con su espíritu, presienten su presencia, y, por su espalda, corre un escalofrío.

Los jóvenes, al pasar, cantan o silban para disimular el miedo y apuran el paso o la carrera de sus bicicletas.

Las señoras, ya abuelas, sienten como un viento que corre por el cerro, doblando los matorrales y haciendo remolinos, pero a ellas no las toca; entonces, pálidas y trémulas, rezan las doce palabras redobladas para ahuyentar "el mal":

¡Una es una María Santísima! nació cristo en Belén de la Virgen pura.

¡Dos son dos las tablas de la ley! que Dios dio a Moisés en Jerusalén.

¡Tres son tres las tres Marías!

¡Cuatro son cuatro los cuatro elementos!

¡Cinco son cinco los cinco misterios!

¡Seis son seis las seis candilejas! donde velaron a Cristo en "andarileja".

¡Siete son siete las siete que brillan!

¡Ocho son ocho los ocho gozos!

¡Nueve son nueve los nueve meses!

¡Diez son diez los diez mandamientos!

¡Once son once las once mil vírgenes!

¡Doce son doce los doce apóstoles!

¡Y que de doce pase a trece y reviente ese!

*Después, llegan a sus casas con las piernas que no les obedecen de puro asustadas que van.*

*Y al otro día, cuando pasa alguna de las vecinas "sospechosas", cruzan las tijeras y rezan. Martes hoy. Martes mañana. Martes todos los días de la semana.*

**HERNAN TORO BECERRA, 63 AÑOS**  
**AGRICULTOR**  
**SAN VICENTE DE TAGUA TAGUA, VI REGION**

## TOROS Y PUMAS

**II** *La fuerza bruta contra la ferocidad, se dan la mano en esta historia verídica".*

*En el extremo sur de nuestro país, XII Región de Magallanes, donde la vida tiene sentido de dramática supervivencia, reclamada por la hermosura del panorama, de la vegetación, de sus grandes bosques selváticos, lenguaje lento y pausado, escueto, de apariencia un tanto perezosa y fuerza seca inconfundible.*

*Allí, donde los campos y los que los habitan tienen como unidad un aspecto de los grandes bosques, las fieras, los pumas, los jabalíes, pudúes y huemules, en su relación de amistad con el hombre, llevan adelante dramáticamente su primitiva existencia.*

*A veces, en la quietud de los días, retumban en el fondo del bosque los bramidos de los toros; señal inequívoca que algo sucede.*

*Todos los hombres de las grandes estancias, patrones y camperos, aprestan sus armas, juntan los perros y, montando en sus jacos, parten en carrera. Alguien, conocedor de los campos, comenta:*

*- Es en el claro del Tronador.*

*- Así parece,- responde el patrón. Este año el maldito está causando mucho daño.*

*- ¡Así es!*

*Ya la crianza de terneros ha disminuido mucho. Los perros leoneros se apresuran. Saben que hay peligro y se acercan a nuestras piernas lo más posible. La gran sábana verde del follaje de sus altos árboles apenas deja penetrar leves rayos de sol. Una culebra se esconde con rapidez, zigzagueando entre las hojas secas de los bosques.*

*La algarabía de bramidos se oye más cerca. Los pájaros, asustados ante nuestra presencia, saltan de rama en rama y algún escaso fruto silvestre cac, causando un chasquido al aplastarse en el suelo.*

*En el claro de "El Tronador", el espectáculo era impresionante. Un hato de una veintena de vacas con sus crías, se arremolinaban en círculo, los novillos y los bueyes agrandan el círculo, al parecer más asustados. Por fuera, los sultanes de la manada, los bravíos toros, cerraban el círculo, bramando alrededor de sus hembras y crías, deteniéndose por instantes para escarbar la tierra con las pezuñas de las patas delanteras en señal de reto.*

*Esos toros, que libraban batallas épicas entre ellos, ahora parecían solidarizados por el peligro que amenazaba a sus vacas y a sus terneros, desde el momento en que el maldito señor de la foresta fuera descubierto por el fino olfato sutilísimo de los habitantes de los bosques.*

*El puma estaba allí, al acecho, sobre una gruesa rama de coigüe, contemplando con sus doradas pupilas, al parecer muy indiferente, toda la algarabía, la teatralidad agresiva que su presencia había producido.*

*No tenía miedo ni prisa, sabía perfectamente que el toro era un animal bravío que se lanzaba sin temor a la contienda, pero sabía también que era fácil esquivarlo. Pero, para vencerlo más fácilmente, sin exponerse, era necesario llevarle a un terreno quebrado, cerca de un barranco y provocarlo desde allí. Embestiría ciego de coraje: habría que esquivarlo con un salto lateral y, cuando el furioso toro abriera los ojos, -si es que*

los abría- tendría las patas y las astas rotas en los roqueríos del fondo de una quebrada.

Por eso el puma permanecía tranquilo, sin hacer caso a la sinfonía de bramidos que emitían las vacas, terneros, novillos y bueyes resguardados por los toros que, excitados, parecían furiosos.

El maldito estaba cierto de contar con otra ventaja. Sólo un toro se apartaría del grupo protector para presentar combate. Los otros contemplarían la lucha sin tratar de ayudar a su congénere. De todos modos, había que tener cuidado con ellos. Eran muy ágiles, más de lo que parecían, y sus cuernos, afilados en los troncos del bosque, eran armas mortales. Mientras no apareciera el hombre, rodeado de sus perros y con una arma que semejaba a un palo y que hería desde lejos, no había cuidado ni temor a los toros.

La astucia del puma le hizo presentir que los hombres, con su "palo seco" que hería estruendosamente, al oír tanta bramería, debían haberse puesto en marcha, por lo que decidió precipitar los acontecimientos.

Con un salto lleno de gracia y elegante elasticidad, bajó del árbol y estuvo frente a los toros, provocándolos con leves rugidos y sus fauces muy abiertas y el amarillo miel fosforescente de sus ojos.

Un toro pardo, rojo como la sangre, de pelaje brillante y corpulento, salió del círculo. Con furia, miró al maldito y lo embistió. El león dio un salto lateral y otro más que lo hizo caer sobre el lomo del toro que, instantáneamente, se manchó de sangre. Dio un zarpazo a la yugular del toro para cercenarla, como también a la nariz, intentando doblarle el cuello y hacerle caer al suelo. Logrado su objetivo, la nariz desgarrada casi había desaparecido bajo las zarpas y, cortada la yugular, de donde fluía sangre por todas partes a borbotones, pero el fornido cuello no cedió.

El toro, un tanto debilitado, recurrió a su estratégica defensa para sacarse de encima al puma. En carrera, se lanzó, ciego de ira, contra los espesos ramajes de los árboles. Allí, las ramas bajas harían caer al maldito de su desgarrado lomo. Así fue, como, cogido por las ramas, tuvo que caer, pero, dejando las huellas de profundas heridas en el cuerpo del toro. Este, se volvió con extraordinaria rapidez para lograr coger a su enemigo caído y ensartarlo con sus mortíferos cuernos; pero el puma, con un par de saltos, estuvo precisamente al borde de una quebrada de la cañada. Ciego de furia y de sangre, el toro se abalanzó, mal herido, contra su carnívoro enemigo, pero no había podido ver la trampa, no alcanzó a detener su empuje y cayó al fondo del precipicio donde se estrelló contra unos gruesos troncos. El estruendo del cuerpo al estrellarse, sonó hueco como un odre, perdiendo la vida instantáneamente.

Otro toro, de lustroso pelo blanco como la nieve, abandonó el grupo protector, el puma lo vio abalanzarse contra él con trote acelerado, alta la cerviz y armado de puntiagudos cuernos amenazantes. El león ya tenía carne para saciar su estómago y no tenía ganas de lucha. Sólo marcaría a su indomable rival. Con suma facilidad, saltó sobre su lomo que hizo sangrar, le reventó un ojo y le rasgó la nariz. Ya se estaba ensañando con el olor de la sangre cuando escuchó ladridos de perros. Mala señal. Seguro que los hombres con el palo largo se estaban acercando. Desde el lomo del blanco toro, saltó con elegancia al suelo, perdiéndose en la espesura de los árboles. Los hombres, caminando preocupados, no verían al toro muerto caído entre los troncos y matorrales. Además, ya la tarde se tenía de oscuridad y los hombres tenían al bosque selvático en sombras.

Los hombres, sabedores de las hazañas del león, conocían que el toro era el único protector del ganado en las estancias. Por eso dejaban más toros que los que realmente se necesitaban; porque eran los defensores que castigaban a los pumas. Muchas veces se dio el caso de que un toro llegase hasta las casas con un león ensartado en sus cuernos, del que no había podido desprenderse. Entonces, se acercaba al hombre, dócilmente, comprendiendo que sólo él podía librarlo de su muerto enemigo.

Cuerpos putrefactos de leones que comenzaban a agusanarse, traía algunas veces la bestia, prendidos a sus cuernos, hasta el patio de la casa, donde, manso y sumiso, se sometía a todas las caricias. Se dejaba manipular sus heridas, y hasta cauterizaciones resistía, bramando suavemente. Ya sano, volvía a ser la fiera que habría que la cejar y a la que era peligroso acercarse. Pero, el señor de los bosques, con sus ojos color miel adormecidos, parecía adivinar todo. A ese ya no le presentaría combate. Para eso había toros nuevos, entusiastas, fáciles de dominar o engañar. ¿Para qué exponerse con ese que ya había dado pruebas de no ser tonto? Además, prefería comerse algún ternero extraviado o una vaca confiada, cuyas ubres le gustaban más que las musculosas carnes de los machos.

Desde el lomo del toro que le provocara y, después de causarle heridas que tardarían mucho en sanar, antes que el atrevido cornilargo intentara bajarle, saltó el carnívoro para refugiarse en el bosque cercano en cuyas espesuras se perdió. No quería ofuscarse ni dejarse cegar por la sangre y el furor. El hombre debía estar cerca, con sus bulliciosos perros y el palo seco, y no quería nada con él. Los ladridos de sus lacayos se acercaban.

Con la cabeza gacha y la larga cola estirada, se perdió por senderos misteriosos que sólo él conocía. A veces enderezaba la cabeza y escuchaba, tíasas las orejas y las pupilas dilatadas por la penumbra. Ya sus ojos no eran los claros ojos color miel. La pupila se redondeaba y fosforecía cada vez más con el crecer de la oscuridad.

Sabía que nadie se atrevería a seguirlo. La noche se alzaba desde los matorrales y en la selva ya reinaba sólo él. ¿Quién se arriesgaría a entrar allí? Su ronronco de gato grande, demostraba su contento.

Un toro vencido y un toro a mal traer. Que supiesen alguna vez que era él el que mandaba, que era el amo y señor. Nada de estacas ni de rifles. Sus garras y sus dientes, empujados por el concierto maravilloso de sus músculos, lo arrollaban todo; hombres, cuernos y fusiles.

Rugió su triunfo en los bosques y temblaron en las ramas los pájaros dormidos. Se acurrucó la chinchilla tímida, bajo el amparo de las hojas de las nalcas o pangues y sólo el búho hizo escuchar su canto desde algún rincón.

Ya salía la luna, con una claridad diáfana y brillante, cegando el titilar de las estrellas, detrás del perfil del monte que mullían las colinas lejanas. Algún murciélago, de esos que aprovechan el sueño de sus víctimas para succionar la sangre, trazaba por encima de los árboles, su vuelo irresoluto, vacilante, como si aprendiese a volar. Gusanos de luz y luciérnagas, iluminaban la huída de una culebra por entre las hojas secas.

Ya volvería más tarde a cobrar su presa. El ladrido de los perros se alejaba y seguramente el hombre, ese animal que tanto odiaba, habría arreado el ganado hacia las colinas del otro lado del cañón, donde debía creerse más seguro.

Así iba el puma, tranquilo, displicente por el medio de la maraña que él sólo conocía. Había que cruzar un claro y, lentamente, después de observarlo todo, su paso

de seda comenzó a hollar las altas hierbas que lo cubrían. Crujió una rama seca, como pisada en el suelo y, a la luz, vio el león dos astas amenazantes y un testuz que se le venía encima.

Era el mismo toro blanco, más manchado ahora con sangre, que le había seguido hasta el lugar propicio para el combate. La lucha era fácil de eludir, pero el señor de los bosques no toleraba provocaciones.

La primera embestida del toro fue al vacío. Y ya el puma se agarraba de su lomo, clavando sus garras feroces en los flancos del animal y buscando la nariz que, instantáneamente, quedó deshecha. En eso el toro, loco de furor, embistió a la arboleda. No tuvo tiempo el puma de saltar del lomo, mientras el toro, rápido como el relámpago, se volvió para ensartarle con sus astas buidas como puñales, levantarle hasta lo alto y recibirle otra vez en la testuz armada.

El puma quedó tronchado para siempre, atravesado en los cuernos del toro. Aún intentó herir, pero unos sacudones de la feroz cabeza le hicieron desfallecer y se colgó como un cuero fresco de la cabeza de su matador.

El toro bramó su dolor, su triunfo y su bravura. A trote largo se fue a juntar con la tropilla de vacas, llevaba el emblema de su victoria. Sus hembras lamieron sus heridas y él, contra un tronco, se deshizo del cadáver atravesado en el testuz.

Los toros bramaron toda la noche. Había muerto un enemigo depredador. Y los bosques se convirtieron en una especie de sombría y apacible catedral infinita, donde se entonaba un coro a la victoria ruda, a la fuerza bruta y a la bravura.

**PEDRO GERMAN ZURITA SEGUEL, 75 AÑOS**  
**TECNICO APICULTOR**  
**MACHALI, VI REGION**

## CANALES: UN COCODRILO CRIOLLO

**U**n caluroso día lunes, a inicios del mes de enero de 1992, se presentó en mi oficina un grupo de norteamericanos. Vestían pantalones cortos de un color indefinido y unos pesados bototos llenos de polvo, que no les permitieron pasar inadvertidos ante el nutrido grupo de ganaderos, que, por esos días, esperaban frente al SAG.

Haciendo uso de mi inglés tarzanesco, logré entender que se trataba de cinco vulcanólogos de California, que pretendían hacer un estudio geológico en la falda oriental del volcán San Pedro. Después de algunos entremeses, manifestaron la intención de establecer su campamento en el sector denominado el Pellao del Valle, hermoso lugar ubicado en la alta cordillera de Linares, con restricción de uso por Resolución del SAG, VII Región.

Atendiendo los motivos científicos, en la oportunidad no sólo se les permitió el acceso a la zona despoblada, les entregamos, además, mapas y datos para el arriendo de cabalgaduras, haciendo gala de nuestra condición de buenos anfitriones con las visitas extranjeras.

Ese mismo día, el grupo llegó hasta Corral de Salas, sector precordillerano donde se ubica la Barrera Sanitaria del SAG. Muy atento como siempre, don Pancho Espinoza, poblador del lugar, los recibió en su casa, donde las ilustres visitas tuvieron la oportunidad de degustar el primer churrasco cordillerano, a la sombra de un maitén.

Lo más novedoso de estos inusuales viajeros, eran dos lindas gringas, geólogas de profesión, una de las cuales, según los comentarios del lugar, no era "nadita de pior".

Por esos días se encontraba en Corral de Salas el puestero y cuidador de cabras Maximiliano Canales, huaso ladino del Cajón, que, alentado por las soledades de las alturas llegaba "de cuando en vez", hasta el lugar del bajo, en busca de una amena conversación con los barreristas del SAG. Algo petiso, pero grueso y quemado por el sol andino, Canales "cateaba" de lejos a la comitiva, mientras sobaba un tiento a un costado del varón.

Esa noche, al calor de un mate, don Pancho "amarró" un buen negocio con los gringos: cinco caballos montureros más dos mulas aperadas por \$ 800.000, durante sesenta días, era un buen arriendo, que no se veía todos los días en el Cajón El Melado.

- Mister Espinoza -dijo el gringo- necesitamos además un guía ayudante para cargar las mulas con las muestras de rocas.

- ¡Canales! -llamó don Pancho- pase más adelante m'hijo y salude a los presentes.

El huaso cordillerano entró al fogón y saludó uno por uno a los gringos.

- ¿No te querís ganar una changa, hombre?, le dijo don Pancho.

Canales sonrió medio incómodo, pero como aceptando la idea.

- Deja esas chivas un tiempo y ándate de mozo de estos caballeros, te van a pagar bien, agregó el veterano.

Con las primeras luces del alba, Canales ya tenía los pilcheros ensillados, para iniciar temprano la jornada al Pellao.

Benaiga la gringa pa' guena pensó este huaso ladino, mientras le ayudaba a una de las geólogas a montar el arador tordillo de don Pancho

Los días pasaron lentos en el Pellao. Recorriendo cordilleras y cargando las mulas con las ariscas rocas del volcán, la hora de comer era la más triste para Canales. Añoraba la sabrosa cazuela de cabro que él sabía preparar, pero la mantequilla de mani, los cereales y las galletas de soya parecían ser los únicos alimentos que les gustaban a estos gringos.

La tristeza del huaso "azotó el bayo" cuando, un buen día, la muchacha más joven lo invitó a pasar la noche bajo el calor de su carpa. Impresionado, y sin entender la situación, Canales tiritaba como perro entumido, pero, haciendo de tripas corazón, encaró la "convidá" de la mejor forma posible. La luna llena, que a esa hora salía entre los picachos del Cerro Negro, y la fresca brisa de una noche de verano fueron los únicos testigos de esa vez. Algo simplemente inolvidable, que Canales por siempre recordará.

Al día siguiente, el cabrero del Melado era otro hombre: feliz, y silbando una ranchera, ensilló tempranito las mulas y "rumbió" hacia los faldeos del volcán, sin des-pintarle los ojos a su gringa.

Desde los once años Canales dedicó su vida entera al cuidado de las cabras; su principal compañía durante mucho tiempo siempre fueron su perro y los infaltables cabros huachos que se criaban a la orilla del puesto. Veintiocho años de edad, y un par de bajadas al pueblo en todo ese tiempo, no le habían permitido conocer -hasta ahora- el amor de una mujer.

Al pasar los días, Canales se puso más entrador que "arado de palo". Totalmente cebado a la carpa, y haciendo poco caso a la mirada inquisidora del gringo jefe, la fama de castizo no tardó mucho en llegar, empardando casi con la de un chivato en otoño, comentaban los puesteros del Cajón.

Las aventuras de Canales corrieron por el Melado como alma que lleva el diablo. Sus andanzas se contaban de fogón en fogón y no había cebadura de mate donde no salieran a relucir los sabrosos detalles de su historia de amor. Cuentan que la gringa le escribía poemas muy bonitos y que Canales, en su intento por corresponder, cierta vez le escribió el único verso que en la niñez había aprendido de sus compañeros de escuela. Casi dibujando las letras, porque no era un hombre muy letrado que digamos, le hizo saber a la gringa: "mijita linda, corazón de oro, qué linda vaca, yo soy el toro". No había duda, Canales no sabía lo que era la delicadeza con una dama, pero, definitivamente, esa era la principal virtud que la gringa encontraba en su rudo enamorado.

Casi al finalizar el verano, los norteamericanos levantaron su campamento y regresaron a California. Canales volvió a sus cabras, pero ya no era el mismo.

Se pasaba los días pensando en la gringa y no se le veía por Corral de Salas como antes.

El invierno del 92 fue largo y frío, más aún en el Cajón El Melado donde unos cuantos poblantes murieron a causa del aluvión. Yo había seguido de cerca las vicisitudes de este huaso meladino y, aunque ya no estaban los recorridos cada 21 días, que me permitían ir conociendo nuevos detalles de la historia, al finalizar el invierno me preocupé de averiguar qué había sido de la vida de Maximiliano Canales. Un día de agosto, me encontré en Linares con un poblador de El Melado. "¿Qué tal, amigo José?" y le pregunté qué fue de Canales y su gringa.

- Por ahí está ese cristiano -me dijo- anda escuchando unos cassettes que, según él, le mandaron de Estados Unidos para que aprenda inglés. Dice que la gringa lo viene a buscar, pero nadie le cree.

Al verano siguiente reiniciamos los recorridos para la inspección de animales en cordillera. Sólo entonces me enteré que la geóloga norteamericana efectivamente había regresado al Cajón El Melado a buscar al huaso de sus amores. Canales -que no conocía más allá del río Maule- tomó sus pocas pilchas y se las emplumó con su gringa en menos que canta un gallo. Dicen que su cargamento máspreciado eran dos sacos de yute, llenos de yerba mate, los cuales al parecer llegaron sin novedad a San Diego, Estados Unidos. Hoy, Maximiliano Canales, cuida un importante rebaño de ovejas en las llanuras de California. Cuenta, en su última carta que baja a pueblo cada diez días y, cargado al dólar, llega a ver a su prienda adorada, que ahora es su esposa. El fogón y el puesto de piedra que tenía en la cordillera los cambió por una excelente casa rodante, repleta de comodidades, que ha tenido que aprender a conocer.

Mucho se dice que Canales es ahora un gringo, aunque algo petiso y negro. Lo que no está claro es cuánto tiempo más podrá mantenerse lejos del viento y del sol cordilleranos, de los cóndores y su armónico vuelo, del zorro y del puma, del ciprés y del roble, del arrollo y sus cristalinas aguas, del río Melado y de la sabrosa cazuela de cabro.

**EDUARDO TORREALBA ESTEVEZ, 37 AÑOS**  
**MEDICO VETERINARIO SAG**  
**LINARES, VII REGION**



## ESPUELAS TRAICIONERAS

- **S**on las seis y media y estos holgazanes, flojonazos, todavía están echaos y no se ganan ni el very de los porotos. Así quieren ganar plata y todo lo que hacen es hincharse el hocico de todo y pegarle a los tragos -murmuraba enfadado Aníbal Noguera, por el corredor de su antigua casa de adobes.

- ¿Elvira, tenís listo el caldillo?, ya me voy p'al otro lao y no quiero llegar con las tripas pegá al espinazo:

- Ay este patrón; igualito al finao de su padre, mal hablao, insolente y cascarrabias, bueno pa' insultar y soltar la tarasca con los demás.

- ¿Dijiste algo, mujer?

- Naita patrón, es la vejez que me hace hablar sola.

- Más te vale, porque si no, de patitas al camino, ¡aquí mando yo y todo el mundo me obedece, le guste o no! ¿entendido?

- Así no más es pus patrón, usted es el único que manda y estamos a su servicio, pero, si me permite algo, yo le igo que su agravio se debe a que le falta una mujer que lo cuide, le caliente la cama y lo regalonee. Estaría bienazo.

- No me hables de mujeres, yo no estoy pa' esas andanzas, además ¿pa' que quiero estorbos?

- Huy patrón, ¡las cosas que usted dice!, ojalá que no lo escuche el taita Dios ¡si no!

- ¿Qué acaso Dios escucha?, yo pensé que estaba sordo, ¿no ves que está más viejito, que yo?

- No hable tantas tonteras y venga a comer caldillo, mejor será. Justino y los demás ya se fueron a los potreros.

Y así transcurrían los días en el fundo. Don Aníbal, hombre rudo, altanero, como un roble, se dedicaba a sus labores. Recorría de madrugada sus potreros, montado en su pingo negro, viendo a miles de vacas gordas pastar hasta echarse de llenas. ¡Qué vida la del campo!, olor a musgo verde, trinar de pájaros...

Así llegó un 18 de septiembre. Eran como las 11 de la mañana, desde la cocina emanaban el aromas a empanadas, friéndose en la sartén con manteca de chanco, y a cazuela de pava. Los dos olores se mezclaban en el viento, para ser envidia hasta de los perros. Don Aníbal vestía de gala, los peones usaban sus mejores trajes y Elvira no se había quedado atrás, sacando de un baúl el vestido de miriña que le había bordado su madre.

Justino, bajo un frondoso nogal, tocaba la guitarra, haciendo salir de las cuerdas las melodías sin necesidad de cantar. Estaban en eso, cuando, de repente, algo se sintió; era un vehículo que había llegado hasta las trancas del fundo. A lo lejos, vieron bajarse a una hermosa mujer, de cabellos rubios y tez clara, quien, con voz muy suave, habló a Elvira que salió a su encuentro:

- Buenos días señora, ¿se encuentra la dueña de casa? o ¿es usted?

- No, válgame Dios de ser yo ama de toito esto, no tenemos patrona pero patrón sí, sabe... no creo que quiera recibirla.

- De todas maneras, dígame...

Iba a proseguir, cuando apareció ante ellas don Aníbal, quien hizo ponerse roja a la recién llegada, pues la miraba de pies a cabeza y, con su voz rústica y ruda, le dijo.

- ¿A quién busca? ¿Usted no es de acá? ¿Qué es lo que quiere? Aquí no tenemos nada que le interese a usted, ni tampoco nos gustan los desconocidos.

- Disculpe señor, yo sólo pasaba a ofrecerle algunas cosas que usted puede usar en su fundo.

- No señora, aquí no queremos nada de esas porquerías que usted puede traer.

- Pero ¡véalas!, traigo aperos para los caballos, y otras cosas, implementos para los arados.

- Sabe que yo no entiendo nada de suplementos, ni quiero ni una cosa de esas.

- Señor, por favor, véalas sin compromiso, traigo unas espuelas de plata que eran de mi tatarabuelo y están como nuevas, yo creo que usted es merecedor de usarlas.

Metió la mano a un bolso, y sacó unas hermosas espuelas, que brillaban como los luceros en la inmensidad.

- Mire, ¿ve?, son una maravilla, aquél que las use acrecentará su fortuna y le darán mucho poder.

Don Aníbal pensó: "Aquí esta la mía, esta es moza de plata y me viene como anillo al dedo, además, si es cierto lo de las espuelas..."

- Elvira, tráele un vasito de zumo de uva a la señora.

- Señorita, si no le molesta.

Don Aníbal tomó las espuelas en sus manos, las acarició como al potro negro, las hizo sonar. ¡Qué sonido más hermoso!, parecía que se habían juntado el ruido del viento, del agua del río y de los cantos de miles de pájaros... sin más le preguntó.

- ¿Cuánto valen?

- Para usted, muy poco, sólo quiero que por hoy me deje pasar la noche aquí, estoy muy cansada.

- Está bien, Elvira: lleva a la señorita a la pieza de alojados, se quedará aquí.

Y así fue que la recién llegada se fue quedando. Al otro día amaneció enferma y no pudo levantarse. Después le dolía la espalda por un resfrío y así pasaron como 10 días, hasta que don Aníbal se cansó y fue donde ella.

- ¿Sabe?, con la primera noche yo le pagué sus espuelas. ¿Usted tiene callos en la cara o qué?, ¿cree que yo estoy para llenar perros con longaniza?, si usted quiere estar aquí debe trabajar.

- Tenga compasión, yo no se trabajar, me dañaría las manos, y el sol me quemaría la piel.

- A mí me importa un rábano su piel, así es que vaya tomando sus cosas y lárguese.

La mujer sacó un fajo de billetes y se los extendió.

- Será suficiente. Yo no quiero estar aquí sin pagarle.

- Así es otra cosa-, dijo él, guardando los billetes en sus bolsillos- puede usted quedarse el tiempo que sea.

Así pasaron los días, los meses y la mujer fue poco a poco conquistando al hombre rudo y tosco... De un día para otro, el patrón llamó a todos y les dijo que hicieran

preparativos pues se casaba como Dios manda. Fueron felices, la mujer tenía ese no se qué, y se lo expresaba siempre.

- Cielito, ponte tus espuelas, te darán más autoridad, ¿sabes? tú tienes mucho dinero, podríamos hacer inversiones... dile que sí a tú muñequita que te adora.

- Mi moza adorada, yo estoy a tus pies, pídemelo que quieras.

Así, la mujer desconocida fue tomando posesión de todos los bienes del acaudalado hombre que, en vez de tener más mando, se convirtió en mansa oveja. Ella ya no lo dejaba ponerse las espuelas, él era la burla de todos, poco le faltaba para que la mujer le pusiera riendas y lo montara.

Un día de madrugada, ella decidió echarlo, él ya no tenía derecho a nada, le tiró la ropa y, peor que a un perro, lo echó al camino, él le rogó que lo dejara llevarse las espuelas, ella le dijo que eso jamás.

Dicen que las guarda debajo de su colchón y se las cuida un culebrón que vigila la casa, ¡váyanse a saber qué secreto guardan las espuelas!

Don Aníbal se ha convertido en basura, hoy no tiene nada, el aire, el campo, las matas, son su hogar y su cama a veces el camino pedregoso que lo sintió pasar altanero como ninguno.

Canta su amargura y a lo lejos se escucha:

"Y qué me importa la vida  
si todo ya lo perdí  
por una ingrata mujer  
que me dejó sin querer.  
Suenen espuelas de plata  
pa' que sientan mi sufrir,  
y gocen con mi dolor,  
pero, así voy a vivir,  
ahora quiero beber  
una copa y miles más  
por la mujer hechicera,  
y las Espuelas Traicioneras".

FLOR ISABEL NEIRA NEIRA, 28 AÑOS  
LABORES DE CASA Y HUERTOS EN EL CAMPO  
CURAMAVIDA, VIII REGION

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and is mostly mirrored across the page.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY OF THE DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES  
5708 SOUTH CAMPUS DRIVE  
CHICAGO, ILLINOIS 60637

## EL CABALLO DEL CHOCO

**L**a celebración del Año Nuevo se daba con bombos y clarinetes, con gran algarabía de parte de la familia, vecinos y peones del fundo El Roble. La casona parecía pequeña ante la multitud que se atropellaba por sacar una pareja para la siguiente pieza de guaracha o corrido. Todos se movían muy apretujados, llevando cada cual su ritmo campechano.

Desde uno de los escalones del improvisado escenario, el joven Cipriano vigilaba a su taita que gozaba con los sones de la orquesta, sin dar tregua a la Margarita, la más linda chica de la fiesta. A pesar de sus avanzados años, el taita era un excelente bailarín. Y eso hacía que Cipriano se sintiera feliz; a sus cortos 20 años ya era un tipo maduro, siendo el menor de los hijos de don Segundo, era el único que estaba en casa con su taita y su mamá, la doña Juana. Se notaba pequeño, a pesar de su metro ochenta de estatura y unos noventa kilos de peso, apanado con un traje gris de solapas anchas en el saco, y pantalón caído sobre la bota de huaso, muy bien peinado a la gomina, con un perfil apacible y sereno, merecía el respeto de todos los que lo saludaban.

Se reía a grandes carcajadas cuando su taita saltaba como un niño, y su sombrero volaba por los aires, dejando ver su avanzada calvicie. Entonces se apuraba a cogerlo para que nadie lo viera... Siguió contemplando por largo rato a su taita. Cuando sintió una ola de calor en su rostro, se dio cuenta que la Margarita no le quitaba la vista de encima. Varias veces se encontraron sus miradas con intención... Cipriano la conocía; era una niña todavía cuando se fue a estudiar al pueblo y había llegado toda una mujer. Ella estaba en casa de doña María, una ñora que vivía como a dos horas de allí, junto al río El Rápido, que traía bastante agua en verano ya que recogía todos los afluentes que descendían de los picos nevados que rodeaban el entorno de aquellas hermosas tierras camperas... Estaba en esas y no se había dado cuenta que la orquesta hacía un receso y todos se retiraban a las mesas. Buscó con la mirada en la multitud a alguien que ya no estaba.

Salió Cipriano al ancho corredor y, en un extremo, vio a Margarita, apoyada en un soporte de viga, con su mirada perdida en el espacio celeste. La luna era inmensa, la noche clara... parecía que la luz de todos los astros le reflejaban su figura salvaje y morena. Sus ojos contrastaban con su pelo negro semiondulado, que caía sobre sus hombros desnudos, sus pechos gruesos se dejaban ver a través del escote de la blusa de color rosa, una piel suave que llamaba a degustar. Cipriano se acercó, se encontraron las miradas y atropellaron sus cuerpos para buscar sus labios entreabiertos que se sellaron con un beso desordenado, lleno de pasión. Se dejaban sentir sus respiros profundos, buscando el aire para seguir en busca del placer del beso ansiado. Anhelando un lugar más privado, se acunaron hacia unos olivos y reposaron sus cuerpos sobre la hierba reseca por el calor del verano, la situación estaba en su punto de quiebre, cuando, una voz conocida para Margarita, la asustó.

- ¡Margarita niña, Margarita niña!

- Es mi tía María- dijo airada.

Rodeó la pequeña huerta junto a la cocina, para aparecer en el otro extremo del corredor, donde la esperaba su tía que ya tenía listo el apero para tomar la retirada.

Cipriano, sin emitir ningún movimiento, se quedó bajo el olivo, contemplando como se alejaba la cabrita, tirada por un apestoso y flacucho caballo que apenas se movía por el polvoroso camino de trumaho, llevándose la más dulce mujer que había tenido en sus brazos. Dormitó sobre la hierba por largo rato, sin poder sacar de su cabeza a Margarita. De pronto sintió unos pasos que se acercaban y preguntó.

- ¿Quién está ahí?

- Soy yo... la Challo.

Cipriano se paró y avanzó en dirección de la voz. Ahí estaba la Challo, detrás de unos árboles frutales... Cipriano, sin titubear, le dijo:

- Vamos por los pesebreros...

Y partieron.

Al final, la Challo, una cabra del fundo, hija de unos trabajadores de don Segundo, de unos 25 años, un poco gorda y desordenada, salió de "trilla larga", porque estuvieron por largo rato sumidos en la "rusia", meta huasca y espuelazos, hasta reventar sus cuerpos.

10:30 marcaba el reloj de números romanos que llevaba Cipriano, cuando despertó: se paró super rápido, se tiró la paja de la ropa y se largó, dejando a la Challo sumida en su sueño. Iba llegando a la cocina, cuando la figura de un hombre pequeño y delgado le salió al encuentro a toda prisa.

- Don Cipriano, ha ocurrido una desgracia -dijo.

- ¿Qué desgracia Pedro, qué desgracia?

- Su taita desapareció; fue a la galería a llenar una chuica con vino y, como no llegaba, fuimos a buscarlo y encontramos su chupalla y la chuica a medio llenar tirados en mitad de la galería.

- Pero, ¿cómo que desapareció? Pedro no entiendo, explicame.

- Lo que pasó, don Cipriano... es que yo creo que se lo llevó el Choco (Diablo).

-¿El choco? estás chiflado, hombre, ¿cómo puedes inventar tanta estupidez?... -y se marchó a la casona. Cuando entró en la cocina vio a su mamá, la doña Juana, lloriqueando y frotándose la nariz con un gangocho.

- ¿Qué le pasa mamá, por qué llora? No será por las cosas que anda diciendo Pedro, que la lengua la tiene bien filuda para inventar leseras.

- Claro que es verdad mi niño Cipriano, hay una historia que nos contaba tu abuelo, que en paz descanse. Es la del Caballo del Choco; en una oportunidad, en el fundo donde trabajaba tu abuelo desde niño, había un peón que era muy pobre, estaba desesperado y le pidió al Choco que lo ayudara. Este se presentó una vispera de San Juan y le regaló al peón un caballo, diciéndole: ¡con este animal harás tu fortuna! Entonces, el peón trabajó las tierras y las cosechas eran en abundancia. Así fue adquiriendo tierras y más tierras y llegó a ser el más rico de todos estos lugares. En esa época, el abuelo se fue a trabajar con el "señor peón" y éste, agradecido de tu abuelo, le regaló un caballo que era un hijo del caballo del Choco y cuando yo me casé con tu taita, tu abuelo nos regaló un potrillo que era nieto del caballo del Choco, el cual es abuelo del alazán que te dimos a ti, que es el padre de la potranca rosilla que está en el establo con la yegua baya...

Doña Juana, cabeza gacha, terminó con su relato y no miraba a Cipriano, sólo se mecía consternada, en su silla de quillay y de palos de roble, para sostener sus 120 ki-

los de peso. Dos trenzas caían sobre la mecedora que sostenía a su morena madre. Mareado de tanto caballo, se largó a la galería donde supuestamente se había perdido su taita.

A pesar de la claridad del día, la galería permanecía en hermética oscuridad, para la refrigeración y maduración de los más deliciosos jugos de uva, cuidadosamente seleccionados. Los lagares estaban a lo largo y ancho de ésta.

Cuando estuvo a la mitad de la galería, al lado del chuico y la chupalla, un suave frío recorrió su espinazo, se quedó impávido sin acentuar ningún movimiento que delatara su presencia allí. Sintió temor, que no era a la oscuridad, sino más bien a las historias estúpidas que había oído de Pedro, y su madre. Se armó de coraje y, paso tras paso, avanzó hacia el interior. De pronto tropezó con algo pequeño, lo cogió con sus manos para volver a donde la luz le permitiera ver de que se trataba. Nuevamente un frío penetrante recorrió su espinazo, dejándolo húmedo en sudor, se sentó sobre una pipa contemplando la bota derecha de su taita, él no podía creer que fuera verdad este tipo de casos. Una interrogante vino a su mente... las correas que pasaban por debajo del taco de la bota, y se juntaban con las que salían del talón, para abrochar a la altura del empeine en una hebilla plateada, tipo herradura, no estaban rotas, más bien sueltas. Suave y delicadamente otra interrogante le hizo girar la frente y la nariz... un olor pesado se apoderó del aire, miró en todas direcciones, se acercó la bota a la nariz y luego la tiró lo más lejos que pudo -¡qué mierda será! exclamó-. Eso era, y lo tenía desparramado por todas sus manos, de algún borracho debe ser por lo vinagre, murmuraba en su enojo. Se lavó las manos con el vino del chuico y, con el resto que quedó se pegó unas buenas gargantadas y en voz alta dijo:

- Tan delicado será el Choco que hizo sacarse la bota sucia a mi taita antes de llevárselo, aquí hay cuentos raros. Se sumió en la galería hasta toparse con el tabique que la separa del depósito de vinos añejos, abrió la puertecita con mucho cuidado para evitar el rechinar de las resacas bisagras, pasó para el depósito gateando, para no chocar con la puerta. Cuando su mano tocó un cuerpo desnudo de piel suave, giró para tomar otra dirección y chocó con otro cuerpo no tan suave, más bien como un palo descascarado, lo movió y sintió su respiración.. era su taita y una mujer que no alcanzaba a distinguir. Iba a zamarrearlo para que despertara cuando le pegaron un agarrón, y salió apretando como si lo siguiera el Choco.

Ya más relajado, Cipriano, en la cocina, se reía de la situación. No podía convenirse: su taita con una mujer.

Se lo llevó el Choco, decían los vecinos en sus cotorreos.

Pasado medio día, Cipriano fue en busca de su taita. Al llegar al depósito, pilló a su taita, meta huasca, con la doña Eloísa, que era vecina y vivía a los pies del fundo.

- Taita- llamó Cipriano.

- ¿Quién es?- dijo don Segundo, un tanto avergonzado por la situación.

- Soy yo, Cipriano, taita. Lo andan buscando por todos lados, hasta dicen que se lo llevó el Choco y en la casa andan todos desesperados. Mi mamá prendió velas, los vecinos andan de luto y hasta el cura del pueblo vendrá a bendecir la casa.

- Chita Cipriano... ¿qué puedo hacer hijo?

- Bueno, lo que puede decir es que el Choco se lo quiso llevar y usted luchó con él, y doña Eloísa lo escuchó y le vino a ayudar, después se quedaron dormidos por la impresión y despertaron cuando los encontré yo.

*¿Tu crees Cipriano que resultará? mira que la Juana es harlo avispa*

*Te creera taita, te creera*

*Así don Segundo llegó a la casona todo estropeado, como si realmente hubiera estado en una lucha desesperada, se jactó tanto de su osadía que la gente le tenía temor; cuando lo veían venir, se alejaban de él y murmuraban, ahí va don Segundo que pelió con el Choco y no se lo pudo llevar*

*Después de dos años de esta historia, don Segundo salió una tarde a buscar a la yegua rosilla y nunca más se le volvió a ver. la gente comenta que el Choco cobró venganza y esta vez ganó y se lo llevó.*

*Cipriano, su hijo, cree que su taita se cansó de tanto mentir y se largó a tierras lejanas con la doña Eloísa y su yegua rosilla.*

*El taita, doña Eloísa y la yegua rosilla nunca más se volvieron a ver ni se pudieron encontrar*

**CLAUDIO GONZALO VILLARROEL TOLEDO, 32 AÑOS**

**TEMPORERO**

**TOME, VIII REGION**

## UN CIRCO EN SANTA CLARA

**S**anta Clara es un pequeño poblado de la VIII Región. Lo cruza, de oriente a poniente, una angosta y polvorienta calle sin pavimentar. Es conocida como "la calle larga", por todos sus habitantes. La vida de ese pueblo, ubicado a ambos lados de la calle, y la existencia misma de su gente, giran en torno a ella. Allí se encuentran los negocios, el policlínico, la escuela, el correo y la Iglesia que anuncia la presencia de Dios. Además, se pueden ver modestas viviendas de los más antiguos vecinos. En la "calle larga" se junta la gente para conversar sobre las últimas novedades del acontecer nacional y comunal. En las tardes, se ve a los hombres maduros y a los ancianos, frente a las puertas de sus casas, tratando de rememorar algún acontecimiento de sus vidas ya gastadas. Se juntan los jóvenes, los que no tienen trabajo o no quieren trabajar, ya que en este pueblo, en el verano se requiere mucha mano de obra, para labores agrícolas.

Sucedió que en Santa Clara, pueblo dormido, en las tardes de estío donde nunca se veía algo nuevo, su gente, de improviso, comenzó a inquietarse, a despertar de su letargo, a romper su apatía cotidiana: comenzaba a vivir. Cundió por todo el pueblo una noticia, como reguero de pólvora: un circo había llegado a Santa Clara.

La gente comenzó a salir de sus casas. Hombres y mujeres, grandes y chicos, corrían afanosos a indagar lo que estaba pasando: ¿sería efectivo que algún circo arribaría por esas tierras, abandonadas de la mano de Dios y de las autoridades?

La respuesta llegó sola, ya que no tardaron en hacerse oír los acordes y las notas de una pequeña banda musical, integrada por cuatro personas, quienes trataban de sacar de sus instrumentos los mejores sonos, para entusiasmar a los habitantes. Parecía que todo había cambiado en el pueblo, en un momento. La "calle larga" comenzó a llenarse de gente que quería informarse sobre este acontecimiento tan inesperado. Hombres, mujeres y niños corrían presurosos y se acercaban a una carpa, es decir, un vestigio de carpa que comenzaba a levantarse y que se veía desde lejos. Era una carpa vieja, toda remendada.

Una vez que ésta estuvo armada, los dueños del circo instalaron las infaltables guirnaldas de luces de colores, cruzando la "calle larga" de lado a lado.

Todo se estaba presentando como el director lo había programado. Pero, lamentablemente, un acontecimiento inesperado hacía peligrar el debut de esa primera noche: el trapecista se había enfermado gravemente y no podía actuar.

El personal del circo comenzó a preguntar entre la gente del pueblo, si existía alguna persona que pudiera reemplazar al trapecista. Desgraciadamente, nadie estaba en condiciones de afrontar este arriesgado trabajo. Parecía imposible encontrar algún improvisado artista que pudiera reemplazar al faltante. Estaban agotadas todas las conversaciones y, al no existir solución, debería suspenderse el debut del circo.

Súbitamente, se presentó Benedicto Moncada, trabajador del fundo "El Papal", conocido en la zona. Era un joven musculoso, de anchos hombros, muy forzado y de

una entereza que a todos admiraba. Había trabajado en una empresa forestal de la misma región, ejecutando labores de corte, poda y raleo de pinos a gran altura y el vértigo no lo mareaba, ni menos lo aterraba. Así que él decidió hablar con el director del circo, para ofrecer sus servicios, dispuesto a emprender un nuevo oficio. Ante la urgencia, y conociendo sus condiciones, fue aceptado de inmediato, sin ensayos ni entrenamiento, para reemplazar al trapecista enfermo quien era la atracción máxima del circo. De esta manera, todo estaba listo para esa noche de inauguración.

No se veía a nadie parado en las esquinas ni frente a las casas del pueblo. Las luces de mil colores iluminaban el cielo. Frente a la boletería del circo, enormes "colas" de gente denotaban el gran entusiasmo por asistir a esa función, cuyo espectáculo nadie quería perderse.

Mientras tanto, la banda del circo tocaba sus mejores acordes para entretener a la multitud que estaba expectante.

Más tarde, al comenzar la función, una bailarina, de pie sobre el lomo de un caballo blanco, mientras éste galopaba al compás de la música, hacía sus mejores piroetas y bailes, vestida con una corta pollerita de tul celeste. Para los habitantes de Santa Clara, ella parecía un ángel bajado del cielo a este pueblo, tanta era la admiración que les causaba a todos. Posteriormente, aparecieron los payasos, poniendo la nota divertida a esta función, con sus chistes y cabriolas que merecían nutridos aplausos.

Esa noche de estreno, en que todo el pueblo estaba reunido bajo la carpa del circo, había cambiado la mentalidad de su gente. Cada uno estaba viviendo la ilusión de ser, por unos momentos de encanto, protagonista de este espectáculo. Habían dejado atrás las penas, preocupaciones y las angustias del diario vivir y del duro trabajar.

Cuando el público había presenciado varios números, y ya el entusiasmo era delirante, se presentó el director del circo, usando impecable colero y vestido de rigurosa etiqueta, para anunciar de un modo especial la actuación del trapecista.

Enseguida, mientras la banda interpretaba una fogosa marcha que fue apagando poco a poco sus sonos, apareció lentamente el artista, con todo el esplendor de su malla dorada, ajustada a su musculoso cuerpo. Parecía un dios de la antigüedad. Para mayor expectación del público, se pudo apreciar que no existía red de seguridad, indispensable para amortiguar alguna caída de este artista.

Su presencia en la pista fue acompañada de un estallido de aplausos. El improvisado trapecista, ágilmente, subió a lo más alto de la carpa y comenzaron sus acrobacias. Luego, empezó a balancearse hasta tocar el techo de la carpa. Se balanceaba y se balanceaba. Parecía que volaba sobre la cabeza de todos los abismados asistentes. Los músicos habían dejado de tocar. Todos estaban pendientes del artista. Sólo el tambor dejaba oír sus redobles, dando al espectáculo sobriedad y gran suspenso. El trapecista, entusiasmado, hacía los mayores esfuerzos para entregar a los espectadores toda su pericia en tan riesgoso arte.

De pronto, se escuchó un chasquido en el trapecio. Los cables de éste, gastados por el uso y el tiempo, cedieron. En la prueba siguiente, el trapecista subió a lo alto de la carpa y luego, en un salto prodigioso, llegó a rasgar la podrida carpa del circo y su cuerpo salió disparado hacia el infinito, hacia la noche, hacia las estrellas...

*- ¡Puchas, compadre Benedicto!- Lo remecía un amigo- ¡Puchas compadre Benedicto, ya es hora de levantarse, ya es hora de ir al trabajo.*

*Todo había sido un sueño. Un hermoso sueño que duraría muchos años en la mente y el alma de este trabajador campesino.*

**MARIO DE LA PUENTE YURASZECK, 74 AÑOS  
AGRICULTOR  
BULNES, VIII REGION**



## HISTORIA DE MI PUEBLO PEWENCHE

### En el Valle de Butaelbun

**L**egó, en una nublada tarde, mi abuelo, que venía de la veranada, se desmontó de su caballo blanco, acompañado de su perro pastor y me dijo:

- Ven, te contaré una larga y hermosa historia que nunca antes se ha escrito y que casi nadie la sabe en esta tierra. Yo te la contaré, para que te acuerdes de mí cuando me muera y para que sepas por qué vivimos entre cordilleras, por qué somos PEWENCHES, quiénes fueron nuestros primeros antepasados y de dónde vinieron.

Y me quedé escuchando afanosamente aquella historia de mi pueblo que comienza así:

- Hace 400 años atrás existían los habitantes PEWENCHES de Trapa Trapa, que se ubica a lo largo del río Queuco. Este nombre del lugar nació en una mañana preciosa, cuando, mientras el sol salía suavemente de la cordillera de arriba, cantaba una rana vieja una melodía que decía "trapa trapa".

La comunidad se ubica en el valle cordillerano perteneciente a la comuna de Santa Bárbara, a unos 100 kilómetros de ella, es la reducción Indígena más oriental del alto Bío-Bío, deslindando con la República Argentina.

Antiguamente, Trapa era muy poblado, se extendían sus jurisdicciones desde la cercanía del volcán Antuco, hasta la provincia de Neuquén. Allí habitaban centenares de familias PEWENCHES que vivían en todos los rincones de la tierra con su nombre original. Los Caciques eran elegidos por su sabiduría y su valor inteligente, eran trabajadores y buenos crianceros en la costa. Todos los que vivían en la comunidad, tenían mucho ganado y no les faltaba casi nunca el pan del día para alimentar a sus hijos, que nacían años tras año. Sobre todo, en los matrimonios jóvenes, la crianza era más numerosa que en el lugar de los ya veteranos.

Cierto día, llegaron a la comunidad de Trapa dos ejércitos argentinos, formando allí una organización de comando guerrillero con la gente indígena de la comunidad. Con el correr del tiempo, los ejércitos iban conquistando al pueblo mapuche; más tarde se transformaron en extraordinarios dirigentes, que empezaron a invadir al pueblo mapuche de esa época, apoderándose de sus animales, estancias y a la vez arrastrando todo, hasta terminar con el pueblo. Hombres mayores, ancianos y niños eran azotados por riñas de Aceros, quemados a fuego lento.

Y los dirigentes mapuches de esa época, con sus chiripas y con sus pequeños grupos guerrilleros, se sentían medio abandonados, porque la "revuelta" o "malón" cada día era más terrible. Mientras más larga se hacía la lucha, más grandes eran los grupos de militares que llegaban al lugar, la tarde se vestía de rojo con los muertos que había por el suelo, pero los PEWENCHES no se dejaban dominar.

Cuando venían las incursiones de los militares, los mapuches, para mantener parte de sus tierras y proteger sus costumbres, tenían que esconderse entre las montañas, chenques o cuevas que existen en las rocas. Entonces, los pocos pewenches que quedaban, al verse ante el ejército y desarmados de sus familias, por la tristeza, se daban a las armas mortales. Para rehacerse de la catástrofe pensaban en organizarse para seguir defendiendo sus costumbres, habían luchado noche y día con sus brazos con y sus corazones, querían conseguir un destino de vida, lo habían dado todo, mu-

chos quedaron sin sus familias, sollozos, abrazos, fueron sus despedidas. Luego de recibir un golpe tras otro, los pewenches no podían conciliar sus sueños.

Esta acción duró muchísimo tiempo en aquella tierra atemorizada.

Los PEWENCHES, de orgullo indomable, con sus danzas permitieron defender algunos rincones de sus pueblos, su tradición, su ciudad del PEHUEN, su paz de vivir, la cultura y sus tradiciones son testigos de su gloria pasada, por la tristeza, la tierra PEWENCHE sigue en pie. Fue así entonces como comenzó la historia de mi pueblo.

### **La vida y descanso de mi abuelo**

Tenía más de 100 años de edad y fue el primero en pisar la tierra virgen de Tra-pa. Cuando llegó desde Nitrito Lonquimay, empezó a limpiar los campos boscosos del lugar, dejando vegas hermosas que aún hoy se conservan en mi tierra. Muchos de sus sueños queridos ya se habían cumplido cuando, para descansar su cuerpo disminuido, se durmió para siempre tal como lo deseaba. Mientras tanto, mi mamayem, llorando, le preparaba su roquín (Cobque-chavid), para el camino del otro mundo y, por otro lado, los peñis preparaban el ataúd, que fue de un palo grueso y hueco por dentro, donde fue colocado su cuerpo dormido, ya que en ese tiempo no se conocían los ataúdes modernos. Los mapuches eran enterrados dentro de un tronco hueco, al cual se le dejaban abiertas las dos puntas, de manera que al muerto se le podían ver perfectamente los pies y el pelo de la cabeza. Con sus tres hijos, Taita, Maliqueo y Checuz, fue mucha gente más a enterrar a mi chachayem, en un viejo cementerio donde quedó olvidado para siempre.

Después de un tiempo transcurrido, dos hijos de chachayem se casaron. Taita contrajo matrimonio con una muchacha llamada Celinda Nauwa. Luego se casó Checuz con una muchacha que llegó de Argentina, y Maliqueo quedó soltero para siempre. Y así comenzó a regenerar la semilla de mi familia PEWENCHE.

### **La tierra sin nombre**

En aquellos lejanos tiempos ya olvidados, el lugar de KAWÑIKU era una tierra sin nombre, sin casas modernas, ni caciques. La poca gente que había, limpiaba los campos con machetes y, con la ayuda del fuego, rozaban la cama tranquila de los animales silvestres. Luego, tenían que luchar contra el ataque de los numerosos leones que se cruzaban por delante de las personas, como piños de gatos alborotados que buscaban caballos, ovejas o cabras, con tanto apetito para matar y comer. Por eso, Lemunao tenía que traer sus caballos a pasar la noche al pie de su rancho, amarrados a la cerca o palenque, para así salvarlos del peligro mortal. Pero, muchas veces los animales salvajes no resistían más el hambre en sus estómagos y se precipitaban contra los caballos, degollándolos con rapidez increíble, en presencia de su mismo dueño, el cual permanecía inmóvil con escalofríos que le bajaban desde la cabeza hasta los pies.

A los caballos se les cuidaba de diferentes maneras. En el campo, los mapuches se pasaban noches enteras haciendo fogatas grandes para encandilar a los leones que trataban de acercarse a la tropilla dormida. Los mapuches, a veces, cuando ensillaban o cargaban sus mulas tranquilamente en el día, escuchaban de pronto que, detrás de sus espaldas, pasaban dos o tres leones plomizos mirando desinteresadamente a las mulas y al PEWENCHE, estremecido por el miedo.

*Había en esos tiempos un detalle que hoy nos parece muy curioso e increíble: para el PEWENCHE, el león era su amigo bueno, o su gran hermano cordillerano, porque jamás atacaba al hombre. Aunque tuviera hambre, se presentaba muy manso y querendón ante él. León y mapuche parecían quererse y respetarse, aunque muchas veces el león matara al único caballo de su amigo el hombre, dejándolo a pie. Sin embargo, no perdieron nunca la amistad; hasta el día de hoy el PEWENCHE llama con cariño al habitante de los montes de esta manera: "El gran Hermano" (Füncha Peñi).*

**"Inche mapuche Cabey Pewenche nutram inchim trarache tuva"**

**Traducción: "Yo soy indígena también en huica voy hablar de mi pueblo jactual!"**

*Nosotros somos un pueblo que somos hoy, por los que fueron ayer y los que serán mañana. Nuestra cultura sigue viviendo y seguirá viviendo en nuestros hijos.*

*La dedicación actual de nosotros, como cordilleranos, es cultivar la crianza en pequeñas cantidades, hacer artesanías y también recoger el fruto del "PEHUEN", araucaria, y tener un pequeño ingreso de ellos.*

*En la temporada de verano, nuestros caciques mayores organizan el Guillatún o rogativas, para darle las gracias a "CHACHAW" Dios, por el año anterior y por el nuevo año que nos regala, porque PEWENCHE también está muy cerca de él, para que lo adore y le ruegue.*

*Y en el invierno, enfrentamos la dura lucha del hielo, soportando un dolor por las condiciones de clima que nos afectan, produciéndose avalanchas, destruyendo en diversos tramos el camino interno de la comunidad, dejándonos aislados durante varios meses en el invierno.*

**ALEJANDRO ROSA VIVANCO REBOLLEDO  
ESTUDIANTE DEL INSTITUTO DE EDUCACION RURAL, IER  
LOS ALAMOS, VIII REGION**

Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Second block of faint, illegible text, appearing as a series of lines across the middle of the page.

Third block of faint, illegible text, continuing the vertical flow of the page.

Final block of faint, illegible text at the bottom of the page.

## LA APARICION DEL DIABLO

**E**ra una de esas tardes frías de invierno, después que el sol se pone sobre las crestas de la cordillera verde oscura de la costa. El viento sopla con una bestial fuerza sobre la faz de la tierra, acariciando y castigando a los árboles que se entrelazan unos con otros, como pidiendo auxilio, con un triste lamento que va y viene.

Las rosas que adornan el espacio en las bellas noches de verano, yacen cubiertas con un manto oscuro, como una viuda de luto. Las nubes empiezan a derramar sus lágrimas, quizás por qué tristezas.

Mi abuelo, sentado a la orilla del fuego, picándolo con un tizonero, como ayudándole a encender con facilidad; con un mate en la mano, la tetera hollinada, y las papas asadas en un canasto, comía y chupaba el mate pausadamente.

Levantó los ojos, nos miró fijamente, y dijo...

- Escuchen bien lo que les voy a contar, esto me lo dijo mi abuelo Jacinto como una cosa sagrada y muy ciertita. Decía que allá, en las casas del jundo de don Arturo Arriagada, sucedían cosas muy raras, que encrespaban los pelos de toilito el cuerpo. Muchas veces mi abuelo pasó, como a esa hora de las doce de la noche, cerca del jundo, estaban todas las luces apagadas, pero, en la bodega donde estaban las cubas y los lagares, toilita la noche se escuchaba maestriar. Y aquí viene lo buenó, y esto es para que ustedes, cuando estén grandes, no se vayan a meter mucho con los patrones nuevos.

Dicen, que Don Arturo tenía un pauto con el patas de hilo, porque, ¡cómo! si era un piltrajento como nosotros, de la noche a la mañana se hizo ricazo, compró jundo y tenía buenazos caballos.

Dicen que don Arturo había salido a unas carreras con unos amigos, le pusieron unos cuantos traguitos en la fiesta, porque el hombre andaba haciéndole la rueda a una pior es ná, pero no le resultó porque ella se fue con un gallo que tenía más cobrecitos que él, entonces, el hombre se puso tristón, se tomó unos cuantos tragos más y quería armar la tremenda mocha, pero sus amigos lo invitaron a que se fueran para sus casitas. El hombre no quería irse pero, de tantos tirones y rogarle, se convenció y, con la manta al hombro, subió a su caballo y se las echaron de vuelta para sus casas. Iban de lo mejor, conversando de las carreras, y, serían como las doce de la noche más o menos, cuando llegaron al monte del Colo, donde el camino es más oscuro; por ambos lados había barrancas hondazas, por algo le llamaban las angosturas. A lo lejos, en medio de la densa oscuridad, apareció una figura negra chiquitita, pero que fue creciendo poco a poco a medida que se iban acercando. De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en un jinete todo de negro y un caballo grande negro que, al relinchar, escupió fuego por el hocico el jinete. Se reía a carcajada limpia, los dientes le brillaban, porque eran de puro oro, y las espuelas relumbraban como unos espejos. Ahí quedó la tremenda, los caballos se asustaron y saltaron pior que un carnero salvaje y arrancaron como alma que se lleva el diablo. Don Arturo cayó al abismo de la barranca, sólo se escuchó un gran lamento... ¡Aaaaaaaaay aaaaaaaaay! y cayó con caballo y to'. Sus amigos llegaron sin poder hablar, mudos, a sus casas y los caballos cortados de tanto correr. Al día siguiente, se levantaron de madrugada y fueron a la casa de don Arturo para avisarle a su padre lo que había sucedido y que lo más segu-

ro era que su hijo había muerto, que, ahí mismo donde contaban que salía don Sata, se les había aparecido a ellos anoche, y don Arturo había caído a la barranca. Cuando tocaron a la puerta, sucedió lo que ellos jamás se imaginaron, don Arturo salió recibirlos. Ahí mismito se desmayaron todos de la pura impresión, pensaron que era su alma que andaba penando. Nada de eso, era el mismísimo Arturo en cuerpo y alma, vivito y coliendo. De ahí pa'elante le cambió la vida a don Arturo, las siembras le rendían hartazo. Conquistó a la chicuela que le rompía el corazón, y compró el jundo de don Daniel. Dicen que el pauto lo selló cortándose la yema del dedo del corazón, porque, desde esa noche, el dedo lo tenía mocho. Dicen que el malulo, todos los años en la misma fecha del pauto, convierte a don Arturo en caballo y, con grandes espuelas de oro, lo remuele toda la noche como a un caballo salvaje, allá en la montaña del Aguila Negra. Por eso es que don Arturo todos los años en la misma fecha caía enfermo de muerte por una semana y no permitía que nadie lo visitara. Ninguno podía verlo, ni su señora, sólo el frailecito del pueblo lo acompañaba todas las noches con el rosario, velas y un crucifijo de hueso de San Benito. En unas de esas noches desapareció el pairecito, y nunca más se supo de él. También contaba mi taitita abuelo, que don Arturo tenía que darle un corderito todos los años al malulo...

- ¿Como un corderito abuelo?... ¿Una oveja?...

- No hombre, un alma humana. Por eso dicen que todos los años fallecía un trabajador en el jundo. Contaban que el viejo bribón, buscaba la forma de sacarle sangre del dedo del corazón a alguien, y, cuando lo conseguía, esa persona moría ahogada en los pozos, en el río, en los lagares o caía del caballo. Dicen que a un tío de nosotros lo tomó un día, como para cortarle las uñas con una cuchilla, pero le cortó el dedo. Cuentan que le secó la sangre con un papel y el pobrecito antes del mes murió. Cuentan los más antiguos, que, cuando don Arturo estaba viejito, lo velaron vivo, y el patas de hilo se lo llevó en cuerpo y alma convertido en caballo negro. También decían que muchos habían visto en las angosturas aparecer un hombre grande, como de tres metros, remoliendo un caballo negro. Los que lo vieron quedaron mudos, nunca más pudieron hablar. El caballo se lamentaba como un alma en pena. Después de algunos años, el nieto del patrón Arturo fue a desenterrar al difunto para cambiarlo a un nicho, pero fue grande la sorpresa porque en la tumba no encontraron hueso humano alguno, sólo encontraron madera en descomposición. Los trabajadores de la hacienda dicen que por las noches suenan cubas, pipas, aprietan los zunchos de los lagares, las máquinas trabajan sin que nadie las manipule en las enormes bodegas. Cuando los campesinos conducían al difunto patrón, en Guanao, desde el campo al cementerio, algunos dijeron que el patrón a veces pesaba muchiiiiísimo, como si una gran piedra estuviera sobre el ataúd, y a veces se sentía livianito, como una pluma de ganso, como si una fuerza extraña lo levantara. Al día siguiente de la sepultación, el hijo del Trompa apareció con el dedo cortado y sin uña.

LUIS ALBERTO CUEVAS IBARRA

ÑUBLE, VIII REGION

## ISABEL

**C**uenta la leyenda que cerca de Chillán, en un lugar llamado Gallipavo, hace muchos años atrás, existió una de las más hermosas mujeres de su tiempo, su nombre: Isabel.

Vivía con un matrimonio de ancianos que la acogieron en su hogar poco tiempo después que se "juntaron". Ellos, por voluntad del destino o por otras razones, no tuvieron más hijos. Bajo estas circunstancias, Isabel se constituyó en el único apoyo del hogar. Ella llevaba las cuentas, ordenaba la peoná, y desarrollaba cada vez más y mejor la excelente situación económica del grupo familiar.

Sin duda que Isabel, como asesora financiera, había logrado para sus padres adoptivos una vida holgada, sin problemas de dinero. Esta situación causaba diferentes sentimientos en las personas de la región que le conocían.

Por supuesto que corrían rumores, las comadres del pueblo y de los alrededores siempre estaban comentando, a media voz, uno que otro chisme. El más conocido era que Isabel tenía pacto con el demonio, que, a pesar de su hermoso rostro y su bonito cuerpo, Satanás no le permitiría nunca que se casara.

Ella se mantenía igual, a pesar del paso del tiempo. Sacaban cuentas las más ancianas, que conocieron a Isabel a los 15 años, que en ese tiempo el matrimonio que la cobijó, tendría 25 años cada uno. Actualmente, en tanto Isabel representaba 35 a 40 años, los ancianos frisaban los 80 años. Pero, como los años traen el olvido, nadie estaba seguro de cómo habían sucedido las cosas, con seguridad muchos de estos rumores eran causados por envidias o por la costumbre de inventar chismes maliciosos, en noches de tertulia, bajo las lluvias de invierno.

Isabel se mantenía soltera, y no porque no hubiese tenido pretendientes, pues, como alternaba con gran cantidad de personas, siempre tenía galanes que se le acercaban con diferentes intenciones. Algunos obtenían cierta atención, otros eran rechazados a la primera insinuación, pero lo normal era que aquellos que alternaban con ella por un tiempo, repentinamente se alejaran sin entregar explicación de su conducta ni a sus más íntimos amigos.

Un día regresó del sur Fernando Sorrel, quien amasó por esas heladas latitudes una buena cantidad de dinero, trabajando desde joven en los lavaderos de oro de la cordillera de Darwin. Se le apreciaba joven y fuerte aunque debía frisar los 45 años de edad.

Encontró, al regresar, después de muchos años de ausencia, sólo a sus hermanos, quienes, ya casados y con hijos, le recibieron con manifestaciones de gran alegría.

Fernando se dedicó al negocio de animales. Compraba, engordaba y vendía. Para eso adquirió buenas tierras y sus hermanos fueron los mejores colaboradores.

Por supuesto conoció a Isabel, o fue ella quien se le acercó, consultándole por unos precios en un día de remates en la feria de Bulnes. Desde entonces se les comenzó a ver juntos. Fernando, vagamente, recordaba a Isabel como una jovencita muy hermosa que se paseaba en la plaza del brazo de sus padres, cuando él, niño aún, dejó ese pueblo con un tío para ir a hacer fortuna al sur de Chile.

Se les veía alegres y felices, iban juntos a todos los lugares y, en las tardes, las despedidas en casa de ella eran de largo aliento.

Los parientes de Fernando, quienes en un principio estaban muy contentos con su nueva posición social, al perder la atención de su hermano y ver que éste abandonaba sus deberes y dejaba en sus manos toda la responsabilidad de los negocios, a causa de Isabel, no disimularon su disgusto ni su desacuerdo y así se lo hicieron saber en varias oportunidades.

Fernando les oía como si lloviera, totalmente indiferente a cualquier opinión que no fuera la de Isabel, en la que sí comenzó a depositar su confianza, y fue ella quien le empezó a sugerir qué y cuándo comprar o vender.

Esta amistad, o romance para algunos, era el comidillo de la gente, especialmente porque Fernando no daba un paso sin Isabel a su lado. Apenas amanecía, él salía a casa de su amada y en ese momento se decidían las actividades del día.

Hubo oportunidades en las que Isabel no se levantaba por encontrarse indispuesta o porque no tenía ganas de trabajar, entonces la madre de ella le informaba a Fernando. El pobre enamorado se quedaba lelo y caminaba como sonámbulo por los alrededores, sin rumbo fijo.

Caminando bajo el sol del mediodía, en una de esas oportunidades, Fernando hizo proyectos de casamiento, a pesar de que Isabel nunca había tocado el tema. En eso estaba, cuando se le acercó un anciano y le dijo:

- Buenos días, llevamos el mismo camino, parece.
- Buenos días, ¿y usted a dónde se dirige?
- Busco unos animalitos que se me fueron al bajo, don Fernando.
- ¿Me conoce?
- Claro, usted es el novio de la señorita Isabel.

Fernando sonrió.

- No, sólo somos amigos.

El anciano rascó su barba rala, dubitativo, como queriendo decir algo, pero no encontró mucho eco en su acompañante. Fernando, quien no tenía apuro, caminaba con desgano.

- ¿Está enfermo su mercé?

Como despertando de un sueño, Fernando dijo:

- Nooo, ¿por qué me lo pregunta?
- No sé, pero me tinca que a usted algo le pasa.
- Ideas suyas, estoy sano como un roble, a mí no me entran balas.
- Bueno caballero, yo me voy por este lado. Lo dejo -dice el anciano- cuídese, que el amor es ciego y a veces trae muy malas consecuencias.

Fernando ya había escuchado palabras similares en otras personas que hablaron con él.

Sabía que algo no andaba bien en su vida, que no dormía, que andaba como sonámbulo, que ya nada le importaba, sólo estar con Isabel lo dejaba tranquilo.

Entró a su casa por el patio y se sentó bajo una parra, cerca de la cocina. Desde ésta, llegaban voces de mujeres que conversaban.

- Esta noche hay luna llena, así que no lo recibe.
- El amante que tiene no se lo permite...
- Seguro que... sólo por ahí dando vueltas...

*Dicen que, atraídos por la extraña actitud de los animales de esa casa, los vecinos que entraron, vieron a los ancianos muertos a la entrada del dormitorio de su única hija.*

*En el interior, estaba Fernando, sollozando, con el pelo totalmente blanco, enloquecido, con la pistola en la mano abrazado a una viejita, la que, antes de fallecer, había logrado hacer unos profundos rasguños en el rostro del pobre loco.*

**JOSE CARRASCO ELIZALDE, 44 AÑOS  
AGRICULTOR  
CONCEPCION, VIII REGION**

## EL HIJO INGRATO

Jenaro y José habían nacido y se habían criado en el mismo lugar, por allá por las Vegas de Reloca, cerca del Caserío, en aquel entonces, llamado Pahuil.

Los padres de Jenaro, don Pedro y Misiá Mercedes, además tenían una hija, Carmen, que, cual una flor fresca y donosa, alegraba con su presencia el modesto hogar. Vivían en un ambiente de sana convivencia y cooperación en las labores campesinas con la familia de José, cuyos padres, Manuel y Margarita, veían con orgullo al menor de los hijos, Carlos, tomar con agrado y entusiasmo las labores del pequeño pero productivo campito familiar.

Todos los jóvenes nombrados habían cumplido sus estudios básicos en la escuela de Pahuil, considerándolos suficientes para iniciar las labores campesinas.

Esa tarde había tristeza en ambas familias; los hijos mayores habían salido llamados al Servicio Militar y la partida sería al día siguiente.

José sentía dejar su hogar, aunque también deseaba conocer tantas cosas de ciudad que sólo había escuchado de otros que ya habían tenido esas experiencias. Sólo Carmen le preocupaba.

Jenaro, en cambio, con su temperamento impulsivo, un tanto irresponsable, amigo de las fiestas y de las aventuras, se sentía impaciente por partir, sin demostrar el más mínimo sentimiento de tristeza y sin pensar mayormente que en su hogar sólo quedaban su padre, ya viejo, y dos mujeres, para las duras tareas agrícolas.

Han pasado dos semanas y la primera carta en llegar fue de José, para alegría de sus queridos viejos y hermano. Contaba que estaba bien, aunque echando mucho de menos su ranchito. Era una carta hermosa, por lo sencilla y franca, al final decía: "Cuidenme la Pinta y el Lucero, saludos a Carmencita, díganle que jamás me olví de ella, y un abrazo muy fuerte para mis viejitos y mi hermano; ya volveré para no salir nunca más, hasta muy pronto.

A los dos meses, ante la insistencia de José, Carmen recibió una carta de su hermano. Su contenido era frío, revelando una ambición de quedarse una vez cumplido el Servicio Militar, porque, según él, el campo no le ofrecía nada y él quería ser otro, vestir bien, tener dinero, mucho dinero para comprar todo lo que deseara y vivir y gozar de la vida.

Carmen lloró mucho y, pensando en el sufrimiento de sus padres, hizo otra carta, para leerles y conformarles de esa pena inmensa que dejan las ausencias. Desde esa carta, Jenaro nunca más escribió.

Carmen trataba de engañar a sus padres, pero los pobres viejos empezaron a dudar y sufrían en silencio. ¡Era el hijo mayor! el que cumplía las labores más pesadas... ¿Quién cortaría el trigo que ya estaba maduro?... ¿Quién trillaría este año?... ¿Quién cortaría el pasto del terreno del lado norte, que llamaban "el Rincón y donde tantas veces su padre llevó a Jenaro estando muy chiquitito? ¿Y quién abriría los surcos en que crecerían los nuevos frutos?

Cierto que era alocado, que muchas noches se quedó fuera, llegando al amanecer... que no era cariñoso... pero era el hijo mayor, el único hombre de la casa, después del padre que ya estaba viejo.

Y así pasaban los días y las noches, sin tener noticias de Jenaro. ¿Qué había ocurrido?

La verdad era tristemente amarga, el muchacho, mareado por los atractivos de la gran ciudad, se olvidó que allá muy lejos, en un pedazo de terruño que le vio nacer, había una madre que no dormía pensando en el hijo ausente, un padre y una hermana que confiaron en él, sin miedo al futuro.

José trató muchas veces de aconsejarle, pero sólo recibió palabras ofensivas, dando razones egoístas y llenas de pesimismo, frente a las realidades del campo, que según él, no ofrecía futuro para la juventud.

José, más de una vez le hizo saber que él miraba a través de sus ambiciones personales, sin pensar que el verdadero futuro estaba en los hombres que sembraban la tierra, cuidándola para que produjera y manteniendo hogares que aunque modestos, estaban libres de contaminaciones sociales.

- El campo -le decía José- no nos entregará futuro si nosotros le abandonamos, buscando falsas ilusiones y llegando muchas veces a los vicios. Yo quiero un campo alegre, cómodo, feliz, pero para eso, tengo que entregar mis sacrificios, mis esfuerzos, y producir para tener dinero y levantar escuelas, policlínicos, ayudas técnicas, para que, cuando nuestros hijos vayan a seguir estudios superiores, vuelvan al campo a ejercer y a dignificarlo.

Todo era inútil, Jenaro seguía el camino que le dictaba su vanidad y el noble amigo de toda la vida, empezó a mentir en sus cartas, justificando la ausencia de noticias del inconsciente Jenaro.

Así llegó el día del término de la obligación militar y sólo uno de los dos muchachos regresó al hogar. Jenaro, apasionado por una pintarrajeada mujer de dudoso pasado, desapareció, sin que nada se supiera de él.

Los pobres viejos, arrastrando su angustia, preguntaban todos los días a José por el ingrato ausente, pero éste, al no poder dar una respuesta, muchas veces se escondió para no tener que decir la amarga verdad. Sufrió al ver ese hogar destruido por la pena. El campito empezó a ser abandonado, ya no se sembró trigo ni se cuidó la huerta y los pocos animales empezaron a enflaquecer.

Don Pedro, con su vieja dolencia de la cintura, decaído, no era capaz de cumplir las tareas agrícolas y misiá Meche, vagaba por los alrededores, como buscando al hijo que les despreció.

Carmen trataba de alentarles, y sólo la presencia continua de José le daba ánimos y le entregaba un poco de alegría, ya que también ella correspondía a los sanos y nobles requerimientos del joven y soñaba con ser algún día su esposa y así cuidar con más dedicación a sus queridos padres.

José terminaba sus labores. La tarde estaba gris y amenazaba lluvia. Por el camino que enfilaba a la casa, se vio de pronto correr una mujer; era Carmen, quien al ver al joven agitó su brazos y dejó de correr estremecida por los sollozos. Al llegar, entregó la noticia: personeros de una compañía forestal, habían visitado al mediodía a don Pedro, ofreciendo comprarle el terreno, que era lo único que tenían.

El pobre hombre, agobiado de dolor por la ausencia de su hijo, sin fuerzas para seguir luchando, quedó de dar la respuesta al día siguiente.

Carmen, sollozando suavemente veía derrumbarse su mundo de ilusiones. Al vender debían irse, quizás comprar un sitio pequeño, para vivir, sin esperanzas futuras, y ella tendría que irse a trabajar al pueblo.

José, abrazando a la niña, en un gesto de protección, escuchó atentamente y, conmovido, le entregó su apoyo.

El ya había conversado con sus padres, que querían mucho a Carmen, sobre la posibilidad de formar con ella su hogar. Estaba en edad de hacerlo y no quería perder a la mujer que había querido toda su vida.

Los predios colindaban y la hermosa vertiente que brotaba generosa era suficiente para el riego de las huertas, además, trabajaría el campo de su esposa, entregando su esfuerzo y su cariño a ese matrimonio anciano, reemplazando así, al hijo que jamás volvió.

Esa tarde tomó su última decisión: pediría a Carmen por esposa, formaría ese hogar propio tan soñado y salvaría esas buenas tierras de cultivo, donde ambos nacieron, para seguir trabajando en ellas, como en sus mejores tiempos.

Y así fue, que al rayar el alba, ya José se aprestaba a la visita prometida. Iba con su padre, quien de inmediato tomó partido al lado de su hijo mayor, para salvar las tierras de gran rinde, levantar el ánimo de su viejo amigo Pedro, y ver, al fin, realizar una secreta esperanza: tener nietos.

La entrevista fue cordial. No Peiro, pareciera que la esperaba. Se fijó la fecha de la boda y, mientras tanto, vivirían en la casa de Carmen, reemplazando así a ese hijo, que como tantos otros, no comprenden ni valorizan la importancia del campo en su función productiva, en sus proyecciones sociales, y en el cuidado de la pureza de su gente, para seguir levantando los firmes pilares de la familia, base de todo grupo social.

Tantos Jenaros, encandilados con las luces de las ciudades, se dejan arrastrar por la indiferencia hacia lo que más quisieron en su infancia, llegando muchos a los vicios y contribuyendo al empobrecimiento y decaimiento de las tierras generosas que un día trabajaron y de quienes en ellas siguen trabajando.

José y Carmen están casados y, además de formar una linda pareja, levantaron el ánimo de dos viejos campesinos y construyeron un jardín de frutos y esperanzas futuras, donde nacerán y crecerán los hijos, que ojalá sigan los pasos de sus padres, dignificando las labores de nuestros campos.

JORGE A. ESPINOZA MONTECINO, 62 AÑOS  
AGRICULTOR  
TOME ALTO, VIII REGION



## EL ROMANCE DE LA TIA BETSABE

**L**a mayoría de las noches nos quedábamos quietecitos, escuchando los cuentos, relatos de vivos y muertos, que narraban los mayores.

Un día que tía Betsabé conversaba, mi hermana mayor, le dijo de repente:

- Tía, ¿usted, por qué no se casó? Habría tenido hijos como nosotros y sería feliz igual que mamita Flora.

La tía abuela miró a cada uno de los contertulios, como diciendo: ¡lindo habría sido tener una familia así!

Suspiró, miró a mi hermana, "te lo diré" -dijo- "y a ustedes también". Sus hermosos ojos verdes brillaron fugazmente. Iba a hacer recuerdos de esa torturante experiencia vivida, que la marcó para siempre.

-Yo era "chamantera", esa es mi profesión, desde joven aprendí ese oficio. Vivía con mis padres. De mi taller salieron muchas mantas y fajas que lucían los huasos de leguas a la redonda.

La Mina preguntó:

- Pero, ¿por qué no se casó?

- Ya, ya; -dijo-: lo que pasa es que por ahí empezó todo.

Levantó la voz y comentó:

- Escuchen si quieren saber.

Nos quedamos quietecitos, no fuera a ser que se arrepintiera y nunca supiéramos por su boca, lo que sucedió en realidad y por qué se quedó sola.

- Sucedió en el campo, lejos de aquí, en un lugar muy bonito, ¿recuerdas Juan?, -dice-, dirigiéndose a su hermano menor, el abuelo nuestro, don Juan de Dios.

- Muy bonito- repitió él y calló.

Ella comenzó su historia:

"Cerros, bosque, ríos, grandes lomajes para trigo, cebada y avena, quinta de árboles frutales, parronales. Cerca de la casa, el jardín, por todas partes la rodeaban glorietas, ahí mi madre y yo cuidábamos las flores que, con la ayuda del sol y el agua, permanecían todo el año dando sus perfumes.

Y todo era propio, -añade y suspira, evocando el pasado-. Estábamos orgullosos de todo, -acota, mirando al abuelo-. Bueno, un día llegó a tocar la puerta de la casa, un joven de unos veintiséis años, yo tenía veinte.

¡Mirarlo y gustarme fue una sola cosa! Nunca había sentido lo que me sucedió entonces, claro que conocía a otros jóvenes; -en mi oficio se conoce gente-

Nos saludamos de mano (estira la mano, como si todo estuviera sucediendo en el momento), lo hice pasar, le dije tome asiento, yo también me senté y lo miré, -lo estudié bien-. Era alto, ojos claros, bonitas facciones varoniles, pelo negro semi crespo, apuesto, algo tímido en su manera de actuar, de pocas palabras.

De repente rompe el silencio y dice: -supe que aquí me podían hacer manta y faja, las necesito para el próximo rodeo-

Su voz grave sonó a mis oídos como grata melodía.

Sí -le conteste enseguida- yo las hago.

Me levanté de mi asiento y lo hice pasar al taller, donde tenía el telar y trabajos terminados, se los mostré, estirándolos sobre una mesa.

- Está bien, dijo, volveré dentro de diez días, ¿le parece?.

- Sí, respondí, está bien.

- Todo lo dejo a su gusto, dijo, manta y faja.

Me miró un momento en silencio, luego se encaminó a la puerta de salida. Sus bellos ojos negros quedaron en los míos por un momento. Abrió la puerta, me dio un fuerte apretón de manos y me dijo: -ha sido un gusto saludarla-, y se marchó. Mi corazón se fue tras él, igual que mis ojos.

Subió al caballo. Se fue al galope rumbo al norte.

Empezó a germinar en mi alma al amor, sentimiento que no conocía pero que, al pasar los días, fue en aumento, floreció en ideales, ilusiones, sentimientos nuevos muy hermosos que le dieron otra fisonomía a la vida quieta y calma que llevaba allí en mi campo.

Salió al jardín. No sentí a mamá que se acercaba y me sobresalté al escucharla.

- Está buen mozo José Morales hija, -dijo y sonrió, preguntando- ¿le vas a hacer algo?.

- Sí, manta y faja, las necesita para el rodeo, -le contesté-. "Dentro de diez días vendrá a buscarlas".

A esa altura del relato la tía suspiró hondo, pasó su mano por el pelo, tomó una silla y se sentó.

Se notaba que su pensamiento estaba lejos, en otros tiempos. Nosotros la mirábamos, calladitos, respirando apenas, todos en la misma posición que cuando empezó a hablar, no fuera a ser que dejara de contarnos y no supiéramos el por qué no llegó esa historia a un final feliz, como los cuentos de amor que nos contaba.

La tía siguió hablando:

"Subí a la casa, fui al taller, pasé la mano por el telar, le susurré bajito, -me ayudarás a hacer el trabajo más hermoso de mi vida, lo más lindo que haya salido de mis manos y mi mente, mira que es para él, el más guapo de los mozos de esta región... Tú y yo agradaremos al amado, para que donde esté me recuerde siempre-.

Busqué arduamente los más lindos colores, hice uno y otro bosquejo de dibujos diferentes. Trabajé hasta altas horas de la noche, con abnegación y empeño. Cuando encontré que había hecho unos maravillosos diseños y que tenía los colores, empecé el trabajo.

En uno de esos días, que apenas salía a comer, mamá vino a ver cómo estaba la obra, la vio y exclamó maravillada: -¡Qué lindo te está quedando Bersal-; dijo con sincera alegría y admiración. -Está bien hecho, perfecto diría yo-.

Terminadas su manta y faja, las puse en un lugar especial. Seguí terminando los demás trabajos, también encargados para el famoso rodeo. Así pasaba más luego el tiempo.

Hablaba con vehemencia la tía.

Miró sus manos y un hondo suspiro remeció su cuerpo. Parecía transformada. Vivía aquel momento, lo recordaba con lujo de detalles, a pesar de los casi sesenta años pasados.

Se movió de su silla, como buscando comodidad.

"Llegó el día en que él vendría a buscar su trabajo. Me levanté temprano, aún no rayaba el sol. Sabiendo que vendría después de las doce, miré por la ventana de mi pieza que daba al jardín. El día prometía ser hermoso. Danzaban en el cielo los madrugadores pajarillos, el jardín húmedo por el rocío de la noche que dejaba caer sus perlas gota a gota por sus diferentes hojas, un moscardón revoloteaba, cantando en cada flor su ronca canción de esperanza...

Me acerqué al espejo, mi figura era joven, bonita, mi pelo largo color miel lucía con mis ojos verdes, sonrei, cuando se está enamorada todo parece bello, lleno de vida, toda la naturaleza vibra con esa pureza y esperanza de nuestro corazón.

Me arreglé con esmero. Tenía ese íntimo deseo de parecerle bien, de influir de manera decisiva en sus sentimientos, para que él se enamorara de mí de forma imperativa, ya que, por mi parte, todos los pasos en mis sentimientos estaban dados, corazón, alma y mente, todo preparado. Pensé que iría con él al rodeo...

Eran las dos de la tarde. Tocó la puerta. Mi corazón latió con fuerza, arreglé los pliegos de mi vestido y fui a abrir. Ahí estaba él, vestido de huaso, bien plantado, de pies a cabeza, perfecto en su atuendo. Me saludó de mano. Saludé demostrando mi alegría.

- Vengo a buscar mi trabajo-, dijo.

- Pase usted; le mostré la puerta de mi taller, la que ya conocía. Saqué con sumo placer y cuidado sus prendas y las extendí sobre la mesa, para que las apreciara mejor.

Las miró con ojos de experto.

- Están bien -dijo- ¿Cuánto vale el trabajo? -preguntó-. Le di el precio. Sacó su billetera y me alargó el dinero.

Dijo: -Ojalá que le gusten a la Peta-

No alcancé a oírle bien.

- ¿A su mamá? - pregunté, interesada.

- No, a mi novia, es mañosa la tonta...

Quedé aturdida. ¡Tenía novia! Y por la forma de expresarse de ella...

Tomé maquinalmente las prendas para envolverlas. La sala me pareció que daba vueltas. El me las arrebató casi, y dijo:

- Así no más las llevo, no tiene caso que las envuelva, total, son para usarlas "

Agarró la manta de una esquina y la faja del medio y salió de la sala. Antes de salir, dijo: -Hasta luego-.

Saludo que no contesté. Salí a mirar qué haría.

Se fue derecho a la bestia, iba arrastrando las prendas que, a su paso, barrían tierra, hojas, espinas. Montó a caballo y se fue. Ahí iban mis desvelos, mi trabajo, mi corazón, mis ilusiones muertas. En ese momento juré no volver a fijarme jamás en ningún hombre. A todos los empecé a juzgar por ese mal educado...

Claro, con el tiempo muchos jóvenes vinieron a mí, yo no podía ofrecerles nada, tenía roto el corazón y vacía el alma. Sufri mucho, sólo mi madre supo cuánto. Pero el tiempo cerró mis heridas. Mis padres supieron cuidarme, y se desvelaron por hacerme olvidar ese desengaño que sola había forjado en mi mente de joven inexperta".

En ese momento, la tía abuela Betsabé se levantó y dijo:

*"Esa es, queridos, la verdad de mi soledad, fue por poner mis ojos en quien no merecía. Pasé de la juventud a la vida adulta de golpe.*

*Pobre hombre, supe que fue un borracho fracasado, la Peta lo dejó por otro. Creo que se lo mereció por poco caballero. Me decían que cada vez que iba a alguna fiesta, arrastraba la manta y, si alguien se la pisaba, volvía y peleaba sin mayores palabras".*

*Miró a los jóvenes, y les dijo: "Ustedes nunca vayan a ser mal educados, a las mujeres se les debe tratar con respeto, deben recordar a su madre, a sus hermanas".*

*Uno de los tíos le dijo:*

*- Lo que pasa es que ese fulano no era para usted, no la merecía tía, hizo bien en no tener nada con él. Ese fulano era un mal nacido, sin cultura ni educación, tenía pura pinta, por eso no hablaba. Si nosotros hubiésemos estado lo habríamos "arreglado" por ahí, le habríamos enseñado a ser decente.*

*Todo lo decía con rabia, le había llegado la historia verídica que nos había narrado la tía Betsabé.*

*Lo cierto es que a todos nos impactó, sacamos lección y ejemplos de ella.*

*Mamá, decía: "En primer lugar, no se debe hacer ilusiones con desconocidos, antes de tratar y conocer a las personas.*

*En segundo lugar: No juzgar a los demás por alguien que ha actuado mal. No todas las personas son iguales. Hay que saber valorar a los demás".*

*Todos nos fuimos a la cama, pensando en los sufrimientos que debió pasar la tía Betsabé al darse cuenta que él nunca la amó.*

*Los lolos de ahora dirían que se pasó un "rollo", sin medir las consecuencias. En realidad, a todos nos sirvió de ejemplo, por eso me gusta recordarla y contar su historia a los demás, para que no pasen por la misma experiencia, el amor es de a dos, y, al aunar esos sentimientos, se forma la pareja humana, la familia.*

*Así pasó mi infancia y juventud en el campo, donde todo es pureza, bienestar, alegría y trabajo. ¡¡Qué lindos recuerdos!!*

**MARIA OPAZO SALAZAR, 62 AÑOS  
DUEÑA DE CASA  
COLLIPULLI, IX REGION**

## LOS MEDIEROS

**L**a carreta cargada de víveres, entre los que se contaban algunos sacos de papas, porotos, harina cruda y algo de trigo, avanzaba lentamente por el pedregoso camino.

El hombre detuvo su marcha en todo el alto, a la sombra de los gigantescos pinos que, a esa hora, entregaban su deliciosa sombra a cualquier transeúnte que deseara disfrutarla.

Después de alcanzar la planicie de esa empinada quebrada, sus bueyes parecían no tener más fuerzas para continuar. Jadeantes de cansancio, se detuvieron con un aire de placer en los ojos y una gratitud disimulada hacia el amo.

El, introdujo sus manos al bolsillo trasero del pantalón, extrajo un pañuelo que pasó por su rostro sudoroso y lleno de tierra, se levantó la vieja chupalla y su cabeza, con algo de calvicie, también estaba empapada en sudor. Miró su reloj, eran las dos de la tarde en la segunda quincena de febrero. El sol, clavado en la mitad del cielo era generoso aquel día, simplemente soltaba sus candentes rayos sobre la tierra, con una profunda laxitud.

Más atrás, distante unos treinta metros entre uno y otro, venían los jóvenes Jacinto y Ariel, conduciendo sus respectivas carretas, llenas de precarias pertenencias; rústicas mesas y sillas, catres de fierros oxidados, una cocina a leña con visibles reparaciones caseras, un cajón fabricado de madera en bruto, contenía útiles pequeños como cucharas, pailas y platos. Colchones empaquetados en sacos, un canasto con algunos pollos, y se completaba el cargamento con un cajoncito cuidadosamente terminado, amarrado a las barandas de la carreta, donde venía un pequeño perrito negro que obedecía al nombre de "Guardián". Ponía una nota de humor a toda la humildad del equipaje.

Ariel, el más joven, cargaba en su carreta toda la madera obtenida al desarmar la pequeña bodega donde guardaban los alimentos de la "cosecha" en los años trabajados como medieros en el fundo de la gringa. Cuando los jóvenes llegaron al alto, se detuvieron a descansar un rato junto a su padre.

- ¿Qué hora lleva ñor?- preguntó Ariel, acercándose a la banquina donde estaba sentado su progenitor.

- ¡Son las dos y cuarto!- respondió éste, con voz lenta.

- P'tas, faltan tres horas... más tres...- dijo Jacinto que llegaba atrás.

- ¡El Clavel viene manqueando, carajo! ¡Es tan delicao de uña!-dijo el padre.

- Tan bueno pa'tirar este bueycito. ¿Ah?- agregó Jacinto, mirando con cariño al animal.

- Lástima que su destino ya está marcado. En el mataero se le terminarán los pesares- habló Ariel, que ironizaba con cualquier situación.

Jacinto se levantó y dijo:

- ¡Me está dando hambre viejo! ¿Por qué no almorzamos?-

Los otros asintieron con la cabeza y, de la carreta, desataron un canastito que tenía en su interior un pollo cocido, un frasco de ají verde machacado y una tortilla al

rescoldo muy bien raspada. Extendieron un mantel en el suelo y se dispusieron a comer.

- Algo tarde el almuerzo... pero así hay más apetito- dijo don Guillermo, llevándose a la boca un trutro con ají para darle la primera dentellada. Cada uno tenía su trozo de carne en la mano y comía concentradamente, cuando Ariel se acordó que "Guardián" pasaba desapercibido. Tomó un trozo de alita y se lo llevó a la jaula.

- Que lleguemos a las seis al pueulo... güena hora. Los novillos de Níco vienen bien sobaos- dijo Jacinto.

- ¡Pero vamos a ser de pueulo, gancho! No vamos a andar más con carreta ñor.

- ¡Allá vamos a manijar auto, mierda!- dijo Ariel, soltando una leve carcajada que los otros no correspondieron.

- Cuando pongai la firma pa' los partes te vai a reír en la cara de los pacos, guacho- le advirtió Jacinto.

- De algo aurá que reirse pu' ñor- respondió Ariel y comenzó a ordenar el canasto para seguir la marcha, cuando, en sentido contrario, apareció un jinete en un caballo alazán.

- P'tas, allí viene Manuel Millaleo... a este gallo le debo un saco e trigo- dijo Guillermo, acomodándose la chupalla.

- Hácete el olvidado no más pu. En una d' esas pasa- advirtió a su padre el joven Ariel.

El jinete llegaba a menos de diez metros. Avanzaba con un trote lento, el sombrero inclinado a los ojos.

- ¡Hola Manuel ooh!.. ¡te trae atormentado el sol guacho! Pasa a la sombríta- fue el saludo de Guillermo.

El jinete detuvo su caballo, alzó la cabeza.

- Güenas tardes, amigo Guillermo. Hace calor ñor- y, arrimando su cabalgadura, extendió la mano a los tres.

- Y a usted le gusta ponerle calorías más encima- le insinuó Jacinto, con una pícarra mirada.

El mapuche esbozó una leve sonrisa y, de su morral, extrajo una cajita de vino que extendió al muchacho.

- Tome, ñor, pã' que le pese la lengua y no hable más de lo medio.

- Era lo que faltaba ñor. Recién almorzamos- dijo Jacinto. Abrió el envase, luego de beberse un buen sorbo devolvió la caja con un gesto de satisfacción en su rostro.

- Páselo a los otros. No sea egoísta- dijo el jinete.

Los tres bebieron largos sorbos en silencio. Manuel les miraba y sonreía. Al fin preguntó:

- ¿Se va no más Guillermo? No le traaja más a la gringa sinvergüenza.

- ¡Me enojé, y ya ve ñor... me voy! Ya solté los güeyes. ¿Cómo va a ser que me muera de hambre en el pueulo?

- ¡Nooo pu! ¡De hambre no se ha muerto naide ñor! ¡Y a lo mejor se arregla pa' allá!

- ¡Queeé, aquí no he ganao nada, Manuel! La vieja me descuenta too ñor. Cosecho ciento cincuenta... doscientos sacos de trigo a veces... y me queo con treinta o

veinte sacos. ¿Qué le parece a usted? Me descuenta el abono, el salitre, fumigaciones, fardo pa' los güeyes que son de ella misma. Si yo apenas tengo esta yunta... después me dice: "Fue malo el año Guillermo, el otro va a ser mejor". ¡Esa conformidá me da!

Manuel miraba hacia todos lados, se acomodaba en la montura, espoleaba su caballo y al fin dijo:

- ¡Así se güelven ricos estas mierdas pu' oye! Aprovechándose del poure.

Los jóvenes, parados en seimicirculo, afirmados en sus garrochas, con la cabeza gacha, escuchaban los relatos de su padre. Este continuaba:

- Si en quince años traajándole, apenas tengo esta yunta y una vaquita que tengo a medias, naa más. El mediero y sus hijos son animales de traajo baratos pa' esta gente... Mis cauros no terminaron las escuela básica, yo quería que fueran pacos o milicos siquiera. Peero... apenas crecen... ¡a la pega!

- ¿Y tu hija, la Florencia, Guillermo?- preguntó Manuel.

- Se jue pa' Santiago, salió aniñá la caura y tá bién allá. Traaja de empliá, gana noventa mil. Aquí la vieja le pagaba veinticinco y la aprovechaba como animal. Sin horario ni liureta pu.

- Esos son los ricos pu' Guillermo, tienen plata y poder. Los poures... ¿Quién los defiende a nosotros? ¿Tu candidato, que anduviste ayuando? Esos gallos aura dicen que los campos hay que plantarlos toos de pino y caliuto. ¿Ahí tá la plata, no dicen? Mira cómo los encierran a nosotros en la reucción, los van a secar l'agua, los cierran los caminos... pa' terminar con el auricultor chico lo hacen iñor. ¡Pa' terminarlo!

Dio un leve giro a su caballo y preguntó:

- ¿En qué vai a traajar en el pueulo?

El interrogado, dibujó con el pie unas rayas en el suelo, hizo una pausa y luego respondió:

- Voy a vender los güeyes, arrendar una casa, buscar traajo en los metro-ruma con los cauros...

- Ahí sí que te vai a cauriar, lindo Guillermo. Ese traajo lo toman puros contrastistas pillos.. ¡La plata no la vai a ver nunca! ¿Te hai fijao en la cara de esos gallos? Terminan toos pulmoniaos, queuraos de una pata, los ojos hundíos. ¡P'tas la pega mala esa iñor!

Los jóvenes, al ver que esa charla se extendía más de lo calculado, se arrimaron a sus carretas, despidiéndose de Manuel en voz alta, luego continuaron su camino, meditando cada uno a su manera, las incógnitas que les deparaba la vida en la ciudad. ¿Qué trabajo realizarían allá? Ellos no tenían educación para optar a alguno de esos empleos llamados dignos. La realidad era que se iban a enfrentar un incierto destino, como tantas familias que, en el último tiempo, parecían huir desde los campos hacia la ciudad.

En los veranos llegaban desde distintos centros urbanos y sus apariencias eran que vivían en mejores condiciones. La vestimenta, la conversación... todo en esas personas era distinto. ¿Por qué a ellos había de irles mal? Era el pensamiento que les ocupaba la mente, mientras conducían sus carretas por el pedregoso y poco frecuentado camino rural. Así, llegaron a vencer otra larga subida, en lo alto hicieron de nuevo otro pequeño descanso.

- El viejo tuavía no asoma- dijo Jacinto, de pie frente a su carreta, mirando hacia atrás el horizonte verde oscuro de las enormes plantaciones de pino insigne que, a lo

lejos, dejaban ver huellas de cosechadoras automotrices en alguna loma y uno que otro muelle que indicaba el paso de alguna máquina de planta.

Ariel estaba unos metros más atrás y respondió a su hermano:

- Ese Manuel es de conversa larga, pus gancho. ¡Es aulaor el hombrecito ñior!

- ¿No convencería al viejo que se vuelva pa' la pueula? ¡Ahí la jode!

- Ja, ja, ja, eso si que estaría chistoso. ¿Te imaginai?- dijo Ariel.

-Lo que me voy imaginando es la vida de nosotros en tres meses más, allá en la ciudad, guachito- fue la respuesta de Jacinto con una inquieta sonrisa.

-Si los va mal, vamos a pasar las penas onde las chiquillas alegres, pus gancho. La mayoría de ellas son campesinas. ¿Cómo los van a desconocer?

- Paulo y el José Galdamez la jodieron. ¿Ahí? Vendieron toos sus bienes, aura andan pidiendo pesitos por la cantina, tiritando de frío y hambre. ¡Los gallos lesos ñior! dijo Jacinto, siguiendo así el curso de su meditación.

-¡Allí viene el viejo pus gancho! No lo contenció ná Manuel. ¿Lo esperamos o seguimos? Interrogó Ariel a su hermano.

- ¡Esperémoslo pa' saber el final de la conversa pus!- Fue la respuesta de Jacinto.

Guillermo picaneaba sus bueyes, tratando de alcanzar a sus hijos, pero el buey Clavel rengueaba más a cada paso. Su pezuña derecha la tenía demasiado gastada y era el origen del dolor que el carretero trataba de ignorar o de no mirar. Simplemente lo guiaba como en una marcha normal cuando el animal intentaba detenerse.

Meditar sobre el futuro era más importante en aquel trayecto. Las palabras de Manuel le hacían calcular, tomar resoluciones, probaba y descartaba las alternativas que en sí, se iba tejiendo.

Su realidad, era que llegaba de allegado en la casa de su compadre René, que luego arrendaría una pieza en algún lugar periférico y buscaría alguna forma de ganarse la vida. A sus cuarenta y cinco años, era un viudo que a la vez había tenido por más de treinta años al arado como fiel compañero. ¡Qué temprano se había iniciado en las faenas rurales!

Sentía que su decisión había sido un desafío que a ratos temía. Pero, estaba la otra parte: los abusos, la explotación que tantos años soportó en el fundo de la gringa.

Luego, las otras afirmaciones de Manuel le causaron risas: "Le vamos a quitar la tierra que los tiene usurpada la vieja"...

"Son encachás no más. Aula disparates el Manuel". Estas palabras salieron de su boca sin darse cuenta y esbozó una sonrisa en su rostro. Cuando llegó donde sus hijos, dijo:

- ¡Este güey no da más, hombre! ¿qué puedo hacerle?

- Nosotros pensamos que te juiste de vuelta p'al fundo- respondió Jacinto.

- ¡Es aulaor ese mapuchito Manuel, ñior! Dice que le va a quitar la tierra a la vieja, quería verme volver. Yo le dije: ¿No hagan eso Manuel! ¿Qué le van a ganar a los ricos?- terminó Guillermo.

- ¿De verdad lo van hacer? preguntó Ariel, con tono sorprendido.

- Mira, allí viene la vieja pus- dijo Jacinto.

Regresando de la ciudad, apareció, en la curva del camino, una camioneta color azul marino con llantas y parachoques cromados que, al reconocerlos, aceleró su mar-

cha y, al pasar cerca de ellos, los dejó envueltos en una nube de tierra. Sus ocupantes eran los hijos de la patrona.

Jacinto, con aire de indignación, les gritó:

- ¡Sinvergüenzas de mierda! ¡Debieran darse güelta pa'llá!

- ¡Ojalá Manuel te quite la tierra mierda! fue el grito de Ariel.

- ¡Vamos, vamos!-, dijo el padre y picaneó las costillas de los bueyes.

Continuaron su trayecto, sumidos en sus respectivos silencios, al costado de sus carretas. El desplazamiento de las ruedas de madera sobre las piedras y el paso acompasado de los animales sonaba en sus oídos como una triste melodía que acompaña un ¡Adiós! Aquel sábado quedaría en sus memorias como el fatídico día en que tuvieron que irse del campo.

El tiempo pasaba y la casa de adobes, con techos de tejas, a orillas del monte, donde un hilo de agua nunca cesaba su bella canción, era en instantes más y más lejana.

Esa puebla no era de ellos, pero la amaban y nunca habían pensado en dejarla abandonada.

El padre iba quedándose atrás, también, lentamente, los pasos del Clavel eran cada vez más dificultosos.

El hombre, sin mirarlo le decía:

- ¡Vamos, vamos tordito! ¡Tira, tira Clavell y le daba unos picanazos.

RICARDO LONCON ANTILEO  
AGRICULTOR  
TRAIGUEN, IX REGION

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

## MI BUEY "COPIHUE" EL MATEMATICO

**E**l año 1932 existía un aserradero en este lugar, más o menos a tres kilómetros de distancia de la casa de mi padre, siguiendo la orilla de la playa, en el cual vendíamos la madera que cortábamos en nuestra propiedad. Como era mucha la distancia para hacerla llegar por tierra, ya que no había camino, solamente por la playa, la hacíamos llegar por el mar, en balsas, en horas de la alta marea. Para bajarla hasta la costa, utilizábamos un río, cuando comenzaban las primeras lluvias fuertes de otoño y le aumentaba el aguaje, tirábamos al río unos doscientos cincuenta o trescientos mochos o rollizos (como se los quiera llamar a los grandes trozos de madera) y todos en un día.

Bajábamos hasta la playa desde la distancia de un kilómetro y medio al centro. Entonces pedíamos materiales al administrador del aserradero para hacer las balsas para trasladar la madera hasta este lugar. El material consistía en grampas grandes de hierro y cables de acero, que alcanzaban para cincuenta mochos, así trasladábamos la madera, hasta llevarla toda, lo que nos significaba hacer cinco o seis viajes.

En una de esas remesas de madera que bajamos, cuando hicimos la última balsa, había cincuenta y dos mochos. Tratamos de llevarlos todos, aunque los cables alcanzaban sólo para cincuenta. A mí me correspondía subir la madera con una junta de bueyes que teníamos, muy mansos y forzudos, que obedecían por los nombres de "Copihue" -por lo colorado- y "Clavel". Entonces yo tenía doce años y ya estaba acostumbrado a trabajar con bueyes, sin haber tenido problemas; pero ese día, cuando había subido los cincuenta mochos y me quedaban los dos últimos que llevábamos más que otras veces, antes de llegar al sitio donde estaban estos paños, se me sublevó el buey "Copihue", de tal manera que no lo pude dominar, así empezaron los dos a correr por la orilla de la playa y me fue imposible alcanzarlos.

Llegaron a un tajamar, (una puntilla rocosa) y se tiraron a nadar así enyugados. La cadena que iba enrollada en el yugo, había caído en la arena con la desenfrenada carrera y tuve que volver a recogerla.

Muy cansado y triste, volví hasta el aserradero a buscar mi caballito que llevaba para cruzar un río bastante grande, que no podía cruzar a pie y me dirigí de vuelta a mi casa donde tenía la certeza que alcanzaría a mis bueyes, sin dejar de tener miedo de que me reprocharan por no haber subido al patio los cincuenta y dos mochos de la última balsa.

Cuando llegué al tajamar donde los bueyes pasaron nadando ya había bajado la marea y pude pasar por la playa sin dificultad. Mi caballito, que era bastante petiso y muy tímido, lo conocíamos con el nombre de "Rengo" y cualquier cosa que veía en el camino un poco rara le tenía desconfianza y a veces miedo, al extremo que no se animaba a pasar, aunque le dieran de chicotazos o se desmontara el jinete y lo tirara de las riendas, hasta que pasaba la parte difícil y, de ahí para adelante, partía a correr con tanta fuerza que era difícil sujetarlo de las riendas. Así, llegué al río grande bastante apurado y, todavía corriendo, me metí al agua al lado de unos troncos cuando, de pronto, habiendo entrado unos cuatro o cinco metros dentro del río, saltó un salmón unos dos metros delante de mi caballo y se asustó éste de tal manera que pegó un tremendo salto al costado, que me dejó a punto de caer al río. Luego me acomodé de nuevo; pero entonces mi caballito ya no quiso caminar para salir adelante, tampoco

volver para el lado de donde veníamos; el agua le daba a la mitad de la altura de la costilla y había bastante corriente, por esto a mí se me hacía difícil desmontar, calculaba que el agua me llegaría hasta la cintura; mis pies estaban en el agua y no podía espueliarlo con mis talones porque eso más me mojaba con el agua que saltaba hacia arriba. Traía una varita de una rama que usaba de chicotera y se me rompió, quedé entonces sin tener con que apurarlo para hacerlo caminar. Estaba casi en la mitad del río, sin saber que hacer, y "Rengo" soportando la corriente del río y los golpes que le propinaba con mis manos; pero fue imposible sacarlo de ese lugar, hasta que, más tarde, como una hora y media después de estar luchando para hacerlo caminar, llegaron dos personas a caballo que venían del lado del aserradero y entonces aproveché que me lo echaran adelante y pude seguir hasta mi casa. Cuando llegué ya habían desyugado los bueyes y estaban preocupados porque yo no había llegado.

Les conté a mis padres y hermanos, que estaban en casa, lo que me había pasado y entre dudas y risas aceptaron mi narración, que me costaba explicarla tal como había sido.

Desde entonces, nunca le volvimos a colocar más de cincuenta mochos a las balsas porque ya sabíamos que el buey "Copihue" no arrastraba ni un madero más de los que estaba acostumbrado.

**CARLOS ROBERTO VARGAS MALDONADO, 74 AÑOS**  
**AGRICULTOR**  
**HUALAIHUE, X REGION**

## HISTORIAS DE CALETA TORTEL

24 de marzo de 1942.

Se preparaba un grupo de Alacalufes de Puerto Edén para salir a cazar nutrias y lobos de mar. Los usaban como alimento y los cueros los cambiaban por alimento o alcohol. Los alacalufes, que le decían al alcohol guachacay, entregaban los cueros a muy bajo precio, los negociantes pagaban lo menos que podían, haciendo fabulosos negocios. Entregaban 58 cueros por una botella de aguardiente.

A mediados de abril, ellos navegaban por el Canal Mesier; a la altura del Canal Gómez, decidieron dirigirse al Canal Baker, rumbo a Punta de Casas o Bajo Pisagua, que queda en la desembocadura del Río Baker. Después de navegar varios días, se acercaban a Punta de Casas con el ánimo de conseguir alimentos. Cuando los alacalufes trataban de acercarse al Puerto de Punta de Casas, para conseguir algún alimento que permitiera variar su plato favorito que era carne de lobo, patos ketru, variedades de mariscos, como luche, cholga, erizos, cochayuyos, al llegar, fueron recibidos a balazos por los administradores de esa firma maderera y ganadera que se hacía pasar con el nombre de Mister Bricher.

En el Puerto de Punta de Casas o Bajo Pisagua se encontraban Mister Bricher y el gringo Lancaster y Mister Morrins, más un obrero apodado Chapoco y otro gringo del que no me acuerdo el nombre. Fueron recibidos a balazos los alacalufes, de los cuales fueron muertos como 40 por las balas de estos señores. Muchos de ellos trataron de arrancar, pero fueron alcanzados con botes a motor, porque ellos navegaban a puro remo, se escaparon muy pocas canoas.

A los alacalufes acribillados por las balas, los recogió el mar. Muchos de ellos quedaron muertos dentro de sus débiles embarcaciones.

Después de una larga persecución y, al percatarse que no se encontraban alacalufes alrededor de Punta de Casas o bajo Pisagua, bajaron del Río Baker hacia el Norte donde existe Caleta Tortel. Luego de tres días opinaron quemar Punta de Casas y matar al tal Chapoco porque era el único de sangre española o, en otras palabras, era el único chileno, para no ser descubiertos. Le dieron un tiro del cual quedó mal herido. Al acercarse el gringo, sacó un cuchillo que usaba entre su ropa Don Chapoco, e hirió al gringo que se asustó y arrancó. Decidieron prender fuego y arrancarse, remontando el Río Baker, rumbo hacia el saltón, al Puerto San Carlos, en una lancha de aluminio con un motor bencinero de 85 H.P. centrado. Después, se dirigieron a los poblados del país. Se quedó uno de los gringos, el Lancaster, que fue llevado a ver el incendio por los carabineros de esos tiempos. Después de comprobar los hechos le dieron la Región de Aysén como parece decir cárcel. Hace como 10 años que murió el único gringo en el Río Chacabuco en la Región de Aysén, se llamaba Eduardo Lancaster.

HERNAN GUELET VERA, 50 AÑOS  
CALETA TORTEL, XI REGION

THE HISTORY OF THE  
CITY OF BOSTON  
FROM 1630 TO 1800  
BY  
J. B. STODOLSKY  
VOLUME I  
1630-1700  
PUBLISHED BY THE  
BOSTON PUBLIC LIBRARY  
ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION  
1892

ALBANY: J. B. STODOLSKY  
1892

## ¿SUEÑO O VERDAD?

**E**ra tarde ya cuando prendieron la fogata, se sirvieron unos mates masticando charquis. El lugar era casi agradable, los calafates se alzaban tras ellos, resguardándolos bastante del viento. La llama iba y venía, casi seductora, danzando al compás de la ranchera que monótonamente silbaba el viejo.

Desensillaron luego los caballos, sudorosos aún por el largo trayecto, y, junto con extender otros cueros, improvisaron sus camas.

Los perros sedientos fueron hasta el riachuelo para beber y regresaron rodeando las ovejas que ya punteaban por el verde pastizal. El piño que bordeaba aproximadamente los cuatrocientos animales, era manso, y los perros hábiles, lo que hacía mucho más liviana la labor de los arrieros.

El cielo se fue oscureciendo lentamente, sus colores pardos entonaban bien con algunas pinceladas anaranjadas, todo lo demás era un verde que al atardecer se hacía más intenso. Las estrellas comenzaban a aparecer vagamente en el cielo y la luna dejaba ver su perfil, de cuando en cuando, tras las nubes.

De pronto la orden sonó:

-Acuéstate no más. Yo me voy a quedar vigilando.

Y se quedó recostado en su montura, silbando cada vez más bajito, hasta que no se escuchó nada más que el susurro del agua al pasar cerca del lugar.

El viejo tendría sus sesenta años, pero era fuerte aún, el ceño fruncido siempre, como desafiando el tiempo, sus labios delgados, prestos a silbar una canción, sus ojos pardos y su calvicie a medias, una manta y unas pierneras de chivo le cubrían su cuerpo que comenzaba a encorvarse inevitablemente con el transcurrir de los años.

El chico se revolvía inquieto en los cueros sin poder conciliar el sueño. Con sus once años, su cuerpo delgado, su pereza y sus pensamientos pueriles, nunca tuvo tiempo para otra cosa que no fuera para seguir al viejo como su sombra misma.

Observó al anciano, quien se levantó. Le arrimó un palo al fuego, se acomodó la manta y se quedó quieto, luchando contra el sueño, dejando escapar un ronquido, y luego otro. Le envidió, entonces, por la facilidad con que se durmió.

Contempló el fuego, la llama se alzaba para inclinarse después. No sé cuanto tiempo estuvo así, mientras el viejo dormitaba, hasta que, casi sin darse cuenta, fue surgiendo desde la llama una figura, aparentemente un hombre. Se refregó los ojos, no estaba durmiendo. Lo vio acercarse, venía de sombrero, con una manta y pantalones. Todo de negro. Traía una marca a fuego y lo seguían unos perros, negros también.

Quiso hablar, mas fue inútil, estaba atónito, perplejo. Sintió un peso en los pies. Era uno de los perros que se tendió sobre él para recibir la marca sobre un cuarto. Luego vino otro, se posó en sus piernas, la escena fue la misma. Y así continuaron hasta cuando el último se acostó sobre su pecho.

Quería levantarse, pero estaba paralizado. Entonces vio la marca roja por el calor, que se dirigía hacia su frente y vino el grito, ese grito que exhaló desde el fondo de sus entrañas:

-¡Aaaaa!

*Todo se desvaneció. Todos fueron a parar a esa débil llama al tiempo que el viejo, asustado por el grito del muchacho, miraba de un lado a otro, tratando de entender la situación. Luego dijo:*

*- ¿Me poís decir que te pasó chiquillo del diablo?*

*- ¡Ni lo mencionel -exclamó el niño- mire que puede venir otra vez.*

*El viejo lo miró, amenazante, diciendo:*

*- Más vale que no sea otra de tu mentiras...*

*Pero el muchacho, interrumpiéndolo, le decía:*

*-No taita, si no le estoy mintiendo. Se lo juro por mi alma que es lo más sagrao pa'mi. Lo vi aquí, salió del fuego.*

*-Y ¿Cómo era?*

*-Alto y huesúo apá y toitito e' negro. Traía unos perros que daban susto. Les iba afirmando una marca en el cuarto, yo no poía ni moverme con el peso' e los condenaos que se tiraban arria mío. El último que marcó estaba en frente' e mi nariz y púe sentir el olor a quemao. Taba sudando helao taita, cuando vi que me arrimaba la marca. Ahí le grité.*

*El viejo, un tanto inquieto todavía, le preguntó:*

*-Y ¿por dónde se fueron?*

*Y el chico, adivinando que no le creería, señaló la pequeña fogata, diciendo así suplicante:*

*-Ahí taita. Por ahí.*

*Luego, un profundo silencio se apoderó de ambos por un instante. Súbitamente la voz ronca del viejo, sonó como de costumbre:*

*-Taría haciendo pesadillas, che, acomódate bien que mañana partimos antes que aclare.*

*Luego, se alejó, con la calma que lo caracterizaba, iba a revisar las ovejas .*

*Brillaron los ojos del muchacho, de rencor e impotencia, mirando la llama que iba y venía con el viento, como burlándose de él. Y se durmió.*

**CLAUDIA HELEN MUNITA BURGOS, 18 AÑOS**  
**ESTUDIANTE**  
**COYHAIQUE, XI REGION**

*Aguirre continuó:*

- Los viejos de la estancia, cuentan que algunas noches se oyen los relinchos de un cojudo al que nombran Granizo. Esos relinchos dicen que despiertan el ánimo de Floridor que sale de su sepultura como respondiendo a la llamada a reunirse con el animal que los emite. Esta historia es larga. Aconteció hace años. Como todavía le falta al churrasco, se la voy a contar.

- Hace ya bastantes años, yo todavía no llegaba a la estancia, encontraron muerto en el rancho al puestero Floridor. Su muerte tenía que haber ocurrido muchos días antes, pues el cadáver ya estaba fuerte, y como en ese tiempo por aquí todavía no había autoridades, no encontraron nada mejor, dadas las circunstancias que proceder a enterrarlo de inmediato sin siquiera velarlo.

- Cuando pase por ahí en otra ocasión, si se fija, podrá ver pegado al faldeo de un cerrito, a unos cien metros de la tapera, entre un monte de ñires, la sepultura del viejo Floridor. Los que conocen la historia del finao no se quedan de noche en ese lugar, por eso de que ahí pena su ánima.

- Cómo y de qué murió el finao, hay distintas versiones, pero, para los peones de la estancia, la verdadera causa de la muerte de Floridor fue, sin duda, la pena que le causó el haber perdido a su entrañable amigo Granizo.

- Todo comenzó la vez cuando Floridor, recorriendo el campo a su cargo, encontró una yegua moribunda, la que murió mientras la examinaba para prestarle auxilio. En las inmediaciones del animal muerto quedó abandonado su potrillo de pocos días, el que, con la muerte de su madre, también quedaba condenado a seguir la misma suerte. Entonces Floridor pensó: dos abandonados de la vida, bien pueden ser dos compañeros para vivirla; por lo que, poco a poco, fue arrimando el animalito hasta su puesto; acto seguido, pegó un galope hasta la estancia, donde consiguió una vaca parida, para, con su leche, alimentar a su nuevo compañero.

- Con los cuidados y el cariño de Floridor, el potrillo fue creciendo hasta convertirse en un hermoso cojudiyo de lustroso pelo negro, con su pata derecha de color blanco y un lucero en la frente.

- Amo y animal recorrían juntos el campo: Floridor delante, Granizo junto con los perros atrás, a la siga. Floridor rara vez lo ensillaba y, cuando lo hacía, Granizo se comportaba manso y tranquilo y eso que nunca había sido sometido a los rigores de la domadura. Floridor lo llamaba Granizo, porque el día en que se encontraron se desencadenó un temporal de lluvia que terminó en una granizada como no se había visto en mucho tiempo.

- Los años de crianza de Granizo fueron para los dos compañeros, años felices. En el puesto no ocurría nada que perturbara el pasar de sus vidas. Todo era como si siempre hubiera sido así y que así seguiría.

- Eso duró hasta que llegó un día en que el habitual viento del oeste, que generalmente sopla en el valle, trajo algo que alteró la tranquilidad de Granizo. El animal comenzó a comportarse intranquilo y nervioso. Relinchando, trotaba y brincaba por todos lados como si en él hubiera aparecido una fuerza extraña. La intranquilidad de Granizo coincidió con la aparición en el horizonte de una nube de polvo que venía transportada por el viento. Floridor sabía que esto sucedía todos los años en esta época de la primavera y anunciaba el paso de la manada de yeguas ariscas de la estancia que iban en busca de las veranadas en los cordones cordilleranos, donde sabían que las esperaba yerba sabrosa y tierna. El puestero supuso que más de alguna de las ye-

guas andaría descompuesta y que el hedor de las hembras en ese estado era lo que ponía nervioso a Granizo. "Cuando la manada haya seguido viaje", pensó, "Granizo se tranquilizará", razón por la cual siguió sin mayores preocupaciones en sus quehaceres.

- La noche en que la manada siguió viaje, desapareció Granizo. Al día siguiente, al echarlo de menos, Floridor lo buscó por los alrededores sin encontrarlo. Sin darle mayor importancia pensó que ya volvería. Como Granizo no aparecía en los días siguientes comenzó a inquietarse, inquietud que poco a poco se fue transformando en ansiedad, la que lo llevó a ensillar su caballo de servicio para hacer una detenida búsqueda por el campo. Todo fue sin resultados. Granizo continuó desaparecido. Alguien que codiciaba al hermoso animal se lo habría robado, pensaba Floridor. Muchas cosas más que podrían haber ocurrido imaginaba Floridor, las que lo afligían y lo llenaban de pesadumbre.

- A la entrada del invierno de ese año, dos peones encargados de recorrer los campos de la estancia, se allegaron al puesto de Floridor, a saber de su dueño, a quien no se le veía por la estancia hacía algunas semanas. Lo encontraron muerto desde hacía días.

- Poco después del entierro de Floridor, dos pasajeros que alojaron en el puesto, contaron en la estancia que no lejos del rancho habían oído relinchos de un animal, que parecían llamadas insistentes. También dijeron haber visto levantarse de la tumba la sombra del finao y que ésta corría en dirección adonde se oían los relinchos del animal. Afirmaron, además, que no les cabía duda que la sombra que vieron era el ánima de Floridor, lo vieron aparecer saliendo de la tumba.

Sergio Aguirre terminó su relato cuando le contó al de la tapera lo que aconteció después.

- El mister que administraba la estancia tuvo que designar un nuevo puestero para el 18. El designado para el cargo, después de estar unos días en el puesto, regresó a la estancia atemorizado y diciendo que no volvería a su trabajo porque en el puesto del finao no se podía dormir. Todas las noches se escuchaban los relinchos de un caballo que, en ocasiones, se oían hasta en la puerta del rancho. Además, en más de una ocasión, había visto levantarse la sombra del finao.

- Con lo que decía el puestero, ningún otro peón estuvo dispuesto a aceptar el cargo del 18. Por tal razón, al mister no le quedó otra que ordenar la construcción de un nuevo puesto en donde ahora estamos.

- Por aquí han pasado muchas personas que, al conocer el caso, han dado diversas explicaciones. Para nosotros, gente de campo, la explicación está en que, siendo Granizo un macho joven con toda la fuerza de la naturaleza intacta en él, siguió a la manada, impulsado por los instintos. Con toda seguridad le arrebató la manada al cojudo viejo "patas negras" que había reinado en ella hasta entonces y, luchando por ella, lo habían vencido por ser más joven.

- Lo que ignoraba Floridor era que los animales no se guían por los sentimientos de afecto. En ellos son más fuertes y dominantes sus instintos.

Terminados el churrasco, los mates y el relato de la historia de Granizo, el de la tapera montó su caballo y, agradecido por las atenciones, se despidió de su nuevo amigo y siguió viaje. En la soledad del camino, el de la tapera se fue haciendo el propósito de que alguna vez, no sabía cuando, pasaría de nuevo una noche en la tapera del finao para verificar la historia que le había contado el puestero Sergio Aguirre.

*Lo que no supo el hombre de la tapera, fue que en la manada de yeguas ariscas de la estancia Río Baker, comenzaron a aparecer en los años siguientes, potrillos y potrancas con la pata derecha de color blanco y un lucero en la frente.*

**LUCIANO GONZALEZ INZUNZA, 71 AÑOS**  
**CHACARERO**  
**CHILE CHICO, XI REGION**

## EL ULTIMO BAQUEANO

**“A todos los espíritus sensibles que captan la elocuencia de la vida y costumbres del hombre de Aysén”.**

Es el mes de abril en la pampa, la verde lozanía de los ñires, poco a poco, da paso a un manto de color burdeos, que baja desde los cerros, hasta confundirse en la pradera dorada de coirón en los llanos.

Bandadas de caiquenes y avutardas, surcan el cielo, formadas en ordenadas columnas en punta de lanza en sentido boreal.

Numerosos cañones se extienden al oeste por entre cordones montañosos; dividiéndose a lo lejos el blanco vellón de los ventisqueros recortados en el cielo azul. Son estos, los últimos bastiones de una era geológica de antaño, trasladada a nuestro tiempo, que, poco a poco, emprenden la retirada ante el avance implacable de la vegetación; y, tras ella, la huella del hombre.

El fondo de los valles está regado de lagos color calipso, donde tributan numerosos manantiales de gélidas aguas, cual venas que drenan desde las entrañas de la tierra, para luego internarse en la vastedad amarilla del coironal.

En este paisaje, paradójicamente agreste y paradisiaco, transcurrió la vida de un hombre cuyos oficios sugieren y hacer entrever a primera vista la eterna lucha del hombre contra la naturaleza.

Don Rodolfo Serafín Peña era un hombre que caminaba por los atardeceres de la vida; tenía cuerpo fornido y la espalda encorvada, su andar lento disimulaba la cojera que le imponía una de sus piernas que sufría de reumatismo; de carácter sereno y mirada paternal, inspiraba confianza.

Era hombre de poco hablar; acostumbraba a ensayar un triste silbido que semeja al lamento del coironal cuando lo azota el viento.

Tenía el viejo cinco elementos, los cuales formaban un equipo por la subsistencia: un cuchillo de grandes proporciones, que se cruzaba bajo el cinto, por la espalda; un revólver marca Colt, calibre 44, que usaba como trabuco, terciado bajo la campera; dos caballos zainos: un rabricado de andar, y, un zaino mulato, apenas de cabestro. Completaba el equipo, un perro barcino de aspecto anciano, que se hacía llamar Zarco, por tener un ojo celeste y el otro café, que tenía un aspecto de mastín esquimal, con una oreja cortada por su amo para salvarlo de un envenenamiento con estricnina al comer un cebo para zorros colocados en una de las numerosas estancias. Don Rodolfo oficiaba de esquilador. Un buen día de enero, cuando el sol cuarteaba la tierra, Peñaña, como cariñosamente lo apodaban en las estancias vecinas, por su fama de domador, agualero, puestero y buen esquilador; junto a sus fieles compañeros, regresaba a su puesto en las montañas. En perfecta fila india, por un polvoriento sendero, los cañones hacia la serranía. Los caballos jadeantes, con tusa y cola larga, se defendían del asedio de tábanos y polvos que abundaban en los matorrales de ñire en esta época del año.

Zarco, caminaba con la cabeza bajo la sombra que le ofrecía la figura del pilchero.

Tras cinco días de viaje, Peñaña y sus compañeros llegaron al puesto enclavado en un pequeño valle, y rodeado de bosque de lenga.

El "Rucu" como, cariñosamente el viejo le llamaba, constituía un techo de canoas, tenía sólo la pared del fondo y en el centro, un fogón rodeado de piedras.

Peñita desmontó con dificultad, encendió fuego, preparó un trozo de carne al asador; mientras el asado se cocía, desensilló los caballos y cuando tomaba un tiesto para traer el agua, vio con sorpresa que dentro del tarro que usaba como tetera había un nido con dos polluelos de chercán que abrieron un gran pico y piaron al unísono cuando lo vieron, mientras sus padres trogloditas, revoloteaban nerviosos y emitían diversos cantos que parecían venir desde muy lejos. (En la lucha por la subsistencia, la naturaleza dotó a estos pequeños pajarillos que tienen nombre de gigante, con cualidades de cantores ventrílocuos).

El aspecto del viejo permaneció impassible como un trozo de hielo; a su memoria volvieron los recuerdos de un tiempo feliz y de aquel nido que formó, criando a sus polluelos rodeado de muchos amigos. En ese momento, una nube gris tapó el sol de la tarde tras meditar un momento, Peñita exclamó: -¡Creo que hoy no tomaré mate!

Hoy no está Don Rodolfo, pero su silbido se escucha en el coironal cuando lo agita el viento.

---

#### GLOSARIO:

**Asado:** Carne asada, frecuentemente cocida en un asador o estaca de madera clavada en el suelo al calor de una fogata. El asado al palo y el mate amargo, constituyen parte de la dieta típica de los arrieros y baqueanos de la patagonia.

**Baguero:** Oficio rural que consiste en capturar y domesticar ganado que se ha criado libre y salvaje en los campos.

**Barcino:** Color del pelaje rubio, en los animales.

**Cabestro:** Correa de cuero de más o menos cuatro metros que se amarra para llevar a los caballos de tiro.

**Caballo de cabestro:** Es aquél que sólo está dócil para llevar de tiro, pero no para montarlo.

**Campera:** Especie de casaca corta de mezclilla.

**Canoas o canogas:** Material de construcción rural, hecho con troncos partidos longitudinalmente y cóncavos. Se usan sobrepuestos en la techumbre de las construcciones.

**Coirón (*Festuca pallescens*):** Pasto gramínea de aspecto rústico, tiene color amarillo y crecimiento en champas, es característico de la estepa patagónica.

**Chercán (*Troglodytes aedon*):** Pequeña ave silvestre chilena, de color pardo; técnicamente llamada troglodita por su hábito de nidificar en cavernas naturales y de diverso tipo.

Tiene una gran facilidad de adaptarse al medio en presencia del hombre; emite una gran variedad de cantos, desde tenue y lejano, hasta agudo y fuerte que se contraponen con su tamaño.

**Domador:** En la patagonia se entiende como tal, a quien tiene por oficio domesticar caballos y sabe de sus hábitos.

**Esquilador:** Oficio rural de la patagonia, que constituye el principal centro de la faena de esquila de ovejas a través de máquinas especiales o tijeras manuales.

**Lenga** (*Nothofagus pumilio*): Arbol forestal nativo de Chile, tiene hojas redondas ovaladas caducas, se le encuentra desde Chillán al sur en sectores cordilleros.

**Mate**: Bebida tradicional de la patagonia Argentina y Chile, se hace con yerba mate (*Hylex paraguariensis*) tiene poderes estimulantes y eupépticos.

**Mulato**: Color de pelaje en los caballos, para denotar su similitud al color zaino claro de las mulas.

**Ñire o nirre** (*Nothofagus antarctica*): Arbol forestal nativo de Chile, tiene características similares a la lenga aunque no adquiere gran tamaño. Sus hojas caducas se tornan de color burdeos en otoño.

**Pilchero**: Arneses, sogas y aperos, destinados al transporte de las pilchas y demás enseres de los arrieros de la patagonia. También se le llama pilchero al caballo usado para dicho fin.

**Polco**: Insecto volador, del grupo de los dípteros, similar al zancudo, aunque de menor tamaño. Poseen un aparato chupador que les permite extraer la sangre de otros organismos superiores.

**Puestero**: Trabajador rural que oficia de cuidador de ganado en las veranadas. Normalmente los puesteros son personas de hábitos solitarios y nómades y se desempeñan en áreas remotas y marginales.

**Rabicano**: Color de pelaje de caballo, que alude solamente al color albo de la cola.

**Tábano**: Insecto volador, díptero de tamaño similar a una abeja melífera, con su aparato bucal chupador succiona la sangre de otros organismos causando irritación y molestias.

**Trabuco**: Arma de fuego, de caño largo que se usa cruzada a la espalda.

**Zaino**: Pelaje de caballo color castaño oscuro.

---

RAMON IGNACIO SOLIS FIGUEROA, 36 AÑOS  
INGENIERO FORESTAL  
CHILE CHICO, XI REGION



## MAGY LA CONEJITA

**U**n verano, en un sector de camping cerca del Fuerte Bulnes, no muy lejos de Punta Arenas, se produjo un incendio forestal. PROMAFU, la brigada de incendios forestales de CONAF, tardó cinco días para apagarlo. La lengua roja de fuego, con su punta criminal, no respetó a ningún ser vivo, plantas o animales, todo fue destruido sin piedad, mientras el viento, desesperado y confundido, pasaba escapándose por todas partes. El llanto de las nubes no sirvió para nada, en la noche la luna observaba con rostro pálido, sin poder hacer nada. El sol trataba de dar luz y guardar su calor desesperadamente sin lograrlo.

En un sector, cerca de un río, en medio de calafates, corrían desesperadamente zorros, chingues, liebres, ratones y conejos, entre muchos animales. Pero nos referiremos a la historia de una conejita llamada Magy, que tenía 30 días de nacida y que hacía menos de una semana que había visto el sol y caminado en el bosque por primera vez. A pesar de que comía pasto, todavía le quedaban quince días para tomar leche materna.

Con todo el susto del incendio, su madre y sus hermanos corrieron en medio del fuego, calor y humo, sin rumbo fijo. Debido al nerviosismo y al miedo, Magy se escondió en lo más profundo de la madriguera, el calor y el humo eran insoportables dentro del profundo túnel; se le quemaban las orejas con el calor de la tierra, se le achurrascaron las cejas y los bigotes; el dolor de los ojos y de las narices eran terribles, no se ha inventado palabra para describirlo, hay que ser bombero para poder saber lo que es, sin considerar el miedo y la impotencia de no saber qué hacer. Magy era como un niño de 4 años que todavía no sabe nada de la vida, ni siquiera sabía que la llama roja y destructiva se llamaba fuego.

Transcurridos unos días, débil, medio quemada, con hambre y sed, asustada, puso su máximo empeño para salir de la madriguera. No sabemos cuánta distancia recorrió, pero, sin alcanzar a llegar al río, se desmayó. Cayó, casi muerta, pero su corazón, gracias a Dios seguía latiendo. De repente sintió unas especies de clavos que se enterraban en sus costillas.

¿Qué creen ustedes que era ese nuevo dolor? ¡Podrán ser dientes! Sí, efectivamente, eran las fauces de un tremendo perro que apretaba el cuerpo de Magy. Esta vez su muerte era segura, ya que bastaba una bocarada del perro, para hacer desaparecer el cuerpo completo de Magy. Pero, de repente, se escucha un ruido muy misterioso, no eran troncos cayéndose, tampoco era la lluvia, menos el viento, era un ruido muy extraño que jamás había oído. El ruido era la voz de un ser humano, que Magy nunca había escuchado.

- ¿Sam, qué traes en la boca?

El perro Sam soltó a Magy, medio muerta, sobre una tabla y ladró dos veces.

Andrés acarició a Sam y llevó a Magy a la cocina gritando:

- ¡Mamá! ¡Mira lo que trajo Sam!

La mamá, al ver el estado de la pobre conejita, le dijo a su hijo:

- ¡Anda al patio, trae la caja de cartón del galpón y un poco de achicoria, pon la conejita debajo de la estufa y mañana veremos cómo amanece y qué hacer con ella!

*Esa misma noche, el gato de la casa volteó la caja y comenzó a corretear a Magy, sacándole un trozo de sus orejas heridas, no sabemos cómo, pero logró escapar de la casa.*

*Después de tanto divagar, asustada, herida, triste y confundida, llegó a parar a un establo y fue atrapada fácilmente por un anciano, el cual la tomó y la encerró en un asiento de madera con hilos super duros, pero en el lugar había alimentos muy sabrosos y agua. Tenía por vecina a una coneja viejita, bien viejita que tenía arrugas en las arrugas. Era grande y maceteada, tenía la piel blanca, pero las puntas de las orejas, las cuatro patas, la nariz y la cola eran de color negro, ella no decía palabra alguna, ni tampoco se movía. El anciano cuidaba muy bien de Cleopatra, que tenía como 8 años, y a Magy, que tenía como 30 días. Después de tres largos días, Magy se recuperó rápidamente, debido a que siempre tenía alimento fresco y variado, bastante agua, y, como ella se lamía todo el cuerpo, sin problemas sanaron sus heridas. Su comida eran vegetales, pan, arroz mezclado con afrechillo y otras sobras de cocina, que la hacían sentirse como princesa. Pero con Cleopatra, la coneja, no había mayor contacto, ya que estaba amamantando a dos gazapitos. Un día martes en la tarde, tiraron unas maderas sobre la jaula y se rompió uno de los maderos que separaban a Cleopatra de Magy. Uno de los gazapitos se pasó a su jaula, ya que le llamaba mucho la atención su pelo rubio con pintas negras y ojos oscuros. Cleopatra, al ver que su hija estaba con Magy, se desesperó y, a tirones rompió la malla que la separaba de su cría. ¡Otro nuevo problema para nuestra querida amiga! Pero no fue así, ya que Cleopatra, al verla tan pequeña como sumisa, no le pegó. Al contrario, la adoptó como a su propia hija. A Magy no le molestaba que sus hermanastras jugaran en su jaula, comieran su comida, e incluso, que Cleopatra tomara agua de su bebedero cuando le faltaba. Así pasaron los días y la vieja Cleopatra comenzó a enseñarles lo que debían hacer o no hacer estas tres criaturas, que eran ejemplo del cariño sin mezquindad que se tenían.*

*Paso a nominar algunas de las cosas que recuerdo que Magy aprendió:*

*Cada vez que la tomaban por las orejas sufría tremendamente, ya que el diafragma le apretaba los pulmones y le costaba trabajo respirar, así es que le enseñaron a rasguñar como desesperada para que la soltaran, en cambio, cuando la tomaban como a los perros o gatos, ella se dejaba trasladar para cualquier parte, ya que no le dolían las orejas, no le faltaba el aire y no sufría daño.*

*Cada vez que ocurría algo desagradable, pateaba fuertemente el piso para avisar a su amo. Cuando éste sacaba al patio a Magy, ella demostraba su alegría con unos saltos muy graciosos, ya que su cola era muy pequeña, movía las caderas para decir a su amo que estaba feliz.*

*Magy también tuvo un novio, se juntaron solamente dos veces y ella quedó embarazada. A los 20 días comenzó a escarbar y tratar de buscar el mejor lugar para tener sus hijitos. Cuando lo encontró, lo rasguñó hasta dejarlo limpiecito, después tomó un montón de pasto como de diez centímetros de largo y, con su boca llena, lo trasladaba. El 26 de septiembre, cuando ella tenía 8 meses dio a luz 13 conejitos. El parto fue fácil, ya que, cría que nacía, la lamía para sacarle la sangre de su cuerpecito y al tiro le daba leche. Al final se arrancó todo el pelo del pecho y estómago, para que los gazapitos no tuvieran frío, ya que eran peladitos, porque a los 3 días recién les empieza a salir pelo, a los 9 empiezan a abrir los ojos y a los 21 días comienzan a comer lo mismo que Magy.*

Resultó Magy una espléndida madre, amamantó a sus 13 hijitos sin problemas por casi 50 días, pasó a ser la regalona del criadero. En casi 2 años, tuvo más de 64 hijos y 130 nietos.

Los conejos rubios con blanco o rubios con pintitas café y negras, son los descendientes directos de Magy, que hoy se ven en las casas de Punta Arenas. Son conejos simpáticos, saludables y hermosos.

Como moraleja, podemos decir que Magy enseñó a sus hijos algo que también es tradición en Magallanes:

- Ellos nunca, por más mal que les vaya, jamás se darán por vencidos.

- Te podrás dar cuenta de quienes son familia de Magy, ya que, cada vez que los toman por las orejas, rasguñan como locos.

- Las conejas de la familia de Magy, casi siempre dan leche a sus hijos hasta más de 45 días.

- A los descendientes de Magy les crecen los dientes todos los días, así es que comen como locos todo lo que les des, si no, roen las partes de madera de la jaula (no para escapar, sino para gastar sus dientes). Te cuento un secreto: si les das ramas de árboles, pan duro o madera, no rompen sus jaulas y comen poquito.

Si tu conejito hace lo que te conté, no tengas ninguna duda de que se trata de un nieto de Magy. Si fuera así, te felicito por tu suerte y cuidalo mucho.

GERARDO ALBERTO GUERRERO V.  
AGRICULTOR  
PUNTA ARENAS, XII REGION

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

THE BUREAU OF THE ARMY  
OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL  
WASHINGTON, D. C.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

## CHONQUI

**L**os perros del puesto "Lagunas" intensificaron el tono de sus ladridos: habían detectado al extraño. Este hecho inquietó al puestero José, quien salió a inspeccionar los alrededores. Lo oscuro de la noche hizo que aumentaran sus precauciones, aun cuando estaba casi seguro de encontrar sólo algunas ovejas o caballos merodeando por las instalaciones.

Al acercarse a la quinta mayor, un pequeño bulto se escurrió por entre unos calafates bajos; José no prestó mayor atención al inoportuno visitante y se recogió a su hogar para, junto con su pequeña familia, descansar y recuperar las energías perdidas. El día siguiente amaneció con el esplendor propio del alba fueguina. José se aprestó a iniciar sus labores cotidianas, encaminándose hacia los corrales y pesebrera. Al llegar a esta última, un quejido calmo despertó su curiosidad. Provenía de un rincón, en donde un pequeño cachorrito de sólo algunos meses yacía sobre unos peleros, con claras muestras de haber sido duramente castigado. Sus sentimientos de hombre de campo afloraron al punto; lo recogió con cuidado, para depositarlo más tarde en una cómoda y bien abrigada perrera. Muy pronto, el débil y maltratado animal, que fuera apodado "Chonqui" por los hijos del puestero, se restableció completamente. De aquí en adelante, él sería el eterno compañero de su providencial amo. Sus gestos agradecidos lo impulsaban a realizar toda suerte de espectáculos, los cuales a veces colmaban a José. Ya le esperaba a la salida de su casa, saltaba sobre él, le espantaba las ovejas, o trataba de alejar a algún congénere que pretendiera arrebatarse el especial cariño que le dispensaban.

Su iniciación como perro ovejero fue catastrófica. El primer día, casi ahoga a todo un piño en la laguna Turbia. Sin embargo, la constancia y la experiencia de sus acompañantes, muy rápidamente lograron transformarlo en el más obediente, manso y diligente ovejero, como nunca se vio por esos campos.

Chonqui no sólo se conformaba con trabajar en los arrees, también cuidaba el caballo y, en la casa, era el celoso guardián que velaba por la seguridad de sus amos.

Cierta tarde, en la que realizaban un nuevo recorrido por las vegas y ríos, tratando de rescatar un animal caído, José rodó dentro de un profundo y fangoso pozo de turba. Chonqui, al ver a su amo en peligro, corrió hacia el pozo y se estiró cuanto pudo, tratando de que sus patas le auxiliaran. Tras algún esfuerzo más, viendo que todo resultaba inútil, lanzando funestos ladridos, corrió hacia la casa, que estaba cercana. Allí comenzó a ladrar con más ímpetu, hasta que llamó la atención de la esposa de Juan. Ella se extrañó al verlo solo y en actitud tan desusada. Lo siguió intrigada hasta el pozo y, al ver el espectáculo, quedó paralizada, su esposo casi se sumió en el blando lodo. No con poco esfuerzo logró sacarlo. Conseguido esto, José abrazó a su compañera dirigiendo una mirada de profundo agradecimiento a su fiel perro Chonqui. Este se le acercó y lamió sus botas, como tratando de dar a entender que su acto sólo respondía a aquél, cuando un alma generosa lo recogió y atendió con tanto esmero. La admiración y el agradeciendo, extremaron la preocupación que el noble ovejero prodigaba a su fiel amigo.

En el campo, las labores cotidianas continuaban igual, pero era notoria la presencia de Chonqui, quien se destacaba por sus características de docilidad e inteligencia.

Tiempo después, un suceso extraño vino a quebrar la tranquilidad del puestito "Lagunas": en cada recorrido del campo, por lo menos 3 ó 4 ovejas se encontraban muertas, todas ellas con signos evidentes de haber sido atacados por un perro. Como el hecho se repetía, José revisó a los suyos, con la intención de verificar si en el hocio de alguno había vestigios de sangre. Su sorpresa no tuvo límites al descubrir que, precisamente Chonqui, se había transformado en el perro asesino. Con profunda pena meditó sobre el caso: era su salvador y aún cuando las leyes no escritas del campo austral decretaban su muerte, decidió protegerlo.

Lo mantuvo amarrado por mucho tiempo y, al soltarlo, vigilaba sus andanzas. Mas, era imposible que Chonqui reprimiera sus impulsos. Por lo menos 70 ovejas ya habían caído víctimas de su ansia destructora, y así, fue sorprendido por el capataz de puesteros, en plena faena de muerte y desolación. Ante prueba tan contundente, de inmediato se ordenó a José que lo eliminase en breve plazo. Una sorda lucha se desencadenó en su interior: estaba entre la espada y la pared. Tras meditar con detenimiento, decidió sacrificar a Chonqui ya que, de otro modo, su trabajo peligraba.

Tomó con decisión su revólver calibre 22 y se dirigió a la perrera de su salvador. Alzó la mano, cerró los ojos, y, cuando se aprestaba a pulsar el gatillo, un gemido de imploración paralizó sus músculos. El perro permanecía semi agachado, tal vez inconscientemente, en una actitud que sólo producía compasión.

José le franqueó la salida; Chonqui, entendiendo la oportunidad que su agradecido amo le brindaba, huyó raudo hacia los cerros cercanos.

Muchos días pasaron sin saberse absolutamente nada de Chonqui, hasta que, en una noche de luna, unos rasguños en el portón del patio llamaron la atención de José. Salió a ver lo que pasaba y allí encontró a su querido Chonqui, retorciéndose convulsivamente, en los últimos momentos de su vida.

El perro, que había llegado una noche al puestito Lagunas, también quiso, en esta última, estar junto a su fiel y sensible amo. Averiguaciones posteriores, indicaron a José que el administrador había ordenado que todo perro que se sorprendiera vagando por los campos de la Estancia "Gente Grande", fuera eliminado de inmediato.

En una de estas redadas, el turno le tocó a Chonqui.

**CARLOS GARAY MIRANDA, 52 AÑOS  
PROFESOR Y AGRICULTOR  
TIERRA DEL FUEGO, XII REGION**

## INDICE

### PRIMEROS PREMIOS

CELOSO RIO 13  
(José G. Ramos Albornoz)

POR QUE LA LOICA TIENE EL PECHO COLORADO 19  
(Manuel Adolfo Báez Yáñez)

EL DELFIN Y LA SIRENITA 25  
(Angela Catalán Cid)

### MENCIONES HONROSAS

EL BURRO Y EL CHANCHO 33  
(Luis Manuel Vicencio Sepúlveda)

SENTIMIENTOS IGNORADOS 35  
(Mercedes Gema Pimentel Bahamondes)

LA TRIBU ATORMENTADA 39  
(Hilda Ximena Ancatripal Pérez)

LA MUERTE DE RUBEN VIAL 45  
(Elizabeth Labra Spröhnle)

MI AMIGO "PILLIN" 49  
(Hermógenes Méndez Ibarra)

LA ESPUELA GÚACHA 57  
(Juan I. Egaña Pizarro)

UNA HISTORIA DIFERENTE 61  
(Pedro Humberto Tapia Pizarro)

CARLULLA, MISTERIOSO NIÑO ANDINO 65  
(Ociel Infante Martínez)

EL HOMBRE DE LA NIEBLA 69  
(Pedro Andrés de la Fuente Santelices)

NGELAY KAWELLUKA NGELAY CHILLA 77  
TRADUCION: NO HAY CABALLO NI MONTURA  
(Segundo Llamín Canulaf)

## MENCIONES ESPECIALES

LA CHABELA 83  
(Zenobio Saldivia Maldonado)

SUPERVIVENCIA 91  
(Emilio Esteban Hermosilla Mancilla)

## OTROS CUENTOS

PACHECO 95  
(José Raúl Naranjo Meneses)

LA NOVIA DE AZAPA 99  
(Cecilia Irene Koch Guirao)

SOMBRETERO 101  
(Hans W. Bergholz W.)

EL "CHURRITO" DE CHAÑAR BLANCO 103  
(Erasmus Bernales Gaete)

DON AMBROSIO 107  
(Eduardo Antonio Contreras Contreras)

LA PIEDRA AZUL 111  
(Juan I. Egaña Pizarro)

¡CAN PORRE! 117  
(Rubén Sáez Durán)

MARCELINO QUIPALLAN 121  
(Verónica Poblete Baigorria)

LA BOMBA DE LA DISCORDIA (Cuento de fama) 127  
(Fabio Márquez Jago)

CARMEN Y MANUEL, DOS CAMPESINOS 131  
QUE AMAN LA TIERRA  
(Angela Mercedes Pinilla Plaza)

ÑO ROSALES 135  
(Ignacio Martínez)

LA SEQUIA 139  
(Claudio Exequiel Piña Silva)

EL COIGUE (Sergio Balmaceda W.)	143
CUENTO BIOGRAFICO (Miguel A. Peña Sepúlveda)	145
LA RATONERA (Hernán Toro Becerra)	151
TOROS Y PUMAS (Pedro Germán Zurita Seguel)	155
CANALES: UN COCODRILO CRIOLLO (Eduardo Torrealba Estévez)	159
ESPUELAS TRAICIONERAS (Flor Isabel Neira Neira)	163
EL CABALLO DEL CHOCO (Claudio Gonzalo Villarroel Toledo)	167
UN CIRCO EN SANTA CLARA (Mario de la Puente Yuraszeck)	171
HISTORIA DE MI PUEBLO PEWENCHE, En el Valle de Butaelbun (Alejandro Rosa Vivanco Rebolledo)	175
LA APARICION DEL DIABLO (Luis Alberto Cuevas Ibarra)	179
ISABEL (José Carrasco Elizalde)	181
EL HIJO INGRATO (Jorge A. Espiñoza Montecino)	185
EL ROMANCE DE LA TIA BETSABE (María Opazo Salazar)	189
LOS MEDIEROS (Ricardo Loncón Antileo)	193
MI BUEY "COPIHUE" EL MATEMATICO (Carlos Roberto Vargas Maldonado)	199
HISTORIA DE CALETA TORTEL (Hernán Guelet Vera)	201

¿SUEÑO O VERDAD?  
(Claudia Helen Munita Burgos)

203

GRANIZO Y SU AMIGO FLORIDOR  
(Luciano González Inzunza)

205

EL ULTIMO BAQUEANO  
(Ramón Ignacio Solís Figueroa)

209

MAGY LA CONEJITA  
(Gerardo Alberto Guerrero V.)

213

CHONQUI  
(Carlos Garay Miranda)

217

ORGANIZA:

**FUNDACION DE COMUNICACIONES DEL AGRO  
DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA**

PATROCINAN:

TELEVISION PARA EL CAMPO  
**TIERRA  
ADENTRO**



**INSTITUTO DE  
EDUCACION  
RURAL**



*Sociedad Nacional de Agricultores*  
Cooperación de Desarrollo Social del Sector Rural - (C.D.S.R.)

**MUCECH**

Movimiento Unitario de Campesinos  
y Etnias de Chile

AUSPICIAN:



ASOCIACION NACIONAL DE EMPRESAS PRODUCTORAS

**anasac**

**120**  
*Santa Rita*